

SOLO
SOY
TUYA

Anne K. Austen

LOS CUERVOS DE PERTHSHIRE



SOLO
SOY
TUYA

Anne K. Austen

Título: Solo soy tuya

Primera edición: agosto de 2026

© 2026 Anne K. Austen

© 2026 A&V Publishing

ISBN: 979-13-991607-7-2

Número de registro: 2025060451

Imagen de cubierta: Ink & Bloom Studio

www.annekausten.com

@annekausten

annekausten@gmail.com

<https://www.facebook.com/Anne—K—Austen>

La editorial A&V publishing defiende la protección del copyright. Quedan reservados todos los derechos de esta obra y está rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

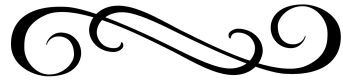
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo



«Caitlin»

Tierras de Dùn Mhoireasdan, isla de Lewis. 1 de diciembre de 1532.

Yo llevo la avena. Beathag carga con la miel, dos tarros de caldo espeso y la firme convicción de que su cesta pesa el doble que la mía.

—Podemos cambiarlas cuando quieras —le recuerdo mientras rodeamos una de las pozas oscuras que salpican la turbera y que ha invadido casi todo el sendero.

Las turberas ocupan tanta tierra en Lewis que desde niños se aprende a tantear con la punta de la bota dónde cederá el suelo.

El agua queda atrapada entre el musgo, los juncos y las raíces durante generaciones, hasta formar debajo esa tierra negra que cortamos en bloques y dejamos secar para alimentar los fuegos durante el invierno.

A quienes llegan de fuera quizá les parezcan páramos desolados. Yo veo el brezo extendiéndose alrededor de pequeños lagos, las playas

de arena pálida, los promontorios de roca oscura y el Atlántico mudando de color con cada nube.

La isla de Lewis tiene una belleza áspera, hecha de agua, viento y una luz que nunca permanece igual demasiado tiempo.

—No quiero privaros del orgullo de transportar un saco de grano sin ayuda.

—Qué considerada.

Beathag evita el barro con un paso demasiado largo, resbala al apoyar el pie y me golpea con la cadera. La cesta de avena se me clava en el brazo, pero consigo mantenerla derecha. Ella también salva la miel. Durante un instante permanecemos agarradas la una a la otra, con las faldas hundidas hasta las rodillas y la poca elegancia que nos queda.

—Eso ha sido culpa del camino. ¿Cómo se le ocurre ser tan resbaladizo? —dictamina.

—El camino lleva siglos aquí. Tú acabas de llegar.

—Precisamente. Podría haberse esforzado en recibirme mejor.

Suelto una risa que el viento arrastra hacia el brezal. Desde la loma ya se ve la choza de Marsaili, baja, encajada entre dos elevaciones para protegerla de las tormentas.

El techo de paja está sujeto con cuerdas y piedras. De la abertura de la chimenea sale humo en una hebra tan fina que desaparece antes de alcanzar el cielo.

Han vuelto a quedarse sin turba.

Podría haber preguntado al administrador. Habría consultado un pliego, fruncido el ceño y explicado que la familia de Tòmas recibió la misma ración que las demás al comenzar el invierno. Los números siempre se comportan muy bien delante de los hombres. Ninguno menciona que Marsaili está encinta, que tres niños comen cada día y

que Tòmas lleva varias semanas ayudando a reparar las embarcaciones a cambio de promesas.

Por eso prefiero venir.

Los libros de cuentas no adelgazan. Los niños sí.

Una cabeza aparece sobre el tejado. Nessa está tumbada boca abajo junto al alero, con la barbilla entre las manos y una pierna colgando.

—Te hemos visto —le advierto.

La niña intenta incorporarse con tanta rapidez que pierde el apoyo de un codo. Beathag deja su cesta en el suelo y abre los brazos, aunque Nessa consigue aferrarse a la paja antes de caer.

—Solo miraba si venía lluvia —explica.

Alzo la cara hacia las nubes, todas del mismo gris testarudo.

—¿Y qué has averiguado?

Nessa estudia el cielo con expresión seria.

—Que puede.

—Una respuesta prudente. Podrías sentarte en el consejo.

Beathag se tapa la boca para ocultar la risa. No sé por qué se molesta. Nessa no ha entendido la maldad, y los hombres del consejo sobreviven bastante bien sin enterarse de casi ninguna.

La puerta se abre y Eòin sale sin capa, con una bota puesta y la otra en la mano. Corre hacia nosotras, abandona el calzado a mitad de camino y se abraza a mi cintura. El golpe hace oscilar la cesta.

—Sabía que vendríais.

—Tu hermana lleva un rato vigilándonos desde el tejado. Creo que eso ha ayudado a tus dones.

Eòin se separa para mirar la avena. Tiene nueve años y unas muñecas que cabrían dentro del círculo de mis dedos. Aun así, mete las manos bajo la cesta.

—Yo la llevo.

—Pesas menos que ella.

—Ya soy fuerte.

La gravedad con la que lo afirma me impide sonreír. Bajo un poco la cesta para que pueda sujetar uno de los lados y avanzamos juntos hacia la puerta. Yo conservo casi todo el peso y él, la satisfacción de haberme ayudado. Hay engaños que merecen más respeto que algunas verdades.

Dentro huele a humo viejo, lana húmeda y leche agria. Iain duerme envuelto en una manta cerca del hogar. Solo quedan dos brasas bajo la ceniza.

Marsaili está sentada en el jergón con una camisa infantil entre las manos, remendando una manga que apenas podría cubrir el brazo de una criatura.

Al vernos, apoya una mano en la pared para levantarse.

—Mi señora, no hacía falta que subierais hasta aquí.

—Siéntate —le pido, dejando la avena junto a la mesa—. Eòin ha cargado con casi todo y necesita que alguien admire su esfuerzo.

El niño endereza los hombros. Marsaili comprende enseguida y le dedica una expresión asombrada.

—¿Tú solo?

—Lady Caitlin ha sujetado un poco.

Marsaili se ríe, aunque el sonido termina en una tos seca. Se lleva los dedos al pecho y vuelve a sentarse antes de que pueda ayudarla.

De cerca resulta imposible ignorar cuánto peso ha perdido. El embarazo le redondea el vientre, pero el vestido cuelga de sus hombros y el rostro se le ha estrechado alrededor de los ojos.

Beathag se arrodilla ante el hogar sin esperar indicaciones. Aparta la ceniza, añade dos pedazos de turba de nuestra cesta y empieza a trabajar con el pedernal.

Yo saco los alimentos y los coloco sobre la mesa. La miel atrae a Eòin. También a Nessa, que acaba de entrar con paja en el cabello y una mancha oscura en la rodilla.

—Antes de que preguntéis —les digo—, sí, hay algo para vosotros.

Iain se despierta justo entonces, quizá porque posee el mismo talento que todos los niños para oír la palabra adecuada incluso dormido.

Se incorpora con el pelo aplastado sobre una oreja y mira a su alrededor, todavía perdido.

He traído cuatro tortas de avena. Tres para ellos y otra para Marsaili, aunque sospecho que intentará repartirla.

Las unto con miel mientras Beathag calienta el caldo. Nessa espera sin pedir. Eòin mira fijamente mis manos. Iain se acerca arrastrando la manta y se apoya contra mi pierna.

Le doy su torta primero. Iain la recibe con las dos manos y clava los dientes antes de que termine de apartar los dedos. La miel le resbala hasta la barbilla. Nessa se la limpia con el borde de la manga, protestando porque no sabe comer como una persona.

Esta vez Marsaili ríe de verdad. La risa le suaviza el rostro y durante unos segundos vuelve a parecer la muchacha que bailaba con Tòmas en las fiestas de verano, antes de tener que contar cada grano y fingir que no le apetecía comer.

Le acerco la cuarta torta.

—Ya he desayunado.

Claro.

Las madres pobres siempre desayunan. También pierden el apetito cuando falta comida, sienten frío solo después de arropar a todos los demás y aseguran que su ropa se ha vuelto holgada porque la lana cede con los años. Debe de existir algún santo dedicado a escuchar esas mentiras y no avergonzarlas por ellas.

—Entonces podrás comer otra vez —respondo—. Es una costumbre indecente, pero confío en tu discreción.

Marsaili toma la torta. La sostiene durante un momento sin probarla, con la mirada puesta en sus hijos. Nessa ya ha partido la suya para darle un trozo a Iain. Eòin mastica despacio, intentando que le dure.

Me siento junto a Marsaili y cierro sus dedos alrededor de la comida.

—Esta es tuya.

No discute. Da el primer mordisco mirando al suelo.

Beathag vierte el caldo en un cuenco y lo deja sobre la mesa. Lleva años conmigo y sabe cuándo una conversación necesita ruido para no convertirse en lástima.

Empieza a contar que uno de los cocineros ha escondido esa rueda de queso para evitar que el laird la sirva durante la cena de esta noche.

Marsaili escucha mientras come. Yo añado detalles que probablemente no son ciertos y que mejoran mucho la historia y dejan a Sorley, nuestro laird y mi esposo, bastante mejor de lo que se merece.

Cuando ha terminado media torta, el color empieza a regresar a sus labios.

—¿Cuánto falta? —pregunto, observando la mano que mantiene apoyada bajo el vientre.

—Mairi cree que una semana. Quizá más. Esta criatura lleva días empujando, pero no termina de decidirse.

—Ya ha aprendido algo importante de los Morrison —comento—. Hacer esperar a los demás aumenta el interés de una entrada.

Marsaili abre la boca para responder, pero la expresión se le borra. Sus dedos se cierran sobre mi manga y el cuerpo entero se inclina hacia delante.

La torta cae al suelo.

Beathag deja el cucharón. Yo rodeo a Marsaili antes de que pierda el equilibrio y noto cómo contiene un gemido contra mi hombro.

Cuando el dolor cede, levanta la cara. El miedo que encuentro en ella ya no deja espacio para bromas.

Debajo del jergón, una gota oscura alcanza la tierra apisonada.

Marsaili sigue la dirección de mis ojos y abre las piernas por puro instinto, buscando con la mirada aquello que su cuerpo ya ha comprendido. La mancha se extiende despacio sobre la tierra. No es mucha, pero tampoco se parece al agua clara que anuncia un parto sin sobresaltos.

—¿Esto ocurrió con los otros? —pregunto mientras le aparto el cabello de la cara.

Niega antes de que otra contracción le impida responder. Me aprieta el antebrazo, hundiendo las uñas a través de la manga, y yo dejo que lo haga.

Beathag retira las cestas de nuestro paso, acerca el cuenco de agua al jergón y empieza a doblar paños sin esperar a que se lo pida.

Nos conocemos desde hace demasiado tiempo para perderlo dando órdenes que ambas sabemos necesarias.

—Eòin, corre a buscar a Mairi —le ordeno—. Dile que tu madre ha empezado el parto. Y en cuanto se lo hayas dicho, ve a los

embarcaderos y encuentra a tu padre.

La poca satisfacción que conservaba por haber cargado la cesta desaparece de su rostro. Mira a Marsaili, después la mancha del suelo, y se queda inmóvil con los labios separados.

—Ahora —insisto, más despacio—. Corre, pero ten cuidado en la turbera.

Eso consigue moverlo. Recupera la bota que ha dejado junto a la puerta, se la calza sin molestarse en atarla y sale con el cordón golpeándole el tobillo.

—Nessa, necesito que lleves a Iain junto a la mesa y no lo dejes acercarse al jergón —le indico cuando el dolor afloja—. Cuéntale la historia del *selkie* que robó los calzones del pastor.

La niña me mira con los ojos muy abiertos.

—No me la sé entera.

—Invéntate el final. Eso hacen todos los buenos narradores cuando descubren que nadie la recuerda bien.

Nessa toma a su hermano de la mano. Tiene miedo, pero también ocho años y el orgullo suficiente para preferir una misión a que la aparten.

Lo sienta en el suelo, le coloca la manta sobre las piernas y empieza a contarle que el pastor dormía desnudo en una roca, detalle que no figuraba en mi versión y que mejora muchísimo el cuento.

Marsaili vuelve a buscar mi mano.

—Tòmas no está.

—Eòin lo encontrará después de avisar a Mairi. Ahora tienes que ocuparte de ti.

—Prometió que estaría cuando empezara.

La decepción le tiembla en la boca. Podría recordarle que el niño se ha adelantado, que Tòmas trabaja en las embarcaciones porque el clan le paga tarde y mal, que ningún hombre puede adivinar el momento en que una criatura decide llegar. Ninguna de esas verdades sirve cuando una mujer tiene miedo y quiere al padre de sus hijos junto a ella.

—Llegará —le aseguro, aunque no sé dónde trabaja hoy ni cuánto tardará Eòin en encontrarlo—. Y se lamentará tanto por habérselo perdido que dentro de una semana desearás mandarlo de vuelta a los barcos.

Consigo arrancarle una sonrisa pequeña antes de que el vientre vuelva a endurecerse. Esta vez no se limita a agarrarme. Empuja los talones contra el jergón y deja escapar un sonido grave, nacido en un lugar del cuerpo donde las palabras no tienen utilidad.

He asistido a suficientes partos para saber que aún debería quedar tiempo. También para reconocer que este no parece dispuesto a obedecer las costumbres.

Beathag humedece un paño y me lo entrega. Le seco la frente a Marsaili mientras cuento la duración del dolor sin permitir que los números se reflejen en mi cara. Las mujeres miran los rostros de quienes las ayudan. Buscan miedo, y si lo encuentran lo convierten en una certeza.

—Está viniendo demasiado deprisa —murmura Beathag cuando Marsaili consigue descansar.

—Mairi no tardará.

Ambas miramos la puerta.

Eòin es rápido. Mairi vive al otro lado de la vaguada. Si el muchacho no se cae, si la partera está en su casa, si el barro no ha convertido el sendero en una trampa y si Dios decide colaborar por una vez, podrían regresar pronto.

Demasiados «sí» para una criatura con prisa.

Marsaili se remueve y lleva una mano bajo sus faldas. La detengo con suavidad.

—Déjame mirar.

La vergüenza le cruza la cara incluso ahora. Me dan ganas de maldecir a todos los hombres que han conseguido que una mujer pida disculpas por su propio cuerpo mientras intenta parir. En lugar de hacerlo, le explico cada movimiento antes de tocarla y espero a que asienta.

El niño está muy abajo.

—¿Qué ocurre? —pregunta al verme incorporarme.

—Que tu hijo ha decidido que esperar a Mairi sería una descortesía imperdonable.

—Caitlin.

Mi nombre contiene una súplica que ya no puedo distraer con humor.

—Está cerca —admito, cubriéndola de nuevo—. Mairi llegará. Hasta entonces, Beathag y yo no vamos a dejarte sola.

Nessa deja de contar durante un instante. Al volver la cabeza, su hermano pequeño aprovecha para meter los dedos en el tarro de miel. Ella le aparta la mano y continúa la historia sin delatarlo. Iain se chupa el índice con expresión beatífica. Incluso en mitad del miedo, los niños encuentran la forma de cometer un pecado pequeño y disfrutarlo con todo el cuerpo.

Un golpe contra la puerta hace que Nessa se sobresalte.

No puede ser Mairi. Eòin apenas ha tenido tiempo de bajar la primera pendiente.

Beathag abre sin alejarse mucho del jergón. El hombre que aparece en el umbral es Fergus, uno de los guardias de Sorley. Lleva la capa húmeda, las botas cubiertas de barro y esa expresión incómoda de quien ha recibido una orden desagradable y espera que la culpa recaiga sobre la persona a la que debe transmitirla.

Sus ojos recorren la estancia. Se detienen en Marsaili, en los niños junto al fuego y después en mí.

—Mi señora, el laird os espera para la cena.

Sorley acostumbra a llamarme antes cuando ha invitado a hombres ante los que desea exhibir una esposa obediente.

Le gusta que esté sentada a su lado mientras habla de cosechas, alianzas y vientres estériles como el mío con la misma naturalidad.

—Dile que me retrasaré —respondo, volviendo a humedecer el paño—. La mujer de Tòmas se ha puesto de parto y Mairi aún no ha llegado.

Fergus no se marcha. Cambia el peso de una pierna a la otra y observa a Marsaili con la prevención de algunos hombres ante cualquier función del cuerpo femenino que no puedan arreglar con una espada.

—El laird ha dicho que regreséis conmigo.

Marsaili intenta incorporarse.

—Id, mi señora. Beathag puede quedarse. Mairi vendrá enseguida.

Marsaili teme causarme problemas incluso mientras la sangre sigue manchando la tierra bajo su cama.

—No voy a dejarte.

—Pero vuestro esposo...

—Mi esposo tendrá que empezar la cena sin mí. Lleva muchos años practicando y confío en que recuerde cómo se hace.

Beathag se agacha para ocultar una sonrisa detrás del cuenco. Fergus, en cambio, parece debatirse entre repetir la orden y fingir que no ha escuchado mi falta de respeto.

—Mi señora, no quisiera volver sin vos.

Lo miro entonces. Es joven, quizá veintidós años, y conozco a su madre. También sé que Sorley castiga a los mensajeros cuando no obtiene la respuesta que desea. La irritación pierde parte de su fuerza.

—No quiero causarte problemas, Fergus, pero no puedo acompañarte. Dile la verdad, que el parto se ha adelantado y regresaré en cuanto llegue Mairi.

Fergus baja la vista hacia el suelo.

—Se lo diré.

Cuando sale, cierro la puerta para que no entre el viento. Marsaili me observa con culpa.

—Os traerá problemas.

—Incluso si voy los tendré. Con él siempre es así.

Beathag coloca otro trozo de turba sobre el fuego y me lanza una mirada que mezcla frustración y advertencia.

Marsaili aprieta de nuevo mi mano.

Esta vez el dolor no le permite sonreír.

Mairi llega antes de que la oscuridad rodee toda la choza. Marsaili lleva más de una hora alternando dolores que la doblan con intervalos demasiado breves para devolverle el aliento.

Entra sin capa, embarrada hasta las pantorrillas y seguida por Eòin, que se ha dejado una bota en algún punto del camino. No pierde tiempo preguntando. Se lava las manos, examina a Marsaili y ocupa mi lugar con autoridad.

—Calienta más agua —le dice a Beathag—. Caitlin, ayudadme a incorporarla.

La obedecemos con alivio. Llevo suficiente tiempo fingiendo que sé qué hacer y agradezco que llegue alguien que de verdad lo sabe.

Eòin sale otra vez en busca de su padre. Nessa mantiene a Iain junto al fuego, contándole una historia que ya ha cambiado tantas veces que el *selkie* ha pasado de robar unos calzones a gobernar una isla llena de ovejas. El pequeño escucha con los dedos todavía pegajosos de miel.

El segundo hombre de Sorley aparece cuando fuera ya apenas queda luz.

—La cena está servida —anuncia desde la puerta—. El laird ordena que regreséis ahora.

Mairi ni siquiera levanta la cabeza. Marsaili tiene la cara hundida contra mi hombro y los dedos cerrados en mi vestido.

—Dile que ella me necesita más y que volveré cuando pueda dejarla —respondo.

—El laird ha dicho ahora.

Miro a Marsaili. Hasta en mitad de una contracción intenta separarse de mí, como si temiera que aferrarse demasiado pudiera costarme caro.

Sorley ha conseguido que una mujer que está pariendo se preocupe más por su cena que por seguir con vida. Ni siquiera necesita estar presente para ocupar toda la estancia.

—Ya has oído mi respuesta.

El hombre se marcha sin ocultar su desagrado. Mairi me pide otro paño y la noche termina de cerrar sobre la choza.

Después solo existe el parto.

Las horas se miden en agua que se enfría, velas que se consumen y el tiempo que Marsaili logra descansar antes de que el dolor vuelva a encontrarla. Tòmas llega mucho más tarde, pálido y sin aliento, con Eòin detrás. Le besa la frente, le toma la mano y se queda junto al jergón mientras ella llora al verlo.

La tercera llamada llega bien entrada la noche.

Esta vez son dos hombres. Uno permanece fuera. El otro entra con la mandíbula tensa y una frase aprendida que parece desear no tener que pronunciar.

—El laird dice que siempre mostráis gran prisa por acudir a las cunas ajenas. Quizá porque nunca conseguisteis llenar la vuestra.

Beathag deja de escurrir el paño.

La crueldad tiene la voz de Sorley aunque salga de otra boca. Lleva diecisiete años culpándome por no darle un hijo y enseñando a los demás a hacer lo mismo.

Marsaili gime. Me inclino sobre ella, le retiro el cabello húmedo de la cara y espero hasta que consigue respirar otra vez.

Después miro al mensajero.

—Dile a mi marido que ya conoce mi respuesta. Regresaré cuando termine el parto.

El hombre baja los ojos. Ninguno de los dos insiste.



EL NIÑO NACE CERCA DE LA MEDIANOCHE.

Mairi lo recibe entre las manos y, durante un instante, todas esperamos el llanto.

No llega.

Lo frota con un paño. Limpia su boca. Le da pequeños golpes en la espalda. Yo acerco otra tela y hago lo que me indica, aunque ya comprendo por la expresión de Mairi que no hay esperanza.

—¿Qué ocurre? —pregunta Marsaili—. ¿Por qué no llora?

Nadie responde.

Junto al fuego, los tres niños han dejado de hablar.

Mairi continúa intentándolo. Yo también, incluso después de que ella aparte las manos. Sigo frotando aquel pecho diminuto hasta que me sujeta por la muñeca.

—Caitlin.

El nombre basta. El paño se queda inmóvil entre mis dedos.

El niño es pequeño, tibio y perfecto. Tiene las uñas formadas y una arruga diminuta junto a la boca, como si hubiera estado a punto de protestar por el recibimiento.

Tòmas permanece al otro lado del jergón con una mano sobre el hombro de su esposa. La otra se ha cerrado alrededor de la manta con tanta fuerza que los nudillos han perdido el color.

Mairi mira a Marsaili.

—Lo siento.

Marsaili contempla al niño sin comprender todavía cómo esas dos palabras pueden contenerlo entero.

—Dádmelo.

Lo limpiamos, le ponemos la camisa que estaba remendando cuando llegamos y lo envolvemos en la manta más pequeña. Tòmas ayuda a incorporarla. Cuando depositamos al niño en los brazos de Marsaili, ella le sostiene la cabeza con una mano y lo acerca al pecho.

No llora, solo canta suavemente. Le recorre la frente con un dedo, después la nariz, las mejillas y cada uno de los dedos cerrados. Luego se inclina y lo besa. Lo memoriza con una paciencia que me parte por lugares que creía ya curtidos.

Tòmas se inclina y besa la cabeza de su hijo. El sonido que se le escapa contra su cabello es breve, pero Marsaili empieza a llorar al oírlo.

Me siento a su lado. Espero a que sea ella quien se incline hacia mí y la sostengo.

Mi propio dolor llega después.

En la mesa queda la otra camisa que he traído, doblada junto a la miel.

Pienso en la cuna que permaneció durante años junto a mi cama. En cómo la miraba cada mes hasta que Sorley mandó retirarla, harto de que un mueble vacío pareciera acusarlo también a él.

Nunca sostuve un hijo mío.

Aunque el amor que no pude entregarle a un niño no murió dentro de mí. Aprendió a buscar otros lugares donde quedarse.

Quizá por eso he ido dejándolo en trenzas mal hechas, rodillas abiertas, manos pequeñas que se aferran a mi falda y niños que fingen ayudarme a cargar una cesta demasiado pesada.

Durante años pensé que no podía existir una ausencia más cruel que esa cuna vacía. Ahora Marsaili sostiene a su hijo y comprendo que me equivocaba. Yo lloraba a los niños que había imaginado. Ella tendrá que llorar a uno cuyo rostro conoce, cuyo peso conservarán sus brazos y al que acaba de besar.

Afuera suenan varios caballos.

Tres guardias se detienen frente a la choza.

Los encabeza Malcolm Morrison, capitán de la guardia desde los últimos años del padre de Sorley. Ha pasado de los cincuenta, lleva la barba gris recortada con esmero y ha conservado el cargo gracias a su habilidad para asentir ante Sorley y ante cualquiera que hable en nombre del consejo.

Desmonta primero, pero no se acerca hasta que los otros dos están a su espalda.

No vienen a buscar a una esposa que ha desobedecido una orden. Lo sé por las armas, por cómo el capitán de los Morrison evita mirarme.

—El laird ha muerto —dice.

Beathag se coloca junto a mí.

—¿Qué ha ocurrido?

—Bebió el cordial que lady Caitlin preparó esta mañana.

La acusación aparece entera antes de que la pronuncie.

—Ha estado aquí durante horas —dice Beathag—. Todos pueden confirmarlo.

—Eso demuestra dónde estaba cuando él murió. No quién dejó preparado el veneno.

Miro hacia el jergón. Marsaili sostiene a su hijo muerto. Tòmas permanece inclinado sobre ambos. Mairi cambia los paños manchados de sangre.

—¿Quién se quedará con ella esta noche?

El capitán frunce el ceño.

—Mi señora...

—¿Quién se quedará con Marsaili?

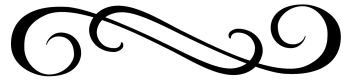
—Yo —responde Mairi desde el jergón.

Asiento. Quiero despedirme de Marsaili, pero no encuentro unas palabras que no empequeñezcan lo ocurrido. Le aprieto el hombro antes de levantarme y dejo que los hombres se acerquen.

Malcolm espera a tenerme delante para cumplir la orden que otros han decidido.

—Lady Caitlin Morrison, por mandato del consejo, quedáis bajo custodia, acusada de haber asesinado a vuestro esposo, el laird Sorley Morrison.

Capítulo 1



«Broen»

Costa occidental de Ross, diciembre de 1532

Al recaudador de Dundonnell le sangra la nariz sobre una bolsa de monedas que, hasta hace una hora, juraba por todos los santos que era suya.

Torren asegura que el hombre llora por la plata, no por el golpe.

Finn le concede el beneficio de la duda porque, según él, incluso los cerdos pueden sufrir pérdidas sentimentales si les quitan el comedero.

Yo ato el último saco de avena a la silla de una mula y dejo que discutan. La mujer que espera delante de mí mira la carga con tanta desconfianza que casi parece ofendida. Tiene las manos abiertas por el frío, los nudillos en carne viva y esa forma de encoger los hombros que adquiere la gente cuando lleva demasiado tiempo recibiendo órdenes.

—No puedo pagar esto, mi señor —murmura.

—Entonces no lo estropees intentándolo —le respondo mientras ajusto la cuerda.

La mujer parpadea. A mi espalda, Finn finge una tos que no engañaría ni a un niño.

—Broen quiere decir que te lo lleves antes de que cambie de opinión y vuelva a gruñir —interviene Colum, con esa cortesía suya que logra convertir hasta un robo en una visita educada—. Era de tu familia antes de que el recaudador decidiera ponerle impuestos al hambre.

—Y al invierno —añade Altair, cerrando el libro de cuentas con un golpe seco—. Cobró dos veces por la misma leña y tres por una barca que se hundió antes de tocar puerto. Tiene imaginación. Una pena que la use para morirse rico y odiado.

—Morirse odiado es gratis —apunta Torren, pasando junto a nosotros con una caja bajo el brazo—. Lo de rico es lo que cuesta trabajo.

Darian vigila el camino desde la linde de los abedules. No se mueve mucho porque nunca lo necesita. Permanece con una mano cerca de la espada, la capa oscura manchada por el viaje y los ojos quietos.

Un desconocido pensaría que descansa. Yo sé que ya ha contado las salidas, los tejados bajos y el punto exacto donde colocaría el cuerpo si alguien apareciera con ganas de heroicidad.

Ha sido una misión sencilla, dentro de lo que nosotros entendemos por sencillez. Solo había que seguir la caravana, esperar al peor tramo del camino, desarmar a los guardias sin abrirles más agujeros de los necesarios y devolver el grano, las mantas y las monedas a las casas de donde habían salido.

La mujer sigue sin tocar la mula.

—Cuando os marchéis...

—Volverá —advierte Darian desde los árboles, sin alzar la voz.

Ella palidece.

—Pero vendrá más educado —añade Finn—. Hemos tenido una charla muy enriquecedora sobre moderación, justicia y la fragilidad de ciertas narices.

El recaudador masculla algo contra el poste donde lo hemos dejado atado. Torren ladea la cabeza hacia él.

—¿Ha dicho ladrones otra vez?

—Creo que sí —contesta Colum.

—Qué insistencia. Hay hombres incapaces de agradecer una lección aunque se la demos gratis.

La mujer suelta una risa pequeña, rota por la incredulidad. Después agarra la cuerda de la mula con ambas manos, como si temiera que alguien se arrepintiera y se la arrancara de los dedos.

—Gracias —susurra.

Odio esa parte. Tolero menos la gratitud que la sangre en las manos. La sangre al menos se limpia con agua fría y paciencia.

—Id con vuestra gente —le indico.

Colum me lanza una mirada de reojo. No sonrío, aunque se nota que le divierte verme aceptar peor un agradecimiento que una amenaza.

El valle empieza a vaciarse cuando la tarde cae. Las casas cierran puertas con comida dentro, aunque nadie se atreve aún a celebrar nada. La pobreza enseña prudencia antes que alegría. Primero se cuenta el grano. Luego se mira por la ventana. Más tarde, si ningún jinete aparece exigiendo lo devuelto, quizá alguien se permite respirar.

Me aparto hacia los caballos con la excusa de revisar las cinchas.

Desde la loma se huele el mar.

Sal, roca mojada, algas. Ese aire que no pide entrada, se mete bajo la ropa y encuentra enseguida lo que uno ha intentado enterrar.

Estamos cerca de Little Loch Broom, en la costa occidental de Ross. Más allá de la desembocadura se abre el Minch y, al otro lado, hacia el noroeste, queda Lewis, en el extremo septentrional de las Hébridas Exteriores.

No se distingue con este cielo bajo, pero sé exactamente dónde está. Lo noto en el cuerpo con una estupidez que me irrita, como si la sangre conservara mapas que la cabeza lleva años negándose a leer.

La carta de Sorley sigue en mi zurrón. La envié, confiando en que pasaría por las manos adecuadas hasta encontrarme. Tardó semanas.

No la he abierto desde que me la entregaron. Tampoco hace falta. Hay frases capaces de perseguir a un hombre durante semanas y mi hermano, maldito sea, siempre tuvo talento para elegir dónde clavarlas.

Ven a Lewis.

Necesito a mi hermano.

Sorley nunca necesitó un hermano. Necesitó espectadores, culpables, hombres que le sostuvieran la copa y mujeres que no alzarán la voz. De niño ya quería ganar juegos que nadie más estaba jugando. De adulto convirtió esa costumbre en gobierno.

A mí me necesitó una vez para desterrarme.

Después, por lo visto, para escribirme.

Tiene cierta gracia. Nuestro padre se aseguró de que Sorley aprendiera a leer cuentas, pactos y herencias. A mí no me enseñó una sola letra. Solo me pusieron una espada en la mano y dejaron que dependiera de la honradez del hombre que sostuviera el papel.

Debió de parecerle una precaución sensata cuando dos hijos se parecían demasiado y solo uno estaba destinado a mandar.

Sorley ni siquiera sabía que yo había aprendido a leer. Aun así, escribió. Tal vez confiaba en que alguien me leyera la orden. Nunca le preocupó quién tenía que prestarme la voz mientras acabara obedeciendo la suya.

—Has apretado esa cincha tres veces —observa Altair a mi espalda.

Suelto la hebilla.

—El caballo no se ha quejado.

—El caballo tiene más diplomacia que tú.

Altair se coloca a mi lado y mira hacia el oeste. No pregunta por Lewis. Es demasiado listo y demasiado molesto por serlo.

—En las cuentas de Dundonnell aparecen pagos regulares a un tal Lachlann MacLeod, de Stornoway —comenta, apoyando el libro contra la silla—. Nada enorme. Lo bastante para comprar silencio o información.

—Los MacLeod siempre han cobrado por mirar hacia otro lado.

—Esta vez miran hacia tu antigua casa.

Eso sí me hace volver la cabeza.

Altair sostiene mi mirada sin adornar la frase.

—En una taberna junto a Loch Broom también oí que habían asesinado al laird Morrison. No quise decirlo delante de los demás.

—Pero has decidido decírmelo a mí.

—Ocultártelo habría sido más peligroso.

Me inclino otra vez sobre la silla y reviso una correa que no necesita revisión. El cuero está húmedo y frío. Mejor tocarlo que pensar en el salón de Dùn Mhoireasdan, en la silla principal de Sorley, en una copa, en la palabra veneno pasando de boca en boca hasta hacerse verdad por cansancio.

—Las noticias viajan mal —murmuro.

—Y algunas llegan torcidas porque alguien las empuja.

Altair espera. No por paciencia, sino por estrategia. Sabe dejar una frase en el suelo hasta que otro tropieza con ella.

—Dicen que fue veneno —añado al fin—. Que cayó durante una cena. Que la viuda quedó bajo vigilancia.

—Caitlin Morrison.

El nombre sale de su boca con cuidado. No por mí. Altair siempre trata los nombres peligrosos como documentos antiguos: sin doblarlos, sin mancharlos, sin fingir que no pueden cortar.

—Lady Morrison —corrijo.

—Como prefieras llamarla.

No prefiero nada. Ese es el problema.

Finn aparece con una manzana robada en la mano y el descaro intacto.

—¿Estáis en una reunión secreta o puedo entrar?

—Vete —le gruño.

—Reunión secreta, entonces. Perfecto, me encantan. Suelen acabar fatal y con alguien diciendo que no necesita ayuda.

Altair le mira.

—Broen va a Lewis.

Finn deja de morder.

Por una vez, la broma tarda en llegar.

—Ah —suelta, tragando despacio—. Vaya. Eso explica la cara.

—Tengo la cara de siempre.

—Sí, esa es la desgracia. Pero hoy la llevas con intención de ahorcar a alguien o dejar que te ahorquen a ti. Aún estoy decidiendo.

No le contesto. Acabo de ajustar la silla y busco el saco pequeño de provisiones. Si salgo antes de que Darian termine de repartir guardias para la noche, puedo adelantar camino sin discutir con nadie.

Darian se acerca desde la linde de los árboles.

Lo sabe antes de mirar el caballo, antes de ver el saco, antes de que Finn abra la boca con esa cara de pillo que jamás ha esperado una invitación para pecar.

—¿Cuándo pensabas marcharte? —inquiére.

—Antes de esta conversación.

—Tarde.

Coge su silla del suelo y la coloca sobre su caballo con una tranquilidad insultante.

Lo miro.

—¿Qué haces?

—Acompañarte —responde mientras pasa la cincha bajo el vientre del animal.

La sencillez de la frase me molesta más que una discusión.

—No te lo he pedido.

—Me habría preocupado que lo hicieras. Habría significado que estabas enfermo o que te habían sustituido por alguien razonable.

Finn levanta la manzana.

—Yo también voy. No por cariño, que luego se malinterpreta, sino porque Lewis suena húmeda, hostil y llena de gente con apellidos largos. Mi clase de desastre.

—Ninguno va a ir a Lewis —corto seco.

Torren asoma desde detrás de una yegua con una manta al hombro.

—Qué alivio. Por un momento pensé que no nos ibas a excluir de una imprudencia seria.

—Te excluyo.

—Intento apreciar el gesto, pero me cuesta. Darian ya ha ensillado y eso, en nuestro idioma, significa que la estupidez ha sido aprobada por la mayoría.

Colum llega el último, guardándose un paquete en la alforja. No pregunta nada. Solo ata el cierre con un nudo perfecto y me mira con esa serenidad suya que a veces resulta más impertinente que Finn.

—Una viuda acusada de asesinato, un castillo lleno de hombres asustados y tú regresando a Lewis después de años —resume—. Parece una situación que necesitaremos manejar con mucho tacto.

—No hay un «necesitaremos» —insisto.

—Lo habrá en cuanto crucemos.

Altair ya ha sacado un mapa pequeño, por supuesto. Podría estar desangrándose y aun así encontraría tiempo para ordenar rutas.

—Desde aquí conviene bordear la costa hacia Loch Broom. Si el tiempo aguanta, podemos encontrar antes de pasado mañana una embarcación capaz de llevarnos con los caballos. Si no aguanta, Torren robará una mala y Finn nos convencerá de que es una aventura.

—Yo nunca llamaría aventura a hundirnos en agua helada —protesta Finn—. Lo llamaría experiencia instructiva.

—No vais a venir —reitero.

Darian termina de ajustar la silla y solo entonces se vuelve hacia mí.

—Broen, estuviste en cada una de nuestras peores horas. En algunas sin que te invitáramos y en otras cuando habríamos preferido morir antes que admitir que te necesitábamos cerca. Esta es la tuya. Aguántate.

No lo dice alto. Por eso entra peor.

Finn se mete las manos bajo los brazos y pierde un poco de su teatro.

—Además, si vas solo y te matan, tendremos que ir después a vengarte. Mucho más trabajo, peor clima, menos conversación. Solo intentamos ahorrarnos molestias.

Torren asiente con solemnidad.

—La venganza diferida siempre sale carísima.

Colum me sostiene la mirada.

—Y si ella es inocente, necesitará más que un hombre llegando con rabia.

Ahí está Caitlin, sin nombrarla demasiado. La mujer que no debería seguir ocupando tanto sitio en una frase.

Aprieto la correa de mi alforja hasta que el cuero cruje.

—Primero habría que averiguar si hay algo que defender.

Darian recoge las riendas.

—Estoy de acuerdo con eso.

Durante un momento vuelvo a tener veinte años, aunque ya no exista ese hombre, y vuelve esa muchacha de dieciocho y sus excusas para acercarse a mí.

Después aprendió deprisa a mantener la distancia. Yo obedecí lo que habían dispuesto y me aparté porque entonces creía que era lo único decente que podía hacer.

Caitlin tampoco pronunció una palabra para impedírmelo. Esa parte no se me ha olvidado.

—Puede que los rumores sean falsos —digo.

Altair guarda el mapa.

—Mejor. Haremos el viaje para nada y Finn podrá quejarse con razón.

—Puedo empezar ahora, si ayuda.

Torren le quita la manzana de la mano y le da un mordisco.

—Ayudas más cuando callas.

Finn lo mira, ofendido.

—Me has robado la fruta mientras sufría por un amigo.

—Era eso o abrazarte.

—Has elegido sabiamente.

Darian monta. Colum también. Altair se ajusta la venda en los nudillos con los dientes antes de subir al caballo. Torren acomoda dos mantas más de las que tenía al empezar la tarde. Finn protesta por la manzana, recupera otra de no sé dónde y se coloca a mi izquierda.

Ninguno me pide permiso.

Eso casi me salva de tener que darlo.

Miro hacia el noroeste, hacia el Minch que tendremos que cruzar.

—Si cruzamos —adviento—, debemos hacerlo con prudencia y sin llamar la atención.

—Entraremos como hombres cansados con el dinero justo para pagar una cama —propone Colum.

—Yo puedo parecer cansado sin esfuerzo —apunta Torren.

Finn chasquea la lengua.

—Tú puedes parecer culpable hasta rezando.

—Es un don.

Darian hace avanzar su caballo hasta ponerse a mi altura.

—Cuando quieras.

Odio que lo diga así. Sin empujar ni pedir nada. Dejándome el último gesto para que pueda fingir que la decisión sigue siendo mía.

Tiro de las riendas.

—Hacia Loch Broom.

Finn suelta un suspiro exagerado detrás de mí.

—Maravilloso. Hacia el mar, la lluvia, los Morrison y una situación que nadie explicará bien hasta que ya sea tarde. De verdad, cada día elegimos mejor nuestras excursiones.

Por primera vez en toda la tarde, casi sonrío.

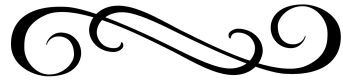
Casi.

El camino baja entre brezos oscuros y piedra mojada. Los cascos se hunden en la tierra blanda. A nuestra espalda queda Dundonnell y varias familias que quizá dormirán un poco más calientes. Delante, el viento trae sal y memoria.

Hace años juré no volver a Lewis.

Pero algunas promesas solo son puertas cerradas hasta que alguien grita desde dentro.

Capítulo 2



«Caitlin»

Dùn Mhoireasdan, isla de Lewis

Me permiten caminar media hora cada mañana porque una mujer acusada sin pruebas de asesinato puede pudrirse en cualquier agujero, pero el supuesto heredero de un laird necesita aire.

La distinción resulta enternecedora.

Dos guardias nos siguen por el adarve occidental mientras Beathag y yo avanzamos bajo un cielo que parece llevar varios días pensando en llover.

Me han prohibido acercarme a las cocinas, a la enfermería, al almacén de hierbas y a cualquier jarra que no haya probado antes otra persona.

También registran mi comida, vigilan quién entra en mis aposentos y han encargado a Mairi que examine cada mañana mis paños para comprobar si he sangrado. Ambas soportamos la tarea con una dignidad admirable.

Nunca había recibido tanta atención por algo que no existe.

Apoyo una mano sobre el vientre al cruzarnos con uno de los hombres del consejo. Él reduce el paso, mira hacia allí y me saluda con una inclinación rígida. Desde que anuncié que esperaba un hijo de Sorley, nadie sabe muy bien si tratarme como una asesina o como un recipiente sagrado. Algunos intentan ambas cosas a la vez.

No todos me creen. Un matrimonio entero sin un solo embarazo hace que mi repentina fecundidad resulte difícil de aceptar. Sin embargo, poco antes de morir, Sorley anunció que pronto comunicaría una gran noticia y que ciertas familias tendrían que revisar sus genealogías. Eso ha bastado para que algunos concluyan que pensaba presentar a su heredero y arruinar las esperanzas de cuantos ya se repartían sus tierras.

Yo no tengo la menor idea de qué iba a anunciar. Me limité a acomodar mi mentira dentro de sus palabras.

Ha sido lo único útil que Sorley ha hecho por mí. Como era de esperar, tuvo que hacerlo sin intención.

—Deja de hacer eso —murmura Beathag cuando el hombre se aleja.

—¿El qué?

—Tocarte el vientre cada vez que alguien te mira.

Retiro la mano.

—Creí que daba credibilidad.

—Da la impresión de que intentas recordar dónde lo has puesto.

Una risa se me escapa antes de que pueda contenerla. Uno de los guardias carraspea detrás de nosotras. No sé si le molesta que me divierta o que no sea una viuda compungida.

Seguimos hasta la torre más próxima al mar. Desde allí se domina el camino que asciende desde el embarcadero, parte de la playa y las pendientes de brezo que rodean Dùn Mhoireasdan. Es el recorrido que han decidido que beneficia a mi estado sin ofrecerme

demasiadas oportunidades de fuga. Podría lanzarme desde la muralla, supongo, pero eso causaría problemas sucesorios y ahora todos sienten un interés conmovedor por mantenerme viva.

—Tengo un mes —digo.

Beathag deja de mirar las gaviotas.

—Tienes menos si no empiezas a mostrar síntomas pronto, más si consigues que nadie recuerde contar los días y toda una vida si el buen Dios decide hacer un milagro por una mentirosa.

—Siempre me ha parecido poco probable que esa sea su prioridad.

Mi sangrado terminó la mañana anterior al asesinato de Sorley y entonces nadie controlaba mi periodo, así que nadie lo sabe.

Durante unas semanas podré atribuir la falta de cambios a la brevedad del embarazo. Después llegará la fecha en que volveré a manchar los paños que Mairi examina y entonces ni su buena voluntad podrá salvarme.

Beathag se cruza la capa sobre el pecho.

—Sigo sin comprender cómo piensas sostenerlo.

—No necesito sostenerlo para siempre. Solo hasta descubrir quién puso veneno en el cordial de Sorley.

—¿En un mes?

—Preferí concederme un mes a permitir que me colgaran al amanecer. Me pareció una elección razonable.

—No he dicho que no fuera inteligente. He dicho que nadie termina de creérselo y que encontrar a un asesino antes de tu próximo sangrado puede ser complicado incluso para una mujer con tu admirable confianza en sí misma.

—No estás ayudando, Beathag.

—Ayudé cuando Mairi explicó que muchas mujeres no muestran señales durante los primeros meses. Ayudo ahora caminando junto a ti mientras finges que llevas dentro al heredero de un hombre al que apenas permitías tocarte.

Vuelvo la cabeza hacia los guardias. Caminan lo bastante lejos para no oír un murmullo, aunque uno de ellos parece esforzarse.

—Baja la voz.

—Yo bajaría las expectativas. Y empezaría a buscar una forma de quedarme embarazada de verdad.

Me detengo tan bruscamente que Beathag da dos pasos antes de advertirlo.

—¿Estás loca?

—Eso no es una respuesta. Es una observación tardía, aunque probable. Si llegas al final del embarazo y das a luz un varón, el consejo tendrá al heredero que lleva años esperando. Para entonces te habrán visto durante meses como su madre y sabrán que el niño te necesita. Puede que te perdonen la vida aunque nunca averigües quién mató a Sorley.

—Eso no pasará.

—Puede que sí. A sus ojos, ¿qué mujer mataría al padre del hijo que llevaba diecisiete años esperando? No necesitan tener la certeza de que eres inocente. Basta con que, cuando nazca, les resulte más conveniente conservar a su madre que ahorcar a una viuda.

Hasta ese momento he pensado en un embarazo verdadero como una manera de aplazar la horca, pero Beathag habla de evitarla, y la diferencia consigue que su propuesta resulte menos absurda de lo que debería.

—¿A quién se supone que debo elegir para semejante empresa? Neacal tiene una esposa capaz de partir leña con una mano y probablemente mi cráneo con la otra. El capitán de la guardia podría

haber engendrado a mi padre y escupe antes de contestar, lo que dificulta mucho imaginarlo en una situación que exija cierta proximidad. Fergus palideció al ver a Marsaili de parto y es posible que ni sepa cómo se concibe.

Beathag intenta mantener el gesto serio. Fracasa cuando añade:

—Queda el cocinero, pero su aliento conserva cada cebolla que ha conocido desde su nacimiento.

—Siempre fuiste exigente.

—Si pretendo engañar a todo el clan Morrison y atribuirle la criatura a un muerto. Quisiera conservar algún criterio.

Los guardias ya nos miran. Reanudamos el paseo con toda la respetabilidad que dos mujeres pueden reunir después de valorar la fertilidad del castillo.

Beathag se acerca más.

—Solo necesitas un hombre que se parezca a Sorley.

—Magnífico. Eso mata aún más mis ganas.

Su atención se desplaza hacia el camino. Primero creo que ha visto a alguno de los consejeros. Después distingo los caballos.

Seis jinetes ascienden desde el embarcadero. El viento agita sus capas y trae hasta la muralla el eco irregular de los cascos sobre la piedra. Uno cabalga ligeramente por delante de los demás, erguido, con los hombros anchos y el rostro vuelto hacia las torres.

Durante un instante indecente veo a Sorley regresando de la muerte. Luego el jinete levanta la cabeza y la diferencia aparece entera.

Mi marido ocupaba el espacio exigiendo que todos lo notaran. Broen parece capaz de adueñarse de él sin pedir nada.

Beathag suelta el aire a mi lado.

—Nuestras oraciones acaban de ser escuchadas.

La miro.

—Descarada bruja.

—Nadie mejor que él para ponerle a tu hijo la cara de Sorley.

—Estás completamente loca.

—La loca eres tú si desperdicias esta oportunidad. Necesitas un embarazo antes de que tu cuerpo te traicione y, por lo que he oído, Broen dejó encinta a su difunta esposa antes del matrimonio. Gemelos, además. El hombre parece eficiente.

Beathag sostiene mi mirada sin el menor rastro de vergüenza, lo que me obliga a aceptar que no está bromeando.

—Perfecto —murmuro—. Le diré: «Broen, lamento lo de tu esposa y tus hijos. Ya que has regresado, ¿podrías darme otro antes de que me ahorquen?». Seguro que acepta sin rechistar.

—Podrías formularlo con más encanto.

—¿Qué sabemos siquiera de él? Es un proscrito. Dicen que es peligroso, que lleva años robando a recaudadores y desafiando a medio reino. Además, después de lo que ocurrió, no me guarda precisamente afecto. Tal vez sea el primero en apretar la cuerda alrededor de mi cuello.

Los jinetes atraviesan la puerta exterior y desaparecen durante unos instantes bajo la bóveda.

El patio empieza a llenarse antes de que vuelvan a surgir al otro lado.

Los hombres que descargaban leña dejan los haces en el suelo. Dos criadas se asoman desde la galería. El capitán baja los escalones con tanta prisa que casi tropieza con su propia importancia.

La noticia corre por Dùn Mhoireasdan sin que nadie necesite pronunciarla.

El hermano del laird ha regresado.

Broen desmonta con un solo movimiento. Entrega las riendas al muchacho que se acerca a recibirlo, pero el gesto no tiene nada del hombre que vuelve a un lugar que también fue suyo. Parece un viajero dispuesto a marcharse en cuanto termine aquello que lo ha traído.

Los otros cinco desmontan detrás de él. Desde esta altura no distingo bien sus rostros, aunque ninguno tiene aspecto de criado. Incluso rodeado de hombres grandes, Broen sigue siendo el más alto y el más ancho de hombros. Uno le dice algo y él responde sin volver la cabeza. Otro recorre con la mirada las murallas, las ventanas y los hombres armados, demorándose en cada acceso el tiempo suficiente para que me pregunte si cuenta defensas o busca salidas.

—¿Cuál crees que es el más peligroso? —pregunto.

—Todos.

—Muy tranquilizador. El pelirrojo parece simpático.

—Eso solo significa que ocultará mejor el cuchillo.

Beathag se apoya junto a mí en el parapeto. Ya no bromea sobre la facilidad con la que Broen engendra gemelos. La llegada de seis hombres armados, vigilantes y demasiado cómodos en medio de una recepción hostil parece haber devuelto cierta sensatez a sus planes.

Broen habla con el capitán. No alcanzo a oír lo que dicen, pero sí veo cómo este se endereza y mira hacia la torre principal, donde varios miembros del consejo empiezan a reunirse para decidir quién posee autoridad suficiente para recibir al hermano desterrado del hombre que acaban de enterrar.

Entonces Broen alza la cabeza.

No busca al azar. Su mirada recorre primero la muralla, pasan por los guardias y se detienen en mí.

El aire lleva frío, pero el escalofrío que me baja por los brazos no tiene nada que ver con el viento.

Durante años he imaginado qué haría si volvía a verlo. En algunas versiones le pedía perdón. En otras fingía que apenas lo recordaba. Las más satisfactorias incluían una frase tan brillante que Broen comprendía de inmediato todo lo que nunca fui capaz de decirle y lamentaba haber pasado media vida odiándome.

Ahora estoy junto a una almena, acusada de asesinar a su hermano y fingiendo llevar un hijo suyo en el vientre.

La realidad siempre ha tenido poco respeto por mis preparativos.

Broen no saluda. Tampoco aparta la vista enseguida. Me observa durante unos segundos demasiado largos para ser indiferencia y demasiado fríos para que yo los confunda con afecto. Después el capitán reclama su atención y él se vuelve hacia el acceso principal.

Los hombres desaparecen dentro de la torre.

—Bueno —dice Beathag—. No te ha disparado desde el patio.

—Empiezo a creer que tus criterios sobre los hombres necesitan una revisión urgente.

—Solo digo que la conversación ha comenzado mejor de lo que temías.

—No ha comenzado.

—Te ha mirado.

—También miró las murallas. Quizá esté pensando en derribarlas.

—Confiemos en que prefiera empezar por tu vestido.

La miro con tanta lentitud como me permite la indignación.

—Voy a pedir que te encierren conmigo.

—Así podré ayudarte a elegir el momento adecuado.

Uno de los guardias tose detrás de nosotras. Esta vez no intenta fingir que se debe al frío.

Reanudamos el paseo.

La torre occidental queda a nuestra espalda y con ella el patio, aunque cada ruido procedente de abajo consigue que vuelva la cabeza.

Un portazo. Varias voces. Pasos en la escalera interior.

Broen ha regresado y de pronto todo el castillo parece demasiado pequeño para contener al mismo tiempo su presencia, mi mentira y tantos años de cosas que ninguno de los dos dijo cuando todavía podían servir para algo.

Damos otra vuelta completa al adarve.

Después una segunda.

—Quizá no venga a verte —dice Beathag al fin.

—No esperaba que lo hiciera.

La respuesta sale demasiado rápida. Ella tiene la delicadeza de no señalarlo.

Me detengo frente al mar y finjo interés por una embarcación que apenas se distingue entre la bruma.

Un mes.

Tengo un mes para encontrar al asesino de Sorley, convencer al consejo de mi inocencia o conseguir un embarazo que sostenga la mentira. Broen no forma parte de ninguno de esos planes porque, hasta hace unos minutos, solo existía como una posibilidad absurda en la boca de Beathag.

Ahora se encuentra dentro de Dùn Mhoireasdan.

Eso vuelve la posibilidad más absurda todavía.

La puerta del adarve se abre. El capitán aparece primero, seguido por Broen.

Visto de cerca, el parecido con Sorley me sobresalta antes de que pueda impedirlo. La línea de la nariz. La forma de la boca. Pero ahí termina.

El muchacho que recuerdo era alto. El hombre que avanza hacia mí es enorme. Supera al capitán casi en media cabeza y es mucho más ancho de hombros. La capa oscura, todavía húmeda por el viaje, no consigue ocultar la masa de músculo del pecho y los brazos.

Lleva el cabello más largo, la barba espesa y un parche de cuero negro sobre un ojo que hace que el verde del otro parezca más directo, más feroz.

Todo cuanto en Sorley resultaba mezquino o desagradable ha cambiado de naturaleza en su hermano.

El resultado es fiero, oscuro y... hermoso.

El capitán se dirige a los guardias.

—Lady Morrison regresará a sus aposentos después de esta conversación.

—¿Qué conversación? —pregunto.

Broen se detiene a unos pasos de mí. Su mirada pasa por mi cara, baja hacia mi vientre y regresa sin revelar qué ha pensado al encontrar mi mano apoyada allí.

Ni siquiera recordaba haberla colocado.

Beathag me aprieta los dedos antes de soltarlos.

—Estaré junto a la escalera.

—Tú te quedas —digo, aunque es más una súplica.

—No —interviene Broen con una serenidad que consigue irritarme antes de que hayamos intercambiado tres frases—. Quiero hablar contigo a solas.

El capitán vacila.

—Está acusada de envenenar al laird.

Broen lo mira.

—Si consigue matarme, habréis obtenido una prueba más convincente que cualquiera de las que habéis reunido contra ella.

No sonrío. Beathag sí, aunque intenta ocultarlo al volverse hacia la escalera.

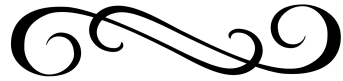
Los guardias se alejan con el capitán.

Broen espera hasta que Beathag cruza la puerta.

Después vuelve hacia mí toda su atención.

—¿Has sido tú? ¿Has matado a Sorley?

Capítulo 3



«Caitlin»

Dieciséis años separados y esa es la primera pregunta que decide hacerme.

Durante un instante, la parte más absurda de mí se ofende. Había imaginado reproches, desprecio, quizá alguna observación sobre cuánto he cambiado. Incluso una frase cruel habría exigido que me mirara antes de condenarme.

Broen se limita a esperar frente al parapeto, vestido por entero de negro y con la capa sujeta al hombro por un broche en forma de cuervo.

—No —respondo—. No maté a tu hermano.

Su expresión no cambia. Ni alivio ni sorpresa. Quizá esperaba una confesión más interesante después de cruzar media Escocia.

—Eso dicen casi todos los acusados —replica.

—Imagino. Las personas enfadadas suelen tener bastante conversación.

—No siempre —dice él—. Yo estuve muy enfadado y no dije una palabra.

Ahí está.

La primera incisión llega con tanta calma que casi podría confundirse con una observación. Broen no alza la voz ni hace ademán de acercarse. Todo muy tranquilizador, salvo por la forma en que ocupa el adarve.

Incluso quieto da la impresión de contener movimiento, la clase de fuerza que no necesita demostrar nada porque ya ha sobrevivido a quien intentó quebrarla.

Sorley odiaba eso.

De niños los obligaban a pelear con varas de madera y después se sorprendían cuando Broen ganaba. Cambiaban las reglas, le daban el arma peor, lo hacían empezar de rodillas o con una mano atada. Él seguía siendo más rápido. Con el arco acertaba antes de que Sorley terminara de tensar. Con la espada encontraba huecos que los demás ni siquiera veían.

La solución de su padre fue sencilla. Si no podían hacerlo menos hábil, podían hacerlo menos adecuado.

A Sorley le dieron maestros. A Broen, caballos que domar, patrullas en invierno y todas las tareas que mantenían lejos a un segundo hijo demasiado parecido al primero. Aprendió a pelear antes que a leer.

Su padre pudo mantenerlo lejos de los libros, pero no enseñarle a pensar peor. Broen observaba, razonaba y esperaba hasta que los demás acababan revelándole lo que querían ocultar. Quizá por eso me examina ahora con esa paciencia, convencido de que conmigo ocurrirá lo mismo.

—Si has venido para escuchar una confesión, lamentaré decepcionarte —digo.

—No he venido por ti —responde Broen.

La respuesta debería aliviarme. En cambio, encuentra un lugar blando y se queda allí.

—Sorley me escribió —añade—. Quería que volviera.

—Eso no parece propio de él —observo.

—Por fin coincidimos en algo —dice, sin que el acuerdo le altere el gesto.

Me acerco un paso, más por frío que por valentía, aunque él no tiene por qué saberlo.

—¿Qué decía la carta? —pregunto.

—Lo suficiente para traerme hasta aquí —responde Broen, volviendo la mirada hacia el mar—. No lo suficiente para explicar por qué murió antes de que llegara. Puede que sospechara que algo iba mal.

—Sorley sospechaba de todo el mundo —digo, sin suavizar el desprecio—. Era su forma de sentirse inteligente.

La mirada de Broen se detiene en mí y el silencio que sigue dura un instante más de lo normal. Lo he sorprendido. Quizá esperaba que defendiera a Sorley o que, al menos, suavizara la frase por respeto al hombre cuyo hijo afirmo llevar. Debe de recordar que acepté aquel matrimonio sin protestar. Todavía no sabe qué ocurrió después de que se cerraran las puertas.

—¿Qué había en el cordial? —pregunta al fin.

—Corteza de sauce, miel y unas gotas de tintura de beleño —enumero—. Sorley llevaba semanas tomando la misma preparación para el dolor de cabeza. No era una receta secreta. Guardaba la tintura con el resto de los remedios, en mis aposentos, y podían llegar hasta ella las criadas o cualquiera a quien Sorley enviara. También él, cuando le apetecía recordar que tenía una esposa.

La última frase sale antes de que pueda detenerla.

Broen baja la mirada hacia mis manos. Las tengo cerradas sobre la capa, demasiado tensas. Aflojo los dedos.

—¿Qué ocurría entre vosotros cuando se cerraba la puerta? —pregunta sin apartar los ojos de mis manos.

La pregunta se acerca demasiado a cosas que no pienso entregarle.

—¿Necesitas saberlo para decidir si soy culpable? —replico.

—Necesito saber si podías desear su muerte.

—Parece que ya has decidido que sí.

Se aparta del parapeto y se vuelve completamente hacia mí. El viento levanta el pliegue del tartán que lleva cruzado sobre el hombro y deja ver el jubón negro de cuero, ajustado sobre la camisa de lino. Debajo lleva espada, daga y la naturalidad de un hombre que ha pasado años necesitando ambas.

—Tengo una esposa humillada durante años —enumera Broen—, un laird envenenado con un remedio preparado por ella y varios testigos dispuestos a jurar que preferiste atender a una mujer desconocida antes que obedecer tres órdenes de regresar.

—Marsaili no es una desconocida —lo interrumpo.

—Eso no mejora tu situación —replica.

—Mejora la suya —insisto—. Seguía viva cuando me arrestaron.

Broen guarda silencio. Esta vez no parece vacío. Algo se mueve detrás de su rostro, una valoración que no me concede.

—También murió el niño —añado, porque me molesta que reduzca aquella noche a una ausencia durante la cena—. Llegué a Dùn Mhoireasdan con sangre en el vestido que no era de Sorley y, aun así, decidieron que la única muerte importante era la suya.

—La muerte de un laird siempre importa más de lo que merece —dice Broen al fin.

—Ten cuidado —le advierto—. Podrían confundirte con un proscrito.

—Sería incómodo a estas alturas —responde.

Casi sonrío. El gesto apenas llega a formarse cuando recuerdo quién está delante y cuánto puede costarme que crea que intento recuperar una intimidad inexistente.

Broen lo ve de todos modos.

Su ojo se demora un momento en mi boca y después vuelve a endurecerse.

Lleva dos dedos al borde del parche, lo ajusta sin retirarlo.

El gesto debería humanizarlo. Solo consigue recordar que el hombre al que conocí ha pasado años sobreviviendo a cosas que desconozco.

—No he perdido el ojo —dice.

Aparto la vista con la rapidez culpable de quien ha sido sorprendida leyendo una carta ajena.

—No había preguntado.

—Llevas varios minutos haciéndolo sin abrir la boca. Resulta inquietante.

—Solo intentaba averiguar si el parche forma parte de esa apariencia peligrosa que has cultivado. La barba quizá no bastaba.

No sonrío, aunque una comisura se mueve, como si hubiera olvidado durante un instante que está enfadado conmigo.

—Una hoja me alcanzó durante una pelea. El ojo sigue ahí. La luz intensa le molesta y a veces el parche evita que termine con dolor de cabeza, aunque no siempre lo llevo.

Lo dice con la misma naturalidad con que otro hombre mencionaría una rama baja. Miro la cicatriz que desaparece bajo el borde del cuero y después las manos apoyadas sobre la piedra. No necesito conocer el resto para comprender que ha omitido casi todo.

—Dime por qué no huiste —dice con sequedad.

Lo miro, convencida de que debo de haber entendido mal.

—¿Adónde? —pregunto, incrédula.

—Siempre fuiste buena encontrando salidas cuando no querías enfrentarte a algo.

La frase me alcanza entera. No necesito preguntar a qué se refiere. Tampoco pienso ofrecerle la satisfacción de verme retroceder.

—Tenía a dos guardias delante de la puerta y a medio consejo esperando que cometiera un error. Además, huir me habría hecho parecer culpable.

—Mentir también —replica con calma.

Mi mano regresa al vientre antes de que pueda impedírselo.

Broen sigue el movimiento.

Ahora sí cambia algo en su expresión. No mucho. Una pausa, la mandíbula más firme, el ojo visible recorriendo mi cuerpo con una incredulidad tan desnuda que casi resulta ofensiva.

—Dicen que estás embarazada —pronuncia en voz más baja.

—Eso dicen —contesto, fingiendo una indiferencia que no consigue engañarnos a ninguno.

Broen da un paso hacia mí.

—Te he preguntado si es verdad —insiste.

—¿Y si digo que sí?

Broen tarda en responder. El ojo visible se estrecha y, por primera vez desde que ha subido al adarve, algo rompe la frialdad de su rostro.

—Entonces mi hermano no era el único hombre que entraba en tu alcoba, Caitlin —dice, y la hostilidad con la que pronuncia mi nombre me deja fría—. Sorley tuvo amantes durante años. Ni una sola apareció por esta puerta con un bastardo en brazos.

El viento me enfría la humedad de las palmas. Podría sostener la mentira, pero él ya sabe que no digo la verdad. Lo comprendo por la manera en que espera, atento a la nueva mentira que estoy a punto de ofrecerle.

—No estoy embarazada.

Decirlo en voz alta produce una extraña sensación de caída. La mentira ha ocupado tanto espacio durante los últimos días que confesarla debería aliviarme. En cambio, me deja expuesta frente al único hombre del castillo que tiene motivos para odiarme y poder suficiente para destruirme con una frase.

Broen no se mueve.

—¿Vas a entregarme tú mismo? —pregunto—. Los guardias están cerca. No tendrás que molestarte en arrastrarme mucho.

Su mirada se desplaza hacia la escalera. El capitán permanece junto a la puerta con Beathag y los dos hombres armados. Ninguno puede oírnos, pero todos observan.

—¿Quién más lo sabe?

—Beathag —respondo enseguida.

—No te he preguntado quién te ayuda a mentir. He preguntado quién conoce la verdad.

—Mairi lo sospecha. Quizá lo sepa. No le pedí una confesión formal mientras examinaba mis paños.

La boca de Broen se endurece. No sé si por el comentario o por la facilidad con la que he convertido mi condena en una broma. A

veces el humor es lo único que impide que el miedo encuentre una salida menos digna.

—¿Por qué mentiste?

—Para ganar tiempo —respondo, agotada de justificar lo único que me ha mantenido con vida.

—Eso ya lo veo.

Acabo de entregarle una verdad capaz de llevarme a la horca, pero para él apenas hemos empezado.

—Entonces puedes ahorrarme el interrogatorio.

Broen da otro paso. No llega a tocarme, pero la distancia se reduce hasta que debo levantar la cara para sostenerle la mirada. Sorley también utilizaba su cuerpo para intimidar. Con él siempre había esfuerzo, una necesidad infantil de comprobar que los demás lo notaban.

Broen no parece intentarlo.

Eso resulta bastante peor.

—Has inventado un heredero —dice—. Has obligado al consejo a mantenerte viva y has colocado a todo el clan en espera. Quiero saber qué pensabas hacer cuando el vientre siguiera plano.

—Descubrir quién asesinó a Sorley antes de que eso ocurriera.

—¿En cuánto tiempo? ¿Un mes a lo sumo?

—Beathag ya me ha ofrecido esa misma dosis de entusiasmo. Empiezo a pensar que deberíais fundar un consejo propio.

El sarcasmo no lo mueve.

—¿Y si no lo encuentras?

La pregunta atraviesa la poca ligereza que me quedaba.

—Entonces moriré dentro de un mes en lugar de haber muerto hace cuatro días. Mi vida no bastó para detenerlos, Broen. Tuve que inventar otra dentro de mí.

Broen me observa en silencio. El viento levanta un mechón de mi cabello y lo pega contra mis labios. Lo aparto con dedos torpes, enfadada porque mi cuerpo elige ese momento para recordarme que sigo siendo una mujer ante él y no solo una acusada defendiendo una mentira.

—Fue lo único que se me ocurrió —añado—. Estaban decidiendo cuánto tardarían en juzgarme sin llamarlo juicio. Nadie buscaba al asesino. Ya me habían elegido. Así que les di una razón para esperar.

—Les diste un heredero.

La forma en que lo dice hace que algo encaje.

Su regreso. La carta de Sorley. La silla vacía en el salón. Un hermano muerto sin descendencia legítima y el gemelo desterrado cruzando el mar justo cuando todo el clan necesita un nuevo laird.

—Ah.

Broen no pregunta qué he comprendido. Quizá porque ya lo sabe.

—Crees que he inventado un hijo para impedir que reclames Dùn Mhoireasdan.

—No he dicho eso.

—No hacía falta. Si Sorley murió sin heredero, el derecho vuelve a ti. Mi embarazo te deja esperando durante meses y, si nace un niño, te aparta por completo.

El ojo visible de Broen permanece fijo en mí. Ni confirma ni niega. Solo escucha con esa quietud suya que obliga a los demás a llenar el espacio y después lamentarlo.

—¿Has venido por eso? —pregunto—. ¿Por el título?

Una gaviota grita sobre las almenas. Broen vuelve la cara hacia el patio, donde sus hombres esperan separados del resto. Incluso desde aquí se nota que no han entregado las armas.

—He venido porque Sorley me llamó.

—Eso tampoco responde.

—No todas las preguntas merecen una respuesta solo porque tú hayas decidido formularlas.

La irritación llega con una fuerza casi agradecida. Es más manejable que el miedo.

—Sigues siendo encantador.

—Nunca te gustó que no hiciera lo que esperabas.

La frase abre una puerta que ninguno de los dos debería cruzar todavía. Lo veo en la tensión breve de su mandíbula y en la forma en que aparta la mano del parapeto. También lo siento en mi propio cuerpo, en ese impulso absurdo de defender a la muchacha que fui y explicarle decisiones que lleva todo este tiempo juzgando sin conocerlas.

Broen no me concede la oportunidad.

—¿Qué has averiguado sobre el veneno?

—Muy poco —admito, incapaz de ocultar la frustración—. Me mantienen encerrada, vigilan cada paso que doy y han decidido que el supuesto hijo de Sorley necesita aire, pero su viuda no necesita respuestas.

—Entonces cuéntame qué ocurrió con el cordial desde que lo preparaste.

—Lo hice antes de la cena, igual que durante las últimas semanas, y lo dejé listo para que lo llevaran al salón. Después Beathag y yo fuimos a visitar a Marsaili para asegurarnos de que ella y los suyos comían. Marsaili se puso de parto mientras estábamos allí. Cuando

regresé, Sorley había muerto. No sé quién recogió la jarra ni quién llenó su copa, y nadie me ha permitido averiguarlo.

—El veneno pudo añadirse después de que te marcharas.

—Eso llevo diciendo desde que me arrestaron.

Broen inclina apenas la cabeza.

—Decirlo no basta.

—Gracias. Temía que fueras a facilitarme las cosas por afecto a los viejos tiempos.

Su mirada vuelve a mi vientre.

—Tendrás que seguir mintiendo.

La afirmación me sorprende lo bastante para dejarme sin respuesta.

—¿No vas a decirles la verdad?

—Todavía no. Si revelo la mentira, te colgarán y quien puso el veneno podrá dejar de preocuparse.

—Qué alivio. Siempre soñé con que mi vida dependiera de un «todavía».

Broen se vuelve hacia la puerta del adarve.

—A partir de ahora no mientas sin avisarme.

—Perdona, ¿acabas de incluirte en mi mentira?

Se detiene, pero no mira atrás.

—He dicho que no vuelvas a sorprenderme. No confundas eso con ayuda.

Da un paso hacia la puerta.

—Ya que quieres evitar sorpresas, Beathag cree que la mentira sería más fácil de sostener si dejara de serlo.

Broen se detiene.

Durante unos segundos contemplo su espalda y me arrepiento de haber abierto la boca y también de haber conocido a Beathag, de confiar en ella y de permitirle pensar con tanta libertad acerca de mi vientre.

—¿Qué significa eso? —pregunta sin volverse.

—Exactamente lo que parece. En menos de un mes volveré a sangrar y Mairi no podrá seguir inventando razones para que no me ahorquen. Beathag opina que debería quedarme embarazada antes de que ocurra.

Ahora sí se gira.

La falta de expresión de su rostro resulta más inquietante que el enfado.

—¿Y ya habéis elegido al hombre?

—Hemos revisado las posibilidades del castillo. Ha sido una conversación corta y bastante desalentadora.

No le hace gracia. Su mirada permanece fija en mí, esperando la parte que todavía no he dicho.

Me froto el pulgar contra la costura de la capa.

—Tendría que parecerse a Sorley.

La comprensión no llega poco a poco. Aparece entera y endurece algo en su rostro.

—No.

—No te lo estaba pidiendo.

—Entonces procura no hacerlo.

La hostilidad de la respuesta me eriza la piel. No hay vacilación, ni incomodidad ante una propuesta indecente que todavía no he

formulado. Hay algo más antiguo. Algo que convierte mi necesidad en una ofensa incluso antes de que pueda explicarla.

—Era una idea de Beathag —digo, odiando que la aclaración suene tan próxima a una disculpa—. Una idea absurda.

—Por una vez estamos de acuerdo.

—No hace falta que parezcas tan preocupado. Aún conservo suficiente orgullo para no perseguir a un hombre por el castillo suplicándole que me haga un hijo.

Broen me observa durante un momento demasiado largo.

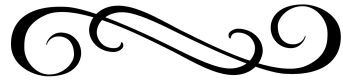
—Perder tu orgullo nunca fue tu problema, Caitlin.

La frase llega cargada con todo lo que dejamos sin decir y no pienso abrirlo en mitad del adarve.

Él tampoco espera una respuesta. Cruza la puerta y baja la escalera sin mirar atrás.

Me quedo frente al mar con las manos heladas, una mentira imposible dentro del vestido y la desagradable certeza de que Beathag no va a abandonar su idea solo porque Broen ya la haya rechazado por los dos.

Capítulo 4



«Broen»

Finn entra por la ventana con tres pliegos bajo la camisa y una indignación que parece pesarle más que el cuerpo.

—Los Morrison han perdido el respeto por el oficio de ladrón — anuncia mientras deja una bota sobre el alféizar—. Guardan sus documentos en un arcón con cerradura.

Torren levanta la vista desde el banco donde intenta reparar una correa.

—Una crueldad.

—La llave estaba colgada en la pared de al lado.

—Retiro lo dicho. Son imbéciles.

Finn se descuelga dentro de la estancia y cierra la contraventana antes de que el viento apague las velas.

Nos han instalado en una antigua cámara para invitados junto a la torre norte, grande para seis hombres y pequeña para todas las armas que el consejo preferiría haber dejado fuera.

Hay cuatro camas, un jergón, una mesa coja y un tapiz donde un ciervo parece arrepentido de haber nacido.

Darian ocupa la única silla con respaldo. Altair ha extendido sobre la mesa el libro de leyes del clan, dos registros de cuentas y una jarra de vino que nadie ha probado todavía. Colum se calienta las manos junto al brasero. Yo permanezco cerca de la puerta porque el tiempo fuera de este lugar no ha conseguido quitarme la costumbre de saber cómo salir.

Finn saca los pliegos de la camisa.

—Órdenes de pago, compras y una lista de provisiones que confirma algo grave.

Altair extiende la mano.

—¿Qué?

—Sorley compraba un vino espantoso y carísimo.

—La muerte empieza a parecer misericordiosa para él —murmura Torren.

La correa deja de crujir entre sus dedos. Alza la vista hacia mí y espera, atento a si ha cruzado un límite.

Ninguno espera verme compungido por la muerte de Sorley. Mi hermano llevaba años procurando que nadie pudiera estarlo.

Aun así, una parte de mí lamenta al muchacho que fue. No merece que lo defienda ni que la muerte le conceda virtudes que nunca tuvo, pero hubo un tiempo en que ser su hermano no dolía.

Torren comprende que no voy a reprenderlo y vuelve a la correa.

Darian me mira.

—El consejo quiere saber si aceptarás el mando mientras se resuelve la sucesión.

Mientras se resuelve la sucesión.

La frase deja a Caitlin reducida a un vientre vigilado y a mí sentado provisionalmente en la silla de Sorley. Imagino el salón, las cabezas inclinadas, los mismos hombres que lo ayudaron a desterrarme explicando ahora que la sangre vuelve a convertirme en una opción conveniente.

Altair hojea uno de los pliegos robados.

—La situación les incomoda. Una viuda acusada, un posible heredero y el hermano del laird regresando con cuatro hombres armados tienden a estropear una semana tranquila.

—Cinco —corrige Finn—. Yo también cuento aunque entre por las ventanas.

—Precisamente por eso a veces te excluyo.

Colum se aparta del brasero y toma uno de los bancos.

—La gente del castillo da por cierto el embarazo. O prefiere comportarse como si lo fuera. La diferencia importa poco mientras mantenga con vida a su señora. La aprecian.

Mantengo la vista en la llama de una vela.

Caitlin me confesó la verdad con una mano apoyada sobre el vientre y el miedo escondido detrás de una broma. La imagen vuelve con más facilidad de la que merece.

—¿Qué dicen de ella? —pregunto.

Colum me observa apenas un instante antes de responder. Tiene el talento irritante de escuchar también aquello que uno intenta dejar fuera de una pregunta.

—Las criadas aseguran que conocía por su nombre a media isla y que Sorley detestaba esa costumbre porque la gente acudía a ella antes que a él. También he oído que llevaban años sin compartir aposentos.

Finn deja de colocar papeles.

Darian no mueve una ceja, pero la habitación se vuelve más atenta.

—Los rumores sobre un matrimonio suelen mejorar con vino —digo.

—Estos aparecieron antes de servirlo —responde Colum—. Sorley hablaba demasiado de su esposa. Ella, por lo visto, hablaba muy poco de él.

Eso se parece a Caitlin y, al mismo tiempo, a una mujer que desconozco.

Torren abandona la correa y apoya los antebrazos sobre las rodillas.

—La jarra salió de la cocina por la tarde. Una criada la llevó a la despensa pequeña junto al salón y permaneció allí hasta la cena. El servicio entró y salió durante horas. Pudo tocarla cualquiera que supiera qué contenía.

—¿Quién sabía que era para Sorley? —pregunta Darian.

—Todo el que hubiera trabajado aquí más de una semana —responde Torren—. Tomaba el mismo cordial casi cada noche.

Altair levanta la mirada del registro.

—La acusación necesita intención y oportunidad. La intención se la han construido con las humillaciones públicas y un trato de Sorley hacia su esposa... poco amable que todos conocían. La oportunidad resulta más difícil porque Caitlin estaba lejos cuando sirvieron la copa.

—Podía haber añadido el veneno antes de marcharse —señala Finn, sin humor esta vez.

—También podía hacerlo la criada, el cocinero, cualquiera de los invitados o el hombre que vertió el cordial —replica Altair.

Darian gira la jarra entre las manos sin beber.

—El consejo ya ha elegido la versión que mantiene el castillo en pie. La esposa resentida mata al laird. Una historia limpia.

—Las historias limpias suelen ocultar la sangre debajo de la mesa — dice Colum.

—Y nadie se pone de acuerdo sobre quién la llevó desde la despensa hasta la mesa —añade Finn—. He hablado con el mozo que retiró la cena. Recuerda que Sorley bebió, pero nadie más probó el cordial. Después de su muerte, alguien mandó vaciar la jarra.

—¿Quién? —pregunta Darian.

—Cada hombre al que interrogo acusa al que estaba a su lado. El mozo solo recuerda que varias personas gritaban y que obedeció a la primera voz que pareció tener autoridad.

Torren deja la correa sobre el banco.

—Han destruido lo único que podía decirnos si el veneno estaba en la jarra o únicamente en la copa.

Darian dirige la mirada hacia mí.

—¿Qué te contó Caitlin?

El silencio dura menos de un latido, aunque Finn tiene tiempo de dejar de sonreír.

—Lo mismo que ha repetido al consejo. Preparó el cordial, salió para atender a una mujer y regresó cuando Sorley ya había muerto.

He limitado la respuesta a la muerte y he dejado fuera todo lo demás. Darian reconoce la frontera que acabo de trazar, pero no intenta cruzarla delante de los otros.

—¿La crees?

La pregunta de Darian carece de suavidad. Entre nosotros nunca ha hecho falta.

Recuerdo la voz de Caitlin al hablar del niño muerto y la manera en que defendió a Marsaili antes que a sí misma. También recuerdo

mucho tiempo atrás ese silencio que nos separó y una puerta que se cerró cuando aún esperaba que ella la detuviera.

—Creo que la acusación es demasiado cómoda.

Darian acepta la respuesta sin confundirla con una certeza.

Altair dobla uno de los documentos.

—Mientras exista la posibilidad de un heredero, Caitlin seguirá viva. El consejo puede vigilarla, limitar sus movimientos y esperar. Una ejecución precipitada pondría en riesgo los derechos del niño y dividiría al clan.

—Entonces el embarazo la protege —dice Torren.

—También la convierte en el centro de la sucesión —responde Altair—. Cada hombre con interés en Dùn Mhoireasdan tendrá un motivo para observarla.

El niño no existe y yo dejo que sigan hablando de él. Es la primera decisión que tomo acerca de Caitlin antes de haber aceptado ninguna autoridad sobre el clan.

Finn se deja caer sobre el jergón.

—Maravilloso. Asesinato, herencias y un castillo donde cualquiera puede oírte respirar a través de las paredes. Empiezo a sentirme en casa.

—Procura sentirte fuera de los arcones —le advierte Darian.

—Jamás prometo cosas contra mi naturaleza.

Darian apoya los codos sobre las rodillas.

—Mañana hablaré otra vez con el consejo. Altair revisará las normas de sucesión. Colum seguirá escuchando. Torren recorrerá el servicio de la cena con alguien que sepa distinguir una despensa de una capilla.

—Solo ocurrió una vez —protesta Torren—. Ambas estaban oscuras y olían a culpa.

Finn mira los documentos que aún conserva.

—¿Y yo?

—Devuelve lo que has robado.

Su expresión ofendida casi merece una disculpa.

—Darian, esperaba más de ti.

—Devuélvelo después de copiarlo.

Finn recupera la alegría.

Los demás empiezan a repartirse camas, mantas y turnos de vigilancia. Darian permanece sentado mientras yo miro la oscuridad detrás de la ventana.

—Aceptar el mando te permitiría controlar la investigación —dice cuando las otras voces se mezclan al fondo—. También convertiría cada decisión sobre Caitlin en algo personal, aunque nadie sepa por qué.

Vuelvo la cabeza.

—Nadie sabe nada.

—Yo tampoco.

La calma con que lo admite resulta más peligrosa que una pregunta.

Darian se levanta y toma la jarra.

—Procura que siga así hasta que tú mismo sepas qué estás haciendo.

Bebe un trago, hace una mueca y se la entrega a Finn.

—El vino era aún peor de lo que decían.

Finn prueba y escupe de nuevo dentro.

—Al fin una pista verdadera.

Vuelve a beber por puro afán científico. Su segunda mueca confirma la primera, aunque esta vez se traga el vino.

—Acabo de recordar que he bebido cosas peores.

—Como agua de lluvia dentro de una bota —dice Colum.

Torren le quita la jarra antes de que continúe investigando y la deja en el alféizar, lejos de cualquiera que todavía conserve el gusto. Altair recoge los pliegos y empieza a copiar las anotaciones que pueden servirnos. Finn tendrá que devolver los originales al arcón antes de que alguien descubra que faltan.

Finn se asoma por encima de su hombro. Ha elegido bien. El dinero cuenta qué ocurría mucho antes de que mi hermano bebiera el cordial.

—Has puesto «tres barriles de vino francés». Eran cuatro.

—El cuarto se compró para la festividad de San Columba.

—Sigue siendo vino.

—También tú sigues siendo una persona y a veces cuesta recordarlo.

Torren suelta una carcajada. Finn se lleva una mano al pecho y retrocede hasta chocar con el jergón.

—Esto es lo que recibo después de arriesgar la vida por la verdad.

—Has abierto un arcón con la llave que estaba al lado —le recuerda Colum.

—La facilidad del peligro jamás le resta dignidad.

Darian deja que continúen mientras observa cómo Altair copia las cuentas. Con él, el silencio rara vez significa descanso. Está colocando a cada hombre, cada dato y cada riesgo en un lugar que

solo él conoce. Fue esa forma de pensar la que mantuvo vivos a los MacNeish cuando otros habrían intentado salvar el orgullo antes que a la gente.

Sorley hacía lo contrario.

Mi hermano habría sacrificado a medio clan para que la otra mitad alabara su firmeza.

El parecido entre nuestros rostros nunca evitó que fuéramos hombres distintos. Aun así, mañana varios ancianos me mirarán esperando encontrar una versión de él.

Altair recorre varias líneas con el dedo.

—Las rentas de otoño apenas cubrieron la mitad de lo previsto. Hay familias que pagaron en lana, pescado seco y jornadas de trabajo porque carecían de grano. Otras acumulan dos entregas pendientes.

—La cosecha fue desastrosa —añade Colum—. En las cocinas mezclan la avena con cebada vieja para que dure hasta la primavera. La harina buena se reserva para los niños pequeños, los enfermos y la mesa del consejo.

Finn mira la jarra.

—El consejo conserva una admirable capacidad para no compartir las desgracias.

Darian acerca el libro hacia la vela. Incluso él, acostumbrado a estudiar cuentas después de años de saqueos, tarda unos segundos en hablar.

—¿Cuánto queda en las arcas?

Altair consulta las últimas páginas.

—Al ritmo actual, pueden pagar a los hombres durante algunas semanas. Menos si compran semillas, reparan las embarcaciones o pierden más ganado.

Torren abandona la correa que tenía entre las manos.

—Los registros cuentan ciento catorce reses. En los cercados hay setenta y ocho, incluidos seis terneros que apenas se mantienen en pie. Los mozos aseguran que los MacAulay se llevaron treinta y dos durante el otoño y que recuperaron doce.

—Quedan varias sin explicar —dice Darian.

—Eso parece.

Miro la cifra escrita junto al margen. Han cambiado los hombres, pero no la isla.

—Los robos de ganado entre los Morrison y los MacAulay son anteriores a cualquiera de nosotros. Uig está lo bastante cerca para entrar por el oeste y lo bastante lejos para que perseguirlos cueste hombres, caballos y varios días de comida. Cuando los Morrison recuperan una parte, suelen llevarse algo más para compensar la ofensa. Después los MacAulay consideran que existe una deuda nueva.

—Un sistema eficiente —comenta Finn—. Nadie llega a quedarse sin enemigos.

—En Lewis una vaca rara vez es solo alimento —continúo—. Puede pagar una boda, reparar una muerte o comprar una tregua. Robarla significa quitarle riqueza a una familia y recordar al resto que sus tierras pueden cruzarse sin permiso. La necesidad inicia muchas incursiones. El orgullo se ocupa de mantenerlas vivas.

Altair señala otra columna.

—Los MacLeod también han exigido una contribución extraordinaria por proteger las rutas de pesca.

Torren apoya la espalda en la pared.

—¿Protegerlas de quién?

—Depende del año —respondo—. Piratas, barcos de otros clanes o los propios hombres de los MacLeod cuando una familia tarda demasiado en pagar. Ser señor de una isla permite crear el peligro y cobrar por contenerlo.

Darian conoce bien esa clase de protección. Su mirada baja hacia las cantidades que Sorley debía entregar en primavera.

—Aceptarán ganado, derechos de pesca o tierras.

—Y cada pago debilitará más a los Morrison —dice Colum.

—Así ha funcionado siempre —explico—. Los MacLeod permiten que los clanes conserven sus disputas, sus jefes y sus cargos mientras sigan pagando y ninguno reúna fuerza suficiente para desafiarlos. Cuando una familia se debilita, la ayudan a sobrevivir. Cuando crece demasiado, recuerdan a sus vecinos todas las razones que tienen para odiarla.

Finn dobla una esquina del pliego hasta que Altair le aparta la mano.

—Una isla llena de hombres que se roban ganado mientras otro cobra por arbitrar la pelea.

—Para eso vosotros sois los breves —dice Altair.

—Por pura necesidad —corrijo.

Torren vuelve la mirada hacia mí.

—Se habla del cargo como si el breve fuera juez, jefe y memoria de la isla al mismo tiempo.

—Y lo es, además de un cargo hereditario solo Morrison. El breve debe conocer genealogías, límites, acuerdos y compensaciones antiguas. Cuando dos familias discuten por una tierra, una boda o una muerte, decide qué juramento sigue obligándolas. En una isla donde cada hombre recuerda la herida que recibió su abuelo, alguien tiene que recordar también cuánto se pagó por ella.

Altair cierra el registro para escucharme.

—¿Y los otros clanes aceptan la sentencia de un Morrison?

—Sí. La autoridad del breve no puede ponerse en duda. Incluso cuando lo hereda alguien como Sorley.

Finn mira las cifras y después a mí.

—Sorley recibió ese honor y aun así dejó el clan sin grano, con reses desaparecidas y una deuda que los MacLeod cobrarán en primavera.

Eso sí puedo juzgarlo.

Sorley siempre supo repartir el hambre lejos de su propia mesa.

Altair termina la última línea y sopla sobre la tinta.

Darian extiende la mano.

Finn contempla los documentos, después la mano y finalmente el rostro de Darian. La resistencia le dura lo que tarda en recordar que aprecia conservar todos los dedos.

—Los devolveré.

—Esta noche.

—Qué poca confianza.

—La necesaria para conocerte bien.

Finn esconde los pliegos otra vez bajo la camisa y se dirige hacia la ventana. Colum le alcanza la capa antes de que saque una pierna.

—Usa la puerta.

—Hay guardias en el corredor.

—Precisamente.

—Colum, algunas personas nacemos con una reputación. Conviene cuidarla.

Desaparece por la ventana. Un instante después oímos un golpe, una maldición y su voz anunciando desde abajo que todo forma parte del plan.

Torren se levanta para comprobar que sigue entero. Altair se lleva los registros a una de las camas y Colum decide acompañar a Finn, quizá para impedir que devuelva tres documentos y regrese con siete.

El rincón junto a la mesa se vacía poco a poco hasta dejarnos a Darian y a mí junto al brasero.

Él permanece sentado.

Yo sigo de pie.

—Vas a aceptar —dice.

—Todavía estoy pensando.

—Llevas desde esta tarde pensando con la misma cara. Empieza a parecer una decisión.

Me acerco a la mesa y recojo una lista de nombres. Conozco a varios. Hombres que envejecieron junto a Sorley, familias que debían favores a nuestro padre, consejeros que me vieron marchar y encontraron más prudente mirar hacia otro lado.

—Aceptar me obliga a sentarme con los mismos hombres que apoyaron mi destierro —digo.

—Rechazar les permite elegir a otro mientras tú investigas desde un cuarto de invitados.

Doblo el documento.

—Podría obligarlos a escuchar sin sentarme en la silla de Sorley.

—Podrías. Después gastarías el doble de tiempo, amenazarías al triple de hombres y Finn acabaría robando el sello del clan para simplificar el proceso.

Desde el patio llega otra maldición. Darian ladea la cabeza.

—Quizá ya lo haya hecho.

Dejo la lista sobre la mesa.

—El consejo quiere utilizarme.

—Eso ocurre con casi todos los consejos. La diferencia está en cuánto piensas utilizarlos tú.

Darian apoya las manos sobre los brazos de la silla. La luz del brasero acentúa las marcas de cansancio alrededor de sus ojos. Ha cruzado hasta Lewis por mí, ha entrado en un castillo que pertenece a otro clan y mañana se enfrentará a hombres que podrían considerar nuestra presencia una amenaza. Aun así, habla como si acompañar a un amigo hacia su pasado fuera otra obligación sencilla.

—Aceptar el mando mantendría abierta la investigación —digo—. También dejaría a Caitlin bajo mi autoridad.

—Caitlin conoce a quienes rodeaban a Sorley —señala Darian—. Puede ayudarnos a saber quién entraba en sus aposentos, con quién se reunía y quién tenía motivos para desear su muerte.

—También puede ocultarnos cuanto la perjudique. Tendría que mantenerla cerca.

Darian me contempla durante un momento.

—Puedes llamarlo vigilancia, pero lo que quieres es protegerla.

La palabra me irrita porque acierta en parte.

Antes de que la casaran con Sorley habría dado cualquier cosa por ser el hombre al que buscara cuando tuviera miedo. Hoy no soportaría descubrir que se acerca a mí solo porque teme más a todos los demás.

—Estás pisando terreno ajeno.

—He cruzado el mar para hacerlo.

Aparto la mirada hacia la ventana. La torre donde han encerrado a Caitlin queda al otro lado del patio. Desde aquí solo se distingue una línea de luz bajo una contraventana cerrada.

—Mañana aceptaré dirigir el clan hasta que se aclare la sucesión —decido—. La investigación seguirá abierta y nadie interrogará a Caitlin sin que alguno de nosotros esté presente.

Darian asiente, aunque cierta atención permanece en su rostro.

Darian se pone en pie y se dirige hacia la puerta. Antes de salir, vuelve la cabeza.

—No me preocupa que aceptes el mando —responde mientras recoge su capa—. Me preocupa que aún no sepas qué harás si descubres que fue ella.

La puerta se cierra detrás de él.

Sale sin esperar una respuesta que no tengo.

Sorley es mi hermano. Debería importarme quién vertió el veneno, debería sentir la necesidad de entregar al culpable al consejo.

En cambio, llevo semanas abriendo su carta para buscar una explicación que no escribió y, desde que he llegado, apenas consigo pensar en él sin que Caitlin aparezca en medio.

La posibilidad de que ella lo matara no me produce el horror que debería. Me hace preguntarme qué ocurrió aquella noche, qué le hizo Sorley antes de sentarse a la mesa y por qué decidió que ya no podía soportar un día más a su lado.

Después llega la pregunta que llevo diecisiete años evitando: ¿por qué se casó con él?

Eso me importa mucho más que vengar a Sorley, y por eso no puedo fiarme de mi propio juicio.

Aceptar el mando me permitirá averiguar por qué Sorley me hizo llamar, mantener abierta la investigación y evitar que el consejo ahorque a Caitlin para librarse del problema.

Si ella lo mató, seguirá viva mientras decido qué hacer con esa verdad. Si no fue ella, tendré tiempo para encontrar a quien utilizó su cordial para condenarla.

Miro hacia la luz de su torre.

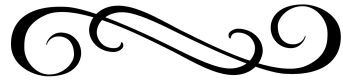
Todavía le guardo demasiado rencor para creer en su inocencia solo porque deseo hacerlo. También me importa demasiado poco la muerte de Sorley para fingir que descubrir su culpabilidad bastaría para entregarla.

La posibilidad de que Caitlin lo haya matado no cambia mi decisión de sentarme mañana en la silla de mi hermano.

Ahora comprendo qué preocupa a Darian.

A mí también debería preocuparme.

Capítulo 5



«Caitlin»

El primer toque de cuerno me encuentra intentando decidir si la miel puede convertir una avena reseca en desayuno o únicamente en una avena reseca y pegajosa.

Beathag sostiene el tarro sobre mi cuenco con una generosidad que empieza a parecer una amenaza. Cuando llega el segundo toque, inclina la mano y deja caer una última hebra dorada, fina como un hilo.

—Llega alguien importante —dice, y cierra el tarro con los labios apretados—. O alguien que desea parecerlo.

En el corredor se levantan voces. Oigo pasar a las criadas con pasos apresurados y ese cuidado inútil de quienes pretenden correr sin que nadie note que corren.

Mairi abandona la labor junto al fuego y se asoma a la ventana. Yo permanezco sentada unos segundos más, porque levantarme demasiado deprisa revelaría interés y últimamente cualquier gesto mío acaba convertido en testimonio.

—Los MacLeod —anuncia Mairi.

Beathag deja el tarro sobre la mesa.

—Qué considerados. Han esperado hasta que desayunáramos.

Miro mi cuenco intacto.

—Su consideración tiene límites.

Me acerco a la ventana y aparto la contraventana lo bastante para ver el patio. Doce hombres desmontan junto a la entrada principal. El viento hincha sus mantos y agita las crines de los caballos, que resoplan sobre las piedras como si también ellos estuvieran cansados de las travesías urgentes.

Niall MacLeod entrega las riendas a uno de los mozos. Lleva poco más de un mes siendo laird y todavía hay quienes pronuncian el título después de una pausa, como si esperaran que Roderick saliera de la tumba para corregirlos. Otros aseguran que la sangre del viejo MacLeod jamás pasó por las venas de su heredero. Durante años, Roderick consiguió acallar el rumor con una mirada. Niall tendrá que hacerlo con algo más.

Una mujer desmonta detrás de él. Tiene el cabello blanco recogido bajo el manto y viste lana oscura, sin bordados ni joyas que expliquen su presencia.

Rechaza la mano de uno de los hombres, baja por sí misma y recoge una bolsa de cuero de la alforja.

Beathag aparece junto a mi hombro.

—¿Su madre?

—Murió hace años.

—¿Una amante?

—¿Con esa edad? La matará.

Niall ha entrado y salido de Dùn Mhoireasdan dejando sonrisas entre las criadas, suspiros entre las viudas y a más de un marido pendiente de la puerta de su alcoba. Heredar el título de su padre

puede haberle dado nuevas obligaciones, pero dudo que le haya privado de su vigor.

Beathag observa a la mujer cruzar el patio.

—Parece resistente.

—Más le vale.

Tres golpes interrumpen a Beathag antes de que encuentre otra posibilidad indecente. La tranca se retira al otro lado de la puerta y uno de los hombres del consejo aparece en el umbral.

—Lady Caitlin, reclaman vuestra presencia en el salón. Lord MacLeod quiere que asistáis a la entrega del mando.

No es una invitación. Beathag recoge mi capa, pero el guardia levanta una mano cuando intenta seguirme.

—La señora irá sola.

Beathag aprieta los labios. Le quito la capa antes de que decida utilizarla para estrangularlo y salgo al corredor. El segundo guardia me espera junto a la escalera. Uno camina delante de mí y el otro permanece a mi espalda durante todo el descenso.

Ayer me permitieron subir al adarve porque no conduce a ninguna parte. Hoy me llevan al salón porque necesitan que la viuda acusada y su supuesto heredero estén presentes. Ninguna de las dos cosas significa que pueda escoger adónde voy.



ENTRO EN EL SALÓN ENTRE LOS DOS GUARDIAS. UNO ME CONDUCE HASTA UN banco situado contra la pared, apartado de la mesa del consejo, y espera a que me siente antes de colocarse detrás de mí. El otro permanece junto a la puerta. Nadie considera necesario explicarme que también vigilan las salidas.

Los MacLeod han ocupado el salón antes incluso de sentarse. Sus capas mojadas cuelgan sobre los bancos, las botas han dejado barro junto a la mesa y Gilleasbuig permanece en un extremo con la expresión de quien acaba de descubrir que también puede sentirse invitado en su propio consejo.

Broen permanece junto a la silla de Sorley.

La noche apenas ha suavizado las sombras bajo sus ojos. Esta mañana no lleva el parche. El ojo que acostumbra a ocultar parece más claro que el otro, con el color alterado. Quizá nadie repare en la diferencia. Yo sí.

Lleva el cabello mojado y la espada al costado.

Su mano descansa sobre el respaldo tallado, con los dedos separados, sin aferrarse. De niño hacía lo mismo antes de montar un caballo difícil: apoyaba la palma sobre la silla y esperaba, como si la paciencia pudiera decidir cuál de los dos cedía primero.

Cuando al fin vuelve la cabeza, su mirada se detiene en mí durante un instante y continúa hacia Niall. Ayer me dejó con una negativa clavada entre las costillas. Esta mañana permanece junto a la silla de Sorley, a punto de recibir poder sobre los hombres que me acusan y sobre las puertas que me impiden huir.

Quisiera saber qué ha decidido durante la noche.

Quisiera aún más que me importara menos.

Guardo las manos sobre el regazo mientras Gilleasbuig explica que el consejo ha acordado entregar a Broen el mando provisional. Habla de estabilidad, sucesión y deber con la solemnidad de quien coloca palabras limpias sobre una mesa manchada.

—Aceptarás el cargo ante mí —dice Niall cuando el anciano termina—. Mi presencia impedirá que mañana alguien cuestione lo acordado hoy.

Un par de consejeros bajan la mirada. Niall los observa y comprendo que los rumores sobre su nacimiento le han enseñado a reconocer muy pronto cuándo un hombre prepara una trampa para utilizarla después.

Broen rodea la silla y se coloca frente a ella.

—Custodiaré el clan hasta que se esclarezca la muerte de Sorley y pueda establecerse quién tiene derecho a sucederlo.

La elección de custodiar en lugar de gobernar provoca un leve movimiento en la boca de Darian.

A mí me deja una presión incómoda bajo las costillas. Años atrás le habría confiado mi vida antes de confiarle una copa a Sorley. Hoy ignoro qué hará con el poder que acaba de recibir, y que haya hablado de custodiar en lugar de gobernar no basta para devolverme la confianza.

Broen toma asiento.

El parecido con su hermano dura lo que tarda en levantar la vista. Broen recorre la mesa con la mirada y varios consejeros enderezan la espalda. Sorley disfrutaba obligándolos a bajar la cabeza. Broen parece interesado en descubrir quién se atreve a mantenerla levantada.

—Retirad los guardias de la puerta de lady Caitlin —ordena Broen—. Podrá moverse por Dùn Mhoireasdan en libertad. Si el consejo desea interrogarla otra vez, tendrá que hacerlo en mi presencia.

Tormod se inclina hacia delante.

—El consejo conserva autoridad sobre la viuda del breve.

—La habéis ejercido durante varios días —responde Broen, apoyando un antebrazo sobre la mesa—. El resultado es una jarra vacía, testimonios contradictorios y una acusación que os conviene más de lo que habéis conseguido demostrar.

Habla sin mirarme, como si mi protección fuera una corrección dentro de un asunto de gobierno. Esa distancia debería tranquilizarme. En cambio, noto el calor subirme por el cuello con una facilidad absurda.

Niall espera a que el silencio se asiente.

—Durante generaciones, los Morrison habéis exigido que los demás clanes respeten vuestras sentencias. Resultará difícil pedir confianza en vuestra justicia mientras ni siquiera sois capaces de establecer si la viuda del breve es asesina, madre o ambas cosas.

Varias cabezas se vuelven hacia mí. Mantengo el rostro sereno y deslizo el pulgar sobre la costura de mi falda, un tramo de hilo torcido que llevo toda la mañana evitando arrancar.

—La justicia parece depender mucho de mi vientre —digo—. Espero que el resto de mis órganos pueda descansar.

Niall me observa con atención.

—Ese vientre puede contener al próximo breve. La isla necesita algo más firme que tu palabra.

La mujer de cabello blanco avanza entonces y deja su bolsa sobre la mesa lateral, como si acabara de tomar posesión de una parte del salón.

—Ealasaid MacLeod ha asistido partos durante más de treinta años —continúa Niall—. Permanecerá aquí hasta que pueda confirmar el embarazo.

Broen se incorpora un poco en la silla.

—Lady Caitlin ya tiene mujeres que la atienden. No necesita que le impongáis otra.

—Esas mujeres le son leales —responde Niall—. Quiero que la examine alguien que no tenga motivos para mentir por ella.

—Nadie la examinará por la fuerza.

Niall vuelve los ojos hacia mí.

—Entonces espero que acceda. Lewis necesita saber si existe un heredero.

Me pongo en pie antes de que Broen convierta la defensa en desafío.

—Ealasaid podrá examinarme.

Niall inclina la cabeza, satisfecho con una concesión que apenas le ha costado pedir, y la mujer de cabello blanco vuelve a situarse detrás de él. Ni una sonrisa, ni una mirada compasiva.

—Se decide entonces que Ealasaid permanecerá en Dùn Mhoireasdan hasta que pueda ofrecer una conclusión —decide Niall.

Niall vuelve la cabeza hacia los hombres situados junto al muro.

—Coinneach se quedará con ella. Se asegurará de que disponga de cuanto necesite para cumplir su cometido.

Uno de los MacLeod se separa del resto. Es alto y estrecho, con el cabello oscuro recogido en la nuca y unos ojos tan pálidos que cuesta distinguir hacia dónde miran. No ha pronunciado una palabra desde que entró en el salón. Tampoco recuerdo haberlo visto parpadear.

La mirada de Broen llega hasta mí. En ella hay enojo, advertencia y algo más breve que desaparece antes de que consiga nombrarlo.

Gilleasbuig carraspea y dirige una mirada hacia los hombres situados al fondo del salón.

—Queda por decidir si todos los presentes deben asistir a una reunión del consejo.

El comentario apunta a los compañeros de Broen con la delicadeza de una piedra. Conozco ya sus nombres porque Beathag dedicó buena parte de la noche a sonsacárselos a las criadas que entraban

en la torre. Según ella, si van a mantenerme encerrada, al menos debo saber quién recorre libremente mi castillo.

Darian permanece junto a la mesa, apartado de la silla que Niall podría haberle ofrecido por rango. Altair sostiene uno de los registros bajo el brazo. Colum parece escuchar hasta el roce de las botas contra el suelo, y Torren observa las vigas como si calculara cuántos hombres podrían ocultarse sobre ellas.

Finn ha encontrado una pared contra la que apoyarse y ofrece la imagen perfecta de la desfachatez con los brazos cruzados, una bota contra la piedra y una ligera sonrisa cada vez que Gilleasbuig o Tormod lo miran.

Broen se levanta despacio y deja una mano sobre el respaldo de la silla.

—Me asesoran a mí y se quedan.

La boca de Niall se curva apenas y él mira a Darian con mayor atención. Primero el rostro, después la empuñadura de la espada y, por último, el broche de los MacNab que prende su manto.

—Darian MacNeish —dice Niall, como si acabara de encajar el nombre con varias historias—. Algunos os describen como un proscrito que terminó convertido en laird. Otros aseguran que ya erais un jefe entonces, aunque vuestros hombres fueran fugitivos, desheredados y gente que no tenía qué comer.

Finn tuerce la boca.

—La segunda versión tiene más vigor.

Darian vuelve la cabeza hacia él.

—Finn.

—Solo valoro el esfuerzo de los narradores.

Niall mira a Finn un instante más y después vuelve a Darian.

—Os presentáis como laird MacNab. —Se recuesta despacio—. Pero sería una descortesía seguir fingiendo que ignoro quiénes ocupan este salón. Los Cuervos de Perthshire.

Las miradas del consejo pasan de uno a otro.

El nombre parece llenar mejor la estancia que sus cuerpos. Gilleasbuig se remueve en el asiento. Tormod mira de nuevo las armas, esta vez calculando cuánto tardarían sus guardias en llegar desde el patio.

He oído hablar de los Cuervos de Perthshire. Los lairds los llaman ladrones y asesinos; quienes han recibido su ayuda utilizan otros nombres. Sabía que Broen vivía entre proscritos. No sabía que se había convertido en uno de ellos.

Debería haberlo adivinado por el cuervo de plata que sujeta sus mantos y porque cuando llegaron todos vestían de negro desde los hombros hasta las botas, incluido Broen.

En las Highlands, renunciar al tartán ya constituye una declaración.

Ahora todos lo usan. Resulta más práctico, abriga, permite moverse con libertad y puede servir de manta cuando toca dormir lejos de una cama. También facilita ciertas urgencias cuando aprieta la vejiga, aunque esa ventaja rara vez aparece en las canciones.

Prescindir de tantas ventajas para parecer un cortejo fúnebre exige verdadero compromiso.

Yo observo a Broen.

Permanece junto a la silla de Sorley, con ambos ojos visibles en la penumbra, y recibe el temor de los hombres que lo expulsaron como si llevara años esperando comprobar qué aspecto tendría.

—¿Qué parte de las historias es cierta? —pregunta Niall.

—Las versiones cambian —responde Darian—. Las ruinas, los títulos y los muertos suelen permanecer.

La frase le agrada a Niall. Se nota en la atención con que la guarda, quizá para decidir después si la considera advertencia o aclaración.

Su interés se desplaza hacia Broen.

—De ti había oído que te uniste a los MacNeish, tomaste esposa y tuviste dos hijos.

Broen vuelve la cara hacia él.

—Así fue.

—Los perdiste cuando los MacNab acabaron con aquel clan.

Darian permanece inmóvil. Sostiene la mención de la matanza cometida bajo el apellido que ahora dirige con una serenidad que debe de haberle costado años adquirir.

Broen tampoco lo mira.

La lealtad entre esos hombres contiene lugares en los que nadie puede entrar sin permiso, ni siquiera para pedir perdón.

—Han pasado años —continúa Niall—. Un hombre como tú podría haber formado otra familia.

—Una mujer y dos niños ya quedaron al alcance de mis enemigos por estar ligados a mí. Con una vez bastó.

La respuesta sale baja, sin quiebres ni adornos.

Conocía la muerte de su esposa y sus hijos del mismo modo en que se conocen las desgracias ocurridas lejos. A través de frases incompletas, nombres que se callan al verte entrar y miradas que esperan averiguar cuánto derecho tienes a preguntar.

Jamás lo hice.

Ahora lo veo aferrado a la silla de Sorley y comprendo que el dolor sigue allí, en algún lugar de sí mismo, junto a una mujer y dos niños

a los que debió de amar tanto como para convencerse de que murieron por haberlo amado a él.

Ayer interpreté su negativa como orgullo, rencor, quizá crueldad. En realidad le pedí que volviera a hacer exactamente aquello que convirtió su felicidad en una condena.

Mi desesperación me había permitido llamar sencilla a una petición capaz de abrirle la herida entera.

Mi estupidez tiene un talento extraordinario para encontrar nuevos fondos.

Tormod Morrison se inclina hacia la mesa.

—Vuestra voluntad personal dejará de ser el único criterio si asumís el mando. El clan necesita continuidad. Si el cargo acaba siendo permanente, tendréis que proporcionar herederos legítimos con una mujer capaz de engendrarlos.

Su mirada termina sobre mí.

Lo hace con una lentitud deliberada, concediéndome tiempo para comprender el insulto antes de recibirlo entero.

—Hace un momento el consejo colocaba el futuro del clan dentro del cuerpo de lady Caitlin. Resulta extraño que ya estés buscando otra mujer antes de que esa mujer que ha traído MacLeod haya abierto siquiera su bolsa.

Tormod se endereza.

—Habla de una posibilidad futura.

—Habla entonces cuando llegue.

La voz de Broen conserva la misma calma. Su mano, en cambio, continúa cerrada sobre la silla de su hermano.

Niall observa el gesto, después me mira a mí y finalmente fija la atención en los hombres del consejo.

Ha venido a juzgar si los Morrison todavía merecen decidir sobre otros clanes. En menos de una hora, ellos mismos se han encargado de ofrecerle argumentos para concluir que no.

—Primero estableceremos si existe el heredero de Sorley —dice—. Después habrá tiempo para discutir las obligaciones matrimoniales del hombre que ocupe esa silla. Y me temo que, si lady Caitlin ha mentido al consejo y a su clan sobre el embarazo, su palabra perderá cualquier valor —añade Niall—. Tendrá que enfrentarse a un juicio por el asesinato del laird Morrison.

—¿Entonces me enfrentaré a un juicio? —digo—. Qué alivio. Durante un momento temí que el consejo prefiriera ahorrarse ese trámite y pasara directamente a elegir la cuerda.

Tormod frunce los labios.

—Vuestra situación exige seriedad.

—Mi situación exige justicia, pero algunos hombres presentes decidieron que yo había matado a Sorley incluso antes de que su cuerpo se enfriara y ahora parece que tenéis prisa por desmentir mi embarazo.

Niall entrelaza las manos sobre la mesa.

—Una criatura anunciada después de una acusación tan grave invita a la duda... Por curiosidad, ¿te contó Sorley algo antes de morir que permita saber quién quería matarlo?

—Sorley hablaba mucho —respondo—. Escuchar a los demás le parecía una pérdida de tiempo, así que tenía que llenar él solo todos los silencios.

Broen permanece inmóvil junto a la silla, aunque su atención abandona a Tormod y se fija en Niall.

—Me refiero a sus preocupaciones —aclara él—. Alguna disputa reciente, una amenaza, un asunto que temiera ver descubierto.

—Mi marido temía perder autoridad, quedar en ridículo y que alguien recibiera una porción de venado mayor que la suya. Convendría precisar un poco.

Tormod deja escapar el aire por la nariz.

—Ese tono perjudica vuestra causa.

—Mi dulzura tampoco consiguió convencer a nadie de que merecía un juicio. No tengo demasiada fe en las virtudes femeninas que os complacen.

—Ealasaid examinará a lady Caitlin esta tarde —resuelve Niall.

—Lo hará cuando yo disponga —corrige Broen—. El mando provisional acaba de recaer en mí.

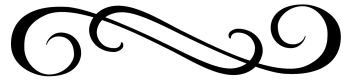
Ambos hombres se miran. Niall conserva el título más poderoso de la isla. Broen posee la silla, el clan y cinco proscritos que han incendiado castillos, derribado duques y arrancado mujeres de hogueras.

Por primera vez desde que entré, el laird MacLeod parece calcular cuánta autoridad está dispuesto a gastar para imponer una orden pequeña.

—Entonces disponlo —concede—. Antes de regresar a Skye, decidiré si los Morrison aún están en condiciones de conservar el cargo que acabas de aceptar. Lewis necesita un breve capaz de juzgar disputas entre clanes. Difícilmente podréis exigir a otros que acaten vuestras sentencias si sois incapaces de impartir justicia entre los vuestros.

Ahí está la verdadera amenaza que ha traído consigo. El cargo de los breves pertenece a los Morrison desde mucho antes de que Sorley y Broen nacieran, pero la tradición solo dura mientras el señor de la isla considere útil respetarla. Perderlo significaría algo más que entregar un título. Cada clan al que los Morrison han exigido obedecer una sentencia recordaría que el juez ya carece de autoridad para mantenerla.

Capítulo 6



«Caitlin»

Ealasaid tarda menos de una hora en examinarme y bastante más en marcharse.

Al cerrar la puerta, deja conmigo el cuenco de agua tibia, la colcha revuelta y los cordones del cuerpo del vestido flojos sobre el pecho. Llevo varios minutos intentando tensarlos. Mis dedos atrapan un extremo, pierden el otro y vuelven a empezar con una torpeza que empieza a parecer personal. El vestido ha decidido que hoy también quiere participar en mi condena.

Termino por rendirme. Una mujer a punto de morir puede permitirse enseñar algo más de pecho de lo acostumbrado.

De todas formas, Ealasaid debe de estar al otro lado de estas paredes hablando de ellos de mi vientre y la fecha en que mi cuerpo acabará desmintiendo cuanto he dicho.

Desde la ventana solo veo a dos hombres de Niall en el patio, quietos bajo la llovizna como si custodiaran algo que ya les perteneciera.

Un golpe en la puerta precede a Broen. Entra sin esperar respuesta y cierra a su espalda. Parece dispuesto a hablar hasta que me mira.

Sus ojos pasan por mi rostro y descienden siguiendo la abertura que los cordones no han logrado cerrar.

La camisa ha descendido con el vestido y deja al descubierto la curva alta de mis pechos. Broen se queda inmóvil, con una mano todavía sobre la puerta. Solo dura una respiración, pero veo la tensión que le endurece la boca, el aire que contiene y el esfuerzo tardío con que obliga a sus ojos a regresar a los míos.

Hasta ese instante apenas había sentido el frío sobre la piel. Ahora noto el roce de la tela y cada fragmento desnudo como si fuera su mirada la que lo tocara.

—Ealasaid ha hablado con Niall.

Su voz conserva la dureza del salón. También la distancia.

—¿Y qué ha contado de mí?

Broen avanza hasta la mesa y toca el cuenco con dos dedos.

—Todavía es pronto para confirmar una criatura. También para negar que exista. Se quedará hasta que tu cuerpo dé una respuesta.

El alivio dura tan poco que apenas merece el nombre. Ealasaid me ha concedido tiempo y se ha instalado dentro de él para vigilar cómo se agota.

—Entonces sigo embarazada unas semanas más.

—Ante el consejo.

—Es el único lugar donde importa.

Broen siempre ha tratado las palabras como promesas. Yo aprendí con Sorley que también sirven para esconderse.

—Cuando vuelvas a sangrar, dejarán de fingir que piensan juzgarte —dice—. Niall regresará, los ancianos hablarán de traición y alguno recordará que una ejecución rápida cuesta menos que alimentar prisioneros.

—Beathag encontrará a alguien que sepa guardar silencio.

Broen se queda inmóvil. Su rostro apenas cambia, pero la mano apoyada sobre la mesa se aplana contra la madera.

—¿Y piensas acostarte con el primero que acepte?

—Pienso seguir respirando cuando termine el mes si es posible.

Aparta la mano de la mesa y viene hacia mí con una lentitud que consigue que piense en todas las razones por las que debería retroceder.

—Ese hombre podría exigirte plata, tierras o el derecho a volver cada vez que le apeteciera. Podría engendrar al niño y vender la verdad al mejor postor.

—Beathag elegirá bien.

—Beathag escogerá entre hombres a los que apenas conoce y tú pondrás tu vida en manos del que mienta mejor.

—Tu negativa me obliga a trabajar con opciones peores.

Broen se detiene casi frente a mí. La cercanía me obliga a alzar el rostro.

—¿Estás dispuesta a traer una criatura al mundo para sostener una mentira?

La pregunta me hiere más de lo que debería. Quizá porque, dicha por él, convierte los últimos diecisiete años en una ocurrencia nacida ayer junto al adarve.

—¿Crees que jamás he deseado un hijo?

—Creo que estás desesperada.

—Ambas cosas pueden ser ciertas.

Me obligo a sostenerle la mirada. Llevo demasiado tiempo permitiendo que otros hombres interpreten mi silencio según les

conviene.

—He pasado años esperando —continúo—. Contando días, bebiendo remedios amargos, rezando a santos que debían de tener asuntos más urgentes y escuchando a mujeres explicarme que una criatura llegaría en cuanto dejara de pensar en ella. Como si pudiera olvidar el hueco cada vez que una criada me entregaba el hijo de otra mujer para que lo sostuviera.

La boca de Broen pierde parte de su dureza. Apenas un instante. Después vuelve a cerrarse sobre todo aquello que se niega a decir.

—Ese niño nacería dentro de una mentira.

—Nacería querido. Hay criaturas que reciben bastante menos.

—Su padre tendría que ocultarse.

—Tendría una madre que lo ama.

La respuesta queda entre nosotros.

Broen baja la vista hacia mi vientre y el gesto me provoca una sensación extraña, tierna y carnal a la vez.

—Y tú decidirías quién lo engendra como quien elige un semental —dice. Su voz apenas supera el crepitar del fuego, aunque uno de sus músculos se tensa junto a la mandíbula.

—No tengo tiempo para ponerme exquisita.

—Hablas de acostarte con un desconocido como si el valor pudiera sustituir a la seguridad.

—El valor suele ser lo único que queda cuando la seguridad pertenece a otros.

La frase me sale más alta de lo que pretendía. Broen recibe el golpe sin apartarse y acorta la poca distancia que aún nos separa. La parte posterior de mis piernas encuentra el borde del arcón. Solo entonces comprendo que he retrocedido.

Él también.

Sus ojos descienden hacia el mueble y regresan despacio a mi rostro. Espero que se aparte, quizá que diga algo que me permita fingir que ninguno ha advertido mi retirada.

Broen permanece donde está.

La vergüenza dura apenas un instante. Después se mezcla con el calor de su cuerpo, con mi escote abierto y con la certeza de que podría rozarme si cualquiera de los dos respirara un poco más hondo.

—¿Me temes? —pregunta.

La verdad resulta poco elegante, pero mentirle ahora sería una estupidez incluso para mí.

—Me pones nerviosa.

Broen vuelve la cabeza hacia la ventana. El gesto me permite respirar, aunque la pérdida de su atención produce una decepción absurda.

Quiero que se aleje. Quiero que vuelva a mirarme.

—Siempre encuentras una forma de hacer que yo parezca una segunda elección —dice.

Tardo un momento en comprender.

—Jamás te consideré así.

—¿De verdad? ¿Ni cuando tu padre decidió cambiar a un prometido Morrison por otro y tú aceptaste?

La frase abre una puerta que ambos llevamos años manteniendo cerrada.

Antes de Sorley, mi nombre estuvo unido al de Broen. Mi padre lo decidió cuando ambos éramos jóvenes.

Después Sorley empezó a mirarme durante las cenas. Al principio con curiosidad y más tarde con ambición. El que él fuera el heredero terminó importando más que cualquier promesa anterior.

Una mañana, mi padre me informó de que me casaría con Sorley, no con Broen.

—¿Crees que me dieron oportunidad de elegir o decir algo?

Él recibe mi defensa sin compasión. Siempre fue así con Broen. Obligaba a las verdades a permanecer de pie después de ser pronunciadas.

—Sorley obtuvo el título, las tierras y la esposa —dice—. Ahora quieres que yo te dé un hijo para que todos crean que también es suyo.

La herida bajo sus palabras me alcanza con más fuerza que la acusación.

—Quiero vivir.

—Quieres utilizar mi cuerpo para mantener intacta la vida que elegiste con él.

—Aquella vida terminó mucho antes de que Sorley muriera.

—Y has esperado a necesitarme para decírmelo.

Mi boca se abre, pero ninguna respuesta llega a tiempo. Broen observa mi vacilación y algo oscuro cruza sus ojos. Ha encontrado el punto donde el miedo y la culpa se mezclan, y sabe exactamente cuánto presionar.

Después su atención pasa por encima de mi hombro y se fija en algún punto que no alcanzo a ver.

—Date la vuelta.

La orden me recorre con un estremecimiento antes de que mi buen juicio decida si piensa obedecer. Giro despacio. La tapa del arcón

roza mis nudillos y el fuego deja un calor tenue sobre mi mejilla derecha.

Broen se coloca detrás de mí.

Su presencia llena el espacio sin tocarme. Siento el calor de su cuerpo a través de la lana, el movimiento de su respiración cerca de mi cabello y el peso de una mano que todavía permanece junto a su costado. La espera consigue más que cualquier caricia.

Y luego sus dedos se hunden en mi cabello y lo apartan hacia un lado. Solo entonces siento el aire sobre una franja de piel que ignoraba tener descubierta. Ealasaid también dejó abierto el pequeño cierre de la nuca.

Broen encuentra las dos piezas del broche. Durante el instante que tarda en acercarlas, no sé si pretende unir las o separarlas todavía más.

El hierro encaja con un chasquido.

Naturalmente. Broen podría sobrevivir a una emboscada, gobernar un clan y cerrar una presilla diminuta sin perder la paciencia. Yo he necesitado una mañana para fracasar en una de esas tareas.

Sus nudillos rozan mi nuca al retirar la mano. El contacto dura apenas un instante, pero mi piel continúa sintiéndolo cuando ya ha desaparecido.

—¿Dejarás que otro hombre te desvista? —pregunta.

La voz me llega baja, junto al oído.

—Le dejaré hacer cuanto sea necesario.

Broen me sujeta el cuello con una mano.

El pulgar queda bajo la oreja y los dedos se curvan sobre la nuca con una firmeza que podría apartarme o atraerme. Mi pulso golpea bajo su pulgar. Por la quietud con que me sostiene, tengo la impresión de que cuenta cada latido.

—¿También dejarás que vuelva cuando quiera?

—Solo hasta que cumpla su cometido.

—Un hombre que se acueste contigo jamás se conformará con tan poco.

—Tú sí lo harías.

La presión de sus dedos aumenta.

—Todavía no he aceptado.

Giro la cabeza lo bastante para encontrar sus ojos. Su boca queda cerca de mi sien y descubro que el miedo puede convivir con una expectación tan violenta que parece empeñada en abrirse paso fuera de mi vientre.

—Entonces suéltame.

Broen permanece inmóvil.

Su mano tampoco se mueve.

—Si acepto —dice al fin—, Sorley quedará fuera de esta alcoba. La mentira puede necesitar su cara, pero tú sabrás quién está contigo.

—Siempre supe distinguirte.

La presión de sus dedos aumenta. Su otra mano encuentra mi cintura. Me mantiene de espaldas a él, frente al arcón, atrapada entre su cuerpo y el arcón.

—¿Cómo lo quieres, Caitlin?

La pregunta me llega pegada a la piel. Su mano continúa en mi nuca, el pulgar inmóvil bajo el nacimiento del cabello.

—No... no lo sé.

Broen acerca la boca a mi oído.

—Apoya las manos.

Obedezco despacio, colocando las palmas sobre la tapa. La madera está fría. Él, detrás, parece hecho de todo el calor que falta en la estancia.

Su mano izquierda abandona mi cintura y encuentra la tela de mi falda. Los dedos recogen un primer pliegue, después otro, sin prisa y sin caricias.

Pretende convertirlo en una tarea.

Levantar la ropa, apartar la camisa, engendrar la criatura y marcharse con la misma expresión con la que revisaría una espada antes de una batalla.

La tela asciende por mis pantorrillas.

La camisa queda atrapada entre mis muslos y Broen la sube con la falda hasta descubrirme.

El frío alcanza mi piel.

—Inclínate más.

Mis dedos se aferran al borde opuesto de la tapa mientras desplazo las manos hacia delante. El pecho desciende y las caderas quedan más expuestas ante él.

Su mano se apoya en mi nalga. La abarca casi entera. Al principio parece limitarse a sostenerme, a colocar mi cuerpo donde necesita tenerlo. Después aprieta. Sus dedos se hunden en la carne y el pulgar recorre despacio la curva superior hasta detenerse junto a la hendidura.

Desliza la mano hacia abajo, siguiendo la curva de mi nalga. Sus dedos se cierran por debajo y la levantan. Me abre con una firmeza impersonal que consigue resultar más íntima que una caricia.

El aire frío alcanza lugares que ningún vestido deja expuestos y mis muslos se tensan.

—Separa las piernas.

Lo hago.

Su pulgar alcanza mi sexo, presiona la carne y aparta uno de los labios, abriéndome un poco más a su mirada. Permanece así durante una pausa demasiado larga. Después sus dedos bajan entre mis piernas y encuentran la humedad acumulada en la entrada.

Se quedan quietos.

La mano en mi nuca se cierra con mayor fuerza.

La vergüenza me sube por la espalda, mezclada con una satisfacción que resulta todavía más humillante.

El pulgar avanza muy despacio, abre más los pliegues y roza el lugar donde todo mi cuerpo se concentra de golpe. Se me doblan los codos. Broen aprieta mi nuca y me sostiene antes de que el pecho choque contra el arcón.

Sus dedos vuelven a moverse. Esta vez saben lo que buscan. Me recorren con una atención que contradice cada esfuerzo por mostrarse indiferente, prueban mi humedad y regresan al punto que me obliga a contener un sonido entre los dientes. Broen respira cerca de mi sien. El tartán de él se desplaza detrás de mí y algo duro, caliente, roza la cara interna de mi muslo.

Broen curva la mano e introduce un dedo dentro de mi sexo y una sacudida me atraviesa las caderas.

—Quiero oírte decir mi nombre.

—Sé quién eres, Broen.

Su nombre sale distinto a como lo he pronunciado desde que volvió. Apenas una sílaba rota, demasiado parecida a una súplica.

Él retira los dedos.

La pérdida me arranca un movimiento hacia atrás. Mi trasero encuentra su erección bajo el kilt y Broen suelta el aire contra mi cuello. La mano que sostiene mi nuca baja hasta mi hombro,

obligándome a inclinarme un poco más. Con la otra se recoge el tartán.

Su sexo queda atrapado entre nuestros cuerpos, duro, caliente, recorriendo la hendidura cuando mueve apenas las caderas.

Su mano regresa a mi nuca.

—Caitlin.

Solo mi nombre. Una advertencia, quizá la última oportunidad de detenerlo.

Giro un poco la cabeza.

—Sigue.

Su respiración se rompe junto a mi oído.

La punta se acomoda en mi entrada.

Broen permanece inmóvil unos segundos, como si aún creyera posible separar el cuerpo de todo lo demás. Su pulgar vuelve a la base de mi nuca y acaricia una vez, solo una, antes de recuperar la firmeza.

—La mentira puede necesitar la paternidad de Sorley —dice—. Pero hoy aquí dentro solo estaré yo.

Empuja.

El primer avance apenas consigue abrirme. Es demasiado grande. Mi cuerpo se contrae y, durante un instante, espera la embestida con la que Sorley vencía cualquier resistencia y conseguía imponerse.

Broen se detiene sin retirarse ni forzar más.

La espera resulta peor que el empuje. Siento cada latido contra él, la presión estirándome, el aire frío sobre la piel húmeda y su respiración cada vez menos regular junto a mi oído. Cuando consigo

soltar el aire, mis músculos ceden un poco y Broen aprovecha esa mínima relajación para entrar más.

Lo hace despacio, con impulsos breves que me abren alrededor de su grosor y pausas en las que parece obligarse a conservar el control. El ardor inicial se extiende, cambia, se vuelve una plenitud que me arranca el aliento conforme su cuerpo reclama espacio dentro del mío. Bajo mis palmas, la madera cruje. Detrás de mí, Broen guarda silencio, pero sus dedos se hunden en mi cadera cada vez que avanza otro poco.

Cuando sus caderas alcanzan las mías, permanece inmóvil. Lo tengo entero dentro, tan profundo que cualquier respiración desplaza la presión de un lugar a otro. Broen inclina apenas mi pelvis y vuelve a acomodarse; el cambio hace que su miembro roce un punto que me dobla los dedos contra el borde del arcón.

Aprieto alrededor de él sin pretenderlo.

La mano que me sujeta la nuca se cierra y su respiración se rompe junto a mi oído. Esa pequeña pérdida de control, la primera que le arranco desde que ha entrado en la habitación, me provoca una satisfacción tan intensa como la sensación que acabo de sentir con él dentro de mí.

Broen apoya la frente entre mis hombros. Ese único gesto, escondido donde cree que no puedo verlo, me dice más que todas las palabras que se ha negado a ofrecerme.

—Caitlin —gruñe.

—Estoy bien.

Sale casi por completo y vuelve a entrar de una sola embestida. Un gemido se me escapa antes de poder contenerlo.

Broen repite el movimiento, todavía medido, todavía empeñado en tratar mi cuerpo como el lugar donde debe dejar una semilla.

A la tercera embestida, mi cadera lo busca.

Su control se rompe con una blasfemia.

La mano que me sujeta la nuca baja hasta el hombro y la otra se cierra sobre mi cadera. El siguiente empuje pierde contención. Broen entra hasta el fondo, me mantiene allí un instante y vuelve a retirarse con una lentitud que me obliga a sentir cada parte de él.

El arcón cruje bajo mis manos.

Él pretendía cumplir un trámite. Se nota en la ropa apenas apartada, en la espada todavía colgada de su cintura, en la forma en que evita besarme, mirarme o tocar cualquier lugar con ternura.

Hasta su tartán continúa cayendo alrededor de nuestras piernas como una cortina torpe levantada solo donde estorba.

Mi cuerpo carece de su disciplina.

Cada vez que se hunde en mí, algo se tensa bajo mi vientre. La presión crece, retrocede con él y vuelve más intensa cuando sus caderas golpean las mías.

Quiero mantenerme quieta, concederle la ficción de que podría haber sido cualquier hombre y de que yo solo estoy aquí para recibir aquello que necesito.

Entonces vuelve a salir y mis caderas lo siguen.

Broen se detiene dentro de mí.

Su respiración me alcanza caliente detrás de la oreja. Los dedos que me sujetan el hombro se hunden en la lana, como si acabara de descubrir una traición especialmente grave.

—Otra vez —dice.

Tardo un instante en comprender que espera que repita el movimiento.

Empujo hacia atrás.

Su sexo se hunde un poco más, aunque habría jurado que ya había ocupado todo el espacio posible. Broen exhala contra mi nuca y el sonido consigue que se me apriete el sexo alrededor de él.

—Caitlin.

Mi nombre lleva una advertencia que el cuerpo de ambos ha decidido ignorar.

Vuelvo a moverme. Esta vez despacio, recorriéndolo por mi cuenta. El placer cambia cuando dejo de recibirlo y empiezo a tomarlo.

Broen permanece quieto, pero su mano abandona mi hombro, baja por mi costado y se extiende sobre el vientre, sujetándome contra él.

La otra sube hasta mi garganta. Inclina mi cabeza hacia un lado con los dedos bajo la mandíbula. Durante un segundo creo que va a besarme.

Sus labios se posan en el lugar donde el cuello se une al hombro.

El contacto es breve y cerrado, casi casto. Precisamente por eso me atraviesa con más fuerza que sus embestidas. Broen parece darse cuenta al mismo tiempo, porque sus dientes rozan la piel antes de apartarse y su respiración pierde el ritmo.

Vuelve a inclinarme sobre el arcón.

Esta vez, cuando entra en mí, queda muy poco de aquel hombre dispuesto a cumplir una obligación. Sus caderas golpean las mías con una fuerza que desplaza la madera sobre el suelo.

Una mano permanece en mi cuello. La otra sube hasta mi pecho, encuentra el borde del escote y se introduce bajo la tela. Sus dedos rodean un pezón endurecido y lo aprietan mientras su sexo vuelve a llenarme.

El placer se concentra demasiado deprisa, intenso, desconocido.

—Con Sorley nunca...

Broen se detiene.

El placer queda suspendido dentro de mí junto con su sexo, duro, caliente, hundido hasta el fondo. Su mano abandona mi pecho y vuelve a mi nuca.

—¿Cuál es mi nombre, Caitlin?

La pregunta me llega junto al oído, ronca y cargada de furia.

—Broen.

—Úsalo.

Sale casi por completo y entra de una sola embestida.

El golpe desplaza de nuevo el arcón sobre la piedra. Mi gemido llena la habitación antes de que consiga morderlo, y Broen vuelve a hacerlo, más fuerte, arrastrándome hacia él cada vez que empuja. La espada choca contra su muslo. Maldice, se la arranca del cinto y la deja caer sin apartarse de mí. El metal golpea el suelo y algo en ese abandono termina de volverlo otro hombre.

Ya no consigue contenerse.

—Broen —repito.

Él responde hundiéndose con una fuerza que me obliga a abrir más las piernas.

El placer se vuelve imposible de contener. Crece en el punto donde su cuerpo entra en el mío, alimentado por el roce profundo, por el peso de su mano en mi pecho, por la manera en que su respiración pierde el ritmo cada vez que aprieto a su alrededor. Broen mantiene la cadencia con una precisión feroz, sin darme tiempo a escapar del siguiente golpe ni de la sensación que va cerrándose dentro de mí.

Mis dedos resbalan sobre la tapa del arcón.

Él los cubre con los suyos después de soltar mi cuello.

Ese contacto me desarma más que todo lo anterior. Su palma sobre mi mano, los dedos entrelazándose durante un solo instante mientras sigue tomándome por detrás, como si alguna parte de él necesitara sujetarme de una forma que nada tuviera que ver con dominar mi cuerpo.

La presión se rompe.

El placer me atraviesa desde dentro, violento y profundo. Mis músculos se cierran alrededor de su sexo y las piernas dejan de sostenerme. Broen me atrapa contra él, continúa empujando mientras cada oleada me arranca su nombre y mi cuerpo lo aprieta con espasmos que parecen volverlo loco.

—Caitlin...

Lo dice entre dientes.

Su control termina de desaparecer. Las embestidas se vuelven más rápidas, desiguales, cargadas de un hambre que llevaba escondida bajo el rencor desde que cruzó la puerta. Su frente cae contra mi nuca. Me llena una vez más, profundamente, y se queda ahí.

El cuerpo entero se le tensa detrás de mí.

Siento su descarga caliente, espesa, en pulsaciones que prolongan las mías.

Durante varios segundos ninguno se mueve.

Broen sigue dentro de mí. Su respiración golpea mi piel y sus dedos continúan enlazados con los míos sobre la madera.

Después se retira despacio y el vacío que deja resulta más evidente de lo que estoy dispuesta a admitir.

Baja la camisa y las faldas que había recogido sobre mi espalda. Sus nudillos rozan la parte posterior de mis muslos al cubrirme. Lo hace con la misma atención con la que antes pretendía no acariciarme, y

mi cuerpo recibe ambos gestos como si ignorara por completo la diferencia.

Después se arregla el tartán y recoge la espada. Evita mirarme mientras ajusta el cinto, quizá porque la ropa vuelve a colocarnos en lugares que hace un momento habían dejado de existir.

Entonces levanta la vista. La dureza continúa en su rostro, intacta a pesar de cuanto acaba de ocurrir.

—Dile a Beathag que deje de buscar.

—Se lo diré.

Broen asiente y se dirige hacia la puerta con su paso tranquilo de siempre. Yo permanezco junto al arcón, demasiado consciente del temblor de mis piernas y de la humedad que aún siento entre ellas.

—Broen.

Se detiene con la mano sobre el picaporte, sin volverse.

Tengo una disculpa en la garganta. También un agradecimiento. Cualquiera de los dos convertiría lo ocurrido en un favor que él me ha hecho, y eso parece todavía más cruel que guardar silencio.

—Volveré mañana —dice él.

La frase cae cruda, desprovista de cuanto ha sucedido entre nuestros cuerpos. Una nueva cita con el mismo propósito. Levantarme las faldas, dejar su semilla dentro de mí y marcharse antes de que alguno recuerde lo que pudimos haber sido.

Broen abre la puerta.

—Y las veces que hagan falta —añade.

Sale sin mirarme.

Quiero pedirle que vuelva la cabeza. Que me permita encontrar al muchacho con quien iban a casarme dentro del hombre que acaba

de irse con tanta frialdad.

Vuelvo a callar.

La puerta se cierra. El sonido apenas alcanza a llenar la estancia, pero algo dentro de mí cede con él.

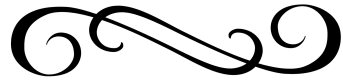
La primera lágrima cae sobre mis nudillos.

Me la seco con el dorso de la mano, enfadada por esa traición. Otra ocupa su lugar antes de que termine el gesto. Después otra.

Lloro en silencio, apoyada en el arcón sobre el que hace un momento me ha doblado para engendrar una criatura. Lloro por el muchacho que esperaba casarse conmigo, por la joven que guardó silencio cuando se lo arrebataron y por los dos adultos que han conseguido convertir todo cuanto sintieron en una obligación cumplida a espaldas el uno del otro.

Diecisiete años después, sigo callando cuando más importa. Entonces mi silencio dejó sitio para que otros eligieran por mí y obligó a Broen a vivir con una respuesta que yo nunca le había dado. Ahora la puerta se cierra antes de que pueda descubrir todo lo que todavía no consigo decirle.

Capítulo 7



«Broen»

Duermo poco.

Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a verla inclinada sobre el arcón, con los dedos entrelazados con los míos y mi nombre quebrándole la voz.

Me obligo a recordar por qué entré en aquella alcoba: un heredero inventado, un acuerdo necesario, una vida que depende de que su vientre sostenga la mentira.

Ninguna de esas razones explica que esperara a que volviera el rostro antes de entrar en ella ni que, horas después, todavía recuerde la humedad entre sus muslos, cómo se cerró alrededor de mí y la forma en que empezó a empujar hacia atrás para obligarme a entrar más hondo.

Sería un necio si negara que me he imaginado a Caitlin así. Lo hice cuando aún podía permitírmelo y también alguna noche en que no tenía derecho.

En mis pensamientos, sin embargo, solo existía mi deseo. Nunca imaginé el suyo. Nunca la oí pronunciar mi nombre mientras se movía para recibirme ni tuve que contenerme al sentir que volvía el rostro porque quería mirarme.

Con mi propia hambre sé qué hacer. Llevo años haciéndolo.

Con la suya, no.



AL AMANECER YA ESTOY EN EL SALÓN CON LAS CUENTAS DE SORLEY ABIERTAS sobre la mesa, el administrador intentando justificar una reserva de cebada que quizá no exista y Finn preguntando si «doce sacos razonables» constituye una medida aceptada en Lewis.

—Constituye la medida de un hombre que ha vendido cuatro y espera que nadie cuente los restantes —dice Colum.

El administrador de Sorley baja la mirada hacia los pliegos. Lo hace cada vez que una cifra deja de sostenerse.

—La cosecha fue mala.

—También en Perthshire —responde Darian—. Pero allí seguimos distinguiendo entre una cosecha mala y una cuenta falsa.

Finn examina uno de los registros al revés.

—Quizá sea una costumbre de Lewis. La cebada disminuye al guardarla y las barcas mejoran cuanto más tiempo pasan pudriéndose.

El hombre traga saliva.

Aparto la relación de grano y cojo la de embarcaciones. Seis barcas capaces de salir a faenar, según él. Dos necesitan brea. Otra tiene una cuaderna rota. Las tres restantes figuran como útiles, palabra que empieza a parecerme tan fiable como razonable.

—¿Quién comprobó su estado?

—Los propietarios.

—Qué sistema tan cómodo —dice Finn—. También podríamos preguntar a los ladrones si queda plata en las arcas.

La puerta se abre.

Caitlin entra acompañada por Beathag y se detiene al vernos reunidos.

Es la primera vez desde mi llegada que la veo atravesar una puerta sin que un hombre haya decidido antes adónde puede ir. Yo di la orden que se lo permite, pero ella no me mira como si tuviera nada que agradecerme.

Lleva un vestido azul oscuro y el cabello dorado recogido en una trenza que cae sobre un hombro. Dos mechones se han soltado junto a las sienes. Bajo la luz gris de la mañana, sus ojos parecen aún más oscuros.

La recordaba hermosa.

El recuerdo se había quedado corto.

Los años han afinado sus facciones y han dejado cautela alrededor de la boca, pero no han apagado nada. La muchacha a la que buscaba durante las cenas permanece ahí, escondida bajo una serenidad demasiado trabajada.

Tiene los párpados hinchados. Me pregunto si lloró después de que me marchara. Caitlin siempre ha sabido esconder lo que más daño le hace.

Aparto la mirada. Yo también puedo fingir.

—Necesito hablar con el administrador —dice.

—Estamos ocupados —respondo más seco de lo que pretendía.

Sus ojos se posan en mí. Apenas un instante, pero basta para devolverme el calor de su cuerpo cerrado alrededor del mío y el sonido de mi nombre en su boca. Aprieto los dedos sobre la mesa hasta que la madera me marca la piel.

Caitlin mira las cuentas extendidas.

—¿Cuántas barcas dice que quedan?

El administrador responde antes de que pueda impedirlo.

—Seis útiles, mi señora.

—La de Domhnall perdió el timón durante la tormenta de Pascua. La de los hermanos MacRae tiene el fondo podrido desde el invierno y Thomas se niega a sacarla del cobertizo porque todavía debe plata por la madera. Quedan tres, y una pertenece a Murchadh, que apenas puede sostener un remo desde que enfermó.

Finn deja el libro de cuentas.

Conseguir que renuncie a una observación requiere más esfuerzo que sorprenderlo.

Miro al administrador.

—¿Dos?

—Depende de lo que entendamos por útil.

—Algo que flote sería un comienzo razonable —murmura Colum.

Caitlin se acerca a la mesa. Evita mirarme mientras aparta uno de los registros y busca otro bajo el montón.

La manga pasa cerca de mi mano sin rozarla. Mi cuerpo registra la ausencia con una atención indigna.

—La aldea de Tolsta necesita semilla de avena. En Arnol guardaron parte de la cebada, pero carecen de manos para repartirla porque tres hombres siguen en el mar. El molino de Shawbost puede funcionar si encuentran a alguien capaz de reparar la rueda antes de que aumente el caudal.

—El molinero dijo que necesitaba madera nueva —interviene el administrador.

—El molinero necesita dejar de beber mientras trabaja. Iain MacLeod reparó la rueda pequeña de Bragar hace dos años y dijo que esta aguantaría otra estación si cambiaban el eje.

Darian deja de mirar las cuentas y empieza a mirarla a ella.

Conozco esa expresión. Aparece cuando alguien deja de ocupar espacio y demuestra que puede resultar útil. La lealtad le importa, pero es la capacidad la que despierta su respeto.

Conseguirlo suele exigir sangre, valor o astucia.

Caitlin lo consigue hablando de un eje.

—¿Y las redes? —pregunto.

Ella tarda tan poco en responder que el administrador baja los ojos.

—Las mejores están en Borge. Las remiendan Annabell y sus dos hijas desde que murió el marido. En Galson saben hacerlas, pero les falta lino. También faltará leche en Tolsta. Elspeth parió gemelos antes de tiempo y su hermana alimenta a tres criaturas con lo que da una sola cabra. Queda cáñamo en el almacén del embarcadero, aunque Sorley prohibió entregarlo porque pensaba venderlo en Stornoway.

La habitación queda quieta.

Caitlin parece advertir entonces que todos la miramos. Recoge la mano de la mesa y la esconde entre los pliegues de la falda.

—¿Cuántas familias dependen de esas redes?

—Once. Catorce si contamos a las viudas que reciben parte de la pesca.

Le acerco otro libro.

—Dime qué más está equivocado.

El administrador abre la boca.

Torren se inclina hacia él.

—Yo elegiría el silencio. Es lo único que aún no habéis administrado mal.

Caitlin toma el libro. Sus dedos recorren las marcas y corrige varias cifras antes de llegar al final.

Darian me observa por encima de los registros.

—Parece que ya tenemos a alguien capaz dentro de este clan.

Caitlin vuelve la cabeza hacia él.

—Sé lo que había antes de la muerte de Sorley. Después algunos hombres habrán escondido cuanto puedan proteger y otros habrán vendido cuanto temían perder.

—Vendrás con nosotros —decido.

Ahora sí me mira.

—¿Adónde?

—A las aldeas. Necesito comprobar cuánto queda y averiguar quién se ha aprovechado de la muerte de Sorley.

Beathag da un paso, dispuesta a objetar. Caitlin la detiene levantando dos dedos.

—Empezaremos por Tolsta —dispone, como si la decisión hubiera sido suya—. Después podemos bajar hasta Borge antes de que oscurezca. Annabell guarda las redes en una construcción junto a la playa y estará trabajando a esta hora.

—He dicho que vendrás —la interrumpo—. Todavía no he decidido la ruta.

—Entonces tendrás que decidirla deprisa —responde sin alterarse—. Si llegamos a Tolsta después del mediodía, los hombres estarán repartidos entre la costa y los campos, y acabarás interrogando a

ancianas que te dirán exactamente lo que creen que un hombre armado desea oír.

La miro durante unos segundos. No parece estar desafiándome. Sencillamente, conoce esas aldeas mejor que yo y no piensa fingir lo contrario para proteger mi autoridad.

—Tolsta primero —concedo—. Borge dependerá del tiempo que tardes en corregir a todos los hombres que encontremos.

—Solo corrijo a los tercos —replica Caitlin.

Una sonrisa acompaña la frase. Es pequeña, todavía cautelosa, pero está dirigida a mí. Tardo un momento más de lo necesario en apartar los ojos.

Finn vuelve la cabeza hacia mí con esa sonrisa suya que siempre sabe demasiado. Le frunzo el ceño. No sirve de nada.

Caitlin busca a Beathag junto a la puerta.

—Que preparen pan, queso y la cesta pequeña de remedios. En Tolsta sigue enfermo Murchadh y quiero ver cómo respira antes de mandarlo otra vez al mar.

Beathag asiente y sale sin preguntar cuánto durará la visita. Caitlin cierra el libro, lo deja frente a mí y la sigue.

Al parecer, todos en este castillo sabían que Caitlin recorría las aldeas salvo los hombres encargados de anotar lo que estas necesitaban.

Darian espera a que las mujeres salgan antes de mirarme.

—Pensaba que ibas a llevarte a Caitlin.

—Eso voy a hacer.

Me da un golpe en el hombro con una seriedad que no consigue ocultar su burla.

—Yo diría que ella acaba de llevarnos a todos.



EN TOLSTA NOS ESPERAN ANTES DE QUE ALCANCEMOS LAS PRIMERAS viviendas.

La noticia de nuestra llegada corre con mayor rapidez que los caballos. Media docena de hombres aguarda junto al camino, varias mujeres han salido a las puertas y los niños ocupan cualquier espacio donde puedan estorbar sin que una madre consiga atraparlos.

El parche viaja guardado en mi zurrón. Con el cielo bajo y la claridad apagada por las nubes, el ojo herido tolera el camino. La gente de Tolsta parece agradecerlo menos. Algunos recuerdan demasiado bien el rostro de Sorley y tardan unos instantes en encontrar las diferencias.

Luego desmonto.

El caballo, que hasta entonces parecía grande, pierde esa cualidad a mi lado. Los hombres se enderezan. Uno aparta a su hijo del camino con una mano rápida y una muchacha que lleva un cesto de turba se queda quieta hasta que la mujer situada a su lado le golpea el brazo.

Estoy acostumbrado a esa pausa. La provocan mi tamaño, mi aspecto, la espada, las cicatrices y todo cuanto los rumores añaden cuando llegan antes que un hombre. Resulta útil. La gente miente peor mientras decide si teme más una pregunta o la respuesta que ya imagina en mi cara.

A mí me reciben con inclinaciones cautelosas.

A Caitlin, por su nombre.

Antes de acercarse, varias miradas descienden hacia su vientre. Lo hacen con rapidez, casi a escondidas, y regresan a su rostro sin que

nadie formule la pregunta que el consejo ya ha extendido por toda la isla.

Una mujer se persigna. Otra le aprieta la mano al pasar, con una fuerza que parece contener cuanto no se atreve a decir delante de mí.

La muerte de Sorley está aquí. También la acusación.

Solo que en Tolsta ambas cosas se apartan para dejar sitio a Caitlin.

Dos niñas se aferran a su falda antes de que termine de bajarse del caballo. Un muchacho le muestra una rodilla cubierta por una costra digna, a su juicio, de ser cantada durante generaciones. Otra pequeña levanta una muñeca de trapo para enseñarle una pierna recién cosida.

Ella los conoce a todos.

—Effy, tu madre dijo que te apartaras del pozo.

La niña de las trenzas baja la barbilla.

—Solo miraba.

—Algún día acabarás mirando desde dentro.

—Sé nadar.

—En un pozo tendrás poco espacio para presumir.

La madre se ríe desde una puerta. Caitlin le toca el brazo al pasar y pregunta por su marido, por la tos del pequeño y por una hermana que enviudó durante el invierno.

Las respuestas llegan atropelladas, acompañadas de manos que buscan la suya y de quejas que pocos presentarían así ante un laird.

Caitlin escucha.

Recuerda cada nombre.

Y encuentra tiempo para examinar la costura de la muñeca mientras escucha cuánto grano queda en una vivienda con siete bocas.

Una mujer se acerca con un bebé envuelto contra el pecho y se lo entrega con la espontaneidad de un gesto repetido muchas veces.

El gesto me obliga a mirar alrededor. Todos han oído que Caitlin pudo envenenar a su marido. Aun así, esa mujer deposita a su hijo en sus brazos con la confianza de quien lo deja en el lugar más seguro de la aldea.

La criatura cabe entre el pecho de Caitlin y uno de sus brazos. Abre los ojos, observa el broche del manto y cierra una mano alrededor de la tela.

Caitlin sonríe.

La expresión apenas se parece a las que me ha mostrado desde mi regreso. Carece de cautela, de ironía y de ese esfuerzo constante por calcular cuánto puede decir sin pagarlo después. Inclina el rostro y roza con la nariz la frente del pequeño.

—Has engordado.

—Por fin acepta la leche de cabra —explica la madre—. La avena que enviasteis duró hasta la semana pasada.

Caitlin alza la vista.

—Os mandé dos sacos.

—Compartimos uno con Elspeth. Sus gemelos nacieron antes de tiempo.

La alegría de Caitlin se vuelve frágil sin desaparecer.

—¿Viven los dos?

—Los dos. Pequeños y ruidosos.

—Entonces han aprendido lo importante.

Sus brazos se ajustan alrededor del bebé con una seguridad que contradice la delicadeza de su rostro. El niño apoya la mejilla sobre su pecho y ella queda inmóvil, igual que si cualquier movimiento pudiera recordarle que tendrá que devolverlo.

Diecisiete años esperando.

Contando días. Tragando remedios. Sosteniendo hijos de otras mujeres.

Aparto la vista hacia los hombres reunidos junto al granero.

—Enseñadnos la semilla —ordeno.

—Antes deberíamos ver a Elspeth —dice Caitlin—. Sus gemelos comen de una mujer que apenas puede alimentarse. La cebada seguirá ahí dentro de una hora.

El hombre situado a mi lado espera mi decisión con la cautela que Sorley dejó en todos ellos, acostumbrados a escuchar primero al laird y averiguar después cuánto les costaría obedecer.

—Visitemos a Elspeth —respondo.

La sorpresa le cruza el rostro.

La madre intenta recuperar al pequeño. Él se aferra al broche del manto y protesta mientras Caitlin le abre los dedos uno a uno.

—Vamos, traidor. Tu madre hace todo el trabajo y tú vienes a preferirme por una pieza de hierro.

Lo besa en el cabello antes de entregarlo. Me basta verla con la boca apoyada sobre aquella cabeza pequeña para imaginar otro niño en sus brazos. Uno también mío, aunque deba llevar el nombre de Sorley. La imagen aparece con una naturalidad doméstica que me enfurece.

Cuando sus brazos quedan vacíos, el niño imaginado desaparece de su regazo, pero no de mi cabeza.

La gente empieza a caminar hacia las viviendas. Darian y Colum siguen a los hombres. Finn avanza rodeado de niños decididos a obtener la historia completa de cada una de sus cicatrices.

El hombre abre camino. La gente se aparta a mi paso, aunque ya con menos prisa. Un niño que antes se escondía detrás de su padre se queda mirando el ojo que ayer me cubría el parche.

—¿Ya no os duele? —pregunta.

Su padre intenta hacerlo callar, pero niego con la cabeza.

—Solo me molesta cuando hay sol.

El pequeño levanta la cara hacia el cielo cubierto.

—Hoy no hay.

—Por eso sigo de buen humor.

Finn resopla detrás de mí.

—Esto es buen humor. Conviene recordarlo para los días malos.

—Tú los provocas con bastante frecuencia.

Torren aparta del barro a un pequeño que camina hacia atrás para no perderse una sola palabra de Finn.

—Lo hace para que sepamos apreciar la diferencia —comenta mientras vuelve a depositarlo en terreno firme.

Esta vez permito que la sonrisa llegue un poco más lejos. Caitlin la ve y tarda un paso entero en volver la atención hacia el camino.

—Mañana visitarás conmigo las aldeas del oeste —le anuncio cuando vuelve a colocarse a mi lado.

Caitlin estudia el barro frente a sus botas antes de responder.

—Un día no bastará —advierte, recuperando el tono práctico—. Después tendremos que ir a Ness y bajar hasta las aldeas del sur.

Quiero saber cuanto antes a quién han dejado sin grano.

—Emplearemos los días que hagan falta, Caitlin.

Caitlin vuelve la cara hacia mí. Parece sorprendida de que no haya discutido la decisión ni intentado reducir su participación a una sola jornada.

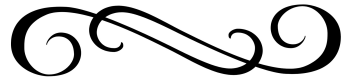
—Si salimos ya —dice al fin—, llegaremos a Borge a mediodía.

Se adelanta para explicarle algo a una mujer sin esperar a que apruebe la ruta.

Durante años imaginé a Caitlin encerrada en Dùn Mhoireasdan, entregada a esa vida de dama que había elegido con Sorley.

El clan entero parece empeñado en demostrarme que jamás supe qué vida llevaba ni cuánto de sí misma tuvo que salvar a escondidas.

Capítulo 8



«Caitlin»

Llevo tanto tiempo despierta que la oscuridad ha dejado de ocultar la alcoba. Distingo las vigas del techo, el arcón junto a la pared y la línea pálida bajo la puerta.

Solo Broen sigue sin aparecer.

Apagué la vela al acostarme porque esperar a un hombre con la alcoba iluminada tenía algo de invitación y lo de Broen y yo continúa siendo, según el acuerdo tácito de ambos, una tarea desagradable que conviene cumplir sin adornos.

Ahora la falta de luz solo sirve para que cada ruido del corredor adquiriera importancia.

He pasado el día entero cerca de Broen y apenas me ha hablado.

En Tolsta escuchó cuando le pedí que visitáramos a Elspeth antes de abrir el granero y esperó fuera de la casa de Murchadh mientras yo comprobaba que aquel hombre todavía no respiraba lo bastante bien para regresar al mar.

Después hizo contar cada saco dos veces y permitió que fuese yo quien decidiera dónde debía repartirse el grano.

Cuando llegamos a Borge, Annabell extendió las redes junto a la playa y nos enseñó cuáles podían remendarse si conseguía suficiente lino.

Broen le hizo tres preguntas, ordenó que se lo entregaran y volvió a montar. A mí no me preguntó nada. Tampoco lo necesitaba. Durante toda la jornada había seguido la ruta que yo marcaba como si confiar en mi criterio no le costara ningún esfuerzo.

Durante años resolví cuanto Sorley prefería no ver, siempre que nadie pudiera atribuirme la decisión. Broen ha necesitado una mañana para escucharme delante de sus hombres y convertir mi criterio en el camino de seis personas peligrosas y armadas.

Me doy la vuelta en la cama.

Quizá ha decidido que anoche bastó.

La idea debería aliviarme. Sin embargo, mi cuerpo, todavía capaz de recordar cada empuje en cuanto cierro los ojos, la recibe con una decepción que prefiero atribuir al miedo de volver a sangrar.

Una explicación pobre, aunque al menos conserva cierta dignidad.

Cuando la puerta se abre, tardo un instante en creerlo.

Una figura grande se desliza dentro y cierra con cuidado.

La claridad del corredor desaparece.

Broen avanza sin encender la vela, deja la espada junto al arcón y se sienta en el borde de la cama, de espaldas a mí.

El colchón se hunde bajo su peso.

—Pensaba que habías cambiado de opinión.

—Dije que volvería —responde sin volverse.

—Eso fue antes de pasar toda la cena comportándote como si yo hubiera dejado de existir.

El reproche sale más dolido de lo que pretendía. Broen baja la cabeza durante un instante antes de volverla lo suficiente para mostrarme el perfil.

—Había gente mirando —explica en voz baja.

No necesito preguntarle qué podían haber visto. Esta mañana bastó que nuestros ojos se encontraran para que el arcón volviera a crujir dentro de mi cabeza. Durante la cena habría tenido que verlo fingir que no recordaba mi cuerpo cerrándose alrededor del suyo mientras medio salón contaba las veces que nos mirábamos.

Aun así, cada vez que levanté la cabeza hacia él encontró algo urgente al otro lado de la estancia.

Broen apoya los antebrazos sobre las piernas. La camisa blanca de lino dibuja sus hombros en la penumbra y el cabello le cae húmedo junto al cuello.

Debe de haberse lavado. No se ha limitado a recordar la promesa que me hizo. Se ha preparado para cumplirla.

Yo también lo he hecho, con una atención tan concienzuda que ahora me avergüenza recordarla.

Pasan varios segundos.

Él ha venido para acostarse conmigo. Yo llevo horas esperándolo. Sin embargo, ninguno parece dispuesto a reconocer que lo sabemos.

—El gemelo más pequeño de Elspeth ha mamado algo más esta tarde —comento, porque hablar de un niño enfermo resulta menos peligroso que preguntarle cuándo piensa tocarme—. Torren consiguió la cabra.

Broen vuelve la cabeza lo suficiente para mirarme por encima del hombro.

—Siempre te gustaron los niños.

La observación me alcanza en un lugar que ya estaba sensible antes de que él entrara. Me incorporo contra el cabecero y recojo la colcha sobre las piernas.

—A casi todo el mundo le gustan.

—Tú querías diez —me recuerda, girándose un poco más hacia mí.

Cierro los dedos sobre la lana.

Habíamos hablado de ello una tarde junto al muro de la capilla. Yo tenía dieciséis años y una ilusión absurda por mi reciente compromiso con él.

—Era joven e inconsciente. Aún no había ayudado a traer ninguna criatura al mundo. Eso cambia un poco la perspectiva.

Broen me observa en la oscuridad.

—¿Los habrías tenido de haber podido?

—¿Con Sorley? —La respuesta sale antes que la prudencia—. Él consiguió que quisiera pocas cosas de él.

Broen vuelve el rostro hacia la pared. La rigidez le sube desde los hombros hasta la nuca y se queda allí, visible bajo el cabello mojado.

Hay verdades que llegan tarde y, al encontrar cerrada la puerta que necesitaban, se dedican a romper los muebles.

—Quería hijos —añado, más despacio—. Eso jamás cambió. Con él era distinto.

—Todo parece haber sido distinto ahora que está muerto.

La dureza de su voz me obliga a sentarme. La camisa se desliza por mi hombro y vuelvo a colocarla antes de que el gesto pueda parecer otra cosa.

—Lamento lo de tu mujer y tus hijos.

La espalda de Broen se tensa. Sus manos permanecen unidas entre las rodillas. Anoche estuvieron dentro de mí. La conversación debería conseguir que olvide ese detalle, pero cada vez que mueve los dedos recuerdo exactamente qué hicieron y dónde.

—Me enteré tarde —continúo—. Nadie sabía dónde estabas. Pregunté a los mercaderes, a los hombres que llegaban del sur y a cualquiera que hubiera pasado por tierras MacNeish. Solo conseguí historias distintas sobre dónde te habían visto.

—La mayoría serían falsas.

—Seguramente. Aun así las escuché.

Broen baja la cabeza. Durante un momento creo que ahí terminará la conversación.

—Los gemelos no fueron buscados. Su madre y yo pasamos una noche juntos. Quedó encinta y me casé con ella. Yo... era muy joven entonces.

Cuatro frases habrían permitido a otro hombre construir una defensa entera. Broen las deja desnudas entre nosotros.

—¿Cómo se llamaba?

Tarda en responder.

—Mary.

—¿Cómo era?

Broen baja los ojos hacia sus manos.

—Tenía poca paciencia con mis silencios.

—Entonces debía de vivir agotada.

Una alteración mínima cruza su boca. Esta vez no parece una sonrisa dirigida a mí, sino el recuerdo de una que ya no puede devolverle nadie.

—Cantaba mientras trabajaba —añade—. Nunca recordaba una estrofa completa y culpaba a la canción.

Durante un instante consigo ver algo de la vida que llevó lejos de Lewis. A esa mujer cantando mal, dos criaturas llorando y Broen en medio de todos ellos, aprendiendo a ocupar un lugar que había aceptado por deber y terminó perdiendo como una parte de sí mismo.

Ahora comprendo mejor por qué mi petición lo hirió antes incluso de que yo llegara a formularla.

—Hiciste lo correcto.

—Hice lo que correspondía.

La diferencia resulta pequeña únicamente para quien no lo conoce. Lo correcto puede nacer del deseo. Lo que corresponde se hace incluso cuando una parte de ti habría preferido otra vida.

Bajo la vista hacia sus manos, grandes, endurecidas, diestras. Hoy las vi sostener las riendas, levantar un saco y apartar a un niño del barro con una facilidad que el pequeño aceptó sin miedo. Anoche esas mismas manos me sujetaron las caderas mientras me obligaba a sentir cada parte de él. El recuerdo me calienta debajo de la camisa y convierte en una mentira el tono sereno con que intento continuar.

—Y ahora yo te pido otra obligación —murmuro.

Broen se vuelve por fin. Mantiene una pierna fuera de la cama y apoya la rodilla contraria sobre el colchón para quedar frente a mí.

—Esto no se parece. Lo he elegido yo.

—Porque es lo que corresponde para mantenerme viva. Al menos no tendrás que casarte conmigo. Podrás volver a tu vida. Ser viuda de Sorley...

Broen se mueve antes de que pronuncie la última palabra. La mano izquierda cae sobre el colchón junto a mi cadera y su cuerpo avanza sobre el mío, obligándome a apoyar la espalda contra el cabecero. La otra mano se cierra alrededor de mi rodilla por encima de la colcha. Su rostro queda tan cerca que la oscuridad ya no consigue ocultar la furia en sus ojos.

—Te dije que no le nombraras mientras estuvieras en la cama conmigo. Ya van dos veces, Caitlin.

Sus dedos continúan alrededor de mi rodilla. No aprietan, pero el calor de la palma atraviesa la lana y se extiende por la cara interna del muslo.

—Intentaba explicarte que esto no te obligará a cargar conmigo después. ¿Por qué te enfada tanto?

—Puedes entregar a Sorley el nombre, la criatura y la mentira que necesitas para seguir viva —responde. Su pulgar se mueve sobre mi rodilla, apenas un roce que contradice la dureza de su voz—. Pero es a mí a quien necesitas dentro de ti, ¿verdad?

—Sí.

La mano de Broen asciende por mi muslo y arrastra la colcha con ella.

—Dilo bien.

Quiere obligarme a pronunciarlo, quizá porque necesita que también duela en mi boca.

—Te necesito a ti.

Su mirada baja a mis labios. Creo que va a besarme, pero se detiene cuando nuestros alientos empiezan a mezclarse.

—Tú crees que eres la única humillada —dice.

—Yo te he pedido que me cubras para salvarme de una acusación de asesinato. Cuesta imaginar una posición más indigna.

—Me has pedido un hijo al que llamarán suyo.

Aparto la colcha y me arrodillo frente a él. El movimiento nos obliga a reorganizarnos sobre el colchón. Broen se sienta de nuevo en el borde mientras yo permanezco sobre las rodillas, entre sus muslos, con la camisa recogida alrededor de las piernas. Ya no tengo que hablarle desde abajo. Nuestras caras quedan a la misma altura.

—También llevará mi sangre. Mi cuerpo lo alimentará, lo traerá al mundo y puede que muera intentándolo o después. Perdona si no consigo pensar primero en tu orgullo.

Los dedos de Broen rodean mi rodilla desnuda bajo el borde de la camisa.

—No es orgullo.

—Entonces dime qué es.

Su pulgar recorre la cara interior de mi rodilla con una lentitud que empieza a dificultarme la respiración. Parece no advertir que me acaricia. O quizá lo sabe perfectamente y necesita tocarme mientras discutimos para recordar que, por mucho que el hijo lleve otro nombre, soy yo quien está arrodillada entre sus piernas.

—Mi orgullo dejó de importarme cuando tu padre decidió que mi hermano valía más que yo para ti.

—Yo tenía dieciocho años.

—Yo también era joven, Caitlin.

La respuesta me deja sin defensa. Durante un instante volvemos a ser dos jóvenes que esperaron cosas distintas de la misma mañana. Él, que yo protestara. Yo, que alguien me preguntara. Ninguno comprendió que los hombres que decidían nuestro futuro no tenían intención de permitir ninguna de las dos cosas.

Broen desliza la mano desde mi rodilla hasta la parte posterior del muslo. Sus dedos se cierran allí y me atraen unos centímetros. El

borde del colchón presiona mis espinillas. Sus piernas se abren para hacerme sitio y la lana de su kilt roza la piel desnuda bajo mi camisa.

—Y sigues trayendo a Sorley entre nosotros —murmura.

—Porque está en todas partes. En el título, en la acusación, en esta criatura que todavía no existe. Hasta muerto consigue colocarse en medio.

—Aquí no.

La dureza con que lo dice me recorre entera.

La mano de Broen asciende hasta mi cadera y se queda allí, con el pulgar hundido bajo la camisa. Su otra mano abandona el colchón y alcanza mi rostro. Primero me roza la mandíbula con los nudillos. Después me sujeta la barbilla y la levanta despacio.

Broen mira mi boca.

No lo hace como un hombre que está pensando en besarme. La observa como si recordara todo lo que salió de ella la noche anterior. Su nombre quebrado, los gemidos que intenté contener, el aire que perdí cada vez que me penetró hasta el fondo.

El pulgar llega a mi labio inferior y se detiene en el centro. La yema está áspera por las armas, las riendas y el frío. Presiona hasta entreabrirme la boca y después recorre el labio con una lentitud obscena, desde una comisura hasta la otra.

Se me escapa el aire contra su piel.

Sus ojos suben a los míos al sentirlo. El pulgar vuelve sobre el mismo camino, más despacio, arrastrando la humedad que ha encontrado. Cuando llega al centro, introduce apenas la punta entre mis labios. No lo suficiente para invadir mi boca, solo para comprobar que se la abro.

Lo hago.

Sus dedos se hunden en mi cadera mientras la yema avanza un poco más y roza mi lengua. El sabor leve de su piel, limpio y salado, me llena la boca. Cierro los labios alrededor de su pulgar antes de pensar si debería hacerlo.

Algo feroz le endurece la cara.

La respiración de Broen se vuelve más profunda. No retira el pulgar de inmediato. Lo deja sobre mi lengua mientras la mano de mi cadera me atrae hasta que la lana del tartán roza mi sexo. Su erección queda atrapada entre ambos, dura contra mi vientre.

Chupo despacio la yema áspera.

Broen me observa hacerlo con una inmovilidad que no consigue ocultar el pulso violento de su miembro contra mí.

—Aquí me necesitas a mí —repite con la voz más grave.

—Sí —respondo, aunque la palabra se deshace contra su pulgar.

Su mano baja desde mi cuello hasta la cintura, se cierra sobre la tela de la camisa y me arrastra hacia él. Termino a horcajadas sobre sus muslos, con las rodillas hundidas en el colchón y el pecho pegado al suyo. La erección se alza bajo el tartán y presiona la tela contra mi sexo desnudo.

Broen desliza la mano de mi cintura hasta el trasero. Aprieta una nalga y me hace avanzar sobre él. La fricción me obliga a aferrarme a sus hombros. Su mirada baja hacia el lugar donde nuestros cuerpos se rozan y repite el movimiento con mayor lentitud, arrastrando toda su dureza entre mis labios a través de la lana.

—¿Sabes qué decían de nosotros cuando te casaste con Sorley? —pregunta sin levantar todavía los ojos.

Comprendo por qué lo recuerda ahora. El castillo duerme y Broen está en mi alcoba, con mi camisa recogida sobre las caderas y mi cuerpo moviéndose encima del suyo. Exactamente la vida

clandestina que otros inventaron para nosotros antes de que llegáramos a tocarla.

—Lo sé —admito.

—Decían que me colaba en tu alcoba cada noche —continúa, cerrando con más fuerza la mano sobre mi nalga—. Que esperaba a que el castillo durmiera y venía a buscarte igual que he venido ahora. Algunos juraban que, si llegabas a tener un hijo, llevaría mi sangre y no la de tu marido.

Pronuncia «marido» con una amargura que el movimiento de sus caderas vuelve todavía más áspera.

—Sorley también oyó esos rumores —le cuento.

Broen levanta por fin la mirada.

—Imagino que le divertirían mucho —responde, aunque su mandíbula se ha endurecido y no hay ninguna burla en su voz.

—Se volvía loco.

La mano que me estaba moviendo sobre él se detiene. La dureza continúa presionando entre mis piernas, pero la atención de Broen abandona mi cuerpo y se concentra por completo en mi cara.

—Registraba la alcoba cuando regresaba de una cacería —continúa—. Preguntaba a las criadas cuánto tiempo había pasado sola, quién se había acercado a mí y dónde estabas tú. Incluso cuando llevabas meses lejos de Lewis, si alguien pronunciaba tu nombre durante la cena, me observaba para comprobar si me cambiaba la cara.

La mano de Broen asciende por mi espalda. Sus dedos se detienen entre mis omóplatos, abiertos sobre la camisa.

—¿Y cambiaba?

—Aprendí a impedirlo.

Su boca queda tan cerca que la respuesta parece entrarle directamente en el cuerpo.

—Yo también me volvía loco, Caitlin.

La confesión no trae alivio. Tiene demasiados años dentro.

—Y ni siquiera te había tocado. —Su atención recorre mi rostro como si buscara en él a la joven que no quiso mirarlo—. Un maldito beso. Eso fue todo cuanto tuve de ti. Uno, junto al muro de la capilla, y después tuve que escuchar cómo medio castillo me atribuía noches que pasabas con otro hombre.

La vergüenza me sube desde el pecho. Recuerdo aquel beso con demasiada claridad. La mano de Broen en mi cintura, mi espalda contra la piedra calentada por el sol, el asombro de descubrir que una boca podía hacer que el cuerpo entero pareciera inclinarse hacia ella.

—Te odié —dice—. Dios, cómo te odié cuando anunciaron que te casarías con él y no conmigo. Ni siquiera fuiste capaz de mirarme. Tu padre pronunció el nombre de Sorley y tú permaneciste allí, con las manos juntas, igual que si nunca hubiéramos hablado de una vivienda llena de hijos y una vida que ya dábamos por nuestra.

Cada palabra encuentra un lugar donde hacer daño.

—Tú también permaneciste callado.

—Esperaba que me miraras —responde—. Si hubiera visto en tu cara que no querías aquello, habría desafiado a tu padre, al consejo y al clan entero antes de permitir que te casaran con él.

—Lo sé.

Broen se aparta para verme mejor.

—Entonces ¿por qué no levantaste la cabeza?

Las explicaciones que he utilizado durante estos años se amontonan y ninguna consigue salir. Mi padre había decidido. El consejo

esperaba obediencia. Una muchacha bien nacida no convertía un compromiso entre clanes en un espectáculo porque el gemelo equivocado fuese el hombre al que había aprendido a buscar durante las cenas.

Todo eso es cierto.

También es insuficiente.

—Porque había un salón entero esperando que obedeciera y nadie había preguntado qué quería yo. Porque Sorley te miraba como si ya estuviera pensando en cómo apartarte de su camino y tú parecías dispuesto a matarlo delante de todos. Si hubiera levantado la cabeza, habría hablado. Y ya sabía que cualquiera de mis palabras acabaría utilizándose contra uno de los dos.

—Tu silencio me destrozó.

—No confundas el silencio con una elección. A veces una mujer calla porque nadie está dispuesto a escuchar.

Sus dedos se hunden en mi carne. No con la suavidad de una caricia, aunque tampoco parece ignorar lo que hace. Me aprieta contra él y la fricción de la lana me arranca un movimiento involuntario.

La mano permanece inmóvil un instante, igual que si acabara de obtener una respuesta que no piensa mencionar.

—Durante diecisiete años creí que te daba igual cuál de los dos te llevara al altar.

La frase me deja sin calor.

Broen tira de la tela con fuerza y mi camisa termina recogida bajo mis pechos. Su mirada desciende hacia el lugar donde mi cuerpo descansa sobre el suyo. La penumbra no oculta la humedad que ha atravesado la lana.

Su mano abandona mi cadera. Baja hasta el cinto y tira de la hebilla entre nuestros cuerpos. El cuero se abre con un sonido seco.

Me sostiene con un brazo mientras utiliza el otro para apartar los pliegues del tartán, torpe por la falta de espacio y demasiado impaciente para fingir que aquello sigue siendo una conversación.

Su erección queda libre entre nosotros. En la penumbra parece más oscura que el resto de su piel, gruesa, tensa, con una curva leve hacia arriba y una vena marcada que desaparece bajo la cabeza húmeda. Los testículos pesan debajo, blandos y suaves. Cuando la cara interna de mi muslo roza su longitud, noto el calor antes que la dureza.

Broen me alza por las caderas.

El movimiento separa mi cuerpo del suyo lo necesario para que el aire frío alcance la humedad entre mis piernas. Abro más las rodillas por equilibrio.

Sus manos me colocan sobre él.

Su sexo se desliza entre mis pliegues y encuentra la entrada. La presión despierta la sensibilidad de la noche anterior. Mi cuerpo se tensa aunque todavía no ha empezado a penetrarme.

—Puede que te siga odiando.

—Entonces termina con la obligación y vete —respondo—. No tendrás que soportarme después.

Sus ojos regresan a los míos. Me observa como si necesitara decidir qué parte de mi respuesta nace del dolor y cuál pretende causárselo.

—No conviertas mi marcha en otra condición del acuerdo —advierte al fin—. No te la he ofrecido. Eso lo decido yo.

La brusquedad con que me baja sobre él convierte la primera penetración en un ardor que me atraviesa el vientre. Cierro los dedos sobre sus hombros y contengo el sonido entre los dientes.

Primero noto el borde ancho, después la tensión de esa curva que roza todas las paredes de mi cuerpo. Mi cuerpo cede, centímetro a centímetro, hasta que la blandura de sus testículos golpea suavemente contra mí.

Broen respira con fuerza contra mi boca, pero permanece inmóvil mientras mi cuerpo se abre alrededor de él. Espera hasta que la tensión abandona mis muslos.

—Sigue —le pido. La palabra apenas conserva voz.

Me levanta despacio. No llega a salir por completo. Mantiene la cabeza dentro de mí y deja que el resto de su miembro se deslice hacia fuera con una lentitud que convierte cada centímetro perdido en una amenaza. Antes de que consiga pedirle que vuelva, tira de mis caderas y me hace descender otra vez.

—Un beso —dice, mirándome—. Y tuve que imaginar el resto durante años.

Vuelve a bajarme sobre él.

Esta vez con más fuerza.

—Yo tenía que acostarme con él.

Algo se rompe en la expresión de Broen.

Me alza de nuevo y me penetra con una embestida que hace crujir la cama. No hay beso, ni ternura, ni una sola palabra capaz de volver aquello más fácil. Solo sus manos agarrándome con demasiada fuerza, mis rodillas hundidas a ambos lados de su cuerpo y diecisiete años de silencio encontrando por fin una forma furiosa de salir.

El gemido me sale contra su cuello. La plenitud me atraviesa el vientre, dolorosa al principio, seguida por una oleada de placer que me obliga a cerrarme alrededor de él.

—Tú podías marcharte, odiarme y convertir mi silencio en la explicación que prefirieras. Yo tenía que despertar a su lado.

Sus manos dejan de moverme.

Permanece dentro de mí, tan profundamente que noto el pulso de su erección contra las paredes tensas de mi cuerpo.

—Y yo despertaba cada mañana creyendo que estar a su lado era lo que habías querido —responde.

Esta vez la furia no tarda en aparecer. Le cruza el rostro con una violencia que me hace sentir el cambio en todo su cuerpo.

Sus dedos suben hasta cerrarse en mi nuca. Me obliga a sostenerle la mirada mientras empieza a moverme sobre él. Cada descenso es más fuerte que el anterior y el placer me golpea detrás del pubis.

Le agarro el cabello por la nuca y tiro de él. Su cabeza se inclina hacia atrás, pero las manos continúan gobernando mis caderas.

—No puedes castigarme hoy por lo que no hice con dieciocho años.

—Puedo seguir enfadado.

—Sí, eso se te da muy bien.

Broen me levanta otra vez, aunque esta vez soy yo quien baja antes de que él tire de mí. Lo recibo con tanta brusquedad que el placer estalla en mi vientre y me hace arañarle los hombros a través de la camisa.

Algo feroz asoma en su expresión.

El placer termina de romperme antes de que consiga contenerlo.

Me cierro alrededor de él con una fuerza que detiene su cuerpo a mitad del movimiento. La oleada nace en lo más profundo, y se extiende hacia fuera en contracciones rápidas que me arquean contra él.

Broen sostiene mi mirada mientras mi cuerpo lo aprieta una y otra vez, incapaz ya de ocultarle nada.

Su nombre se me escapa roto.

Él responde con una embestida profunda y permanece dentro.

La tensión le endurece el cuello. Sus manos se cierran sobre mis muslos y su respiración se corta junto a mi boca. Noto cómo su erección se vuelve aún más rígida dentro de mí, la vena latiendo contra mis paredes sensibles, y después llega el primer pulso caliente.

Se derrama con una sacudida contenida. El semen entra en mí en oleadas espesas, acompañado por contracciones que hacen palpar toda su longitud.

No aparta los ojos.

Tampoco yo.

Luego me aparta de sus muslos con un movimiento tan repentino que me hace caer de espaldas.

Se arrodilla entre mis piernas y baja la mirada. El semen empieza a escapar entre mis pliegues. Broen lo observa deslizarse y algo cambia en su cara. Lo recoge con dos dedos, despacio, siguiendo el rastro caliente hasta mi entrada.

—Broen...

Vuelve a empujarlo dentro. No aparta los ojos de los míos mientras sus dedos desaparecen hasta los nudillos y mi cuerpo se cierra alrededor de ellos.

—No pienso dejar fuera nada de lo que he venido a darte. Quédate quieta.

No sé si me lo ordena a mí o a mi cuerpo, que se contrae alrededor de sus dedos como si aún no hubiera tenido suficiente.

—Resulta difícil cuando insistes en tocarme.

Sus ojos suben hasta los míos. La rabia continúa allí, aunque ya no la utiliza para ocultar la atención con que estudia mi rostro.

Broen retira los dedos lentamente. La humedad brilla sobre su mano. Se la limpia en el borde de la camisa y se sienta sobre los talones, recuperando el aliento.

Su erección asoma bajo la camisa alzada oscura y húmeda por ambos. El vello que le cubre el vientre se vuelve más espeso alrededor de la base y desciende sobre los testículos recogidos cerca del cuerpo, como si tampoco hubieran aceptado que ha terminado.

—Una vez no basta —dice.

Su voz todavía está áspera.

—Si tu vida depende de que engendres pronto, no pienso dejarlo a la suerte.

No respondo. Cualquier protesta resultaría absurda con las piernas abiertas y su semen todavía caliente dentro de mí.

Se coloca sobre mí sin darme tiempo a ordenar la camisa ni la respiración. Una de sus manos me agarra por detrás del muslo y me levanta la pierna hasta dejarla apoyada contra su costado.

La postura me expone por completo.

Broen guía su erección con la mano. La cabeza roza la entrada hinchada y se desliza una vez por mis pliegues, recogiendo la humedad que ya cubre su piel. Después empuja.

Entra de golpe.

Vuelve a abrirme y el ardor me sube hasta el vientre. Avanza con una fricción áspera, estimulando cada zona sensible que acaba de abandonar.

Le clavo los dedos en los brazos.

Mi cuerpo recibe su rabia y empieza a responderle. El dolor se vuelve calor; el calor, una presión densa que crece detrás del pubis.

Su mirada permanece fija en mi rostro, oscura y atenta, como si todavía buscara en él todo cuanto no le mostré aquella mañana. Yo le sostengo los ojos mientras me penetra.

No me está castigando a mí. Está castigando los años en que le quitaron todo. Es su manera de gritarme aquí estoy yo y no Sorley.

Y esta vez no bajo la cabeza. Broen me agarra la otra pierna y la abre más. El siguiente empuje llega tan hondo que el aire se me rompe en la garganta. Su camisa roza mis pechos y el golpe firme de sus caderas me mece con violencia contra el colchón.

Tiro de él por la nuca, pero no para besarlo.

Quiero tenerlo más cerca. Quiero que sienta mis uñas, mi respiración y cada contracción que ya no consigo ocultar. Apoya la frente contra la mía. Su aliento se mezcla con el mío y durante varios movimientos solo existen el roce de su barba, el golpe de sus caderas y la dureza de su miembro abriéndose paso dentro de mí.

La presión se concentra de pronto.

Me aferro a sus hombros. El placer asciende con una violencia que me obliga a arquearme y Broen aprovecha el movimiento para entrar todavía más. Mi cuerpo se cierra a su alrededor.

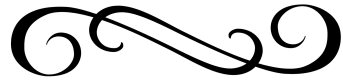
Lo siento entero: la cabeza atrapada en lo más profundo, la vena palpitando contra mis paredes y el grueso tronco deslizándose por una carne que ya lo recibe sin protesta.

El gemido sale con su nombre.

Broen pierde el ritmo durante una sola embestida.

Después me sujeta con más fuerza y continúa, brusco, silencioso, mirándome como si sus años de rabia pudieran agotarse antes que su cuerpo.

Capítulo 9



«Caitlin»

Cabalgamos hacia el oeste con el cielo tan bajo que las turberas parecen sostenerlo.

El camino empeora al dejar atrás las últimas tierras próximas al castillo. El agua ocupa las hondonadas, el barro engulle los cascos y el viento llega cargado de sal mucho antes de que aparezca el mar. Darian encabeza el grupo con Colum. Finn y Torren discuten detrás sobre cuál de los dos eligió el terreno menos firme para cruzar un arroyo, aunque ambos consiguieron mojarse hasta las rodillas y la responsabilidad podría repartirse con bastante justicia.

Altair cierra la marcha y Broen avanza a mi izquierda.

No queda ningún rastro de la furia de anoche. Broen ha vuelto a guardarla donde encierra todo lo que no piensa entregar, detrás de esa calma impenetrable que no permite saber si ha olvidado lo ocurrido o si lo recuerda con la misma precisión que yo.

Desde que hemos salido solo ha hablado para advertirme de una piedra cubierta por el agua y señalar una zona donde el suelo cede. La noche anterior encontró muchas más palabras, casi todas relacionadas con agravios acumulados durante diecisiete años.

También encontró otras formas, bastante menos verbales, de demostrar que seguía enfadado.

Cambio el peso sobre la silla.

La molestia entre mis piernas responde de inmediato. Broen vuelve la cabeza y su mirada desciende sin detenerse en ningún lugar comprometedor.

Me enderezo en la silla y finjo que el movimiento obedecía a la necesidad de mirar el terreno. Una mujer acusada de asesinato conserva pocas dignidades y admitir que cabalga dolorida después de haber recibido al futuro padre de su criatura dos veces en la misma noche podría ser la que termine de arruinarlas todas.

En la bifurcación, Broen escoge la senda de la derecha, más larga, pero cubierta de hierba. La de la izquierda desciende casi en línea recta hacia la aldea.

—Por ahí llegaríamos antes —señala Finn.

—Está encharcada —responde Broen.

Finn se inclina sobre el cuello de su caballo para observarla. El terreno está oscuro por la humedad, aunque ninguna de las monturas tendría problemas para atravesarlo.

—El agua de Lewis es misteriosa.

Darian mira el camino y después a Broen, que ya ha hecho avanzar al caballo por la otra senda.

—Déjalo. Ha empezado a apreciar la comodidad de los demás.

—La mía nunca le ha preocupado.

—Tú llamas comodidad a que te lleven, te alimenten y escuchen tus quejas —dice Colum.

Broen se limita a conducir su caballo por la hierba y permite que los demás se burlen de él.

Observo su espalda mientras avanzamos. Lleva la misma rigidez de siempre en los hombros y ni siquiera vuelve la cabeza para comprobar si he comprendido.

Lo he hecho.

Empiezo a sospechar que sus cuidados se reconocen precisamente porque jamás reclama nada después de ofrecerlos.

Las viviendas de Arnol aparecen al otro lado de la loma, encogidas contra el viento, con los tejados de brezo sujetos por cuerdas y piedras. Debería haber gente limpiando pescado junto al ahumadero y niños disputándose las piezas que caen de las mesas. En cambio, varias mujeres esperan en la costa con los cestos vacíos, los cuchillos envueltos en paños y dos barriles de sal abiertos.

Darian detiene el caballo.

—Colum y yo revisaremos las reservas —dice, señalando las casas—. Finn puede contar el ganado.

Finn se lleva una mano al pecho.

—Creía que habíamos venido a ayudar al clan, no a castigarme.

—Torren irá contigo —añade Darian—. Así habrá alguien capaz de contar.

—Sabía que mi presencia era imprescindible —declara Torren mientras gira su montura.

Altair observa hacia la costa.

—Allí esperan algo.

—El banco de invierno de arenques —respondo.

Broen me mira.

—¿Cuándo debía entrar?

—Suele acercarse a la costa antes de que el frío endurezca las charcas. El año pasado llegó en la primera mitad del invierno. — Observo los cestos junto a las mujeres—. Este año llevan demasiado tiempo aguardándolo.

—Acerquémonos —concluye.



NUESTRA LLEGADA CONSIGUE APARTAR ALGUNAS MIRADAS DEL MAR.

Primero se detienen en Broen. Los mayores lo observan con el desconcierto de quien reconoce un rostro y, al mismo tiempo, necesita aprenderlo de nuevo. Los jóvenes disimulan peor.

Un niño se queda tan embobado que tropieza con un cubo. Su madre lo atrapa por el cuello de la túnica antes de que caiga dentro.

—Es él —susurra el pequeño.

Broen desmonta primero. Cuando me acerco, alza un brazo.

Apoyo la mano en su antebrazo y bajo. Sus dedos se cierran sobre mi codo hasta que tengo ambos pies en el suelo. Después me suelta con una cautela que habría resultado ridícula ayer por la mañana y que hoy consigue traerme a la memoria demasiados detalles.

Por suerte, un hombre de barba blanca se acerca desde los cercados antes de que deba decidir dónde mirar. Sus ojos pasan de mi rostro a mi vientre. La isla entera terminará con dolor de cuello de tanto repetir ese recorrido.

—Lady Caitlin. Mi laird.

Broen acepta el título sin corregirlo.

—Llevan desde el alba mirando —explica el anciano—. Ayer las gaviotas se alejaron hacia el norte y Bess aseguró que vio el agua oscurecerse. Si el banco de arenques se acerca lo suficiente, los

hombres podrán salir con las barcas pequeñas. Con una buena pesca habría comida para varias semanas. Más si conseguimos salar parte.

Una mujer situada cerca de la orilla se protege los ojos con la mano. Las demás siguen la dirección de su mirada. Durante unos instantes nadie respira.

Solo es una bandada que vuela baja sobre el agua y continúa hacia el norte.

El murmullo de decepción apenas supera el viento.

Broen observa el horizonte. La postura recta, las manos quietas a ambos lados del cuerpo y la expresión cerrada podrían hacer pensar que el mar acabará obedeciéndolo por puro temor.

Me acerco a los cestos vacíos. Dentro de uno hay sal endurecida en el fondo. En otro, escamas antiguas pegadas al mimbre. Han venido preparadas porque esperar sin herramientas se parecería demasiado a admitir que no pueden hacer nada.

Resulta difícil decidir cómo recibir a una mujer que podría llevar en el vientre al próximo laird y, al mismo tiempo, haber asesinado al anterior.

Maude resuelve su parte del dilema tomándome ambas manos.

—Que venga fuerte y con el buen juicio de parecerse a su madre.

La presión de sus dedos y la ternura con que me mira consiguen que la mentira pese de otra forma.

Dos mujeres murmuran sus felicitaciones. Una me toca el brazo; otra desea salud a la criatura.

Sus ojos se desplazan hacia Broen. Hay algo involuntariamente obsceno en que lo miren a él mientras hablan del rostro que tendrá el hijo de su hermano.

Varias de las más jóvenes, sin embargo, observan a Altair. El negro de la ropa y las trenzas rubias agitadas por el viento bastan para que una muchacha entregue su cesto a otra sin darse cuenta de que acaba de dejarla con dos.

Maude sigue la dirección de sus miradas.

—¿Quién es vuestro acompañante?

—Altair Sinclair.

—Casado —añade él sin volverse.

La muchacha del cesto se pone roja. Las demás se ríen y Altair continúa contemplando el agua, demasiado acostumbrado a llamar la atención para concederle importancia.

—Qué desperdicio —dictamina Maude.

—Mi mujer no lo considera así.

—Encima satisfecho con ella. Peor aún.

La comisura de su boca se mueve apenas. Maude vuelve a mirarme y su expresión adquiere un matiz mucho más peligroso.

—Tú, en cambio, ya no estás casada. Disfruta de la tranquilidad mientras puedas. En cuanto el niño nazca, los caballeros de Lewis empezarán a encontrar motivos para visitar el castillo para cortejarte.

Broen, que estaba entregando las riendas a uno de los muchachos, vuelve la cabeza.

—Acaba de enviudar. No parece el momento más propicio para pensar en otro esposo.

Maude lo mira con paciencia.

—Para ti, quizá. Los hombres poseen una relación muy flexible con la prudencia cuando una mujer es hermosa, viuda y puede dar a luz

al heredero de un clan. Ayer ya preguntaron por ella.

Broen deja las riendas.

—¿Quién?

La pregunta sale con tal rapidez que hasta el anciano de la barba levanta las cejas.

Maude sonríe.

—Uno de los MacAulay.

—¿Cuál? —pregunta Broen.

Maude alza las cejas. Altair, unos pasos más atrás, aparta la atención del mar.

—Eòghan, el primogénito del laird MacAulay. Alto, buenos hombros y todos los dientes.

Apenas han terminado de enterrar a Sorley y ya hay hombres calculando cuánto poder conservará su viuda y de qué manera podrían apoderarse de una parte.

—¿Qué quería? —insiste Broen.

—Pasó ayer por Arnol con varios hombres. Había oído lo del embarazo, la acusación y vuestro regreso. Quiso saber si era cierto que Caitlin podía salir del castillo bajo vuestra protección.

—Custodia —corrige Broen.

—Estoy segura de que esa palabra hará mucho más feliz a su padre. Domhnall MacAulay ya considera poco prudente que el consejo Morrison investigue la muerte de un laird Morrison mientras otro Morrison decide qué hacer con la principal sospechosa.

—Puede venir a expresar sus reparos ante mí.

—Quizá mande al hijo. Parecía bastante interesado.

Broen endurece la mandíbula.

Altair vuelve el rostro hacia Broen. La expresión permanece impassible, aunque percibo en sus ojos el instante exacto en que decide no perderse una sola palabra.

—Eòghan quiso saber si seguías siendo tan hermosa —prosigue Maude—. También preguntó si, una vez demostrada tu inocencia y nacido el niño, la madre del heredero estaría obligada a permanecer en Dùn Mhoireasdan.

—Una pregunta estrictamente política —murmuro.

—Sin duda. Por eso recordó tres veces que es soltero.

Broen da un paso hacia nosotras.

—Si un MacAulay insiste en cortejarte —dice Broen con sequedad—, dile que empiece por devolver las reses que nos roba.

Altair aparta la vista del horizonte.

—¿Y después?

Broen le dirige una mirada sombría.

—Creía que vigilabas el mar.

—Lleva siglos en el mismo sitio. Esto es más novedoso.

Esta vez las mujeres no intentan ocultar la risa.

—Con que devuelva dos, podríamos llenar el ahumadero —responde entonces Sitheag.

Mis ojos regresan a los cestos vacíos y la broma pierde parte de su ligereza.

—¿Cuánta comida queda? —pregunto.

Maude señala las casas.

—Nueve sacos. Los demás están comprometidos para semilla, pago y reserva del consejo.

Broen vuelve la cabeza.

—El consejo puede esperar.

Bess lo observa con cautela.

—Sorley decía que la semilla no debía tocarse.

—Sorley ya no decide quién pasa hambre.

La frase queda entre el viento y el agua. Broen no mira alrededor para comprobar su efecto ni espera que las mujeres agradezcan que les permita comer. Ya está calculando cuánto puede separarse para la siembra y cuánto soportarán las reservas antes del deshielo.

—Guardaremos lo imprescindible para la semilla —decide—. El resto se distribuirá hoy.

He pasado años vendiendo joyas, desviando sacos y persuadiendo a administradores para aliviar en secreto las consecuencias de decisiones que no podía cambiar.

Broen utiliza la autoridad que acaba de recibir y abre las reservas delante de todos. También acepta el problema que dejará para la primavera, porque alimentar a estas familias hoy no le permite fingir que mañana ya estará resuelto.

Las mujeres observan al hombre que ha regresado con el rostro de Sorley y una manera completamente distinta de ejercer el poder. Yo también.

Hasta ahora había pensado que Broen protegía aquello que consideraba suyo. Empiezo a comprender que repara cuanto encuentra roto aunque nadie vaya a recompensarlo por hacerlo.

—Aun repartiendo los sacos, llegaremos justos al deshielo —digo—. El arenque cambiaría las cuentas, pero conviene trabajar con la posibilidad de que no llegue.

Affra acaricia la cabeza de su hija.

—Llegará.

La esperanza en su voz resulta tan obstinada que discutir con ella sería una crueldad y aceptar sus cálculos, una irresponsabilidad.

—Preparad también las nasas para el marisco —le digo—. Las mujeres que puedan bajar con la marea recogerán lapas y mejillones. Bess sabe qué algas pueden cocerse con avena sin arruinarla por completo.

—Arruinarla un poco parece inevitable —murmura Bess.

—El hambre vuelve tolerables muchos crímenes culinarios.

Una risa breve recorre a las mujeres. Dura poco, aunque cambia algo en sus rostros.

Broen contempla la línea gris del horizonte. Una bandada aparece hacia el norte y desciende sobre el loch. Las mujeres se incorporan al mismo tiempo. Los hombres arrastran la barca hasta que el agua les cubre las botas.

Durante unos instantes, una sombra oscura avanza bajo la superficie.

Después se dispersa.

Las aves continúan hacia mar abierto.

Nadie protesta. La decepción resulta demasiado conocida para malgastar fuerzas en ella.

Broen observa los cestos vacíos, la niña adormecida contra su madre y la red mal remendada entre las manos del pescador.

—Con esas barcas solo podéis alcanzarlos si se acercan a la costa.

El anciano asiente.

—Hay una mayor varada en una cala, al norte. Podríamos salir a mar abierto con ella, pero dos tablones del costado se rajaron en otoño.

—¿No pudisteis sustituirlos?

—Aquí no encontramos madera adecuada. El administrador del castillo prometió enviarnos parte de la que trajeron de tierra firme, pero nunca llegó.

Broen vuelve la vista hacia el saliente que oculta la cala.

—¿Está dañada la quilla?

—No lo sabemos. Habría que levantarla para mirar por debajo.

—La revisaré ahora.

—Conozco el sendero —digo—. Los cofres de sal se guardaban allí antes de que construyeran el ahumadero.

Una ráfaga sacude los mantos. Hacia el oeste, una franja gris ha comenzado a borrar la línea del horizonte.

Broen se vuelve hacia Altair.

—Busca a los demás y regresad al castillo. Preparad dos sacos de avena y todo el cáñamo que quede en los almacenes. Enviadlo todo a Arnol cuando pase la lluvia.

Altair mira las nubes.

—¿Y vosotros?

—Caitlin me mostrará la cala.

—El temporal alcanzará pronto la costa.

Broen le hace un gesto a Altair.

—Cuanto antes regreséis, antes llegará la comida.

Altair asiente y se aleja hacia las casas. Al pasar junto a Broen, reduce el paso.

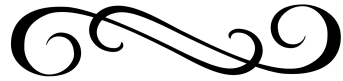
—Si aparece el MacAulay, procura que conserve todos esos dientes tan admirables.

Broen le dirige una mirada sombría.

—Ve a buscar a los demás.

Altair continúa sin volverse, satisfecho de haber obtenido la única respuesta que necesitaba.

Capítulo 10



«Caitlin»

—Eòghan MacAulay no pasó por Arnol para averiguar si sigo siendo hermosa. Y no preguntó si yo había matado a Sorley. No le interesa —digo cuando el sendero comienza a descender hacia la cala.

Broen cabalga unos pasos por delante. La pendiente obliga a los caballos a buscar apoyo entre las piedras y él no se vuelve, aunque inclina la cabeza de esa forma apenas perceptible que indica que me escucha.

—Preguntó cuántos hombres permanecían en el castillo, quién vigilaba la costa y quién daba las órdenes desde la muerte de mi marido —continúo—. La inocencia de una viuda parece preocuparle menos que el número de espadas dispuestas a conservarla.

Las nubes avanzan desde el oeste y apagan el brillo del mar. La claridad gris, vuelve más severo el perfil de Broen. Su mano izquierda sostiene las riendas; la derecha descansa sobre el muslo, muy cerca de la empuñadura de la espada.

—Quiere saber cuánto costaría sacarte de Dùn Mhoireasdan — responde al fin.

Mi yegua escoge ese momento para ladearse ante una piedra. La devuelvo al centro del sendero con una ligera presión de la rodilla.

—Ellos sí lo llamarán protección.

—Un cerrojo no cambia por el nombre que le den.

La brusquedad de la frase me hace mirarlo.

—Si los MacAulay quisieran juzgarme, habrían enviado un emisario al consejo —razono mientras mi yegua salva un escalón de roca—. Han empezado por las aldeas porque necesitan averiguar qué encontrarían antes de presentar una exigencia. Una mujer acusada de matar a su laird les ofrece un pretexto. Una mujer embarazada les entrega algo mejor.

Broen tira de las riendas al llegar a una curva y espera a que me sitúe a su altura.

—Si te declara esposa suya, el hijo de Sorley crecerá entre los MacAulay —dice, mirándome—. Domhnall no tendrá que tomar Dùn Mhoireasdan. Le bastará con esperar a que el muchacho herede y enseñarle quién merece su gratitud.

—Suponiendo que sea un muchacho —puntualizo.

La mirada de Broen baja un instante hacia mi vientre antes de regresar a mi rostro.

—Suponiendo que exista —replica él.

Miro la costa que los MacAulay tendrían que recorrer para llegar hasta nosotros.

—También podrían decidir que su madre sufrió una desgracia antes del parto.

Su expresión permanece inmóvil. Solo cambia la mirada. El verde de sus ojos se endurece hasta adquirir el color del pasto que se acumula alrededor de nosotros.

—Para eso tendrían que llevarte.

La certeza con que lo afirma debería tranquilizarme. En cambio, despierta una inquietud distinta, más profunda y bastante menos sensata.

Anoche utilizó ese mismo tono para decirme que abriera las piernas. No elevó la voz entonces, tampoco necesitó repetirse. Me bastó mirarlo para comprender que su contención también se rompe y llevo toda la mañana preguntándome si volverá a suceder.

—Una espada puede impedir que me saquen del castillo —digo—. No evitará que media isla considere razonable entregarme. Gilleasbuig se libraría de tenerme cerca y Tormod podría fingir que le preocupa la imparcialidad. A veces bastan unos pocos cobardes con argumentos distintos para tomar una decisión desastrosa. Y Ealasaid no necesita convencer a ninguno —añado—. Le bastará encontrar sangre en mis paños antes de que nosotros encontremos al asesino.

Broen dirige la vista hacia la hendidura que se abre entre las rocas.

—Por eso estamos aquí.

Sigo la dirección de su mirada. La marea baja ha descubierto una franja de arena oscura. Al fondo de la cala, protegida por un saliente, descansa la barca de la que nos ha hablado el anciano de Arnol. El casco está inclinado sobre varios troncos y una lona endurecida por la sal cubre la mitad de la madera. Más arriba se alza el antiguo almacén, una construcción baja de piedra, encajada en la ladera para resistir el viento.

—Creía que habíamos venido a examinar tres tablones podridos —comento.

Broen inicia el descenso. Su cuerpo acompaña el movimiento del caballo con una naturalidad que dirige mi atención hacia la presión de sus muslos sobre la silla.

—Un saco de cebada alimentará a una familia unos días —explica—. Esa barca permitía a seis hombres pescar más allá de la ensenada. Si vuelve al agua, Arnol no tendrá que suplicar grano cada invierno.

—Y esos hombres recordarán quién la reparó cuando los MacAulay pregunten si deben entregarme —concluyo.

Él me dedica una mirada breve.

—Lo recordarán sus mujeres. Suele resultar más útil.

La respuesta me arranca una sonrisa. Broen siempre habló poco. Durante su juventud, sus silencios nacían de una desconfianza obstinada hacia cualquiera que intentase acercarse demasiado. El hombre que ha regresado utiliza las palabras con la misma precisión con que maneja un cuchillo. Escoge dónde colocarlas y rara vez necesita una segunda incisión.

Cuando llegamos a la arena bajo sin esperar ayuda. Mis piernas agradecen tocar el suelo después del camino y el viento me obliga a sujetarme la falda mientras avanzo hacia la embarcación.

Broen conduce los caballos hasta el costado del almacén, donde la pared y la roca forman un abrigo, y asegura las riendas a una argolla. Examina el hierro antes de hacer el nudo.

—Dije al anciano que la señora de Dùn Mhoireasdan había ordenado reparar la barca —aclarar—. Si alguien pregunta quién manda en el castillo, ya conoce la respuesta.

Termina la atadura y tira dos veces para comprobar que los animales disponen de espacio para moverse sin enredar las riendas y se aleja sin aguardar mi reacción.

Podría haber pronunciado su propio nombre. Nadie en Arnol habría cuestionado la orden de un Morrison armado, sentado provisionalmente en la silla del laird. En cambio, ha colocado el mío en boca del anciano y lo ha enviado a repetirlo por la aldea.

Durante diecisiete años ejercí cualquier autoridad a escondidas, procurando que las decisiones acertadas parecieran casualidades antes de que Sorley descubriera quién las había tomado. Broen acaba de utilizar su poder para hacer visible el mío.

Broen camina hacia la barca, se desengancha del hombro el pliegue superior del tartán y lo recoge alrededor de la cintura. Después se abre el jubón antes de agacharse para levantar una esquina de la lona y examinar la madera que aparece debajo.

—¿Y tú qué harás? —pregunto.

—Lo que vine a hacer. Averiguar qué quería Sorley de mí —replica mientras aparta la lona con un tirón seco—. No quiero su asiento, sus tierras ni nada de cuanto dejó atrás. Lo utilizaré hasta que los Morrison recuerden a quién acudían cuando necesitaban comida, remedios o una decisión sensata.

Me quedo con la réplica prendida en la lengua. El asiento, las tierras, la viuda. Broen ha omitido el último término por cortesía, no porque haya olvidado incluirlo.

Anoche se negó a permitir que su marcha formara parte de nuestro acuerdo. Ahora comprendo que no discutía que fuera a marcharse, sino mi derecho a decidir cuándo.

El viento se mete debajo de la lona y la hincha. Me agacho para sujetar el otro extremo antes de que nos golpee.

—La dejaron aquí en otoño —le explico mientras doblamos la tela sobre la arena—. Entraba agua cerca de la popa. Sorley prometió enviar madera del castillo.

Broen descubre las tablas superpuestas, ennegrecidas por la humedad y cubiertas por restos de brea.

—El anciano ha dicho que se negó —recuerda Broen.

—Primero ofreció los tablones a cambio de la mitad de las capturas durante tres años —aclaro.

Broen se arrodilla junto a la abertura. La punta de su cuchillo entra entre dos tablas separadas y desprende una tira de brea vieja.

—Eso pagaba dos barcas —calcula.

—Los hombres de Arnol también sabían contar —explico—. Rechazaron el trato y Sorley decidió que preferían pasar hambre.

La hoja deja de moverse.

—¿Qué hiciste tú? —pregunta.

Paso el pulgar sobre uno de los remaches para quitarle una costra de sal.

—Vendí dos brazaletes y compré grano en Stornoway. Alcanzó para las casas con niños y para las dos viudas de pescadores. La barca continuó aquí.

Broen levanta el rostro. Sus ojos se detienen en mis muñecas, desnudas bajo las mangas.

—¿Sorley llegó a saberlo? —insiste.

—Me había visto llevarlos durante diez años. Hasta él notó que faltaban —respondo.

—¿Te castigó? —pregunta en voz baja.

—Sorley consideraba que ignorarme durante una semana era un castigo —respondo—. Yo procuraba no desengañarlo.

Sus ojos se detienen en mi rostro. Sé qué está buscando. Anoche vio las huellas que el cuerpo conserva, marcas antiguas que ya no duelen y otras demasiado recientes para haber perdido el color.

—No te he preguntado si dejó de hablarte —dice.

Sostengo la mirada que intenta arrancarme cuanto he omitido.

—Y yo he respondido cuanto deseaba responder.

Durante unos instantes solo se oye el golpe del agua contra las rocas. Broen sostiene mi mirada. Podría presionarme. Tiene el tamaño, la autoridad y una obstinación capaz de erosionar granito, pero termina por agacharse de nuevo ante la barca.

La tela se atasca alrededor de sus antebrazos. Al tirar de ella deja expuestas las cicatrices, las venas gruesas bajo la piel y unos músculos que se tensan desde la muñeca hasta el codo. El viento pega el lino húmedo a su espalda y dibuja la amplitud de unos hombros capaces de convertir una embarcación varada en un objeto pequeño.

Anoche hundí los dedos en ellos. Arañé la tela, le tiré del cabello y sentí todo ese cuerpo sostenerse sobre mí mientras me abría de nuevo. Conozco la fuerza que oculta la ropa. Lo que todavía no conozco es su piel bajo una caricia lenta, el aspecto de su torso sin una camisa a medio quitar ni la expresión que pondría si mis manos lo recorrieran sin rabia.

Broen vuelve la cabeza.

Me encuentra mirándolo.

—¿Aprendiste a reparar barcas con los MacNeish? —pregunto para dar a mi atención un destino más respetable.

—El primer invierno trabajé para un constructor cerca de la costa —responde.

Busca entre las maderas apiladas junto al almacén y escoge un fragmento de remo bastante largo para utilizarlo como palanca.

—Sorley dijo que te había entregado plata y un caballo antes de que te marcharas —le recuerdo.

Broen coloca una piedra bajo el remo. La sombra que le cruza la boca carece de humor.

—Me entregó una montura coja, un pedernal y un queso capaz de partirle el cráneo a un hombre —dice.

—Tal vez temía que la riqueza te corrompiera —comento.

—El queso estuvo más cerca de matarme —responde.

La risa se me escapa. Broen intenta mantener la boca seria, pero acaba riéndose también, por lo bajo. Me quedo mirándolo más de la cuenta. La sonrisa le relaja la mandíbula y borra durante un instante la severidad que se ha instalado en su rostro desde que regresó. Había olvidado cuánto se parece entonces al muchacho que conocí y cuánto me gustaba ser yo quien conseguía hacerlo reír.

Broen vuelve a encontrarme mirándolo. La sonrisa no desaparece enseguida, aunque es él quien acaba apartando la vista. Encaja la palanca bajo la quilla, como si la madera exigiera de pronto toda su atención, y flexiona las piernas. La camisa se estira sobre la espalda al cargar el peso.

—Sujeta el otro extremo —me indica—. Cuando levante, empuja despacio.

Rodeo la popa y cierro las manos alrededor de la madera. Broen comprueba el apoyo de los troncos antes de hacer fuerza. El casco se alza unos dedos con un crujido. Sus brazos se endurecen, las venas sobresalen bajo la piel y el lino se pega al surco de la columna.

—Más —dice entre dientes.

Empujo. La madera asciende otro poco y deja a la vista la parte inferior de la quilla. Una llovizna fina comienza a motejar la arena. Las primeras gotas oscurecen la camisa de Broen entre los omóplatos.

—El tronco de popa gira hacia tu lado —le advierto al ver que el apoyo cede.

Él reduce la presión de inmediato.

—Pon esa cuña delante. Con el pie, Caitlin. Mantén las manos lejos del casco.

Desplazo el trozo de madera hasta encajarlo contra el tronco. Broen espera a que retroceda antes de volver a levantar.

—Sorley decía que dabas órdenes incluso cuando erais niños —comento mientras el agua oscurece poco a poco mi vestido—. Le irritaba mucho.

—A Sorley le irritaba que respirase sin pedirle permiso.

—A Sorley le molestaba que supieras mandar mejor que él —digo, resistiéndome a bajar la mirada—. También que fueras más alto, más fuerte y más capaz. Fue una suerte para él que nacieras cuarenta y tres minutos después.

Broen alza el rostro.

—¿Recuerdas cuánto tiempo fue? —pregunta.

—Tu hermano lo mencionaba con frecuencia —respondo—. Cuarenta y tres minutos decidieron quién heredaba la silla, quién recibía maestros y quién debía agradecer su magnanimidad.

—Nunca agradecí eso —dice.

—Esa falta de lealtad debió de confirmar todas sus sospechas —comento.

Algo cambia junto a su boca. Dura poco, pero lo veo. Broen vuelve a concentrarse en el casco y termina de examinar la madera antes de bajar la barca sobre los troncos.

La lluvia ya ha clareado mi camisa desde los hombros hasta el pecho. Un mechón mojado se adhiere a mi mejilla. Lo aparto mientras él cambia la palanca de posición.

—Quédate junto a la lona —dice Broen mientras vuelve a encajarla bajo el casco.

Me agacho para recoger el extremo que he soltado, pero él lo sujeta antes que yo.

—Puedo seguir ayudándote.

—Ya no hace falta —responde sin levantar la vista de la madera.

Permanece inclinado sobre la barca, con los dedos apretados alrededor del remo y los hombros más rígidos que cuando sostenía el peso.

—Hace un momento necesitabas que empujara —le recuerdo.

Broen tarda en mirarme. Sus ojos descienden hasta el lugar donde el vestido continúa adherido a mis pechos y regresan despacio a mi rostro.

—Hace un momento conseguía pensar en la barca —responde.

El agua me resbala desde el cabello hasta la garganta. Una gota se introduce bajo el escote y la mirada de Broen la sigue antes de que pueda impedirlo. La mandíbula se le endurece.

—Creía que los Cuervos os entrenabais para conservar la cabeza en situaciones difíciles.

Broen deja el remo en el suelo. Se incorpora hasta desplegar toda su altura frente a mí.

—Nos entrenamos para reconocerlas —responde.

—¿Y yo soy una situación difícil?

—Estoy intentando terminar de examinar una barca para no tumbarte sobre ella. Saca tus propias conclusiones.

La crudeza de la frase me corta la respiración. Él tampoco parece complacido con haberla pronunciado. Recoge el remo con brusquedad contenida y vuelve a agacharse.

—Junto a la lona, Caitlin.

Esta vez obedezco.

Retrocedo hasta la lona. Él espera a que me aparte antes de volver a cargar el peso sobre el remo. Esta vez se tumba de costado para examinar la parte inferior del casco. La camisa asciende por su espalda y descubre una franja de piel sobre el tartán.

La noche anterior tendría que haber satisfecho mi curiosidad. Consiguí empeorarla.

Broen ha entrado en mí, me ha hecho temblar sobre su cuerpo y me ha observado mientras perdía el control, pero continúa existiendo una distancia absurda entre ambos. La ropa nunca terminó de desaparecer. Sus manos sujetaron, separaron, apretaron y dirigieron. Las mías se aferraron a él para resistir cada embestida. Ninguno se concedió el tiempo de conocer el cuerpo que estaba utilizando.

Él vuelve el rostro.

Me encuentra mirándolo otra vez.

Broen guarda silencio. La mano se cierra con más fuerza sobre la palanca y su respiración queda suspendida durante un instante.

—La quilla está sana —informa mientras se incorpora—. Habrá que sustituir dos tablones, reforzar el de popa y cambiar varios remaches. Con eso puede volver al agua en dos días.

El trueno retumba al otro lado del saliente.

Él sale de debajo de la barca y mira hacia el mar. La lluvia ha borrado la línea del horizonte. Una franja blanca avanza sobre el agua y el viento comienza a arrojar espuma por encima de las rocas.

—Cubramos la barca —ordena mientras recoge su casaca—. Tenemos que entrar al refugio.

—El sendero aún estará transitable —digo, aunque las piedras que ruedan ladera abajo desmienten mis palabras.

Broen señala la ladera. El agua desciende ya por el cauce estrecho que cruza el camino de regreso y arrastra grava hacia el borde del

acantilado.

—El barranco se llenará antes de que lleguemos al paso. Si uno de los caballos pierde pie allí, la caída termina en el mar.

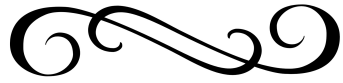
La lluvia arrecia con una rapidez que vuelve innecesaria cualquier discusión. Entre los dos extendemos la lona sobre el casco y la aseguramos con piedras. Broen corre hacia las monturas, retira las sillas y conduce a los animales hasta la parte más profunda del abrigo. Alarga las riendas para que puedan bajar la cabeza, comprueba los nudos y coloca las mantas sobre sus lomos.

—El temporal puede durar horas —le advierto al ver cómo el agua se derrama desde el saliente.

Broen recoge las alforjas y echa una mirada a la puerta.

—Entonces esperaremos horas.

Capítulo 11



«Caitlin»

Corremos hasta el almacén. La madera, hinchada por años de humedad, se resiste cuando intento levantar el pestillo. Broen deja las alforjas bajo el saliente antes de apoyar un hombro contra la puerta.

—Levántalo otra vez —me pide, sujetando el hierro con una mano.

Tiro al mismo tiempo que él empuja. La puerta cede con un crujido y una bocanada de aire seco nos alcanza desde el interior. Broen recoge las bolsas, me deja pasar primero y vuelve a cerrar antes de asegurar la entrada con una barra.

El temporal se convierte en un rugido amortiguado tras los muros. La lluvia golpea el techo de turba y dos aberturas estrechas bajo las vigas dejan entrar una claridad gris.

Al fondo hay una tarima elevada, tres toneles vacíos, varios aros de madera y un cofre sin tapa.

Los pescadores han construido un hogar cerca de la puerta. Junto a él aguardan turba seca, ramas protegidas por un cuero y dos mantas bastas dobladas sobre un banco.

—Al menos no tendremos que quemar la barca —comento mientras me aparto el cabello empapado de la cara.

Broen deja las alforjas, se arrodilla frente al hogar y busca el pedernal.

—No descartes nada —responde.

La primera chispa muere sobre la yesca. La segunda prende entre las fibras. Él protege la llama con ambas manos hasta que alcanza las ramas más finas y después añade un pedazo de turba.

Yo permanezco cerca de la puerta. El vestido pesa sobre mis hombros y el agua corre por mi espalda hasta acumularse dentro de las botas.

Broen se incorpora. Lleva el jubón abierto desde que empezó a trabajar bajo la quilla y la lluvia ha atravesado la tela. La camisa se transparenta debajo, adherida al pecho y al vientre.

El lino dibuja cada músculo y se pega al vello oscuro que descende desde el ombligo bajo el tartán.

Sus ojos recorren mi ropa.

—Quítatela —ordena.

—Llevamos dentro menos de un minuto —observo, frotándome los brazos—. Empiezas a perder tu famosa paciencia.

—La lana mojada te bajará la temperatura antes de que este fuego caliente la estancia —responde mientras toma una de las mantas—. Puedes quitártelo ahora o esperar a que el frío te entumezca los dedos y tenga que hacerlo yo.

—Qué organización tan impecable —murmuro.

—Alguien tendrá que conservar el juicio —replica.

Me entrega la manta sin rozarme y se vuelve hacia el hogar.

La ausencia de mirada me desconcierta más que la orden. Broen me ha levantado la falda, abierto las piernas y observado lugares que ninguna mujer mostraría a la luz del día. Aun así, me concede la espalda para que me desnude.

El juicio no parece una prioridad de mi cuerpo cuando llevo los dedos a los cordones. El agua los ha hinchado y el primer nudo se resiste. Tiro con las uñas hasta aflojarlo, deshago el siguiente y empujo el vestido por los hombros.

La tela cae con dificultad. La camisa interior se ha pegado a mi piel desde los pechos hasta los muslos y se levanta con la falda antes de que consiga separar ambas prendas. Broen no se vuelve. Lo sé porque observo su espalda mientras lucho con una manga y me pregunto qué parte de su quietud nace de la cortesía y cuál del esfuerzo.

Dejo el vestido junto al banco y me saco las botas. Después envuelvo la manta alrededor del cuerpo.

—Ya puedes mover los ojos —digo.

Broen vuelve la cabeza.

La manta me cubre desde los pechos hasta los tobillos. Debajo conservo la camisa empapada, adherida a cada curva. Su mirada se detiene en el lino transparente sobre mi pecho.

—Te he dicho que te quites la ropa mojada —dice.

—La camisa también preserva mi virtud —señalo.

—Tu virtud sobrevivirá debajo de una manta —replica.

Sostiene mi mirada hasta que introduzco una mano bajo la lana y tiro de la camisa. La tela se atasca en las caderas y tengo que abrir la manta para liberarla y durante un instante el aire alcanza mi cuerpo desnudo.

Los ojos de Broen bajan por él.

Sus ojos continúan allí cuando vuelvo a cerrarme la lana. La serenidad permanece en su rostro, pero el pecho se le eleva con una respiración más profunda.

Le tiendo la camisa mojada.

—Ya está —digo.

La toma y la deja extendida cerca del fuego. Después se quita las botas, abre su cinturón y empieza a desenrollar la tela de su cintura.

No me pide que me vuelva.

Tampoco lo hago.

El tartán cae sobre el banco con un peso húmedo. Broen se queda con la camisa pegada a los muslos y las piernas desnudas, firmes, con los músculos desplazándose bajo la piel cuando cambia el peso de un pie al otro.

Se lleva una mano a la nuca y tira del lino por encima de la cabeza.

Cuando se libera de la camisa, la verdadera dimensión de su cuerpo aparece entera. Los hombros son enormes, casi cuadrados, y el cuello grueso se une a ellos mediante músculos que continúan hasta la espalda. Sus brazos descansan a ambos lados del torso y aun así los bíceps conservan el volumen de una tensión permanente.

El pecho, ancho, cubierto por una capa oscura de pelo y formado por dos músculos gruesos, se tensa con el movimiento. El vientre es plano y duro.

Algunas cicatrices pálidas interrumpen la piel, pero apenas consiguen restarle atención al tamaño del hombre que las lleva.

Broen parece hecho de bloques pesados, ensamblados para resistir golpes y devolverlos con mayor fuerza.

Su sexo cuelga pesado entre las piernas, grueso incluso sin estar completamente erecto. El vello oscuro se concentra alrededor de la base y baja sobre los testículos, grandes y pesados entre sus

muslos. La punta asoma bajo el pliegue de piel y una vena pronunciada recorre el tronco.

Mientras lo observo, empieza a endurecerse.

No ocurre de golpe. Primero aumenta el grosor. Después el miembro se separa de los testículos y comienza a elevarse hacia el vientre, lento y evidente.

No había comprendido bien cuánto espacio ocupa hasta tenerlo delante sin ropa que contenga ninguna parte de él.

Permanece quieto. No intenta cubrirse ni aparta el cuerpo. Se limita a dejar que lo mire.

La falta de vergüenza habría resultado arrogante en otro hombre. En él parece una forma de obligarme a aceptar que mi mirada tiene consecuencias.

Arroja la camisa junto a la mía.

Las nalgas se tensan al agacharse para recoger la segunda manta.

—El fuego tampoco te calentará desde ahí —dice al fin.

La aspereza de su voz me devuelve los ojos a su rostro.

—Estoy comprobando si los años han exagerado algo más aparte de tu mal carácter —respondo.

Broen envuelve la manta alrededor de sus caderas sin contestar.

Se acerca al hogar para tender su tartán. Mantiene la expresión severa y toda su atención parece concentrada en la ropa mojada, como si mi opinión tuviera la misma importancia que el estado de la turba.

—El carácter ha empeorado —concluyo.

—Al menos los años no han exagerado todo —replica.

Broen extiende la camisa sobre uno de los aros de madera. Después toma mi vestido del banco y lo coloca cerca del fuego, cuidando de que la falda no roce las llamas.

Sus manos realizan cada gesto con una precisión excesiva. Evita mirar la manta que me cubre, la humedad de mi cabello y la camisa que acaba de quitarme.

El control de Broen siempre se reconoce mejor por aquello que se obliga a ignorar.

Me acerco al hogar. Las plantas de mis pies agradecen el calor de las piedras, aunque el resto del cuerpo continúa frío bajo la lana áspera. Él mueve un poco mi vestido para dejar sitio a la segunda camisa.

—¿Y si descubres qué quería Sorley antes de que yo me quede embarazada? —pregunto.

Sus manos se detienen sobre la tela.

—Cumpliré el acuerdo —responde sin mirarme.

—Nunca he dudado de que lo harías.

Broen termina de extender la camisa sobre uno de los aros y se incorpora. El almacén pierde espacio en cuanto despliega los hombros. La manta le rodea las caderas, demasiado baja para ocultar la línea de vello que desciende por el vientre y demasiado fina para disimular la erección que levanta la lana.

No existe un lugar decoroso donde apoyar los ojos. Por encima tengo un pecho capaz de hacer parecer estrecha una puerta. Por debajo, una parte de él empeñada en señalarme con bastante menos discreción.

—Entonces, ¿qué quieres saber? —dice.

—Si encontrar la respuesta cambiará algo.

—Nada.

La palabra cae con la firmeza de una puerta cerrada. Acerco las manos al fuego y observo cómo el agua se acumula en las puntas de mi cabello antes de gotear sobre las piedras.

—Seguirás entrando en mi alcoba hasta que haya un hijo —concluyo—. Después regresarás con los MacNeish.

—Te dije que no quiero la silla de Sorley ni sus tierras —responde con la misma calma—. Cuando averigüe por qué me hizo llamar y tú estés a salvo, volveré con los MacNeish.

Asiento. Su respuesta coincide con cuanto me ha dicho desde que volvió y con cada una de sus marchas antes del amanecer. No hay engaño en Broen. Tampoco dulcifica aquello que sabe desagradable para facilitarse la conciencia.

—Bien —digo.

La manta cruje cuando cambia el peso de una pierna a la otra.

—¿Bien?

Levanto los ojos hacia él.

—¿Preferías que discutiera?

—Esperaba algo más que una palabra.

—Tendrás que ayudarme. Sueles dejar muy poco espacio alrededor de las tuyas.

Broen apoya una mano en el borde del hogar. Los dedos se abren sobre la piedra, largos y fuertes.

—Has querido saber si me iré —señala.

—He preguntado si pensabas hacerlo antes de cumplir tu palabra. Ya conozco la respuesta.

—Y saber que me marcharé después parece tranquilizarte.

Su tono continúa siendo llano, pero contiene un reproche que me obliga a mirarlo con mayor atención. El fuego proyecta sombras sobre las cicatrices de su pecho. La mandíbula permanece tensa y el verde de sus ojos se ha oscurecido.

—Me tranquiliza saber a qué atenerme —aclaro—. De ti dependen bastantes cosas en este momento. Mi seguridad, los hombres del castillo, la obediencia de las aldeas y una parte especialmente comprometida de esta mentira. Agradezco que al menos tus intenciones sean claras.

—Hablas de mí como si estuvieras haciendo un inventario.

—Has dicho que no quieres el asiento de Sorley, sus tierras ni nada de cuanto dejó. Me ha parecido prudente comprobar dónde pensabas colocarme.

Broen se aparta del hogar y da un paso hacia mí. La luz prende brevemente en el ojo herido y le obliga a entrecerrarlo.

—Deja de utilizar mis palabras contra mí —advierte.

—Procura entregármelas con menos bordes.

—Sigues sin contestarme —insiste—. ¿Te alegra que vaya a marcharme?

La pregunta resulta tan impropia de él que tarda en adquirir sentido. Broen ha regresado para averiguar qué pretendía Sorley, ha aceptado darme un hijo y se ha sentado delante de un consejo que habría preferido verme encerrada. Ha llevado grano a Arnol, ordenado reparar una barca y colocado hombres en las murallas para impedir cualquier flanco débil frente a los demás clanes, pero jamás me ha permitido confundir ninguna de esas acciones con afecto hacia mí.

Tampoco necesito hacerlo para comprender su valor.

—No me alegra —respondo—. Sin embargo, mi opinión no cambiará tu decisión.

La respuesta consigue irritarlo más que cualquier reproche. Lo veo en los dedos que aprieta contra la madera y en el movimiento seco con que vuelve la cabeza hacia el fuego.

—Sorley te acostumbró a esperar poco —murmura.

—Sorley me acostumbró a desconfiar de cuanto decía o hacía. Contigo no tengo ese problema. Entrás cuando el castillo duerme, evitas mi boca, haces cuanto hemos acordado y te marchas. Yo no te pido explicaciones y tú no tienes que ofrecerlas. Ha funcionado sin necesidad de engañarnos.

El pecho de Broen se ensancha con una respiración profunda. La manta amenaza con abrirse sobre uno de sus muslos, aunque él ni siquiera parece advertirlo.

—También te hice disfrutar —dice.

—Me has colocado, sujetado y abierto las piernas —respondo—. No es lo mismo. No confundas eficacia con intimidación, Broen. Sorley fue muy eficaz consiguiendo que lo temiera y jamás cometí el error de creer que eso significaba que lo respetaba.

Durante un instante creo que no va a responder. La expresión se le vacía de todo cuanto podría ayudarme a comprenderlo, pero los dedos continúan apretados contra la madera y una vena comienza a latirle junto a la sien.

—No vuelvas a compararme con él.

La voz apenas se eleva sobre el temporal.

—No lo he hecho.

—Acabas de utilizar su nombre para explicarme qué significaron mis manos sobre ti.

No aparta los ojos de mí. Da un paso, se detiene junto al fuego y flexiona una vez la mano que mantenía cerrada, como si aún pudiera

decidir quedarse allí. La distancia entre ambos parece irritarlo tanto como mis palabras.

—Que mi cuerpo respondiera no convierte lo ocurrido en intimidad —continúo—. Tú cumpliste tu parte del acuerdo. Lo demás sucedió a pesar de los dos.

La última frase le cambia la expresión.

Durante un instante permanece al otro lado del fuego, mirándome como si acabara de negarle algo que él tampoco sabía que consideraba suyo.

—¿A pesar de mí?

No hay rabia en la pregunta. Eso habría resultado más sencillo. Hay una duda breve, desnuda, que desaparece casi antes de que consiga reconocerla.

Antes de darme cuenta ya está a mi lado.

Mi respiración cambia.

La suya también.

—Sorley te enseñó a esconderte detrás de las palabras —dice—. Pero algunas cosas no son tan fáciles de esconder.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

Su mano prende los bordes de mi manta y los separa. La lana se abre desde mis pechos hasta los tobillos y cae al suelo.

El calor del hogar apenas alcanza a mitigar el aire que roza mi piel, pero el frío deja de importarme cuando Broen baja los ojos. Recorre los pezones endurecidos, el vientre, el vello del pubis y el espacio entre mis muslos. Nada se mueve en su rostro. La quietud vuelve más evidente el hambre con que me contempla.

Hasta ahora solo me había descubierto por partes. Una falda levantada. Una camisa abierta. Las piernas separadas en la

oscuridad para cumplir un acuerdo con el que no se permitía mirarme entera.

Ahora no aparta los ojos.

—Broen... —empiezo.

Su mano desciende por mi abdomen.

El contacto me contrae el vientre. Sus dedos atraviesan el vello y uno de ellos se introduce entre los pliegues de mi sexo.

Traza una línea lenta desde el punto sensible donde se concentran tantas sensaciones hasta mi entrada, ejerce una presión breve y vuelve a subir.

El gemido escapa antes de que pueda cerrar la boca. Mis rodillas pierden firmeza y me agarro a su hombro cuando el placer que nace bajo sus dedos me tensa desde el sexo hasta el vientre.

Broen no aparta los ojos de mi rostro.

Repite el recorrido. Esta vez abre la carne con dos dedos y desliza uno hasta mi entrada. Apenas empuja la yema dentro de mí. La retira enseguida y levanta la mano entre ambos. La humedad brilla sobre su dedo bajo la luz anaranjada.

—A esto me refiero —responde con voz áspera—. Tu lengua puede escoger las palabras. El resto de ti tiene menos disciplina.

Observo el rastro transparente que cubre su piel y después la manta abultada sobre sus caderas.

—El tuyo tampoco parece dispuesto a obedecer.

Broen baja la mirada hacia la manta levantada sobre sus caderas. Durante dos noches ha tratado esa parte de sí mismo como una herramienta.

—Bien —dice—. Dejemos de fingir.

La mano húmeda abandona mi sexo y se cierra en mi nuca. Me atrae hacia él con tanta rapidez que apenas alcanzo a apoyar las palmas sobre su pecho antes de que su boca golpee la mía con tanta fuerza que nuestros dientes chocan.

Su lengua entra antes de que consiga respirar, húmeda, firme, invadiéndome la boca.

Retrocedo un paso bajo el empuje. Mi espalda encuentra la pared y Broen llega conmigo. Todo él. El pecho contra mis pechos desnudos, una rodilla entre las mías y la erección aprisionada bajo la manta, dura contra mi vientre. La mano de mi nuca me mantiene donde quiere mientras la otra agarra mi cadera y me levanta lo suficiente para encajarme mejor contra su cuerpo.

No me concede tiempo para comprender que por fin me está besando.

Me obliga a levantar el rostro mientras devora cada intento de respirar. Inclina la cabeza, abre más mi boca con la suya y profundiza el beso hasta que apenas puedo seguirlo.

Su lengua empuja la mía, la obliga a retirarse y recorre mi boca como si quisiera apropiarse de cada lugar que se había negado a tocar.

Roza la cara interior de mis dientes, alcanza el paladar y vuelve a hundirse sobre mi lengua.

El beso es húmedo y torpe por la prisa. Nuestra saliva se mezcla, se acumula en las comisuras y la respiración que intento tomar termina dentro de su boca.

Lo beso de vuelta.

No sé en qué momento mis manos llegan a su rostro. Le sujeto la mandíbula, le acaricio una cicatriz con el pulgar y hundo los dedos en el cabello húmedo.

Broen emite un sonido grave contra mi boca.

Después la mano en mi espalda baja hasta mi trasero y me aplasta contra él. La dureza bajo la manta se mueve sobre mi vientre en una embestida breve, demasiado instintiva para fingir que ha sido deliberada. Broen gruñe y vuelve a besarme.

La violencia inicial comienza a transformarse sin perder intensidad. Ya no parece empeñado únicamente en entrar. Ahora se demora. Prueba mi boca con la lengua, succiona mi labio superior y muerde el inferior antes de arrastrarlo entre los suyos. Cada vez que se aparta un poco para respirar, regresa por un ángulo distinto, como si diecisiete años le hubieran dejado demasiadas formas de besarme y pretendiera utilizarlas todas.

Se arranca la manta de la cintura. La tela cae junto a mis pies y su miembro se libera entre nuestros cuerpos, completamente erecto. La cabeza oscura, hinchada y húmeda roza mi vientre cuando me sostiene contra la pared sin abandonar mi boca.

Deslizo una mano entre ambos.

Mis dedos no consiguen rodear el grosor. Su sexo está caliente, duro desde la base hasta el glande. Paso el pulgar por la humedad acumulada en la cabeza y noto cómo todo su cuerpo se sacude.

Broen rompe el beso con una maldición ahogada.

—No vuelvas a hacer eso si esperas que acabe dentro de ti — advierte, apretándome la muñeca.

Acaricio la vena con el pulgar.

—Hasta ahora te creía capaz de terminar cualquier cosa de pie.

La mirada que me dirige habría hecho retroceder a un hombre armado.

Yo cierro la mano alrededor de él y la deslizo hacia la base.

Broen pierde el último vestigio de paciencia.

Me sujeta por la cintura y me alza. Mis piernas se cierran alrededor de sus caderas por puro instinto. Su miembro queda atrapado entre mi vientre y el suyo, pesado, abrasador, mientras me lleva hasta el fondo del almacén.

Extiende su manta sobre la tarima con un tirón y me coloca en el borde.

Las tablas están frías bajo la lana. Apenas llego a apoyarme en los codos antes de que sus manos separen mis rodillas. Permanece de pie entre ellas durante unos segundos, desnudo, enorme bajo la luz del fuego, contemplando mi cuerpo abierto.

La postura deja mis pechos expuestos, el vientre contraído y el sexo húmedo ante sus ojos.

Broen coloca una rodilla sobre la tarima.

—Túmbate —ordena.

Obedezco sin apartar la mirada.

Sube la otra rodilla y se inclina sobre mí. Sus labios encuentran mi cuello. Los dientes rozan el lugar donde late el pulso y descienden hasta la clavícula mientras una mano cubre mi pecho. Aprieta la carne, atrapa el pezón entre los dedos y lo hace rodar hasta que arquea la espalda.

Su boca reemplaza la mano.

El calor húmedo de su lengua me arranca otro gemido. Succiona con fuerza, libera el pezón y hunde los dientes alrededor. Después se ocupa del otro, impaciente, respirando contra mi piel.

Le sujeto el cabello.

Broen alza la cabeza. Tiene los labios húmedos y una ferocidad en la mirada que apenas reconozco.

Su mano se cierra sobre mi muslo y lo abre más.

—Eliges este momento para comprobar hasta dónde llega mi paciencia.

—Tu paciencia lleva levantando esta manta desde que entramos.

La comisura de su boca amenaza con moverse, pero el deseo vence antes de que aparezca el humor.

Desciende una mano entre mis piernas. Dos dedos se hunden dentro de mí y se curvan, haciendo que mis caderas se eleven buscándolo. Broen observa mi rostro mientras entra y sale, extendiendo la humedad con el pulgar sobre los labios.

—Abre los ojos —exige cuando mis párpados empiezan a cerrarse.

Lo hago.

La orden le cuesta una respiración. Sigue moviendo los dedos, despacio al principio, más rápido cuando los movimientos de mi cuerpo se descontrolan. Cada presión del pulgar provoca una contracción que él percibe desde dentro.

Retira la mano antes de que alcance el final.

La protesta muere cuando agarra su miembro y frota el glande entre mis pliegues. Lo desliza sobre el nudo de mi sexo, baja hasta la entrada y vuelve a subir. Su humedad se mezcla con la mía y deja la cabeza brillante.

—Broen —digo, hundiendo los dedos en la manta.

Él se coloca en mi abertura.

—Abre más las piernas.

Subo una rodilla y la llevo hacia el pecho. Su mano la sostiene mientras avanza. La cabeza gruesa me dilata, el tronco entra despacio durante los primeros centímetros y se detiene cuando mi cuerpo se tensa alrededor de él.

Sus músculos tiemblan bajo mis manos.

Broen podría mantener el control. Lo veo en la mandíbula apretada y en la respiración que contiene mientras me concede tiempo para recibirlo.

Le clavo los talones en las nalgas.

—Ahora no se te ocurra recuperar el juicio.

—Llegas tarde —gruñe.

Se hunde de una sola embestida.

El miembro me llena hasta el fondo. La penetración eleva mis caderas de la manta y arranca un gemido de ambos. Broen permanece inmóvil dentro de mí, con los ojos cerrados y la frente inclinada sobre la mía. Su sexo palpita, grueso y vivo, rodeado por cada contracción involuntaria.

Cuando vuelve a mirarme, la rigidez ha desaparecido de sus facciones.

La reemplaza un deseo crudo.

Me besa de nuevo.

La primera embestida llega al mismo tiempo que su lengua. Sale casi por completo y vuelve a entrar con fuerza. El borde de la tarima cruje bajo sus rodillas. Repite el movimiento, más duro, mientras mantiene mi boca abierta bajo la suya.

Nunca me había poseído así.

Las otras noches fijaba el ritmo desde la distancia. Me sujetaba, me colocaba y contemplaba aquello que conseguía hacerle a mi cuerpo sin concederme más. Ahora cada impulso termina con su pecho contra el mío, su aliento mezclado con el mío y sus labios robándome el sonido que provoca.

Broen abandona mi boca para respirar.

Le rodeo el cuello y vuelvo a atraerlo para besarlo.

Eso lo enloquece.

Su mano atrapa mis muñecas y las inmoviliza sobre mi cabeza. Con la otra, sostiene mi muslo abierto contra su costado. La posición modifica el ángulo y su miembro golpea un lugar más profundo en cada entrada.

El vello de su pubis raspa con cada embestida ese punto sensible en lo alto de mi sexo y sus testículos chocan contra mí con un ritmo húmedo y cada vez menos regular.

La tarima se estremece.

El temporal golpea los muros. La barra de la puerta vibra con una ráfaga, las llamas se agitan y el agua gotea desde nuestra ropa tendida. Todo queda lejos bajo el sonido de su respiración, el impacto de nuestros cuerpos y el gemido que Broen me arranca con cada embestida.

Intento liberar las manos.

Sus dedos se cierran más.

—No —ordena contra mi boca.

El tono bastaría para mantenerme quieta, pero es la forma en que me mira lo que consigue que obedezca. Deseo y furia se mezclan en sus facciones.

Me penetra con una violencia que ya no busca demostrar nada. Ha dejado atrás el acuerdo, la promesa y el recuerdo de Sorley. En este momento solo existe el hombre que lleva años negándose mi boca y parece dispuesto a castigar esos años contra mis caderas.

Elevo la pelvis para recibirlo.

La respuesta desgarró otro sonido de su garganta. Libera mis muñecas, me agarra por debajo de las nalgas y me arrastra hacia él en cada embestida.

Su fuerza me hace resbalar sobre la manta. Mis pechos se agitan, el placer se concentra entre mis piernas y la presión asciende por el vientre hasta volverme incapaz de contener los gemidos.

Le araña la espalda.

Broen hunde la boca en mi cuello y me muerde. El dolor breve se disuelve bajo el siguiente golpe de su pubis contra ese lugar donde se concentra todo el placer.

—Otra vez —exige.

Clavo las uñas con más fuerza.

Su cuerpo responde con una embestida brutal. Después otra. La cabeza de su miembro alcanza el fondo, se retira y vuelve a golpearlo antes de que consiga respirar. Mis músculos empiezan a cerrarse alrededor de él.

Broen lo nota.

Levanta el rostro y me sujeta la mandíbula.

—Quiero ver cómo te deshaces, Caitlin. Sin que puedas esconderte.

La voz se quiebra sobre mi nombre.

El placer me alcanza con sus ojos prendidos de los míos. Mi cuerpo se arquea y las contracciones empiezan en lo más profundo, rápidas y firmes, apretando su miembro una y otra vez. Cada embestida entra en mitad de una de ellas y prolonga el espasmo hasta que dejo de distinguir dónde termina un impulso y empieza el siguiente.

El grito me abre la boca.

Él mantiene los dedos alrededor de mi mandíbula y contempla cómo el placer me desordena el rostro, cómo cierro los ojos durante un instante y vuelvo a abrirlos porque su mano no me permite apartarme.

Sus caderas pierden regularidad. Los movimientos se acortan y se vuelven más duros. La tensión le marca el cuello.

El miembro se endurece todavía más dentro de mí y una sacudida atraviesa los músculos de su abdomen. Broen se hunde hasta la base con un gemido ronco. Siento las pulsaciones de su sexo y el calor de su semen derramándose en lo más profundo.

Su mano abandona mi mandíbula y se hunde en mi cabello.

Permanece sobre mí, todavía dentro, respirando contra mi boca. El temblor que recorre sus hombros traiciona cuanto su rostro intenta recomponer. Apoyo las manos en su espalda y noto cómo cada músculo cede poco a poco bajo las palmas.

Durante unos instantes, ninguno habla.

Espero a que se aparte, que recupere la manta y levante de nuevo todos los muros que acaba de derribar.

En cambio, levanta la cabeza y vuelve a besarme.

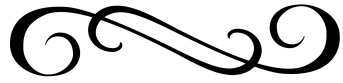
Esta vez su boca avanza despacio. Saborea mi labio inferior, lo calma con la lengua donde antes lo mordió y prolonga el contacto sin la urgencia del deseo ni la furia.

Ese beso me estremece más que todos los anteriores.

Porque la pérdida de control ha terminado.

Y Broen todavía no quiere apartar la boca de la mía.

Capítulo 12



«Caitlin»

El agua del baño desaparece en cubos por la puerta y deja en la alcoba un vaho tibio, olor a jabón de sebo y varias huellas húmedas sobre las losas.

Me siento delante del hogar con una camisa limpia y los pies descalzos sobre una piel de oveja. El calor me ha devuelto la sensibilidad a las manos después del regreso desde Arnol, aunque también ha despertado cada lugar donde Broen me apretó contra la tarima del almacén.

Mi cuerpo recuerda sus manos con una precisión escandalosa, pero es su boca lo que me impide permanecer quieta.

Nadie me había besado así antes. Con la lengua hundida en mi boca, los dientes tirando de mis labios y una mano en la nuca que no me permitía retroceder cuando apenas podía respirar.

Sorley utilizaba mi boca como utilizaba cualquier parte de mí, tomando cuanto deseaba y abandonándola cuando dejaba de servirle.

Aún siento la succión de la boca de Broen cuando me paso el pulgar por el labio inferior. Recuerdo la humedad compartida, la aspereza

de su barba y el instante en que dejó de besarme con rabia para hacerlo despacio, recreándose.

Beathag tira de uno de los mechones húmedos para incorporarlo a la trenza. Retiro la mano de mi boca antes de que levante la vista.

El veneno posee un recorrido que puedo reconstruir. Una redoma salió de mis manos, pasó por otras y terminó junto a la copa de Sorley. Broen resulta bastante menos ordenado. Por eso, cuando Beathag vuelve a separar otro mechón de mi cabello, escojo el problema que todavía admite preguntas soportables.

—Dime otra vez qué hicimos aquella mañana —le pido.

Sus dedos se detienen cerca de mi nuca.

—Ya lo hemos recordado tantas veces que pronto empezaré a añadir detalles para entretenerme.

—Esta vez comienza cuando entramos en la cocina.

Retoma la tarea. El peine avanza unos dedos antes de tropezar con otro nudo.

—La cocinera estaba discutiendo con Benedik porque había abierto un saco de avena nuevo sin terminar el anterior. Habían quemado la primera hornada de tortas y olía como si alguien hubiese intentado asar una bota. Calentaste el vino en el cazo pequeño y llenaste una escudilla con miel para añadirla después.

—¿Quién te entregó el vino?

—Lo saqué yo misma del tonel que utilizábamos para los cordiales. La espita estaba cerrada y la cera alrededor del tapón seguía entera. Si buscas un asesino dentro del barril, tendrá que ser uno muy pequeño.

Muevo la cabeza y el peine me tira del cuero cabelludo.

—Quieta —protesta—. Puedo reconstruir un asesinato o salvarte el cabello. Ambas cosas a la vez exigirían una criada mejor pagada.

Permanezco inmóvil mientras repaso la mesa de aquella mañana. La luz entraba por la ventana. Yo había extendido un paño, colocado el almirez encima y abierto el arcón donde guardaba las plantas secas.

—Saqué yo la betónica —recuerdo—. También el hinojo.

—Y discutimos por la cantidad de miel. Tú insististe en que más no aliviaría la cabeza de Sorley y yo opiné que al menos lo volvería menos amargo... A él, no al cordial.

—Muy leal por tu parte.

—Siempre he sabido separar el servicio del buen gusto.

Una hebra húmeda cae sobre mi hombro. La recojo entre dos dedos mientras reconstruyo cada movimiento. Trituré las semillas. Añadí la betónica al vino caliente, lo dejé reposar y colé la mezcla. Después incorporé la miel.

—Probé el cordial antes de verterlo en la redoma.

—Yo también —confirma Beathag—. Me diste la cuchara porque dijiste que mi lengua llevaba años afilándose a costa de los necios y distinguiría cualquier sabor desagradable.

—Dijiste que necesitaba más miel.

—Y sigo opinándolo. Que Sorley muriera después no significa que aquello estuviera bien preparado.

—Beathag, acabarán colgándote a ti si te oyen hablar así.

—Entonces deja de perder el tiempo defendiendo tu receta y encuentra a quien puso el veneno.

Ambas probamos aquella mezcla y seguimos vivas. El veneno llegó después, entre la redoma cerrada sobre la mesa de la cocina y la copa que Sorley vació en el comedor.

—Cuando lo dejé sobre la mesa, ¿quién más estaba en la cocina?

Beathag separa tres mechones y empieza a cruzarlos cerca de mi nuca.

—La cocinera, Benedik y dos muchachas. Una estaba limpiando las ollas y la otra había salido varias veces a por agua. También entró Torcuil para llevar leña al hogar.

Me dispongo a volverme hacia el fuego, pero algo en su expresión me detiene. Beathag todavía sostiene los mechones separados, sin continuar la trenza.

—¿Qué ocurre?

—Pregunté por Torcuil hace poco, después de que llegara Broen —continúa—. Le dijo a la cocinera que debía regresar a Barvas porque su madre estaba enferma. Pero ahora que lo pienso... su madre lleva enterrada cinco años.

El calor del hogar deja de alcanzarme.

—¿Se llevó algo?

—Lo poco que tenía, supongo.

—También pudo robar algo y aprovechar el alboroto para marcharse.

—Claro. Seguro que lo preparó durante meses, anticipó que envenenarían al laird y decidió que aquel era un momento excelente para evitar una reprimenda por sisar cebollas.

Su sarcasmo carece esta vez de ligereza. Tira con demasiada fuerza de la trenza y después afloja los dedos al notar que me ha hecho daño.

Me pongo en pie. La trenza inacabada se desliza por mi espalda y Beathag tiene que sujetarla para que no se deshaga.

—Mañana enviaremos hombres a buscarlo.

—Enviarás a los de Broen —corrige—. Los hombres que aún añoran a Sorley podrían encontrar al muchacho y regresarnos únicamente

sus condolencias.

La observo a través del espejo de cobre. Su rostro redondo parece ocupado con mi cabello, pero sus ojos continúan fijos en los míos.

—Crees que quien mató a Sorley pretendía que me condenaran.

—Creo que eligió el veneno que tú habías preparado, se aseguró de que llegara hasta su copa y dejó que el consejo hiciera el resto. Dos muertes por el trabajo de una. Quien organizó esto estaba seguro de que el clan se quedaría sin heredero.

La conclusión se instala en la habitación junto con el chasquido de la turba. Conmigo encerrada o ahorcada, el asiento habría quedado en manos de los hombres capaces de dominar el consejo. Un vacío creado a propósito para que alguien lo llenara.

—No contaba con Broen —murmuro.

—Nadie contaba con que regresara. Ni siquiera Broen, a juzgar por la cara que traía.

Vuelvo a sentarme para que termine de recoger los mechones sueltos.

—Sorley lo hizo llamar. Necesitaba algo de él antes de morir.

—Quizá deseaba disculparse.

La miro en el espejo.

—Intenta algo que no requiera un golpe en la cabeza.

—Podría haber querido otra partida de *fidchell*. Llevaba veinte años inventando una regla que le permitiera ganar la última.

Una risa breve me afloja el pecho. Recuerdo el tablero volando contra el muro, las piezas de hueso bajo la mesa y a Broen, con dieciocho años, recogiendo las suyas sin molestarse en discutir.

—También pudo ofrecerle una boda —sugiero—. Una alianza con los MacAulay o los MacLeod.

—Broen habría cruzado el Minch a nado hacia el lado contrario para evitarla. Aunque eso explicaría la urgencia de Sorley por verlo.

—O necesitaba que renunciara por escrito a cualquier derecho sobre Lewis.

Las manos de Beathag se aquietan.

—También pudo haber descubierto que alguien quería matarlo. Cuando Sorley temía por su vida, buscaba una espada. Y tu cuñado tiene el aspecto de haber venido al mundo sosteniendo una.

La imagen de Broen en Arnol regresa con una claridad inoportuna: desnudo junto al fuego, el cuerpo recorrido por cicatrices, la fuerza de sus músculos.

Beathag me aparta la camisa del hombro. Sus ojos se detienen en una marca oscura junto a mi clavícula.

—Ya que hablamos de espadas —prosigue—, ¿está siendo diligente con ese favorcillo del que depende nuestro futuro?

Le retiro la tela de los dedos.

—¿Pretendes anotarlo?

—Pretendo saber si debo preocuparme por un clan sin heredero. Aunque esa marca sugiere que Broen se está tomando la sucesión con encomiable seriedad.

Antes de que consiga contestar, el pestillo se levanta. La puerta se abre y Broen entra sin llamar.

Beathag reacciona como si nos hubiera sorprendido inclinadas sobre el cadáver de otro laird. Me sube la camisa hasta la garganta, esconde la marca con la palma y retoma la trenza con tanta precipitación que me clava el peine detrás de la oreja.

—¡Ay!

—Amén —exclama ella demasiado alto y agudo.

Todo su cuerpo de Broen se detiene con una brusquedad impropia de un hombre al que jamás he visto sorprendido.

—¿Interrumpo algo?

—No —respondemos las dos con una rapidez culpable.

—Estábamos rezando —aclara Beathag, y yo tengo que morderme el labio para contener una sonrisa—. Justo acabamos de terminar.

Durante unos segundos fingimos un gran interés por la trenza, aunque ella sostiene el peine al revés.

Beathag mira la cama abierta, después mi camisa de dormir y por último la expresión de Broen.

Comprende la situación con una rapidez indecente.

—Ahora que hemos pedido perdón por nuestros pecados, me marchó antes de que se me ocurra alguno nuevo.

Suelta mi trenza que continúa sin completar desde la nuca, recoge el peine y se pone en pie.

—No has terminado ni la mitad.

—La otra mitad necesita secarse —dictamina mientras recoge su cesta—. Es importante no apresurar ciertos procesos.

Broen se aparta de la puerta para dejarla pasar. Beathag evita mirarme mientras cruza junto a él, aunque veo la sonrisa que intenta esconder.

—Creo que ya puedo dejar de preocuparme por la diligencia —murmura.

Sale antes de que él encuentre una respuesta apropiada. La puerta se cierra con un golpe suave y sus pasos se alejan por el corredor

con una rapidez que delata cuánto aprecia conservar el puesto, la lengua y la cabeza.

Broen desliza la barra en su sitio.

El sonido de la madera al encajar dentro de los soportes altera el aire de la alcoba.

—Pensaba que no vendrías esta noche —digo.

Se vuelve despacio. La luz alcanza el cabello húmedo y la línea dura de la boca.

Lleva ropa limpia, aunque se ha vestido con descuido. La camisa permanece abierta en el cuello y el tartán está sujeto por una fíbula colocada más abajo de lo habitual.

Parece un hombre que ha intentado acostarse, ha descubierto que no podía y ha perdido la paciencia mientras volvía a vestirse.

—Apenas hace unas horas que regresamos de Arnol —prosigo—. Creí que darías el día por bien aprovechado.

Broen se quita el broche que sujeta el tartán al hombro. Lo deja sobre el arcón con tanto cuidado que el gesto resulta más revelador que cualquier prisa.

—También yo lo creía.

Espero algo más. Una razón práctica, aunque tenga que inventarla delante de mí.

Broen acorta la distancia, pero se detiene antes de tocarme.

—No ha bastado.

La admisión me alcanza debajo del vientre. Alargo la mano y engancho los dedos en el lino.

Él lo toma como mi respuesta.

Me pone en pie de un tirón y me sujeta la nuca antes de que consiga guardar el equilibrio. Su boca cae sobre la mía sin tanteos ni esa cautela furiosa que lo dominó en Arnol. Ya sabe cómo me gusta recibirlo. Inclina mi cabeza, separa mis labios con los suyos y hunde la lengua hasta arrancarme el primer sonido.

Me estrecha contra su pecho mientras una mano recorre mi espalda, baja hasta mis nalgas y me obliga a sentir la erección levantada bajo el tartán.

Mi cuerpo la reconoce con una contracción inmediata.

Broen se aparta únicamente para agarrar el borde de mi camisa. La prenda sube por mis muslos y mi vientre. Levanto los brazos y él termina de arrancármela por la cabeza. El cuello se enreda en la trenza inacabada, tira de mi cabello y deshace el trabajo de Beathag hasta dejarlo extendido sobre los hombros.

La tela aún no ha alcanzado el suelo cuando vuelve a besarme.

Esta vez me alza. Rodeo sus caderas con las piernas y la lana áspera frota mi sexo desnudo. Se me escapa un gemido.

Su boca roza mi mandíbula. Percibo el principio de una sonrisa que jamás llega a formarse.

Me deposita sobre el colchón y se aparta lo imprescindible para soltar el cinturón. El tartán resbala por sus caderas y queda abandonado junto a la cama.

Broen me sujeta por los tobillos, me arrastra hasta el borde del colchón y abre mis piernas con las caderas. Su miembro golpea contra el vientre. Coloca una mano bajo mi rodilla y la eleva hasta apoyarla en su hombro.

La postura me deja expuesta ante él, con una pierna extendida alrededor de su cintura y la otra recogida contra mi pecho.

Frota la cabeza gruesa de arriba abajo entre mis pliegues hasta alcanzar mi entrada y se detiene allí. Mi cuerpo se abre en torno al

primer empuje, todavía sensible por todo cuanto ocurrió esta tarde. El grosor produce un ardor breve que se transforma a medida que avanza, llenándome con una lentitud que parece costarle más que cualquier brusquedad.

Sus dedos se hunden en mi muslo.

—Creía que...

Sus labios se detienen a un suspiro de los míos.

—Cállate, Caitlin —dice con una aspereza que no consigue ocultar nada.

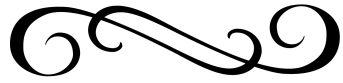
Y vuelve a besarme antes de que pueda volver a poner en duda lo que está ocurriendo entre nosotros.

La última parte entra con un empuje profundo. Su respiración se rompe contra mi boca. Permanece inmóvil dentro de mí, con el cuerpo tenso y la frente apoyada en la mía, concediéndome tiempo pese a haber llegado a esta alcoba sin ninguno para sí mismo.

Después empieza a moverse.

Y esta vez ninguno de los dos puede esconderse detrás de nada.

Capítulo 13



«Broen»

Altair lleva demasiado tiempo inclinado sobre el hombro de Caitlin.

El arquero apoya una mano en la mesa y sigue con la otra la columna que ella acaba de señalar. Sus cabezas casi se rozan.

Caitlin señala otra cifra. Altair comprende lo que pretende mostrarle antes de que termine de explicarlo y desplaza el dedo hasta el total equivocado. Ella sonríe y busca una segunda página. Se mueven por los registros con la facilidad de quienes comparten un idioma.

Yo necesito recorrer la columna otra vez.

Los dos llevan el cabello rubio recogido en trenzas y, al inclinarse sobre los registros, ambas caen juntas sobre el hombro de Caitlin. Desde donde estoy parecen entrelazadas.

Sé que no lo están. La distancia permite equivocaciones que la razón debería corregir. La mía, por lo visto, ha decidido que no distinguir dónde termina una y empieza la otra no tiene por qué gustarme.

Llevo años imaginando cosas que nunca ocurrieron entre Caitlin y otros hombres. Al parecer, no he aprendido nada.

Las trenzas no se están tocando.

Altair tampoco necesita inclinarse tanto para leer.

Apoyo el puño sobre la madera. Altair desvía los ojos hacia él. Después me mira, alza apenas una ceja y se aparta medio paso.

Confío en Altair para que vigile mi espalda mientras media docena de hombres intenta abrirme el vientre. Por lo visto, esa confianza encuentra ciertos límites cuando se inclina sobre Caitlin y comprende antes que yo lo que ella intenta decir.

Lo peor no es pensar que pueda gustarle. Es descubrir que hay cosas que ella necesita y otro hombre sabe ofrecerle con más facilidad.

Podría separarla de Altair, echarla sobre mi hombro y llevarla a su alcoba sin ofrecer explicaciones. Eso sí que es algo que solo necesita de mí.

Quedaría muy digno delante de todos.

Caitlin hunde la uña en una línea del libro y levanta el rostro. La mirada pasa del puño que mantengo sobre la mesa a mi expresión. Tal vez crea que los números han provocado mi irritación. Prefiero dejarla con esa idea.

—Del almacén salieron estas cantidades —dice, colocando el índice junto a una columna—. Sin embargo, las cocinas recibieron menos avena y pescado de los que figuran aquí. También faltaron medio queso, varias velas y una carga de turba.

Gilleasbuig se inclina sobre la mesa. Es el menos necio de los tres consejeros presentes, distinción tan poco exigente que difícilmente puede considerarse una virtud. Al menos escucha antes de decidir que conoce la respuesta. Iain y Tormod no.

—El almacén abastece también a los guardias, las caballerizas y los talleres.

—Esas entregas están anotadas aparte. —Caitlin desliza hacia él el cuaderno en el que se registran los víveres recibidos en cada dependencia—. Estas provisiones salieron y se descontaron de las existencias, sin embargo, las cantidades de avena y pescado que recibieron las cocinas fueron menores que las anotadas aquí.

Uno de los consejeros se remueve en el banco.

—Podría tratarse de un descuido.

Ella pasa varias páginas y vuelve a colocar el dedo sobre una cifra.

—El mismo descuido se repite aquí. Y aquí. También seis días después.

Sobre la mesa quedan alineadas cuatro entregas casi idénticas. Cantidades capaces de alimentar y calentar a una persona durante unos cuantos días.

Gilleasbuig se frota la barba gris.

—¿Desde cuándo revisas las cuentas con tanto detalle?

—Desde que descubrí que podían aclarar quién pagó el veneno que mató a mi marido.

Su respuesta enfría la curiosidad del consejero. El hombre vuelve a fijarse en las cifras.

Altair acerca otro de los libros.

—Todas las cantidades terminaron incluidas en el gasto semanal. Por eso nadie reparó en ellas. El total del almacén cuadraba, aunque parte de los alimentos nunca llegase a las cocinas.

—Alguien se los llevaba —digo.

—O el dispensero se los quedaba —apunta uno de los hombres.

Caitlin mueve la cabeza.

—Habría robado harina, cerveza o carne salada. Cosas que pudiera repartir, vender o llevarse sin llamar la atención. Esto parece preparado siempre para la misma persona.

—Tal vez Sorley enviaba comida a una familia necesitada —sugiere Tormod—. Hasta él podía mostrar caridad en alguna ocasión.

—Sorley anunciaba sus limosnas antes de entregarlas. La generosidad que nadie contemplaba le parecía un desperdicio —le responde Caitlin con incredulidad.

Uno de los consejeros carraspea. Otro mira hacia la puerta. Gilleasbuig continúa observando las cuentas, aunque la incomodidad le tensa la boca.

—Sorley incluía algunos gastos privados entre los del clan —admite al fin—. Cuando quería evitar preguntas, ordenaba al escribano que escogiera una obra antigua o una compra difícil de comprobar para... mantener a una mujer.

La palabra deja una quietud áspera sobre la mesa.

Caitlin se limita a alisar una esquina doblada del folio. Ni siquiera baja los ojos. Durante su matrimonio debió de escuchar rumores, encontrar cabellos ajenos y reconocer olores que no le pertenecían. Sorley convirtió cada emoción suya en un arma que podía utilizar contra ella, hasta enseñarle a guardarlas todas detrás de un rostro inaccesible.

El resultado está delante de mí: una mujer capaz de escuchar sobre las amantes de su marido con la misma moderación que emplea para contar sacos de avena.

Maldito Sorley.

Podría levantarlo de la tumba para matarlo otra vez. El modo en que murió solo me importa porque alguien pretende utilizar su cadáver para condenarla.

—Mi marido nunca se esforzó tanto por ocultarme a una mujer —explica Caitlin—. Habría considerado una descortesía que yo ignorase cuántos regalos le hacía.

Gilleasbuig tiene la decencia de parecer avergonzado.

—Quizá no intentara ocultártela a ti. La mujer podía estar casada o pertenecer a una familia cuya enemistad no deseaba añadir a las que ya tenía. No pretendo defenderlo. Solo explico la forma en que utilizaba estas cuentas.

Una mujer mantenida por Sorley.

El pensamiento debería llevarme hacia alguna de las aldeas donde mi hermano dejó ofensas y maridos dispuestos a abrirle el cuello. En cambio, me devuelve a la única noche que pasé con Mary MacNeish.

Habían transcurrido unos meses desde que abandoné Lewis. Me acosté con ella porque, durante un instante mezquino, la luz del hogar convirtió el arco de sus cejas y el modo de levantar la barbilla en un recuerdo de Caitlin.

Mary se parecía poco a ella cuando amaneció. La culpa fue mía por haber buscado un rostro concreto en una mujer que jamás me había prometido llevarlo.

Ocho meses después, me hizo llamar.

Me dijo que esperaba un hijo y que podía ser mío. La fecha permitía esa posibilidad, aunque no me convertía en el único hombre que había compartido su cama. Mary habló sin fingir una certeza que no poseía.

Nos casamos antes del nacimiento.

Mary aceptó porque una esposa recibía mayor protección que una mujer sola con una criatura sin padre reconocido. Ninguno de los dos confundió aquel acuerdo con amor. Pensé que mi obligación consistiría en darle techo, comida y un apellido al niño.

Los gemelos deshicieron aquella estupidez en cuanto los vi. Uno cerró la mano alrededor de mi dedo mientras el otro gritaba con una furia impropia de un cuerpo tan pequeño. Los quise antes de aprender a distinguirlos.

Tres meses me enseñaron que el primero solo se dormía apoyado contra mi pecho y que su hermano se enfurecía cuando le envolvían los brazos.

Entonces llegaron los MacNab.

Casi no tuve tiempo de hacerme a la idea de que poseía una familia. A veces intento convencerme de ello. Resultaría más fácil soportar la pérdida si aquellos meses hubiesen sido demasiado breves para echar raíces.

Lo fueron para acostumbrarme.

Para amarlos, sobraron días.

Después juré que jamás volvería a colocar mi corazón y mi cordura en un lugar donde otro hombre pudiera destrozarlos. Estaba cansado de perder cuanto conseguía importarme.

Caitlin desbarató ese juramento al pedirme un hijo.

Mi negativa tenía muchas más razones que mi aceptación. El acuerdo reúne todo aquello de lo que llevo años huyendo: la mujer a la que nunca conseguí, una criatura que podría ser mía y la obligación de fingir que ambos pertenecen a mi hermano.

Ella tampoco me ha ofrecido nada fuera de ese acuerdo. Me busca porque necesita sobrevivir y se cierra en cuanto mis manos abandonan su cuerpo.

Sorley se encargó de convertirla en una mujer que protege cada emoción hasta de sí misma. Sería injusto reprochárselo.

Caitlin no es mía y nunca lo será.

Aun así, desde que he salido de su alcoba cuento las horas que faltan para volver a ponerle las manos encima.

También pienso en el niño con una frecuencia que no estoy dispuesto a reconocer. Un embarazo detendrá la condena durante unos meses. Después del parto, si no encontramos pruebas contra el verdadero asesino, los mismos hombres que ahora guardan silencio alrededor de esta mesa podrán acusarla otra vez. Alegarán que el heredero necesita tutores. Apartarán al pequeño de ella y convertirán a Caitlin en un inconveniente que ya ha cumplido su función, aunque perdonen su vida.

Eso jamás ocurrirá. No lo permitiré.

Pueden obligar a todo Lewis a llamar hijo de Sorley a esa criatura. Tendrán menos suerte si intentan arrebatársela.

—Podemos preguntarle a Fearchar —dice ella—. Ninguna provisión sale del almacén sin pasar antes por sus manos.

Vuelvo la cabeza hacia el guardia apostado junto a la puerta.

—Tráelo. Que venga solo y sin detenerse a hablar con nadie.

El hombre sale. Uno de los consejeros abre la boca, quizá para explicar por qué resulta innecesario tratar como sospechoso a un servidor de confianza. Mi mirada le hace reconsiderar la importancia de su opinión.

Caitlin continúa revisando las cantidades junto a Altair. Yo intento hacer lo mismo, aunque mis ojos regresan una y otra vez hacia los dedos que recorren el pergamino. Anoche se aferraron a mis hombros. Horas antes se habían cerrado alrededor de mi miembro en el almacén de Arnol.

Jamás me había ocurrido esto.

He estado con otras mujeres. He conocido el alivio rápido de una cama sin promesas. Ninguna consiguió que pasara el día calculando cuándo podría volver a hundirme entre sus piernas.

La puerta se abre antes de que mis pensamientos avancen hacia un terreno aún más peligroso.

Fearchar entra con polvo de grano adherido a la camisa. Mira al consejo, después los libros extendidos sobre la mesa.

—Me han dicho que queríais verme.

Le señalo el espacio libre frente a Caitlin.

—Acércate.

Fearchar obedece, aunque conserva las manos pegadas a los costados como si temiera que cualquiera de sus movimientos pudiera interpretarse como una confesión. Caitlin coloca delante de él el registro del almacén y gira el libro para facilitarle la lectura.

—Necesito que mires estas fechas —le pide, deslizando el dedo por las cuatro anotaciones—. ¿Recuerdas haber preparado estas entregas?

Fearchar se inclina sobre el libro. Al principio repasa las cifras con cautela. Después su dedo se detiene sobre la primera y algo parecido al reconocimiento le tensa la frente.

—Sí. Las preparé yo.

—¿Las cuatro? —pregunta Caitlin.

Él comprueba las demás antes de asentir.

—Siempre contenían casi lo mismo. Avena, pescado seco, velas, turba y alguna pieza de queso cuando había suficiente.

Caitlin levanta los ojos hacia mí. Las cantidades no se parecen a un robo improvisado. Alguien recibía con regularidad cuanto necesitaba para mantenerse alimentado y caliente.

—¿A quién se las entregabas? —pregunto.

Fearchar separa las manos del cuerpo y las apoya sobre el borde de la mesa.

—A nadie. El laird venía a recogerlas.

Gilleasbuig deja de frotarse la barba y lo mira con mayor atención.

—¿Y tú no preguntabas adónde iba? —interviene Tormod con una desaprobación que llega varios años tarde.

Fearchar contiene la respuesta durante un instante. Cuando habla, procura no mirar directamente al consejero.

—Sorley no consideraba las preguntas parte de mis obligaciones.

Caitlin alisa con el pulgar el borde del registro.

—Tampoco anotaste el destinatario.

—Porque no me lo dijo —responde Fearchar, ahora más bajo—. Debía descontar cuanto saliera e incluirlo entre el consumo semanal del castillo. Nada más.

—Así que sabías que las cuentas ocultaban esas entregas —señala Gilleasbuig.

La acusación le hace levantar la cabeza.

—Sabía que el laird no quería dejar escrito adónde las llevaba. No sabía que eso convertiría las cuentas en asunto de un asesinato.

Eso sí se parece a mi hermano. Sorley no confiaba en la lealtad ajena. Dividía sus secretos hasta que nadie sabía lo necesario para traicionarlo.

Altair gira el libro desde el otro extremo de la mesa y apoya dos dedos junto a la última fecha.

—Esta entrega salió la víspera de su muerte —observa.

Fearchar se inclina de nuevo para comprobarlo.

—La recogió esa misma tarde.

Caitlin dirige la vista hacia las cantidades alineadas. Cuando habla, la ironía ha desaparecido de su voz.

—Entonces quien dependiera de Sorley lleva días esperando unas provisiones que no volverán a llegar.

Fearchar levanta el rostro hacia ella.

—Quizá regrese al castillo para preguntar por él.

—O quizá ya sepa que está muerto —observa Altair.

La posibilidad devuelve el silencio a la mesa. Si Sorley mantenía escondida a una persona, su muerte puede haberla dejado desprotegida.

Caitlin cierra el registro, aunque conserva un dedo entre las páginas señaladas.

—Quiero ver dónde preparabas las entregas —le indica a Fearchar—. Quizá recuerdes algo al repetir los movimientos. Dónde dejabas los sacos, por qué puerta salían o quién estaba presente la última vez.

Fearchar asiente, agradecido por cualquier tarea que le permita abandonar la mirada del consejo.

—Puedo enseñároslo ahora.

Tormod se pone en pie con una rapidez que revela su intención antes de que abra la boca.

—Os acompañaré.

Caitlin lo mira como si acabara de ofrecerse para ayudarla a lavarse el cabello.

—Confiaba en que alguien sostuviera el cuaderno.

—El consejo debe estar presente durante cualquier interrogatorio relacionado con la muerte del laird —insiste Tormod mientras se

ajusta el cinturón.

Caitlin recoge el libro y se dirige hacia la puerta. Fearchar la sigue. Tormod va detrás de ambos, ya arrepentido de haberse ofrecido y demasiado orgulloso para corregirlo.

Gilleasbuig reúne sus propios documentos. El tercer consejero lo imita.

—Quiero la información de cuanto averigüéis —exige Gilleasbuig antes de salir.

—Lo tendrás —le aseguro—. Y hasta entonces ninguno de vosotros repetirá lo que hemos descubierto sobre las entregas de Sorley.

Los hombres aceptan con distinta cantidad de disgusto. Espero a que crucen la puerta y hago una señal al guardia para que los acompañe.

Caitlin es la última en salir. Al pasar junto a Altair, se detiene para enseñarle una anotación del margen. Él se inclina, le responde algo en voz baja y ella asiente antes de continuar hacia el corredor. Sus dos trenzas rubias vuelven a rozarse.

La puerta se cierra.

Altair permanece junto a la mesa. Reúne las páginas que Caitlin ha dejado abiertas, pero no vuelve a sentarse.

—Torcuil estuvo cerca de la redoma y desapareció después de que llegáramos al castillo —señala mientras alinea los bordes del pergamino—. Ahora descubrimos que Sorley sacaba provisiones a escondidas. Puede que sean dos secretos distintos, aunque convendría no confiar en ello.

—Mandaré a Finn y Torren a Barvas —decido—. Si Torcuil inventó lo de su madre para marcharse, alguien tuvo que verlo por el camino.

Altair asiente, aunque mantiene una mano sobre los registros.

—No se lo comuniqués todavía al consejo. Si le pagaron para desaparecer, quien lo hizo puede tener hombres dentro de estos muros. Y si está muerto, empezar a preguntar demasiado alto solo advertirá a su asesino.

La posibilidad no necesita más discusión. Torren sabe escuchar sin parecer interesado y Finn consigue que la gente hable mientras intenta averiguar si se está burlando de ella. Los enviaré antes de que termine el día.

Altair guarda el registro pequeño bajo el libro de cuentas. Podría marcharse. En cambio, su mirada desciende hacia el puño que todavía mantengo apoyado sobre la mesa.

—También tendrás que aprender a ocultar eso.

Abro la mano. Las marcas de mis uñas permanecen hundidas en la palma.

—Puedo hacerlo.

—Tu mano discrepa.

—Te inclinabas demasiado.

—Me tranquiliza comprobar que aún conservas cierta moderación.

La sequedad de su respuesta me arranca una risa breve.

Altair sabe que confío en él para vigilar mi espalda, guardar mis secretos y decidir por mí cuando una espada me impide hacerlo.

Imaginar que pretende acercarse a Caitlin con pensamientos impropios sería una estupidez incluso para un hombre cegado por los celos y, si lo hubiera hecho, tampoco me correspondería exigirle que dejara de hacerlo.

Lo sé.

Por desgracia, la razón no ha conseguido que sus dos trenzas rubias cayendo juntas me parezcan una imagen menos irritante.

—El problema no eras tú —admito—. O no exactamente.

Altair espera sin ayudarme. Siempre ha considerado que los demás valoran más una explicación cuando deben sufrir para pronunciarla.

—Ella te señala una cifra y tú comprendes lo que busca antes de que termine de hablar —continúo—. Yo tengo que recorrer la columna dos veces. La facilidad con que os entendéis y esas trenzas mezcladas lograron que mi dignidad terminara por abandonarme.

Su expresión cambia apenas. La burla desaparece de sus ojos antes de que pueda instalarse.

—Sabes leer unas cuentas.

—Sé descubrir cuándo falta grano porque he visto pasar hambre a demasiada gente. No es lo mismo. A Sorley le enseñaron cómo se gobierna un clan sobre el pergamino. A mí solo me enseñaron dónde hundir una espada para terminar una pelea deprisa.

Altair apoya las manos en el respaldo de la silla que Caitlin acaba de abandonar.

—Y aun así has encontrado el error.

—Ella lo encontró. Tú supiste seguirla. Yo estaba ocupado observando vuestras trenzas.

Decirlo en voz alta revela la medida exacta de mi estupidez. Una risa breve me sale antes de que consiga impedirlo. La boca de Altair se curva.

—Me alegra no tener que explicártelo.

—Si te inclinas otra vez de esa manera, quizá tenga que recordarme toda esta conversación.

—Procura hacerlo antes de que el consejo empiece a preguntarse por qué te comportas como un marido celoso con la viuda de tu hermano.

Altair no necesita saber nada para comprender el peligro. El consejo cree que Caitlin lleva dentro al heredero de Sorley. Basta con que uno de esos hombres sospeche que me acerco a ella para que empiece a contar noches, miradas y puertas cerradas.

—Seré más discreto —le aseguro.

—Procura recordar esa discreción la próxima vez que contemples mis trenzas como si fueran dos víboras alrededor de su cuello.

—No exageres. Solo una parecía peligrosa.

La respuesta no lo distrae. Altair sostiene mi mirada durante unos segundos y formula por fin la pregunta que lleva esperando desde que se cerró la puerta.

—¿Te estás acostando con ella?

—Sí.

Su expresión no cambia de inmediato. Tampoco parece sorprendido. Se limita a guardar la respuesta junto a cuanto ya ha observado y espera aquello que todavía no encaja.

—Intentáis convertir la mentira sobre el embarazo en verdad —concluye.

—¿Lo sabías?

—Lo sospechábamos todos. Caitlin pasó diecisiete años sin concebir y anunció un heredero justo cuando el consejo buscaba una cuerda. Además, medio castillo sabía que evitaba a Sorley y le cerraba la puerta en las narices. Darian consideró que había sido una decisión astuta. Finn señaló que la mentira había adquirido una solución bastante evidente en cuanto tú cruzaste las puertas con la misma cara que el difunto.

—Podríais habérmelo dicho.

—Todavía no sabíamos si ibas a ayudarla o a entregarla. Mirabas a cualquiera que pronunciara su nombre como si estuvieras calculando

dónde enterrarlo y decidimos concederte unos días.

—Una consideración conmovedora.

Altair se pasa el pulgar por la mandíbula. No me somete a una sucesión de preguntas. Ordena la información en silencio, igual que hace con todo lo demás, hasta descubrir dónde se esconde el peligro

—Yo aposté a que no lo harías.

Lo miro. La seriedad de su expresión consigue que la confesión resulte todavía más ofensiva.

—No sé por qué continúa sorprendiéndome que hagáis apuestas sobre las desgracias de los demás.

—Finn sostiene que ayuda a soportarlas.

La imagen de los cinco discutiendo acerca de su vientre cuando yo todavía intentaba decidir debería irritarme.

—No acepté enseguida —aclaro, aunque la precisión no mejora demasiado mi defensa.

—Me tranquiliza saber que dedicaste algo de tiempo a tomar una decisión sensata antes de ignorarla.

—El embarazo impedirá que la ahorquen —explico—. Nos concederá varios meses para encontrar al verdadero asesino y demostrar que utilizaron el cordial de Caitlin para condenarla.

—Eso explica por qué aceptaste. No qué ocurrirá cuando nazca la criatura.

Bajo la mirada hacia los registros. Ya he pensado demasiado en un niño que todavía no existe. En el nombre de Sorley cayendo sobre él, en las manos del consejo eligiendo a sus tutores y en Caitlin convertida otra vez en una mujer a la que nadie pregunta qué desea.

—No permitiré que les hagan daño a ninguno de los dos.

Altair guarda silencio durante unos segundos. No necesita preguntar a quiénes me refiero.

—Hablas de protegerlos y al mismo tiempo que regresarás con los MacNeish.

—Una cosa no impide la otra.

—Lewis queda bastante lejos para vigilarlo desde Perthshire.

No respondo. Hasta ahora, Perthshire nunca me había parecido tan lejos.

—Nuestra prioridad es mantenerla viva —resuelvo—. Lo demás tendrá que esperar.

Altair acepta el límite con una leve inclinación de cabeza. Nunca empuja una respuesta cuando sabe que el hombre que tiene delante aún no la posee.

—¿Quién más apostó a que no aceptaría? —pregunto.

La comisura de su boca se mueve.

—Nadie. —Altair mira hacia la puerta—. ¿Has visto esas trenzas?

La risa me sale antes de que consiga contenerla.

El muy cabrón ha encontrado una forma de burlarse de mis celos y de mi falta de resistencia con las mismas cuatro palabras.

—Te he prometido discreción. No paciencia.

—Con la discreción me conformo —responde mientras aparta la silla y recoge uno de los libros—. Lo demás tendrás que resolverlo contigo mismo.

Unos pasos avanzan por el corredor. Reconozco la cadencia antes de que la sombra aparezca bajo la puerta y vuelvo la cabeza.

Altair también lo advierte.

Por supuesto que lo advierte.

—Aunque me temo que ya vas tarde —añade.

Caitlin entra con el cuaderno apretado contra el pecho. Tormod e Iain la siguen. Busca mi mirada al cruzar el umbral y la mantiene mientras avanza hasta la mesa.

—Las cuatro entregas cabían sobre un solo caballo —explica mientras abre el cuaderno—. Sorley las recogía por la tarde y siempre regresaba antes de que cerraran las puertas.

Altair deja el libro que sostenía.

—Entonces no viajaba muy lejos.

—No si regresaba directamente —puntualiza Tormod.

Caitlin apoya el índice junto a las fechas.

—Fearchar recuerda que volvía sin los sacos y sin olor a humo en la ropa. No pasaba la noche fuera ni se detenía demasiado tiempo en ningún hogar.

—Tendremos que buscar en los alrededores —digo—. Empezaremos cerca y ampliaremos la búsqueda si no encontramos nada.

—Un plan de una precisión abrumadora —comenta ella—. Primero cerca y después donde ya no sea cerca.

—¿Tienes uno mejor?

—Todavía no. Por eso dispongo de tiempo para admirar el tuyo.

Sus ojos se desplazan hacia Altair, que continúa examinando las fechas con el ceño fruncido.

—Aunque veo que la investigación exige adoptar esa expresión. ¿Han confesado ya las cuentas?

—Están a punto —responde él.

—Procurad que no se asusten antes de decirnos nada.

La ligereza de su voz distiende algo en la estancia. Hace unos días, Caitlin apenas habría hablado delante de estos hombres sin medir antes cada palabra. Ahora se permite burlarse de nosotros y aguarda la respuesta en lugar de prepararse para las consecuencias.

Ordeno al guardia que busque a Darian, Colum, Finn y Torren. Los cuatro llegan poco después, ajenos al motivo por el que los hemos llamado.

Altair les muestra las entregas y explica cómo quedaron escondidas entre los gastos semanales. Caitlin añade que Fearchar preparaba las provisiones por orden de Sorley y que mi hermano acudía a recogerlas personalmente.

—Si enviamos a demasiados hombres haciendo preguntas, advertiremos a esa persona de que la estamos buscando —señala Colum.

Darian asiente.

—Habrá que decidir cómo repartirnos y qué explicación daremos si alguien pregunta.

—Lo haremos antes de salir —dispongo—. Quiero encontrar a esa persona, no obligarla a esconderse mejor.

—Yo participaré en la búsqueda —declara Caitlin—. Resulto menos amenazadora que cualquiera de vosotros. Si Broen y Altair llaman juntos a una puerta con ese ceño fruncido, quien esté detrás la tapiará desde dentro.

Finn deja escapar una risa. Incluso Colum baja la cabeza para ocultar la suya.

Tormod permanece serio.

—Mi señora parece olvidar que espera al heredero del clan y que continúa acusada de la muerte del laird. El consejo no puede

permitirle recorrer los alrededores con la libertad que pretende.

Los dedos de Caitlin se cierran alrededor del cuaderno.

—Caitlin está bajo mi custodia —intervengo—. Eso me obliga a responder por su seguridad. Si quiere acompañarnos y puedo protegerla, lo haré.

Tormod aprieta los labios. Esta vez no encuentra una objeción que pueda pronunciar delante de todos.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Quieres venir?

La presión de sus dedos disminuye. Tarda un instante en responder, como si todavía desconfiara de una pregunta cuya respuesta ya ha decidido.

—Sí.

—Entonces contaré contigo.

Una curva lenta aparece en su boca.

—A cambio, intentaré impedir que asustes a nadie.

—Intentaré sonreír.

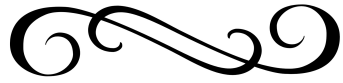
—Mejor no. Queremos hacer preguntas, no que nos confiese hasta los pecados de sus abuelos.

La risa de Finn llena la estancia. La mía se une a ella antes de que pueda contenerla.

Caitlin encuentra mis ojos al otro lado de la mesa y su sonrisa se ensancha. Comprendo entonces que esa última burla solo pretendía arrancarme ese sonido.

Lo ha conseguido.

Capítulo 14



«Caitlin»

Coinneach ocupa la puerta de mis aposentos cuando Beathag y yo regresamos de las cocinas. Niall lo dejó en Dùn Mhoireasdan para custodiar a Ealasaid y facilitar sus pesquisas. Finn lo describió como «ese tipo espeluznante que parece conocer el día exacto de tu muerte y estar esperando a que tú también lo averigües».

Hasta ahora se había limitado a seguir a la matrona por el castillo. Hoy sostiene la lanza atravesada delante de mi puerta.

La hoja permanece apuntada hacia el suelo, pero el asta basta para impedirnos el paso. A su espalda, la puerta está entreabierta y dentro se oye el golpe seco de un arcón al cerrarse.

—¿Quién ha entrado?

Coinneach no necesita mirar hacia la alcoba para responder.

—Ealasaid. Mi laird ordenó que nadie interrumpiera su examen.

—Tu cometido no incluye registrar mi alcoba —señalo—. Aparta la lanza.

Coinneach permanece inmóvil. Sus ojos pálidos se detienen en mí con una atención que consigue que la descripción de Finn parezca menos exagerada.

Beathag apoya una mano sobre el asta.

—Puedes retirarla tú o puedo ayudarte y averiguaremos juntos qué parte de tu anatomía alcanza primero.

La puerta se abre antes de que Coinneach decida si la amenaza merece respuesta.

Ealasaid aparece con una de mis sábanas doblada sobre los brazos. Reconozco el remiendo junto al borde, el mismo sobre el que anoche descansó la mano de Broen mientras me abría las piernas.

La anciana extiende un extremo hacia la ventana y lo examina bajo la claridad gris, sin molestarse en ocultar qué busca.

Durante diecisiete años he observado esa tela con una esperanza que se hacía más pequeña cada mes. Ahora otra mujer busca la misma sangre para decidir si merezco seguir viva.

Beathag le arranca la sábana.

—¿Quién os ha permitido registrar la alcoba?

—El consejo necesita saber si lady Caitlin ha sangrado.

—El consejo encargó esa tarea a Mairi.

Ealasaid vuelve hacia mí sus ojos pálidos. Hay personas capaces de desnudarte sin bajar la mirada de tu rostro.

—Niall no confía en el testimonio de una mujer Morrison.

—Qué tranquilizador —digo—. Empezaba a temer que hubierais entrado en mi cama por curiosidad.

Dos criadas se han detenido junto a la escalera. Una de ellas lleva un cesto vacío, la otra aprieta contra el vientre un manojo de juncos

y parece haber olvidado adónde lo llevaba.

Mañana las cocinas sabrán qué parte de mi colchón ha levantado Ealasaid. Antes de que acabe la tarde, alguien habrá visto una mancha aunque la sábana esté limpia. Para cuando el rumor alcance el patio, habré perdido una criatura que nunca ha existido.

—Marchaos —les ordena Beathag a las criadas.

La del cesto reacciona primero. Tira del brazo de la otra y ambas desaparecen escaleras abajo.

Ealasaid entra de nuevo en la alcoba.

—Aún no he terminado.

Intento seguirla, pero Beathag me sujeta por la muñeca. No pretende detenerme. Quiere impedir que la eche con mis propias manos y regale al castillo otra historia que contar.

—Basta.

La voz llega desde el extremo del corredor.

Broen avanza hacia nosotros con el cabello húmedo y el jubón sin cerrar en el cuello. La tela oscura se tensa sobre sus hombros y las mangas, remangadas hasta los codos.

Broen mira la sábana entre las manos de Beathag. Después observa la puerta abierta, a Ealasaid y, por último, a mí.

—¿Le diste permiso para entrar?

—No. Cuando he llegado, ya estaba dentro.

La mandíbula se le endurece. No eleva la voz ni se apresura. La furia en Broen nunca necesita movimiento para hacerse visible.

Se vuelve hacia Coinneach.

—Aparta la lanza.

El MacLeod no obedece. Ajusta la mano sobre el asta y levanta apenas la barbilla.

—Mi laird me ordenó custodiar a lady Ealasaid mientras cumplía su cometido.

—Niall te dejó para protegerla, no para entregarle las alcobas de los Morrison.

—Ella debía examinar cuanto pudiera demostrar si existe un heredero.

Broen da un paso hacia él. Coinneach es alto, pero debe levantar la cara para sostenerle la mirada.

—Estás en Dùn Mhoireasdan. Aquí decido yo qué puertas puede atravesar tu matrona. Aparta la lanza.

Durante un momento nadie se mueve. Después Coinneach retira el asta, aunque lo hace con la lentitud suficiente para convertir la obediencia en advertencia.

Broen espera hasta que el acceso queda libre. Ealasaid aparece de nuevo con mi caja de paños entre las manos.

El calor me sube desde el pecho hasta la cara.

—Déjala —ordeno.

—Tengo que comprobar...

—Que la dejes.

Esta vez obedece. Deposita la caja sobre el arcón, aunque conserva la palma encima.

—Niall me encargó confirmar el embarazo. Una mujer acusada de asesinar a su esposo tiene motivos para ocultar sus paños.

Broen da un paso hacia ella. No alza la voz. Ni siquiera necesita acercarse demasiado. Su quietud obliga a la anciana a levantar la

barbilla para sostenerle la mirada.

—Tu encargo te permite examinar a Caitlin cuando ella lo consienta. No registrar sus pertenencias en su ausencia.

—Si espero su consentimiento, podría lavar la prueba antes de que yo la viera.

—Entonces tendrás que decidir si prefieres esperar a que ella te permita verla o marcharte sin una prueba.

Ealasaid contempla a Broen.

—Niall sabrá que entorpecéis mi cometido. Debo informarlo de cada examen y, en cuanto encuentre sangre, exigirá que la acusación siga adelante.

—Cuéntaselo —dice él—. Incluye que el consejo ya había confiado esa vigilancia a Mairi y que has aprovechado su ausencia para registrar la alcoba de mi cuñada sin permiso. Procura no omitir ninguna parte cuando intentes ofenderte en mi nombre.

—Mairi es una Morrison.

—Mairi es quien atendió a mi madre cuando parió a dos niños que nadie esperaba que sobrevivieran —dice él—. Si sabes más que ella sobre sangre, embarazos o criaturas, tendrás que demostrarlo sin volver a entrar aquí a escondidas.

La alusión me obliga a mirarlo. Broen nunca habla de su nacimiento. Sorley sí lo hacía, aunque solo para recordar que había llegado primero y con más fuerza, su madre murió horas después.

La anciana sostiene su mirada unos instantes.

—Coinneach — lo llama Broen sin apartar los ojos de Ealasaid.

El guardia aparece en el umbral. Sus ojos recorren la caja abierta, el colchón levantado y la sábana que Beathag conserva entre las manos. No hay sorpresa en ellos.

—Acompáñala a sus aposentos —le ordena—. Si cualquiera de los dos vuelve a cruzar esta torre sin permiso de Caitlin, abandonaréis Dùn Mhoireasdan juntos.

Coinneach mira a Ealasaid en lugar de responderle. La matrona recoge su bolsa y sale con la espalda rígida. Él la sigue después de dedicarle una última mirada que no consigo interpretar.

Broen espera hasta que sus pasos desaparecen antes de dirigirse a un muchacho que se ha detenido al otro extremo del corredor, atraído por las voces.

—Busca a Finn.

La muchacha sale casi corriendo.

Beathag dobla la sábana.

—Está limpia —me susurra.

Limpia significa a salvo hoy. Los años sin concebir deberían haberme enseñado a no buscar esperanza en el vientre. Continúo haciéndolo porque hay aprendizajes que una mujer se niega a completar, pero se me acaba el tiempo.

Beathag entra de inmediato. Cierra la caja de paños, revisa el arcón y vuelve a extender el colchón con movimientos bruscos. Cada objeto que coloca en su sitio muestra hasta dónde han llegado las manos de la partera.

Broen permanece junto a la puerta. La anchura de sus hombros bloquea casi toda la salida.

—¿Se ha llevado algo? —me pregunta.

—Aún no lo sabemos.

—No buscaba algo que pudiera llevarse —dice Beathag desde el interior—. Quería encontrar algo que contar.

Unos pasos rápidos suben la escalera. Finn aparece con la camisa mal abrochada y la espada colgada demasiado baja, como si la criada lo hubiera encontrado antes de que terminara de vestirse. Su expresión cambia al descubrir la cama deshecha.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ealasaid ha registrado la alcoba mientras Caitlin estaba fuera —explica Broen—. Coinneach le ha impedido entrar hasta que la matrona terminó de revisar la cama y los paños.

La ligereza desaparece del rostro de Finn. Mira la sábana que Beathag conserva entre las manos y comprende qué buscaban.

—Desde ahora, nosotros vigilaremos el acceso a esta torre por turnos. Nadie se acercará a la alcoba de Caitlin sin que ella lo autorice. Ni Ealasaid, ni los consejeros, ni ninguna criada.

Finn dirige la mirada hacia mí, no hacia Broen.

—¿Prefieres que me quede aquí o junto a la escalera?

La pregunta es pequeña, pero contiene una diferencia que los hombres del consejo jamás consideraron necesaria. Está permitiéndome escoger desde dónde impedirán que otros entren para que no me sienta encerrada.

—En la escalera. Si permaneces pegado a la puerta, terminaré conociendo tu respiración mejor que la mía.

Una sonrisa tenue le suaviza la boca.

—Intentaré que esa intimidad tarde en llegar.

Se aleja varios pasos y ocupa el comienzo de la escalera. Desde allí puede impedir el acceso sin escuchar cada movimiento dentro de la alcoba.

—Gracias, Finn.

Inclina la cabeza. La sonrisa desaparece cuando vuelve a mirarme.

—Ni aunque venga acompañado por el rey dejaré pasar a nadie. — Finn mira a Broen y después vuelve hacia mí—. A nadie que no haya sido invitado.

Los guardias del consejo permanecían ante mi puerta para impedir que saliera. Los Cuervos ocuparán la escalera para impedir que otros entren. La diferencia no está en las armas, sino en la dirección hacia la que apuntan.

Broen ha utilizado su autoridad para dejarme más espacio y, al mismo tiempo, proteger el secreto que mantiene mi cuello lejos de la cuerda. Empiezo a descubrir que, bajo su cuidado, una puerta vigilada también puede pertenecer a la mujer que duerme detrás.

Todavía no sé qué hacer con un cuidado que no exige obediencia a cambio.

Beathag le muestra cada lugar que ha registrado Ealasaid: el arcón, el colchón, la caja de paños. Broen escucha sin interrumpirla, aunque la dureza de su mandíbula aumenta con cada objeto.

—Los hombres que fueron hacia Barvas han regresado —dice cuando ella termina—. No han encontrado a Torcuil. Darian y Colum me esperan para decidir dónde continuaremos mañana.

—¿Nadie lo ha visto?

—Nadie que quiera reconocerlo.

Mira la puerta y después vuelve los ojos hacia mí.

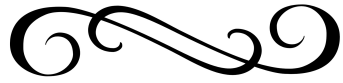
—Tengo que irme. Finn permanecerá en la escalera. Si Ealasaid vuelve, no llegará hasta aquí.

Abre la puerta. Finn se aparta para dejarlo salir y recibe en voz baja las instrucciones para la noche. Ninguno necesita preguntar si esas órdenes también servirán cuando sea Broen quien regrese.

La alcoba parece más grande cuando desaparece de la puerta.

También bastante más vacía.

Capítulo 15



«Caitlin»

—**F**earchar quiere saber qué debe reservar para Yule —dice mientras coloca otro pedazo de turba sobre el fuego—. Si nadie se lo indica pronto, el consejo decidirá que el hambre resulta más llevadera delante de una mesa bien servida.

La Navidad inicia los doce días de Yule con jornadas de fuego, comida compartida, música y visitas que se prolongan hasta la Epifanía. Incluso las familias más pobres procuran guardar algo para celebrarlo. Este invierno, muchas apenas conservan avena para llegar a la siguiente cosecha.

—No queda nada que reservar.

Los dos sacos destinados a Arnol ya han salido del almacén. La semilla de Tolsta debe permanecer intacta si queremos sembrar en primavera, la avena se mezcla con cebada vieja para prolongarla y la harina buena apenas alcanza para las criaturas, los enfermos y las mujeres que acaban de parir.

Beathag se sienta frente a mí.

—La gente esperará una celebración.

—La tendrá. Lo que no tendrá será uno de los banquetes de Sorley, con el consejo comiendo carne mientras los demás miran los huesos.

—Tormod podría atragantarse al escuchar eso.

—Entonces conviene servirle solo caldo.

La sonrisa de Beathag dura poco. Sus dedos se extienden hacia el calor y la piel enrojecida de los nudillos empieza a recuperar el color.

—Una fiesta para todo el clan necesitará más comida que una mesa para veinte hombres.

—Solo si pretendemos colocar un venado delante de cada familia. Abriremos el salón y encenderemos fuegos en el patio. Los niños y los ancianos comerán dentro. Prepararemos varios calderos con cebada, avena y cuanto pueda aportar carne sin vaciar el almacén.

—¿Qué carne?

—Mañana sabremos cuáles de las reses no sobrevivirán al invierno ni pueden utilizarse para cría. Sacrificar una ahora será mejor que encontrarla muerta bajo la nieve. Broen puede permitir una cacería y entregar las piezas a las cocinas. Si llega el arenque, lo salaremos antes de que ningún consejero decida que merece comérselo fresco.

Beathag inclina la cabeza, ordenando mis propuestas.

—También quedan guisantes secos y cebollas.

—Y las mujeres de Arnol saben recoger lapas, mejillones y algas sin dejar la costa desnuda. Cada aldea puede enviar lo que esté en condiciones de compartir. Quien no tenga comida traerá turba o leña. Nadie quitará una torta de la boca de sus hijos para demostrar lealtad al castillo.

—Los MacAulay se reirán cuando sepan que hemos pedido a la gente que traiga su propio combustible.

—Los MacAulay pueden devolvernos las reses robadas y ganarse el derecho a opinar.

Esta vez la risa de Beathag suena con mayor fuerza.

—Deberías invitar a Eòghan. Tal vez aparezca con treinta y dos vacas para impresionarte.

—A Broen le encantaría recibirlo.

—Sin duda. Incluso podría ayudarlo a bajar del caballo. Por el cuello.

La imagen consigue arrancarme una sonrisa. Me levanto y me acerco al hogar para extender las manos sobre la llama.

—Habrá música después de comer. Antes pueden organizarse pruebas de arco, lucha y levantamiento de piedra. Así nadie estará pendiente de los calderos mientras se termina el guiso.

—Estarán pendientes de comprobar si Broen participa.

—Conseguir que se divierta delante de todo el clan puede requerir más recursos que alimentarlo.

Beathag levanta un dedo.

—También necesitaremos a Broen la última noche del año para el *ciad-chuairt*—añade Beathag—. Habrá que sacarlo del castillo antes de que comience el nuevo año.

Entiendo enseguida. El primer hombre que cruce el umbral de una casa con el año nuevo traerá consigo la fortuna de los meses venideros. Conviene que sea alto, moreno y entre con pan, sal y turba que significan alimento, prosperidad y calor para el hogar. Ese primer paso siempre se ha elegido con más cuidado que muchos matrimonios.

Miro la puerta por la que Broen acaba de desaparecer. Alto y moreno no empieza a describir la cantidad de hombre que habría que hacer cruzar por ese umbral.

—La turba y la sal podemos dárselas —digo—. El pan quizá sea pedir demasiado a la fortuna.

—Bastará con una torta pequeña. Lo difícil será que lo haga. Es tímido.

La risa me sale antes de que pueda contenerla. Beathag sonríe, satisfecha con su ocurrencia, sin saber que tiene más razón de la que imagina.

Broen puede enfrentarse a seis hombres armados sin alterar la respiración y entrar en mi alcoba para ordenarme que abra las piernas.

Sin embargo, basta con agradecerle algo o mirarlo mientras se ríe para que busque el lugar más próximo donde esconderse dentro de sí mismo.

Hacerlo cruzar una puerta ante todo el clan, cargado de símbolos y buenos deseos, puede resultar más difícil que convencerlo de que la defienda contra un ejército.

—Le diremos que algo amenaza el castillo desde el exterior. Se apostará al otro lado de la puerta hasta el deshielo —digo.

—También podrías explicarle que necesitamos su cuerpo para asegurar el futuro del clan.

El calor del fuego me alcanza de golpe la cara.

Beathag baja los ojos hacia las llamas. Su expresión conserva una inocencia indigna de ese comentario malicioso.

—Hablabas de su altura —aclara.

—Por supuesto.

—Y de sus hombros. Ocupan mucho umbral.

—Ve a hablar con Fearchar.

Se levanta entre risas y se sacude la falda.

—Le diré que aparte los guisantes y las cebollas. Mañana podrás comprobar las reses con Broen y decidir cuántas se sacrifican.

La puerta se cierra tras ella. Finn le dice algo y Beathag le explica que va a salvar Yule de los hombres que lo gobiernan.

El silencio entra en la alcoba en cuanto sus voces se alejan.

Me siento de nuevo, pero el banco parece haberse vuelto demasiado estrecho. El fuego calienta mis piernas. El resto del cuerpo permanece tenso, atento a una amenaza que todavía carece de pasos y rostro.

Llevo la mano al vientre.

Desde que mi sangrado terminó he contado cada jornada. Al principio lo hacía para saber cuánto tiempo me concedería el consejo. Después empecé a contarlas por las noches en que Broen entraba en esta habitación.

Quedan menos.

Podría haber concebido ya. También podría repetirse la misma espera que conozco desde hace diecisiete años: los pechos sensibles, una pesadez bajo el vientre, cualquier cansancio convertido en esperanza hasta que la primera mancha lo desmienta.

Quizá sea mi cuerpo y no el de Sorley el que no sabe concebir. Broen puede regresar todas las noches, dejar su semilla dentro de mí y aferrarme contra él hasta perder el juicio, pero nada garantiza que mi vientre responda.

Las llamas se inclinan cuando otra ráfaga se cuela por las rendijas.

Torcuil continúa desaparecido.

Las entregas de comida de Sorley pueden conducirnos hasta otra mujer. Sería propio de mi marido esconder una amante y alimentarla con lo que faltaba en las casas de su clan. Encontrarla demostraría otra de sus miserias. Jamás probaría quién vertió el veneno.

Cuando sangre, Ealasaid no tendrá que volver a registrar mis pertenencias. Esperará delante de esta puerta. Antes de que el paño se seque, el consejo sabrá que he mentido sobre el heredero y convertirá esa mentira en la única prueba que necesita para condenarme por la muerte de Sorley.

La horca deja de ser una amenaza lejana. Puedo sentir la aspereza de la cuerda contra la garganta.

Me pongo en pie.

Cruzo la alcoba una vez, regreso al hogar y vuelvo a detenerme. Darian y Colum ya habrán informado de cuanto saben. Broen estará decidiendo qué caminos recorrerán mañana mientras yo aguardo aquí a que mi cuerpo decida si merezco vivir.

Abro la puerta.

Finn permanece en el comienzo de la escalera. Se incorpora al verme.

—Necesito hablar con Broen.

Ya he confiado durante demasiados años en cosas que no podía controlar.

—En su antigua alcoba. —Sus ojos se detienen un instante en mi rostro—. Puedo acompañarte.

—Sé llegar.

Algo parecido a una sonrisa cruza su boca, aunque posee la prudencia de ocultarla antes de que termine de formarse.

—Eso imaginaba.

Dejo atrás la escalera sin darle tiempo a descubrir cuanto me cuesta respirar. Mis pasos avanzan demasiado deprisa por el corredor. He recorrido esta parte del castillo miles de veces, pero esta noche las puertas parecen más lejanas y el aire resulta insuficiente entre una y otra.

La alcoba de Broen se encuentra al final, donde el corredor se estrecha antes de alcanzar la torre oriental. Allí dormía cuando aún era el segundo hijo y su hermano todavía fingía delante de todos que podía soportar su existencia.

La luz aparece bajo la puerta.

Levanto la mano para llamar, pero la detengo antes de que los nudillos alcancen la madera. Bajo el picaporte y empujo la puerta.

Broen está de espaldas, inclinado sobre una mesa. Se ha quitado el cinturón de las armas y lo ha dejado junto a una lámpara, encima de varios pedazos de pergamino. La camisa se tensa sobre sus hombros cuando alza la cabeza.

Cierro la puerta y echo el pasador.

Él se vuelve despacio. Sus ojos recorren mi cara, descienden hasta la mano que todavía conservo sobre el picaporte y regresan a mis labios.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunta desconcertado.

—Todavía no.

Cruzo la alcoba antes de que diga más. Le sujeto la cara y estrello la boca contra la suya.

El golpe lo obliga a retroceder un paso. Sus manos encuentran mi cintura por puro instinto, aunque durante un instante permanece rígido, sorprendido por una violencia que siempre le ha pertenecido a él. Lamo sus labios y beso cuanto alcanzo: su boca, la comisura, la barba áspera que raspa mi barbilla.

—Caitlin —murmura contra mí—. Espera.

—No puedo. Los dos sabemos el poco tiempo que me queda.

Vuelvo a besarlo. Esta vez abre la boca y sus dedos se hunden en mi cintura. Me aprieta contra él hasta que el calor de su cuerpo atraviesa la lana de mi vestido.

La dureza que crece entre nosotros admite pocas interpretaciones. Todo lo demás permanece encerrado detrás de esa expresión suya que nunca entrega más de lo que él decide.

Busco el faldón de su camisa, saco la tela de entre las vueltas del tartán y tiro hacia arriba.

—Quítatela.

Broen atrapa mis muñecas antes de que consiga descubrirle el vientre.

—¿Has venido porque tienes miedo?

Mis dedos se detienen bajo los suyos.

Lo estudio. Ha pronunciado la pregunta en voz baja, sin dureza, pero mantiene la mandíbula rígida y ya no mira mi boca.

Sus ojos se detienen en el pasador que he echado y regresan después a mi rostro.

—Sí.

La presión sobre mis muñecas se afloja.

Da un paso atrás. Su rostro permanece inmóvil, aunque la distancia que acaba de abrir entre nosotros se parece demasiado a una respuesta.

—Si supieras que ya llevas una criatura dentro —pregunta con voz áspera—, ¿también habrías venido?

—No. Si supiera que ya llevo una criatura dentro, esta noche no habría venido. —Sus dedos se tensan alrededor de mis muñecas—. Pero, si me estás preguntando si te deseo, la respuesta es sí.

No responde.

Una respiración honda le ensancha el pecho. Sus ojos recorren mi rostro con lentitud.

No intento explicárselo mejor.

Giro las muñecas, me libero y le sujeto la nuca. Esta vez no estrello la boca contra la suya. Me detengo a un suspiro de sus labios y permito que me mire antes de besarlo.

La punta de mi lengua recorre su labio inferior con una lentitud que vuelve obscena la ausencia de contacto en cualquier otro lugar. Empiezo en una comisura y avanzo hasta la otra, húmeda y caliente, recogiendo el aire que intenta tomar. Después regreso al centro, presiono entre sus labios y retiro la lengua.

Broen me observa desde tan cerca que puedo distinguir cómo se le oscurece el borde de las pupilas.

Atrapo su labio inferior entre los dientes y tiro de él despacio. Broen permanece inmóvil mientras lo retengo durante una respiración, observándome con una atención que vuelve el gesto todavía más obsceno.

Después lo introduzco en mi boca y succiono. Su labio se desliza húmedo contra mi lengua y, cuando por fin lo libero, queda brillante por mi saliva.

Broen permanece quieto durante dos latidos más. Al tercero, su respiración se rompe, gime y sus dedos se hunden en mi cintura.

Me separo antes de que pueda adueñarse del beso.

Saco la camisa de entre las vueltas del tartán y deslizo las manos por debajo. Mis palmas ascienden sobre el vientre duro, separando el lino de su piel, hasta alcanzar el pecho. Broen contiene el aire cuando mis dedos se pierden entre el vello.

—Quiero verte.

Algo cambia en su expresión. Me aparta las manos con una brusquedad contenida, agarra la camisa por la nuca y tira de ella. El lino se atasca un instante en la anchura de sus hombros antes de ceder y desaparecer por encima de su cabeza.

La arroja sobre la mesa. Cuando vuelve a mirarme, tiene el torso desnudo, el cabello revuelto y la respiración demasiado profunda para el hombre que hace unos instantes pretendía averiguar si he venido por miedo.

—Ya me ves —dice.

Inclino la cabeza y beso una de sus cicatrices.

Su vientre se contrae bajo mis labios.

Sigo la marca con la lengua, despacio, hasta alcanzar el extremo hundido. Después busco otra bajo las costillas y una más sobre el pecho. Las recorro sin preguntarle de dónde proceden. Esta noche no quiero que me hable de los hombres que lo hirieron. Quiero que sienta mi boca sobre cada lugar en el que sintió dolor.

Hundo los dientes en uno de sus pezones.

Broen expulsa el aire con un sonido ronco.

Lo muerdo otra vez. Más fuerte.

Una mano se cierra sobre mi nuca, pero no me aparta. Sus dedos se enredan en mi cabello mientras descendo por su vientre, besando y lamiendo la línea de vello que desaparece bajo la lana hasta ponerme de rodillas.

Alcanzo el cinturón que le sujeta el tartán.

La hebilla se resiste. Tiro de ella hasta liberarla y extraigo el cuero de un tirón. Después encuentro el extremo del tartán y comienzo a desenvolverlo de sus caderas.

Una vuelta.

Otra.

La lana cae alrededor de sus pies.

Su sexo queda ante mí, completamente duro, grueso y pesado, con la cabeza húmeda.

Cierro la mano alrededor de él.

Los dedos en mi nuca se tensan.

Lo acaricio desde la raíz hasta la punta, sin apartar la mirada de su rostro. La humedad aparece en la abertura. La recojo con el pulgar y la extendiendo por la cabeza.

Broen pronuncia mi nombre entre dientes.

Inclino mi boca hacia él y ahora sí trata de detenerme. Su mano abandona mi cabello y alcanza mi barbilla, pero beso la punta antes de que consiga levantarme. Su miembro palpita contra mis labios.

Paso la lengua por la abertura.

La mano regresa a mi nuca de golpe.

Lamo toda la cabeza, la rodeo despacio y desciendo por una de sus venas hasta la raíz. El sabor salado permanece en mi lengua cuando vuelvo a subir. Broen apoya la otra palma en la mesa. Los músculos del brazo se le marcan por el esfuerzo y su pecho empieza a elevarse con respiraciones cada vez más bruscas.

Abro la boca y lo recibo.

Su control termina ahí.

Los dedos se cierran en mi cabello. Sus caderas avanzan con un impulso que hunde su sexo más adentro. Un gemido áspero llena la alcoba. Retrocede enseguida, pero yo le sujeto el muslo y vuelvo a tomarlo, más profundo.

—Caitlin...

Mi nombre ya no suena a advertencia.

Deslizo la boca por su dureza mientras acaricio con la palma el peso caliente de sus testículos.

Broen maldice.

La mesa cruje bajo la mano con la que intenta sostenerse y sus caderas se mueven otra vez, incapaces de permanecer quietas.

Consigo volverlo loco. Sus caderas vuelven a avanzar y esta vez no retroceden enseguida. Me llena la boca hasta que la respiración se le convierte en un sonido quebrado.

Cuando intento recibirlo otra vez, me agarra por los brazos y me pone en pie.

El beso tiene dientes, lengua y una furia que me obliga a aferrarme a sus hombros. Saborea su propia humedad en mis labios. Una de sus manos baja hasta mis nalgas y me levanta del suelo mientras aparta los pergaminos de la mesa con el antebrazo.

La madera golpea el muro cuando me sienta sobre ella.

Se coloca entre mis piernas, todavía jadeante, y tira de mi vestido con tan poca paciencia que oigo romperse uno de los cordones.

El siguiente tirón abre el cuerpo del vestido. La tela se desliza por mis hombros y Broen aparta también la camisa hasta dejar mis pechos al descubierto. El aire frío apenas alcanza a rozarlos antes que sus manos.

Me agarra con una fuerza que debería doler. Sus pulgares pasan sobre los pezones y los endurecen.

Después inclina la cabeza y encierra uno en su boca. La barba raspa la piel sensible mientras succiona. Arqueo la espalda y le sujeto el cabello, pero él ya ha abandonado cualquier intención de concederme tiempo para acostumbrarme.

Muerde.

El placer desciende hasta mi vientre y se concentra entre mis piernas. Un gemido se me rompe en la garganta.

Broen levanta la cabeza. Tiene los labios húmedos y las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecen negros.

—Pensabas hacerme eso y luego dejar que conservara la razón.

—No parecía que estuvieras utilizándola.

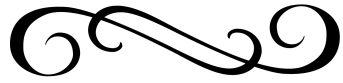
—La he perdido cuando te has arrodillado y te has metido mi miembro en la boca.

Su boca se curva de una forma que nunca llega a convertirse en sonrisa. Me besa de nuevo, me tumba sobre los pergaminos que no han caído al suelo y empuja mis faldas hacia la cintura.

La madera está fría contra mi espalda. Él aparta el tartán con un pie y se coloca entre mis rodillas. Sus manos recorren la cara interior de mis muslos, despacio, en abierta contradicción con la violencia del beso.

—Ahora vas a descubrir qué pienso hacer sin ella.

Capítulo 16



«Caitlin»

Sus dedos alcanzan mis pliegues.

Me estremezco cuando separa la carne húmeda. El pulgar pasa sobre el punto hinchado que hay encima de mi abertura y la tensión abandona mis muslos.

Broen se detiene. Su mirada sigue el movimiento de la mano que mantiene entre mis piernas. Introduce un dedo dentro de mí y lo retira despacio. La humedad brilla sobre su piel a la luz de la lámpara.

Después levanta los ojos hacia mí.

—¿Desde cuándo estás así?

La voz le sale más grave que antes.

—Desde que he abierto mi puerta para ir a buscarte.

Su pecho se ensancha con una respiración honda. La rigidez desaparece de su boca y el pulgar vuelve a acariciarme, esta vez con mayor firmeza. Me hace abrir las piernas hasta colocarse entre ellas y pasa las manos por debajo de mis muslos.

Me arrastra hacia él. Las faldas reunidas alrededor de mi cintura rozan los pergaminos y mis nalgas alcanzan el borde de la mesa. Broen no aparta la mirada de mi sexo. Permanece allí durante unos instantes, contemplando la humedad que sus dedos han extendido entre los pliegues, mientras sus manos recorren lentamente la cara interior de mis muslos.

Inclina la cabeza.

Su aliento llega primero, caliente contra una parte de mí que ya palpita. Después noto el roce de su barba. La arrastra por el interior de un muslo hasta acercar la boca y la aspereza me obliga a abrirme más. Broen hunde la nariz entre mis pliegues y respira sobre mi piel.

El gesto resulta tan íntimo que intento juntar las rodillas. Sus hombros me lo impiden. Las manos se cierran alrededor de mis caderas y me mantienen expuesta mientras vuelve a aspirar, despacio, igual que si quisiera conservar mi olor dentro de él.

La punta de su nariz roza el nudo de sensaciones sobre mi abertura. El contacto me arquea sobre la mesa.

Broen levanta los ojos desde entre mis piernas. Me observa mientras vuelve a rozarme con la nariz y después gira la cara para pasar la barba sobre la carne húmeda. Los pelos arrastran el placer de un lado al otro hasta que mis talones golpean la madera.

Se inclina más, me levanta los muslos sobre sus hombros y me abre entera para él.

La primera pasada de su lengua me arranca el aire. Broen hunde la boca entre mis piernas y me lame despacio, abriendo los pliegues para recoger la humedad. Me aferro al borde de la mesa, pero él toma una de mis manos y la lleva hasta su cabeza. Mis dedos se cierran sobre su cabello.

Las caderas se me levantan de la mesa. Su antebrazo cruza mi vientre y me obliga a permanecer allí, expuesta a su boca. Lo que hace carece de la paciencia contenida de las noches anteriores. Me

lame con hambre, hunde la lengua en mi abertura y vuelve a subir para torturar el punto que ya palpita contra sus labios.

Mis muslos se tensan alrededor de su cabeza.

—No puedo...

Broen aparta la boca apenas un instante.

—Sí puedes.

Su aliento caliente golpea mi carne húmeda. Antes de que consiga responder, introduce la lengua otra vez, mueve los dedos por mi sexo con mayor rapidez y los introduce.

El placer crece bajo mi vientre hasta volverse insoportable. Le tiro del cabello.

Él gruñe contra mí y la vibración termina de quebrarme.

Me arqueo sobre la mesa. Los músculos se cierran alrededor de sus dedos y aprieto los muslos contra su cabeza mientras su boca continúa lamiéndome, prolongando cada contracción hasta que tengo que apartarlo.

Broen se pone en pie y me mira.

La barba le brilla por mi humedad. Se la limpia con el dorso de la mano sin dejar de observarme. Su sexo se alza entre nosotros, más oscuro que el resto de su piel.

Me levanta de la mesa y me hace girar. Las faldas caen por un instante antes de que vuelva a amontonarlas sobre mis caderas. Apoyo las palmas en la madera. Broen se pega a mi espalda y desliza el miembro entre mis nalgas, caliente y duro.

La barba me roza el cuello.

—¿Cuántas noches has pensado en venir a buscarme?

La pregunta se introduce bajo mi piel con más facilidad que sus dedos.

—Todas las que has tardado demasiado.

Su respiración se rompe junto a mi oído.

Una mano aparece sobre la mesa y cubre la mía. La otra se cierra alrededor de mi cadera. Noto la cabeza ancha de su sexo recorrer mi abertura, empaparse en mí y detenerse.

—Vuelve a decirlo.

Giro la cabeza para mirarlo.

—Me acostaba mojada pensando en ti. Algunas noches tuve que taparme la boca mientras me tocaba para que nadie oyera tu nombre.

Broen deja de respirar y entra de un solo empuje.

El aire abandona también mis pulmones. Su grosor me abre hasta hacerme arder y continúa avanzando hasta que sus caderas golpean mis nalgas. Permanece hundido dentro de mí, con el pecho pegado a mi espalda, mientras mi cuerpo se adapta a su tamaño.

—Dios... —Su boca encuentra mi hombro—. Caitlin.

Intento moverme, pero la mano de mi cadera me retiene.

—¿Qué haces? —me quejo.

—Intento recordar que no debo hacerte daño.

Me muerde el hombro.

Sale despacio, arrastrando toda su longitud por mis paredes sensibles, y vuelve a entrar con tanta fuerza que la mesa golpea el muro.

El tercer empuje llega antes de que cese el ruido. Después otro. La madera se clava en la parte delantera de mis muslos y los

pergaminos se arrugan bajo mis manos. Broen me penetra con embestidas profundas, cada vez más rápidas, aferrado a mi cadera para atraerme hacia él al mismo tiempo que avanza.

Inclino la cabeza y consigo verlo por encima del hombro.

Tiene la mandíbula apretada. La luz marca el sudor sobre su pecho y el esfuerzo de los músculos del vientre. Su mirada permanece fija en el lugar donde su cuerpo desaparece dentro del mío.

—Broen.

Alza los ojos.

—Quiero verte.

Aquellas dos palabras alteran algo en su rostro. Me toma por la cintura, me separa de la mesa y me vuelve hacia él sin abandonar mi cuerpo más tiempo del necesario. Me sienta otra vez en el borde y entra antes de que termine de rodearlo con las piernas.

Le sujeto la cara.

—Así.

Su frente se apoya contra la mía. Sale hasta dejar únicamente la cabeza dentro y vuelve a llenarme despacio, mirándome durante todo el recorrido.

—Esto querías —murmura.

—Te quería a ti. Deja de buscar otra respuesta.

La mano de mi nuca se cierra.

Me besa y empieza a moverse.

Ya no queda nada contenido en sus embestidas. Me agarra por las nalgas y me arrastra contra él una y otra vez. Su miembro me llena hasta el fondo, duro, resbaladizo, palpitante dentro de mí. Las venas

se engrosan dentro de mí y la cabeza golpea un lugar que vuelve a concentrar el placer bajo mi vientre.

Clavo las uñas en sus hombros. La mesa golpea el muro con un ritmo que debe de escucharse desde el corredor, pero el pensamiento apenas dura antes de que Broen introduzca una mano entre nuestros cuerpos.

Encuentra la carne todavía hinchada y la acaricia con el pulgar.

La carne aún palpita por lo que acaba de hacerme con la boca. Me estremezco y trato de cerrar las piernas, aunque sus caderas me mantienen abierta.

—Otra vez —ordena junto a mi boca.

—No sé si...

—Otra vez, Caitlin.

Me penetra más fuerte. Su pulgar dibuja círculos rápidos sobre mí y el placer regresa con una violencia que me hace perder el apoyo de las manos. Broen me sostiene contra su pecho. Los músculos de mis muslos empiezan a temblar alrededor de su cintura.

—No apartes los ojos —me exige.

Su mirada se clava en la mía.

El siguiente empuje me quiebra.

Todo mi cuerpo se contrae alrededor de su miembro, enterrado hasta el fondo, y el gemido que me nace en la garganta queda atrapado en su boca. Broen continúa penetrándome. Cada embestida prolonga las sacudidas que me recorren hasta que apenas puedo soportarlas.

Su ritmo se descompone.

Los dedos se le hunden en las nalgas y las caderas avanzan con dos embestidas rápidas. La tercera me levanta de la mesa y me apoya

contra la pared con fuerza para hundirse hasta el fondo.

Broen gruñe mi nombre.

Su miembro palpita dentro de mí. El semen brota en pulsaciones profundas, caliente, mientras su cuerpo se estremece entre mis piernas. Lo abrazo por los hombros con mis brazos y por la cintura con mis piernas y lo mantengo pegado a mí hasta que la tensión abandona poco a poco su espalda.

Durante unos instantes solo se escuchan nuestras respiraciones y el crepitar de la lámpara.

Broen no se retira. Conserva una mano en mi nuca y la otra bajo mis nalgas, sosteniéndome contra él. Cuando levanta la cabeza, busco en su expresión alguna señal de que la duda ha desaparecido. Encuentro los labios entreabiertos, la mirada todavía oscura y una vulnerabilidad que se borra antes de que consiga asegurarme de haberla visto.

Su pulgar acaricia la piel bajo mi oreja.

—Cuando has entrado —dice al fin—, he pensado que venías a buscarme.

—He venido a buscarte.

La mandíbula vuelve a tensársele.

—Has dicho que no habrías venido si...

—El miedo me ha hecho cruzar el corredor. —Deslizo los dedos por la cicatriz de su mejilla—. Pero no ha sido el miedo el que me ha puesto de rodillas.

Sus ojos se detienen en los míos.

Esta vez no necesito adivinar si me ha entendido. La mano de mi nuca me acerca y su boca se apodera de la mía con una lentitud que duele más que cualquiera de sus embestidas.

Cuando se retira de mi cuerpo, noto deslizarse entre mis piernas la humedad mezclada de ambos. Broen baja la mirada, apoya mi culo sobre el borde de la mesa y recoge con dos dedos la humedad antes de volver a introducirlos dentro de mí.

Suelto un sonido ahogado.

—Eso sí forma parte del acuerdo —consigo decir.

Su sonrisa aparece por fin. Lenta, oscura y peligrosa.

—No. Esto lo hago porque puedo.

Me toma en brazos antes de que consiga responder. Rodeo su cintura con las piernas y vuelvo a sentir su sexo, todavía duro, contra la parte interior del muslo.

—Broen...

Camina hacia la cama conmigo aferrada a él.

—Tenemos toda la noche para ahuyentar ese miedo.



MUCHO DESPUÉS, PERMANEZCO TUMBADA CON LA MEJILLA SOBRE SU PECHO. EL fuego se ha reducido a una claridad rojiza y Broen dibuja círculos distraídos en mi espalda, quizá convencido de que duermo.

—¿Cómo se llamaban los gemelos? —pregunto.

Su mano se detiene.

—Eachann y Uisdean.

Los nombres permanecen entre nosotros. Apoyo la palma sobre el lugar donde late su corazón.

—¿Por qué quieres saberlo?

Podría decir que necesito entender su miedo a otro hijo. Sería cierto y también cobarde.

—Cuando supe que habían nacido, lloré hasta quedarme sin fuerzas —confieso.

Broen desliza la mano desde mi espalda hasta la nuca. No me obliga a levantar el rostro ni intenta arrancarme una explicación. Espera con los dedos entre mi cabello y esa quietud suya que deja demasiado espacio para la verdad.

—La noticia tardó meses en llegar a Lewis. Para entonces yo llevaba casi dos años casada y ya había empezado a contar cada sangrado, aunque todavía fingía que no significaba nada. Durante mucho tiempo me dije que lloré porque Mary había tenido dos hijos y yo no conseguía darle ninguno a Sorley. La envidia resultaba mezquina, pero al menos podía comprenderla. Una mujer estéril llorando por los niños de otra. Todo muy sencillo y bastante miserable.

Su brazo se endurece alrededor de mí.

—Nunca has sido ninguna de esas dos cosas.

—No intentes absolverme antes de escuchar el pecado entero.

Su respiración roza mi frente. Permanece callado, aunque algo cambia bajo mi cuerpo. Ya no me sostiene con la laxitud de quien cree que la mujer apoyada sobre su pecho está a punto de dormirse.

Paso el pulgar por el vello oscuro que cubre su piel.

—Lloré porque le habías dado a otra mujer cuanto yo había querido contigo.

La mano en mi espalda se detiene.

—Mary tuvo tu cama, tus hijos y todos esos días contigo. Sabía cómo sonaba tu voz al despertar. Podía tocarte sin traicionar a nadie.

—El latido golpea con fuerza contra mi mejilla—. Cuando me dijeron que habíais tenido gemelos, me los imaginé entre tus brazos.

Después la imaginé a ella observándoos y sentí tanto odio que me avergoncé de mí misma.

—Nunca la amé, Caitlin. Compartimos una única noche. Nuestro matrimonio duró apenas unos meses y la mayor parte se nos fue esperando un hijo que resultó ser dos, aprendiendo a cuidarlos y tratando de dormir alguna vez. Apenas empezábamos a conocernos cuando se fueron.

—Lo sé ahora. Entonces solo sabía que te habías casado y que habías tenido dos hijos con ella. El resto lo construí yo mientras permanecía en la cama de tu hermano. Mary no me había hecho nada. Tú tampoco. Y tuve que volver a comportarme como la esposa de Sorley y fingir que mis ojos estaban hinchados por el humo.

Broen coloca dos dedos bajo mi barbilla y alza mi cara.

—Yo también pensaba en ti —admite—. Incluso entonces. Aunque sintiera que tú habías permitido que me desplazaran.

Apoyo de nuevo la mejilla sobre su pecho.

—Aquella noche no lloré porque quisiera ser madre —digo, antes de que me abandone el valor—. Lloré porque quería ser la madre de tus hijos.

Broen expulsa el aire. Su mano asciende por mi espalda, se hunde en mi cabello y me aprieta contra él hasta que apenas queda espacio para respirar.

—Querías ser la madre de mis hijos —repite.

No hay consuelo en su voz. Tampoco incredulidad. Solo una aspereza que me obliga a levantar la cabeza.

—Sí.

—Y ahora me pides que te dé uno al que todos llamarán hijo de Sorley.

El aire deja de entrarme.

—No será suyo.

—Tendrá su nombre. Heredará su lugar. El clan verá en él la prueba de que mi hermano consiguió darte cuanto yo no pude. —Sus dedos abandonan mi nuca—. Pondré un hijo en tu vientre y volveré a apartarme para que Sorley ocupe mi sitio.

—Sorley está muerto.

Su risa carece de humor.

—Y aun así sigo siendo yo quien debe hacerse a un lado. Quien debe poner el cuerpo y renunciar al nombre para que la historia encaje sin molestar a nadie.

—Delante del clan —digo, aferrándome a sus brazos—. No aquí. Dentro de esta estancia no hay espacio para él.

Broen sostiene mi mirada. La mano que antes me apretaba contra su pecho ha quedado inmóvil sobre mi espalda, como si temiera que el menor contacto confirmara que vuelve a ceder.

—Cuando estés encinta, tampoco habrá un lugar para mí aquí —responde, con la certeza amarga de un hombre acostumbrado a que cada entrega se convierta en una renuncia voluntaria—. Volveré a ser la herramienta útil que se aparta a tiempo para que la mentira siga en pie.

—Eso no es verdad.

—Es la única verdad que me han enseñado —murmura, y su mano me fuerza a apartarme lo suficiente para mirarme de frente, sin la protección de su pecho—. No pasaré las noches escuchando unos pasos que quizá no lleguen porque has decidido que ya he cumplido.

Le sostengo la mirada sin pestañear, rechazando la distancia que intenta imponer entre los dos.

—Guardé silencio porque era una muchacha asustada y nadie me concedió la libertad de elegir. Hoy soy la mujer que ha cruzado el

corredor a oscuras para buscarte a ti porque no quería a ningún otro hombre tocándome.

La respiración de Broen se detiene. El pulgar le tiembla apenas sobre mi piel.

—El clan verá lo que necesite ver —digo—. Pero cada vez que mire a esa criatura sabré quién es su padre.

—Eso no me concede un lugar a su lado.

—Tampoco te lo quita.

Broen me observa en silencio.

—Sigues esperando que me marche.

—Porque has dicho que lo harás. No porque lo desee.

El silencio regresa a la estancia, denso, cargado de todo lo que ambos nos hemos callado durante años. Broen no responde de inmediato. Contempla mi rostro con una intensidad casi dolorosa, buscando en mis ojos alguna grieta o el rastro de un engaño que le permita volver a ponerse a salvo detrás de su rencor.

No encuentra nada.

La tensión de sus hombros cede despacio. Su mano abandona mi mejilla para deslizarse por mi nuca, hundiéndose en mi cabello hasta atraerme de nuevo contra su pecho.

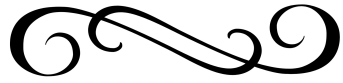
El abrazo no tiene la urgencia del deseo ni la brusquedad de su rabia. Me sostiene contra él con una firmeza tranquila, protegiéndome de la penumbra y del frío que empieza a colarse por los postigos.

No intenta consolarme con la vida que todavía podríamos crear. Se limita a sostenerme mientras ambos contemplamos, durante un instante, aquello que nos quitaron y nunca podremos recuperar.

Su boca se posa sobre mi cabello mientras yo dejo de contar los días que faltan para que llegue mi sangre.

Empiezo a contar los que quedan hasta que él tenga que marcharse.

Capítulo 17



«Broen»

Desperto con el pie de Caitlin encajado entre mis pantorrillas y su mano cerrada en la tela de mi camisa, a la altura del vientre.

Se ha adueñado de casi toda la manta, aunque aún permanece desnuda desde la cintura hacia arriba y tiene un hombro frío. Mi cuerpo, al parecer, le sirve de lecho, brasero y objeto al que aferrarse mientras duerme.

Tardo unos instantes en reconocer la claridad que se filtra entre los postigos.

He pasado la noche en su cama.

Han transcurrido varios días desde que Caitlin cruzó el castillo para entrar en mi alcoba. Desde entonces he vuelto a la suya cada noche y me he marchado antes de que la oscuridad abandonara el corredor, igual que hacía al principio. Esta mañana, en cambio, la luz me ha encontrado todavía a su lado.

Jamás me ha pedido que me quede. Tampoco me pregunta por qué me voy. Anoche se limitó a cerrar la mano en mi camisa cuando intenté apartarme y yo volví a tumbarme, diciéndome que esperaría hasta que se durmiera.

La excusa ha durado menos que yo.

Caitlin duerme de costado, vuelta hacia mí, con la mejilla hundida en la almohada y varios mechones adheridos a los labios. Le aparto uno con el dorso de un dedo.

Su entrecejo ha perdido la tensión que conserva incluso cuando se ríe, como si el sueño hubiera borrado durante unas horas a Sorley, al consejo, la cuerda y diecisiete años de despertarse preparada para soportar lo siguiente.

La claridad aumenta y una punzada me atraviesa el ojo herido. Alargo el brazo hacia el pequeño arcón donde dejé el parche, pero Caitlin emite un sonido de protesta y hunde la frente bajo mi barbilla. Su rodilla resbala entre las mías. El movimiento lento de su respiración calienta la base de mi cuello.

Me obligo a soltarla. Levanto con cuidado la mano prendida en mi camisa y libero la tela dedo a dedo. Ella vuelve a buscarme antes de que consiga apartarme del todo. Su palma recorre la sábana todavía tibia y se queda allí, abierta sobre el lugar que ocupaba mi cuerpo.

Durante un instante, considero acostarme otra vez. Volver a rodearla con los brazos y enviar al consejo, a los MacLeod, los MacAulay y a los recuerdos de mi hermano al infierno.

La idea aparece con una sencillez que la vuelve más peligrosa.

Después me pongo el parche.

El cuero apaga la punzada en cuanto lo ajusto sobre el ojo izquierdo. Me visto en silencio, recupero una bota junto a la mesa y encuentro la otra bajo el vestido de Caitlin. Uno de los cordones de su corpiño continúa atado a la pata de la cama. Recuerdo sus manos tirando de él con impaciencia, mi decisión de ayudarla y el ruido que hizo la tela al ceder.

Tendremos que pensar alguna explicación para todos esos vestidos rotos.

La más sensata sería dejar de destrozar su ropa. La más probable, ordenar que le confeccionen más.

Me ciño el cinturón sin terminar de abrocharlo y al llegar a la puerta, vuelvo la cabeza.

Sigue dormida.

Eso debería facilitarme la marcha. Debería permitirme recuperar el control y volver a ponerme la coraza.

No lo hace.

Abro y cierro sin ruido. Cuando me vuelvo, Finn está sentado contra el muro con las piernas extendidas. Torren acaba de alcanzar el último peldaño de la escalera. Ambos miran primero mi rostro, después la puerta y, por último, el cinturón que aún sostengo.

—Colum aseguró que saldrías antes de que terminara mi turno — comenta Finn.

Torren se detiene junto a él.

—Yo dije que lo harías al amanecer.

—También apostó que saldrías vestido —añade Finn—. Esa parte todavía admite discusión.

Termino de pasar la correa por la hebilla, apretándola con más fuerza de la necesaria.

—Espero que hayáis perdido algo que os resulte doloroso.

—Colum ha perdido dos monedas —responde Finn, muy digno—. Torren y yo hemos ganado una cada uno. Darian se negó a participar. Dijo que bastante castigo tenías ya.

Finn alza las cejas. Su mirada se desliza hacia la puerta cerrada y después vuelve a mi rostro con esa atención afinada que utiliza cuando intenta descifrar un mapa borroso.

—¿Habéis vigilado su puerta o mi comportamiento?

—Al principio, la puerta —contesta Torren—. Después ambas cosas empezaron a ocurrir en el mismo lugar.

Finn se levanta impulsándose con la espalda contra la pared, sin perder la media sonrisa.

—Sabemos qué haces ahí dentro, Broen. Quiero saber qué crees tú que estás haciendo.

—Eso no es asunto tuyo.

—Ni yo te he dicho que lo fuera. Puedes dormir donde te dé la gana. Preferiría que no fuera en mi cama, pero estoy dispuesto a respetar casi cualquier otra elección.

Torren señala mi cinturón con la barbilla.

—Pero hazlo con más cuidado.

—Nadie me ha visto.

—Porque he detenido a una criada al pie de la escalera. Venía a encender el brasero de Caitlin. Le he dicho que su señora había pasado mala noche y que no la despertara. Se ha marchado sin hacer preguntas.

Finn levanta un dedo.

—La gente sensata hace eso.

—Deberías probar alguna vez —señalo.

—Lo intenté durante un invierno. Altair dice que estuve insoportable.

—Fue el invierno más largo de nuestras vidas —añade Torren, apoyando un hombro en la pared sin molestarse en ocultar cuánto lo divierte mi aspecto—. Nadie fuera de los Cuervos sabe nada y procuraremos que siga siendo así, pero termina de vestirme antes de abrir la puerta, por amor de Dios. Eso también serviría.

Finn pasea la mirada por mi camisa torcida, el cabello aún revuelto y la bota que no he ajustado del todo.

—No tanto, pero algo.

Me acerco un paso a él, con la voz baja y helada.

—Sigue contemplándome y te prometo que aprenderás a hacerlo con un solo ojo.

—Si lo haces, tendrás que darle explicaciones a Iseabail. Y te aseguro que tiene opiniones muy firmes sobre el número de ojos con el que debo regresar a casa.

—Se lo explicarás tú.

—Difícilmente. Estaré ocupado aprendiendo a calcular las distancias.

Finn baja el primer peldaño de la escalera sacudiéndose las manos. Se detiene a mitad de camino y vuelve la cara hacia mí.

—Por cierto, tú nunca prometes aquello que deseas con demasiada fuerza.

—No recuerdo haberte preguntado.

—De ahí que haya dicho «por cierto». Permite introducir asuntos que nadie ha solicitado.

Baja el segundo peldaño antes de agregar:

—Tienes tanta prisa por marcharte antes de que te echen que algún día acabarás saliendo de un lugar donde querían que te quedaras.

Lo miro sin responder, con la garganta apretada.

La sonrisa le alcanza el otro lado de la boca.

—¿Has terminado? —le pregunto.

—Sí. —Continúa bajando—. Una observación no siempre exige una respuesta. A veces basta con que te estropee la mañana.

—¿Traíais alguna razón para esperarme aquí aparte de vuestra poca necesidad de conservar los dientes mientras todavía los tenéis?

Torren me observa unos instantes más. Comprende la evasión, ve la tensión en mis hombros y decide no presionar.

—Darian y yo encontramos algo ayer, cerca de San Ciarán.

El nombre de la antigua ermita aparta de golpe el eco de las palabras de Caitlin.

—¿Rastro de Torcuil?

—De alguien. —Endereza la espalda—. Un pastor recordó haber visto a Sorley tomar dos veces el sendero bajo, con un fardo al hombro. Registramos las ruinas antes de que anoheciera. Hay un hogar utilizado hace poco y restos de comida.

—¿Entrasteis?

—Hasta donde pudimos sin pisotear el suelo. Darian prefirió esperar a que dejaras de atender tus obligaciones...

—Ha utilizado otras palabras —aclara Finn—. Menos compasivas.

—¿Dónde está Darian?

—En el patio —responde Finn—. Colum viene a relevarme.

—Y empieza a arrepentirse —dice Colum desde la escalera.

Alcanza el último peldaño y su mirada recorre mi camisa torcida, el cordón suelto de la bota y la puerta cerrada.

—Dos monedas menos por confiar en tu decoro —añade—. Ha sido un error impropio de mí.

—El error fue apostar.

—Y lo dice el que se jugó el pelo a que Finn no conseguiría quitarle el cuchillo mientras dormías —replica Colum.

Finn alza la barbilla, satisfecho.

—Y lo conseguí.

—Es verdad. Se afeitó la cabeza entera —recuerda Torren, paseando la mirada por mi cabello ahora largo.

—Después le cogió el gusto —añade Finn—. Estuvo así varios meses. Torren se ríe por lo bajo.

—Porque daba más miedo todavía. Nadie se le acercaba.

La boca de Colum se curva y Finn tiene que contener la risa para no despertar a Caitlin.

—No me afeité por la apuesta —replico—. Ya tenía bastante con vosotros y no pensaba cargar también con vuestros piojos.

Colum inclina apenas la cabeza, aceptando el golpe, y Finn se aparta para cederle el lugar y vuelve a mirarme.

—¿Deseas despedirte o permitimos que lo deduzca por el hueco de la cama?

—Deseo que llegues vivo al patio. Empieza a caminar.

Torren deja escapar una risa baja y lo empuja hacia las escaleras. Los sigo con la mano apoyada en la empuñadura de la espada y la presencia de Caitlin todavía adherida a la piel.



SAN CIARÁN DEJÓ DE PARECERSE A UNA CAPILLA MUCHO ANTES DE QUE YO abandonara Lewis. El muro occidental aún conserva parte de la cubierta, pero el resto se abre al cielo entre vigas podridas, piedra húmeda y matas de brezo que han echado raíces donde antes se arrodillaban los fieles. El viento entra por el hueco de una ventana y levanta la ceniza acumulada junto al altar.

La sacristía permanece en pie al fondo. Una construcción estrecha, protegida por el muro de la ladera y una techumbre que se hunde en el centro sin haber cedido todavía.

Las huellas de Torren y Darian terminan ante la entrada. Han respetado mi orden de no avanzar más de lo imprescindible.

Me quito los guantes y me agacho junto al umbral.

—¿Necesitas que nos alejemos? —pregunta Finn a mi espalda—. Tal vez los restos se sientan intimidados por nuestra presencia.

Torren apoya la espalda en una de las jambas.

—Podríamos fingir que no los estamos mirando.

Paso dos dedos por el barro seco adherido a una piedra y lo deshago entre ellos. Ninguno recibe respuesta. Finn aguarda unos instantes antes de dejar escapar un suspiro dirigido a cuantos hombres han sufrido alguna vez por culpa de mi carácter.

Dentro hay un jergón, un taburete volcado y un hogar excavado junto al muro. La turba se consumió hasta el final. La capa superior de ceniza ha absorbido humedad, pero debajo aún conserva una franja seca y compacta. Aparto un trozo carbonizado y acerco los dedos a la nariz. Ya no queda olor, solo el polvo áspero que se adhiere a la piel.

Junto al taburete encuentro medio pan de avena. El borde conserva la marca curva de una dentadura y la parte mordida ha endurecido de forma distinta al resto. Cerca hay una espina de pescado, una corteza de queso y un pequeño cuchillo con grasa reseca en la hoja.

Darian continúa junto a la entrada. Lleva observándome desde que he empezado a recorrer el suelo en cuclillas, aunque su paciencia muestra ya algunas grietas.

—Esto empieza a alargarse demasiado, Broen —advierte—. Si no encontramos pronto algo que podamos presentar ante el consejo, Caitlin será ahorcada. Isleen debe de empezar a pensar que he

decidido tomarme unas vacaciones de mis responsabilidades como laird, padre y esposo.

—Probablemente sea ella quien más esté disfrutando de tus vacaciones —comenta Finn.

Darian vuelve la cabeza hacia él.

—Cuando regresemos te permitiré preguntárselo.

La sonrisa de Finn pierde parte de su entusiasmo.

—Tampoco necesitamos precipitarnos.

Torren esconde una risa detrás de una tos.

Yo levanto el taburete. Una de las patas ha trazado un surco en la ceniza antes de volcarse.

Me agacho junto al hogar. La humedad ha penetrado hasta las capas inferiores de la ceniza y el viento ha depositado sobre ella semillas de brezo, polvo y varios excrementos de ratón. Aparto los restos con la punta del cuchillo.

—Lleva fuera varias semanas.

Darian abandona la entrada y se aproxima hasta el límite del suelo intacto.

—¿Desde que murió Sorley?

—Las fechas encajan —respondo mientras examino el moho que ha crecido bajo el pan.

Torren dirige la vista hacia la comida abandonada.

—Entonces se enteró enseguida.

—Esperaría a que regresara y se fue cuando comprendió que no iba a hacerlo.

El silencio dura poco.

Señalo las pequeñas marcas hundidas en la ceniza. Introduzco la punta del cuchillo en una de las hendiduras. La ceniza conserva el borde hundido por el pie y, en el fondo, varias gotas han abierto cráteres diminutos. La lluvia entró cuando la pisada ya estaba allí.

—Se marchó antes del temporal. Las gotas cayeron después de que él pisara aquí.

Torren abandona la jamba y se acerca, aunque se detiene antes de alcanzar el hogar.

—¿El temporal que os retuvo a Caitlin y a ti en la cala de Arnol?

Asiento con la cabeza mientras me acerco a la piedra del altar. El polvo cubre casi toda la superficie excepto una marca circular, limpia, del tamaño de la palma. A su alrededor quedan varias gotas de cera amarillenta. Raspo una con la uña y la acerco a la claridad.

Cera de abeja. Las velas que Fearchar entregaba del castillo eran de sebo.

Al otro lado del jergón encuentro un peine de hueso envuelto en un pedazo de lino. Entre los dientes quedan varios cabellos grises, largos y finos. También hay otros muy cortos, apenas unas hebras rígidas que se clavan en la yema de mi dedo.

Finn ladea la cabeza.

—¿Se cortaba el cabello mientras cenaba?

—Se afeitaba la coronilla.

La ligereza abandona su expresión. Torren mira la marca de la piedra, después las gotas de cera.

Regreso al hogar y señalo una línea curva sobre la ceniza. No procede de una bota. La dejó el borde de una prenda larga cuando el hombre se arrodilló para alimentar el fuego. Cerca del antiguo altar hay dos depresiones paralelas en la tierra, formadas por unas rodillas que han ocupado muchas veces el mismo sitio.

—Una prenda hasta los tobillos, tonsura, cera de abeja y un objeto que mantenía junto al altar —enumera Darian—. Era sacerdote.

—Sí.

Torren frunce el ceño.

—Gilleasbuig se llevará una decepción. Estaba convencido de que encontraríamos a una amante.

El viento se cuela por la ventana y agita el polvo sobre la madera. Finn abandona por fin la entrada. Cruza la estancia procurando pisar sobre mis huellas y se detiene ante los huecos de las rodillas.

—Sabemos que Sorley ocultaba a un sacerdote y que este se marchó al sospechar que lo habían matado.

Torren contempla la extensión de brezo que rodea las ruinas.

—Pero no sabemos adónde.

—Ni tenemos un rastro que pueda llevarnos hasta él —añado.

—La pregunta ahora es qué sabía este hombre para que Sorley lo protegiera —dice Darian.

Sostengo la mirada de Darian. Las palabras que pronunció antes sobre la posibilidad de que ahorquen a Caitlin vuelven a resonar en mi cabeza.

Visualizo a Caitlin en el castillo. Su forma de sostener las cuentas, la terquedad con la que defiende a las familias de cada aldea, la marca de mis dientes que intentó ocultar bajo el escote y el modo en que pronuncia mi nombre cada noche.

Si el consejo intenta condenarla cuando se descubra que no hay embarazo, no me limitaré a mirar desde la distancia. Se encontrarán conmigo antes de tocar la puerta.

Durante años he creído que mi única dignidad consistía en entregar las cosas antes de que me las quitaran. En hacerme a un lado para

no molestar ni hacer sombra a mi hermano. En convencerme de que nada de lo que tocaba podía llegar a ser mío. Sin comprender que cada paso atrás le dejaba libre otro lugar que él quería ocupar: mi valía, mi hogar y la vida que Caitlin y yo habíamos querido. Incluso muerto ha seguido gobernándonos porque yo confundí la renuncia con la nobleza.

Miro la cera de abeja que conservo en la yema del dedo y la cierro dentro del puño.

Pero Caitlin ha cruzado un corredor a oscuras para buscarme. Me ha pedido un hijo sabiendo el precio y me ha dicho que no desea a ningún otro hombre dentro de su cama.

Si me hago a un lado ahora, no seré noble. Seré un cobarde permitiendo que Sorley vuelva a ganar la única batalla que de verdad me importa.

—Encontraremos al sacerdote —digo. Mi voz sale tan baja y firme que Darian deja de examinar las vigas para mirarme directamente—. Y resolveremos la muerte de Sorley.

Darian percibe el cambio. No necesita hacerme preguntas. Me conoce desde hace demasiado tiempo para no reconocer la diferencia entre un hombre que cumple una obligación y uno que ha decidido que no va a perder.

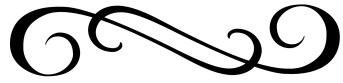
—Y cuando descubramos la verdad, ¿qué harás con Dùn Mhoireasdan? —pregunta Darian.

Me pongo en pie despacio, sacudiéndome la ceniza de las rodillas.

—Proteger lo que es mío —respondo—. Y esta vez no voy a entregárselo a nadie.

.

Capítulo 18



«Caitlin»

Faltan seis días para Yule y la vaca moteada lleva un rato respirando sobre la muñeca desnuda de Broen.

Ha atrapado uno de los guantes entre los dientes para poder levantarle el belfo y examinar las encías. El animal soporta la intromisión con una mansedumbre soñolienta.

Cada resoplido extiende una mancha de humedad sobre su piel, allí donde las cicatrices más finas desaparecen bajo la manga. La mano que sostiene la mandíbula es la misma que esta madrugada se cerraba alrededor de mi cintura, pesada por el sueño, cuando he intentado apartarme de él para abandonar la cama.

El recuerdo me llega con una precisión poco conveniente. Sus dedos abriéndose sobre mi vientre, el calor de su pecho contra mi espalda, la aspereza de su respiración en mi nuca.

Durante unos instantes, Broen no ha sabido dónde estaba. Me ha retenido por puro instinto, antes de que la conciencia le devolviera todo aquello que lo obliga a soltarme cuando amanece.

Ahora cuenta los dientes de una vaca mientras cinco hombres aguardan su dictamen y ninguno parece sospechar que hace apenas unas horas esa mano estaba abriendo mi sexo.

Él sí.

Lo descubro cuando alza la vista. El cielo despejado lo ha obligado a ponerse el parche en el ojo izquierdo, pero el derecho está fijo en mí con una inmovilidad que dura algo más de lo necesario. La mirada desciende despacio hacia mi garganta, se demora en el broche de mi manto y regresa a mis ojos.

Mi pulso da un vuelco ridículo. Mis piernas, que aún conservan la sensibilidad de la noche anterior, se tensan bajo las faldas pesadas.

Broen deja caer el labio del animal, recupera el guante del que se había servido y vuelve a concentrarse en las reses. No ha cambiado la expresión, pero la rigidez de sus hombros traiciona el mismo calor que a mí me está quemando la piel en mitad del frío.

El buey pardo intenta cornear a Tormod antes de que alcancemos a decidir si vivirá hasta la primavera.

El anciano retrocede con una agilidad que jamás le he visto durante una reunión del consejo y se protege detrás de Gilleasbuig. El animal resopla, hunde una pezuña en el barro endurecido y vuelve a sacudir la cabeza. Un hilo de saliva le cuelga del hocico.

—Ese —decide Tormod, recomponiendo el borde de la capa—. Sacrificad a ese primero.

Broen se acerca a él. El buey se revuelve, pero él le agarra la cuerda sujeta a los cuernos y espera. No tira. Tampoco intenta imponerse a la fuerza, aunque podría.

Aguarda hasta que la tensión abandona poco a poco el cuello del animal. Cuando por fin avanza, lo sigue sin violencia.

Hay hombres que necesitan convertir cualquier resistencia en una batalla para demostrar que podrían ganarla.

Sorley era así. Utilizaba el peso, la voz y el castigo para probar que poseía el mando. Broen parece incapaz de desperdiciar la fuerza de

ese modo. La conserva. La guarda tras esa quietud suya y la obliga a servirle con una autoridad que da escalofríos.

Eso también lo hace conmigo.

En la cama no me doblega. Espera a que mi resistencia ceda, busca la grieta por la que mi cuerpo responde a su boca y se hunde en mí hasta asegurarse de que no me queda un solo pensamiento que no le pertenezca.

La idea me altera la respiración porque contiene más verdad de la que deseo examinar a plena luz, rodeada de estiércol y consejeros. Broen jamás me ha exigido una confianza a ciegas. Se ha limitado a permanecer cerca, a cumplir cuanto dice y a dejarme sin razones para continuar desconfiando.

—Este se queda —dice.

Tormod avanza un paso, aunque conserva a Gilleasbuig entre los cuernos y su dignidad.

—Acaba de intentar embestirme.

—Por eso mismo empieza a caerme bien —murmuro.

La comisura de Broen se mueve. Apenas un pliegue bajo, pero lo conozco ya lo bastante para distinguir una sonrisa cuando trata de ocultármela.

—Es joven, tiene las patas fuertes y está acostumbrado al yugo —explica, pasando la palma por el lomo pardo—. Matarlo nos daría carne para unos días y nos obligaría a emplear dos animales en primavera para hacer su trabajo.

Iain dirige la vista hacia mí.

—¿También entiende ahora más que los demás de vacas y bueyes?

—Para ciertas cosas basta con observar cuál de los hombres se ha atrevido a entrar en el cercado —le respondo con una sonrisa irónica.

Paso junto a una vaca rojiza y le recorro el lomo con la palma.

—Esta tampoco se sacrifica —digo.

Gilleasbuig se vuelve hacia mí.

—Ni siquiera la ha examinado.

—Está preñada.

El boyero levanta la cabeza, sorprendido. Bajo la barba aparece una sonrisa pequeña que desaparece en cuanto comprende que el consejo podría interpretarla como una falta de respeto.

—Así es, mi señora. Parirá cuando empiece el deshielo.

Durante mis primeros inviernos aquí aprendí a reconocer la preñez en casi cualquier criatura.

Supongo que, cuando una pasa tantos meses escudriñando su propio cuerpo en busca de una señal, termina descubriéndolas todas en los demás.

Después regresaba a mi alcoba, contaba los días y esperaba. Siempre acababa llegando la sangre.

Esos días Sorley podía sentarse a cenar satisfecho y terminar la noche rompiendo una copa contra el muro sobre mi cabeza porque alguien había servido antes a otro hombre.

Gilleasbuig se limpia con dos dedos una salpicadura de barro de la manga.

—Fearchar había seleccionado seis.

—Con cuatro bastará —replico.

—Tres —corrige Broen.

Me vuelvo hacia él.

—Prometimos carne para los doce días.

—Tendréis carne. Si matamos cuatro ahora, perderemos leche, crías y fuerza de tiro cuando más falta hagan.

—Si matamos tres, no alcanzará para la celebración y para repartir entre las familias.

Tormod exhala por la nariz.

—El clan no espera que alimentemos a cada criatura de Lewis.

—Qué alivio. Durante un instante he creído que las provisiones de Dùn Mhoireasdan pertenecían a quienes entregan grano, turba, ganado y trabajo para llenarlas.

—Pertenecen a los Morrison —interviene Gilleasbuig—. El consejo decide cómo se emplean.

Broen levanta la cabeza. El animal que examina aprovecha para rozarle el hombro con el hocico y él lo aparta sin brusquedad.

—Entonces decidid —responde—. Podéis guardar la carne para una mesa con doce asientos y explicar al resto del clan por qué debe celebrar el nacimiento de Cristo oliendo vuestro asado desde el patio.

La mandíbula de Gilleasbuig se endurece.

—Te entregamos el mando para proteger las fronteras y mantener el orden, no para que repartas el patrimonio de los Morrison como si fuera limosna.

El frío desaparece de la expresión de Broen. No hace un gesto, pero el espacio del cercado parece reducirse alrededor de los dos.

—No, me habéis obligado a impedir que vuestras decisiones terminen de hundir este lugar.

—Y yo continúo siendo la señora de Dùn Mhoireasdan —añado antes de que la discusión llegue a un sitio del que ninguno pueda regresar con facilidad—. Aunque últimamente el consejo solo recuerde ese título cuando necesita que responda por sus desgracias.

Gilleasbuig pasea la vista entre ambos.

—Eres una mujer acusada de asesinar al laird.

—Sin juicio, sin testigos y sin una sola prueba que haya resistido más de dos preguntas. Si eso me impide repartir comida, debería impedir también que Tormod decida qué animal muere por haberle ensuciado la capa.

Fearchar baja la cabeza. Sus hombros se mueven una vez.

Tormod lo descubre.

—¿Te divierte?

—Me preocupa equivocarme con las cuentas —responde el despensero.

Broen sale del cercado y se limpia las manos con un paño. Se detiene a mi lado, tan cerca que el viento empuja el borde de su tartán contra mí.

—Sacrificaremos tres reses ahora —dice—. El buey herido y los dos novillos negros. Se salará la mitad de la carne. La otra mitad se repartirá entre el banquete y las casas que Caitlin ha señalado.

—No alcanzará —insisto.

—Añadiremos venado.

—¿Del que piensas cazar tú solo entre reunión y reunión?

—Altair, Finn y Torren llevan varios días quejándose de que les asigno poco trabajo.

Quiero discutir. He pasado demasiados años viendo cómo se recortaban primero las raciones de quienes no tenían voz y cómo, después, los hombres responsables lo llamaban prudencia. Broen debe de advertirlo, porque toma el registro de manos de Fearchar y examina las marcas.

—También abriremos dos barriles de arenque y uno de avena —añade—. Con eso bastará para las cuarenta y dos casas.

—Cuarenta y tres —digo—. La viuda que vive junto al molino comparte ahora su techo con la familia de su hija.

Asiente sin preguntarme de dónde he sacado la información.

—Cuarenta y tres.

Fearchar extiende la mano para recuperar el pliego.

—¿Y la celebración será abierta? No cabrán.

Miro hacia las murallas. Más allá, las techumbres oscuras se apiñan alrededor de Dùn Mhoireasdan y el humo de turba asciende recto en el aire quieto.

Durante años, las puertas se cerraban al anochecer de Navidad después de permitir el paso a quienes poseían un apellido útil, un cargo o una cantidad respetable de ganado.

Los demás recibían una hogaza, a veces un pedazo de carne tiesa y ahumada, y regresaban a sus hogares mientras el consejo brindaba por la generosidad de Sorley.

—Apartaremos los bancos de la sala, montaremos mesas en el patio y encenderemos fuegos bajo los cobertizos.

—Abrir las puertas a todo el mundo mientras se investiga un asesinato es una temeridad —advierte Gilleasbuig.

—Las puertas permanecerán vigiladas —contesta Broen—. Nadie entrará armado salvo los guardias.

—Y los jefes de los clanes invitados —añade Tormod.

Lo miro.

—¿Clanes invitados?

—Si pretendemos que los MacLeod y los MacAulay acepten nuestras decisiones, conviene recordarles que todavía somos capaces de sentarnos a la misma mesa sin desenvainar una espada.

Gilleasbuig carraspea.

—La acusada de asesinar al laird no debería disponer de las provisiones de los Morrison.

Broen gira el rostro hacia él. Conozco la violencia de la que es capaz, aunque también sé que jamás la desperdicia.

Antes de que hable, apoyo los dedos sobre su muñeca. El contacto dura apenas un latido. Es leve, impulsivo, pero la piel de su brazo se endurece de golpe bajo mi tacto y su atención se clava en mí con un hambre tan feroz que el aire se me corta en la garganta.

Lo observo hacer un esfuerzo inmenso por apartar su mirada de mí.

—La acusada sabe cuántas bocas dependen de esas provisiones —responde—. Cuando el consejo encuentre a alguien que conozca mejor al clan, escucharé sus objeciones.

—Parece que ya habéis decidido todo entre los dos —se queja Tormod.

Eso parece divertirlo.

—¿Hay algo más que hayamos decidido sin enterarnos? —le pregunto.

—Probablemente —me responde con toda esa atención tan intensa de nuevo en mí.

Es abrumador, pero sonrío.

—Procura avisarme antes de que el consejo descubra que gobernamos mejor cuando deja de molestarnos.

—Creo que ya lo ha descubierto —responde ronco.

La respuesta me calienta por dentro de una manera que me aterra.

Porque durante un instante me he permitido imaginar otros inviernos. Su letra inclinada junto a la mía en las cuentas. Los dos discutiendo acerca de qué reservas pueden abrirse y qué animales deben conservarse para la primavera.

Broen dejando sus muñequeras sobre mi mesa, su jubón mojado junto a mi fuego y una de sus observaciones secas allí donde llevo demasiadas horas intentando resolver un problema sola.

Imagino también el buey pardo tirando del arado cuando llegue el deshielo y a Broen fingiendo que no recuerda haberlo salvado porque jamás sabe qué hacer cuando alguien agradece sus cuidados.

La visión carece de hazañas. Nadie aparece a caballo, nadie desenvaina una espada y el clan no aclama nuestros nombres.

Solo contiene días que se suceden, decisiones compartidas, la complicidad de gobernarlos a todos juntos y la posibilidad de acostumbrarme a encontrarlo a mi lado.

Broen todavía no se ha marchado y yo ya empiezo a echar de menos a la mujer que soy cuando está cerca.

Y eso me aterra hasta volverme loca.

Porque este hombre ha venido a cumplir una función. Engendrará una criatura para salvarme la vida, se asegurará de que el consejo no me cuelgue y se marchará.

Y cuando él se vaya, me quedaré sola en este castillo enorme, gobernando a los Morrison con la memoria de sus manos quemándome la piel y la certeza de que he vuelto a perder la única vida que deseaba tener.

Hay ausencias que empiezan mucho antes de que alguien se marche. Empiezan cuando descubres el dolor atroz que dejará ese vacío.

Ese pánico a perderlo me vuelve áspera, defensiva y rápida para levantar un muro antes de que él note cuánto me está doliendo ya su marcha.

Broen detiene a Iain junto al arco.

—Ve al molino con Gilleasbuig y Tormod y averigua por qué sus cuentas prometen harina que no aparece —le ordena—. Fearchar, acompáñalos. Quiero allí a alguien capaz de sumar.

Iain aprieta la boca.

—Lady Caitlin conoce las entregas del norte. Sería más útil que yo.

—Ya ha explicado que esas familias pasarán hambre si entregan otro saco —replica Broen, ajustándose la muñequera con los dientes—. Tú has decidido no creerla. Demuestra ahora que los números también mienten.

Se marcha antes de que Iain responda. Yo subo a la escribanía donde siempre hay trabajo y con los preparativos de Yule todavía más.

Al sentarme y abrir el primer cajón, la puerta de entrada gira sobre sus goznes.

Broen entra, cierra y se desata el parche. En la penumbra abre el ojo herido sin dolor.

—Has enviado a todos esos hombres detrás de un saco vacío —digo—. Comprendo por qué sobrevivís los Cuervos. Vuestros enemigos mueren agotados antes de encontraros.

—La harina falta de verdad —responde mientras deja el parche sobre la mesa—. Solo he escogido cuándo obligarlos a descubrirlo.

Avanza hasta tapar la escasa luz con los hombros y me observa con esa quietud que obliga a los demás a llenar el silencio. Yo me niego.

—Me has tocado delante de los demás —dice al fin—. No vuelvas a hacerlo. Ya me cuesta fingir que no llevo demasiados días deseando

sentir tu mano en otra parte.

La confesión carece de dulzura. Precisamente por eso me baja caliente hasta el vientre.

—Te impedí partirle la cara a un consejero, aunque después de escucharlo empiezo a arrepentirme.

—No pensaba partirle la cara —aclara, seco—. Iba a enseñarle a no señalarte con el dedo que más aprecia.

—La templanza que te ha dado la edad resulta conmovedora.

Su mirada baja a mi boca.

—La edad me ha enseñado a escoger qué deseo romper. Mi mérito consiste en que Gilleasbuig aún no lo sepa.

Cruzo los brazos para no repetir la imprudencia de esta mañana.

—Ya cuenta las semanas —le recuerdo—. Cuando mi vientre crezca, buscará el día en que ese hijo de Sorley pudo concebirse. Si nos ve salir de aquí, le resolveremos la cuenta.

—Será mi hijo —afirma Broen, llenando el cuarto con la voz—. Puede llevar el nombre de mi hermano para mantenerte viva, pero cuando estemos solos, jamás hablarás de él como una parte de Sorley.

—¿Cuando estemos solos...? Has hablado de la primavera con una seguridad admirable —respondo—. Has conservado un buey por el trabajo que hará cuando llegue el deshielo, pero nadie sabe si tú seguirás aquí para verlo tirar del arado en realidad.

Broen me mira.

—¿Eso pensabas cuando has dejado de discutir conmigo en el cercado? —pregunta mientras se acerca—. Después te has quedado mirando las murallas como haces siempre que empiezas a despedirte de alguien sin concederle la cortesía de avisarlo.

La precisión me irrita porque apenas me permite escoger una mentira digna.

—No me gustan las despedidas. Y a ti tampoco.

—La vez que abandoné Dùn Mhoireasdan tenía dos costillas rotas y seis hombres de mi hermano siguiéndome hasta la costa —replica. Su voz conserva la dureza, aunque los dedos se le cierran alrededor de su cinturón con una dureza que hace crujir el cuero—. Aun así pasé la noche bajo tu ventana.

El aire se detiene dentro de mí.

—Nunca lo supe.

—Te oí caminar hasta el amanecer. Si hubiera pronunciado tu nombre, habría subido a buscarte y habría matado a Sorley. Entonces todavía creía que callar y marcharme era la única forma de impedir que acabara destruyéndote conmigo. A veces nos alejamos de quienes amamos y llamamos sacrificio al miedo de quedarnos.

Me levanto despacio. La mesa queda entre nosotros, pero la distancia se ha vuelto insoportable.

—Si hubieras dicho mi nombre... Me hubiera ido contigo.

Broen cierra los ojos.

Un estremecimiento rígido le cruza el rostro, desde la mandíbula tensa hasta las cicatrices del cuello, como si las palabras le hubieran entrado en el cuerpo con la violencia de una hoja.

Apoya la palma sobre la madera para sostenerse.

En ese instante de silencio, mientras mantiene los párpados apretados en la penumbra, veo en él al muchacho de veinte años descubriendo la magnitud de su propia estupidez y la certeza brutal de que lo habría elegido a él, de que habría cruzado la puerta sin mirar atrás.

Hay futuros que nunca llegan a existir y, aun así, dejan ruinas.

Cuando vuelve a abrir los ojos, la luz de la estancia quema el ojo herido.

—El silencio no eligió a Sorley —dice, roto—. Fuimos nosotros quienes llenamos el tuyo con la respuesta que más nos convenía.

Se acerca hasta dejar los pliegos, el consejo y los años que nos separan al otro lado de su cuerpo.

—Esta vez te daré la oportunidad de elegir —añade, mirándome de frente—. Me quedaré mientras tú lo quieras así. Aunque jamás exista el hijo con el que pretendemos engañarlos. Solo volveré a marcharme si eres tú quien me lo pide.

Las palabras tardan en encontrar un lugar dentro de mí. Y cuando llegan me doy cuenta de que ser elegida por Broen no consiste en que me reclame. Consiste en que él me deje la puerta abierta para que yo decida entrar.

Y se quedará por mí. Solo por mí.

El pecho se me cierra y la respuesta que debería darle queda atrapada detrás de todos los años en que aprendí a desconfiar de mi suerte.

—Broen, me encerrarán dentro de una semana a lo sumo y buscarán una cuerda resistente porque fui lo bastante estúpida para prometerles un heredero.

—Fuiste lo bastante lista para impedir que te encerraran aquella misma noche —corrige Broen, y da el último paso hasta pegarse a mí—. Y no puedes dar por hecho que no lo vamos a conseguir.

—Tu confianza no va a dejarme embarazada.

—Entonces habrá que confiar menos y perseverar más.

El calor me asciende por el cuello, inoportuno, brutal, mezclado con la certeza de que este hombre es lo único firme que me queda en el mundo.

—Caitlin, no permitiré que te ejecuten —dice, y me agarra por los brazos con una firmeza que no admite discusiones—. Si el consejo mueve una sola mano contra ti, arderá Dùn Mhoireasdan entero. O te llevaré conmigo antes de que eso ocurra.

—No me has preguntado si quiero que lo hagas.

Sus ojos descienden hasta mi boca.

—Llevas desde que entré en esta habitación agrediéndome con las palabras porque tienes un miedo atroz a que me vaya sin ti —murmura, y la ferocidad de su mirada se ablanda apenas un milímetro—. No pienso humillarte obligándote a admitirlo.

Lo beso antes de que pueda seguir desnudándome el alma.

Broen me lleva hacia atrás hasta que la piedra detiene mi espalda. Una mano me sujeta la nuca; la otra desciende por mi costado y busca el borde de mis faldas. Levanta primero la lana del vestido, después la enagua y por último la camisa. La cantidad de tela entorpece sus manos, aunque esta vez la impaciencia permanece encerrada en la tensión de su mandíbula.

Cuando consigue reunir todas las capas sobre mis caderas, las aprisiona entre nuestros vientres. El aire frío me alcanza las piernas. Sus dedos, en cambio, están calientes al deslizarse por la cara interior de mis muslos.

Me abre con dos de ellos y encuentra la humedad que llevo acumulando desde que lo he visto dominar al buey sin necesidad de doblegarlo. Su pulgar roza mi sexo. Tengo que apoyar la cabeza contra la piedra para contener el sonido.

Broen cierra los ojos durante un instante. el esfuerzo por contenerse ha desaparecido.

—He pasado toda la mañana intentando que nadie descubriera lo que me haces —murmura, moviendo los dedos dentro de mí—. Procura no conseguirlo tú ahora.

—Estamos siendo imprudentes.

—Lo sé.

Debería tranquilizarme que comprenda el peligro. En cambio, esa respuesta me calienta más que cualquier promesa.

Retira los dedos, se inclina y me agarra bajo las nalgas. Me alza con una fuerza que me arranca el suelo y el aliento al mismo tiempo. Le rodeo la cintura con las piernas. Broen da dos pasos y vuelve a encajarme contra el muro, utilizando la piedra para sostener mi espalda mientras sus manos apartan los obstáculos entre nosotros.

Se guía hasta mi entrada. Flexiona las rodillas y me hace descender despacio sobre él mientras empuja hacia arriba.

Su dominio dura muy poco.

Lo noto en el descontrol de su respiración, en los dedos que se le hunden en mis nalgas y en la brusquedad salvaje con la que vuelve a llenarme. Broen intenta detenerse, pero aprieto las piernas alrededor de sus caderas y me muevo contra él, buscando más.

—Caitlin, espera... —me advierte con la voz rota.

Nunca le he oído pronunciar esa palabra con miedo.

Su cuerpo se endurece antes de que consiga asimilarlo. Me aprieta contra el muro y se derrama dentro de mí con una sacudida violenta que le hace temblar la espalda.

Noto las pulsaciones calientes, el miembro latiendo en mi interior y el esfuerzo de sus brazos por sostenerme mientras mi propio placer se queda suspendido, dolorosamente cercano, sin llegar a estallar.

Permanece inmóvil, con la cara hundida junto a mi cuello.

Cuando por fin levanta la cabeza, evita mirarme. El rubor le asciende desde el pecho hasta los pómulos y la mandíbula se le marca bajo una cicatriz.

Esa vergüenza pertenece a saber que ha terminado demasiado pronto mientras yo continúo estremeciéndome alrededor de él.

—No digas nada —murmura.

—No iba a burlarme.

—Eso casi lo empeora.

Me baja con cuidado. Al retirarse, el calor de su semilla permanece dentro de mí, precisamente donde ambos necesitamos que permanezca. Intenta colocarme las faldas, pero le sujeto la muñeca.

—Broen.

Ahora sí me mira. Hay furia en su rostro, aunque toda está dirigida contra él mismo.

—Todavía no digas nada —advierte, con voz baja.

—Tranquilo. Iba a felicitarte por tu resistencia.

La comisura de su boca se endurece.

No llego a disfrutar de mi victoria.

Sus manos se cierran por detrás de mis muslos. Flexiona apenas las rodillas y me lanza hacia arriba. El movimiento me arranca un grito y eleva mi cuerpo hasta que sus hombros encajan bajo mis piernas.

Broen se incorpora del todo y me deja sentada sobre ellos, sostenida por la piedra de la pared a mi espalda y por un hombre que parece haber decidido demostrarme cuánta resistencia le queda.

Su cabeza queda entre mis muslos. Las faldas continúan amontonadas alrededor de mi cintura y mi sexo, húmedo por ambos, permanece abierto delante de su rostro. Me aferro a su cabello mientras sus brazos rodean mis piernas y sujetan mis caderas contra él.

—Mientes mejor sobre embarazos —dice contra mi carne.

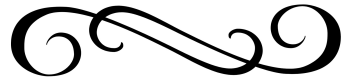
El aliento caliente me arranca un estremecimiento. Broen gira la cara y hunde los dientes en el interior de mi muslo. El mordisco rompe la siguiente provocación antes de que alcance mi boca.

Después arrastra la barba entre mis pliegues y utiliza las manos para abrirme más sobre sus hombros.

Levanta los ojos hacia mí.

—Agárrate bien.

Capítulo 19



«Caitlin»

El frío de Yule no huele a nieve en Lewis, sino a grasa de cordero quemada, a turba húmeda y al vaho de trescientas personas apretadas en el patio inferior de Dùn Mhoireasdan.

Hasta ahora, esta celebración había sido un desfile de vanidades administrado por Sorley.

Mi difunto marido solía sentarse en un estrado elevado, flanqueado por los consejeros, mientras la gente común aguardaba fuera a que se les arrojaran los despojos de las reses.

Hoy, las puertas del patio están abiertas de par en par. Las mesas de roble, sacadas a tirones del gran salón, forman un rectángulo desordenado alrededor del fuego central. Hay niños corriendo entre los perros de caza, mujeres ajustándose las mantas contra el viento del norte y hombres del clan que miran la comida con una mezcla de devoción y desconfianza.

—Estás utilizando demasiada manteca para la avena —murmura Beathag a mi lado, removiendo el caldero de hierro con un cucharón de madera que parece una maza—. Si Gilleasbuig ve la capa de grasa que flota en la superficie, sufrirá una apoplejía antes del anochecer.

—Que sufra —respondo, sin apartar la vista del rincón del patio donde los jóvenes del clan han empezado a despejar el barro para el levantamiento de piedras—. Con suerte, la apoplejía le impedirá recordarme por décima vez que una viuda en duelo no debería vestir lana teñida de garanza.

La raíz de rubia ha dejado en la lana un tono rojo oscuro.

Las viudas de Lewis entierran a sus maridos con los vestidos que ya poseen. La muerte no trae consigo un arcón de ropa nueva ni las monedas necesarias para teñirla de negro.

Ese color pertenece a los funerales de la corte, a los paños que cubren altares y a quienes pueden pagar varias inmersiones de tinte para demostrar una pena que los demás reconocemos sin necesidad de vestirla.

Gilleasbuig, sin embargo, ha decidido que mi dolor debe notarse desde las murallas. Quizá teme que, si no parezco suficientemente afligida, alguien recuerde que Sorley tampoco se esforzó demasiado por parecer un marido digno de duelo.

Mairi, que está acucillada junto a la cesta de las cebollas, deja escapar una risa corta y áspera. Es una mujer de hombros anchos y manos curtidas que ha enterrado a dos maridos y a cuatro hijos en la turba.

—El duelo de Sorley duró lo que tardó su cuerpo en enfriarse en la capilla, mi señora —dice, limpiándose el sudor de la frente con el reverso del antebrazo—. Y en cuanto a la garanza... A mí me gusta. Os sienta bien a la tez.

Me observa con la atención que suele reservar para mis paños y ladea la cabeza.

—Aunque la lana no puede atribuirse todo el mérito. Últimamente tenéis más color en las mejillas, los ojos más vivos y un aspecto mucho menos resignado.

Beathag deja de remover durante el tiempo exacto que tarda en dirigirme una mirada.

—Será el aire del invierno —respondo.

—Sin duda —conviene Mairi—. Sea cual sea el remedio, procurad no interrumpirlo.

El cucharón golpea el borde del caldero cuando Beathag intenta esconder una risa.

—La constancia nunca ha sido el problema —murmura ella—. Ni el entusiasmo.

—Remueve la avena, Beathag. Tu discreción empieza a pegarse al fondo.

Mairi todavía me observa. La diversión abandona poco a poco su rostro, aunque permanece en sus ojos cuando vuelve a hablar.

—Bromas aparte, estáis más hermosa porque habéis dejado de parecer una mujer condenada. Sobrevivisteis diecisiete años a Sorley. Sería una lástima permitir que sus consejeros terminaran el trabajo ahora que él está muerto.

—Tendrán que esforzarse bastante más.

—Eso imaginaba.

El comentario se queda flotando en el aire con la naturalidad brutal de las mujeres del norte. A mi alrededor, Maude y dos muchachas del pueblo continúan picando hierbas sin perder el ritmo.

No hay lástima en sus ojos ni tampoco la sospecha venenosa con la que me miran los hombres del consejo.

Para las mujeres de Lewis, un marido muerto es una tragedia o un alivio.

La acusación de haberlo asesinado, un inconveniente político, y un embarazo a mitad del invierno, un milagro peligroso que requiere

más manteca en la papilla y menos tonterías de los viejos.

—Por cierto... —Sitheag se inclina hacia mí, bajando la voz apenas un tono, justo cuando Iain pasa a tres pasos de nosotras, observando la escena con la boca apretada—. Si la criatura se mueve antes de la Candelaria, será un varón. Los niños patean temprano cuando huelen el hierro de las espadas.

—Se moverá cuando le dé la gana —replica Beathag, sintiendo la mirada de Iain clavada en mí—. Y de momento lo único que pateo en este castillo es el consejo.

Cuando termina de hablar, se cruza de brazos y se interpone físicamente entre Iain y yo. Su cuerpo enorme crea una sombra protectora que oculta cualquier falta de redondez bajo los pliegues de la lana.

—Que miren todo lo que quieran —gruñe Maude con voz lo bastante alta para que el consejero la oiga—. Lo único que van a ver es a una señora que alimenta a su clan mientras ellos cuentan los granos de pimienta. Sigue acariciándote la tripa, niña. Hazlo cada vez que uno de ellos te mire. Nada pone más nervioso a un hombre que recordar que las mujeres llevamos el futuro del clan entre las piernas y que ellos no pueden controlar ni el clima ni lo que sale de ahí.

Le dedico a Iain una sonrisa dulce, casi devota, y me llevo la mano izquierda al vientre, ahondando la tela del vestido contra mi piel. El consejero desvía la mirada con una mueca de disgusto y apresura el paso hacia el estrado.

Mairi suelta una carcajada sofocada.

—Esa ha sido buena, lady Caitlin. Mirad allá. Creo que vuestro cuñado acaba de decidir que la avena no es lo único que necesita vigilancia.

Miro hacia el cercado de los caballos.

Broen está de pie junto a uno de los postes de madera, hablando con Colum y Darian. Lleva el jubón y la camisa de lino abierta en el cuello a pesar del frío que corta la piel, dejando al descubierto la curva dura de la clavícula y el principio del vello oscuro de su pecho. El parche de cuero le cubre el ojo izquierdo, pero el derecho —ese verde denso que parece absorber la luz del patio— está fijo en mí.

No es una mirada discreta. Aun desde cincuenta varas de distancia, siento el peso físico de su presencia, el calor seco que desprende su cuerpo y que recuerdo con una precisión vergonzosa.

Hace apenas unas horas, ese mismo hombre me tenía acorralada contra su cuerpo, con sus dedos metidos en mi carne y la boca llena de mi nombre.

Ahora, simplemente con permanecer ahí, con las manos apoyadas sobre el cinturón de cuero, impone una autoridad que hace que los hombres del clan se aparten a su paso sin que él tenga que alzar la voz.

A su lado, Colum limpia la punta de una flecha con una atención casi impropia del ruido que lo rodea. Es el más joven de los Cuervos y también el de facciones más refinadas, con unos modales capaces de hacerlo parecer bien nacido incluso cubierto de barro. Tres sirvientas de la cocina llevan toda la mañana encontrando razones para pasar cerca de él.

Finn monta su propio espectáculo junto a la diana de tiro con arco.

—¡Cinco peniques de plata! —pregona, alzando una bolsa de cuero que suena bastante menos abundante de lo que promete—. ¡Cinco peniques a que ninguno de los valientes muchachos de Lewis es capaz de acertar al centro del muñeco de paja a ochenta pasos!

Niall MacLeod se acerca a la línea de tiro sosteniendo un arco de tejo pulido y la sonrisa de Finn se amplía.

—Finn lleva varios minutos sonriendo como un hombre que ya sabe quién va a perder esas monedas —comento.

—El único truco de Finn es que dejó a Torren medir la distancia —murmura una voz a mi espalda.

Me giro. Altair está apoyado contra el muro de la cocina. Sostiene su arco largo, un leño pesado y oscuro que parece una extensión de su propia columna vertebral.

—No tiene las piernas de Broen, pero sabe alargar el paso cuando hay monedas en juego. Sus ochenta equivalen a cien de cualquier hombre honrado —añade.

—¿No vas a tirar? —le pregunto, acomodándome la manta.

—Finn aún no ha recogido bastante dinero —responde Altair con una calma exasperante—. Cuando los muchachos del clan hayan gastado sus monedas y piensen que el viento es el culpable, entonces tiraré yo.

—Y te quedarás con sus peniques.

—Te daré la mitad para la carne de Yule. Los Cuervos no comemos aire, Caitlin. Ni siquiera cuando nos tratan como a reyes.

El tono de Altair es seco, pero no hay amargura. Hay una lealtad feroz hacia Broen que se extiende a todo lo que Broen ha decidido proteger. Y en este momento, según el código de esos hombres rotos que vinieron de Perthshire, yo soy la propiedad más valiosa de su líder. O su perdición.



EN LA DIANA, NIALL MACLEOD DISPARA. LA FLECHA SILBA EN EL AIRE HELADO y se clava a dos dedos del centro. La multitud ahoga un grito de apreciación. Niall se vuelve hacia la galería y sus ojos me encuentran entre los cientos de rostros. Me saluda con una inclinación de cabeza exagerada, casi cortesana.

—Un buen tiro para un MacLeod —comenta Eòghan MacAulay, apareciendo a mi lado con dos jarras de cerveza de brezo en las manos.

Eòghan es la clase de hombre que Sorley siempre quiso ser y nunca logró. Es alto, de hombros anchos, con una melena pelirroja que le cae sobre la espalda en trenzas cuidadas y una sonrisa que sugiere que el mundo es un chiste hecho para su propio entretenimiento.

Es el heredero de las tierras del oeste, de Uig, no tiene cargos de los que responder y sabe perfectamente que la mitad de las mujeres de la isla suspiran cuando entra en una sala.

—Señora —dice, ofreciéndome una de las jarras con una cortesía que roza la impertinencia—. Pareces fatigada de escuchar a las matronas hablar de pañales y caldos de gallina.

Acepto la jarra, notando que el barro está helado.

—Las matronas de este castillo tienen más sentido común en un dedo que el consejo entero, MacAulay.

Eòghan deja escapar una carcajada sonora, echando la cabeza hacia atrás. Es un gesto calculado para atraer la atención, y funciona. Al otro lado del patio, la conversación entre Broen y sus hombres se detiene.

Veo cómo la cabeza de Broen gira despacio hacia nosotros. Su ojo único se clava en la mano de Eòghan, que acaba de apoyarse en una barra de madera a pocos centímetros de la mía.

—Ah, el consejo —suspira Eòghan, tomando un trago largo de cerveza—. Unos ancianos asustados porque la mujer más lista de Lewis ha decidido no morirse cuando a ellos les venía bien. Dime, Caitlin... ¿es cierto que Broen te ha dado libertad para moverte por toda la isla?

—Es cierto —admito, sin bajar la cabeza pero dejando que el tono conserve el filo de quien conoce el precio de cada favor en esta isla

—. Mis queridos consejeros me habrían encerrado en las mazmorras bajo la torre desde la noche en que Sorley dejó de respirar. Si hoy no estoy comiendo moho y contando ratas en la oscuridad, es gracias a Broen.

—Un gesto noble —concede Eòghan, dando un paso más hacia mí, lo suficiente para que su cuerpo tape el viento del norte—. O una imprudencia. Gilleasbuig y Tormod están buscando cualquier excusa para llevarte ante el tribunal real de Inverness. Dicen que Broen está demasiado... *involucrado* para ser imparcial. Desde que el padre de nuestro actual rey arrebató a los MacDonald el título de Señores de las Islas, la Corona considera cada disputa del norte un asunto suyo. Tus consejeros estarían encantados de entregarte y llamar lealtad a su cobardía.

Me congelo con la jarra a medio camino de los labios.

—¿Y tú qué dices, MacAulay?

Eòghan se inclina hacia mí. Huele a cuero, a clavo de olor y a una confianza absoluta en su propio valor.

—Yo digo que si las cosas se ponen feas, los MacAulay tienen barcos en la costa oeste que no responden ante los Morrison ni ante el consejo. Y una dama acusada de un delito que no se puede probar siempre encontraría refugio en mis tierras. Un refugio legal, Caitlin. Matrimonial, si hiciera falta.

La audacia de la propuesta me deja sin aliento un segundo. No es una declaración de amor, claro. Es una oferta de compra. Eòghan quiere a la viuda de Sorley como trofeo para consolidar su dominio sobre el norte.

Antes de que pueda responder con el sarcasmo que la propuesta merece, una presencia pesada se sitúa a mi espalda. No necesito darme la vuelta para saber quién es. El calor que emana del cuerpo de Broen disipa de golpe el frío de la brisa.

—MacAulay —dice Broen. La voz es baja, rasposa, cargada de una quietud que resulta mil veces más peligrosa que cualquier grito—. Creo que Finn está buscando a alguien con bastante dinero para perderlo en la prueba de la piedra. Y tú pareces un hombre al que le sobra la plata y le falta la prudencia.

Eòghan no se mueve de inmediato. Mantiene esa sonrisa pulida y fácil, pero la mirada con la que mide a Broen carece de toda guasa.

—Broen —saluda Eòghan con una inclinación perezosa—. Le explicaba a Caitlin que mis barcos seguirán en la costa el día en que la piedad de su cuñado deje de mantenerla con vida.

—Caitlin seguirá viva mucho después de que tus barcos se pudran en la costa —responde Broen. Da un paso lateral y se coloca entre ambos, cerrándole a Eòghan la visión de mi cuerpo con la anchura de sus hombros—. Apártate.

El tono de Broen es tan plano, tan desprovisto de alardes, que resulta sofocante.

Una ovación estalla al fondo del patio y nos obliga a volver la cabeza. Altair permanece junto a la línea de tiro con el arco todavía levantado. Tres flechas de plumas negras ocupan el centro del muñeco de paja, tan juntas que las astas se rozan.

Finn recoge las monedas de los hombres que han fallado antes que él, incluido Niall, y las guarda en su hatillo con una satisfacción indecente.

Torren apoya una mano sobre el hombro de uno de los perdedores y le señala la diana, quizá para ayudarlo a comprender la diferencia entre su puntería y la de Altair.

Eòghan observa las tres flechas y apura la cerveza.

—Empiezo a comprender cómo financiáis vuestras correrías.

—No —responde Broen—. Acabas de comprender cómo Finn financia las tuyas.

Eòghan sonríe hacia mí una última vez, una promesa velada de que esta conversación no ha terminado, y se encamina hacia la multitud.

Broen no se gira de inmediato. Espera a que esté a una distancia prudencial antes de soltar un resoplido imperceptible por la nariz.

—Me estaba ofreciendo una salida —digo en voz muy baja, para que solo él pueda oírme mientras finjo arreglar el broche de mi manto.

—Te estaba ofreciendo sus barcos a cambio de adueñarse de ti —corrige Broen, y por primera vez se vuelve hacia mí. Su ojo descubierto está oscuro—. Quiere tu nombre, la tutela del hijo que llevas en el vientre y la legitimidad que solo la viuda de Sorley puede darle ante el consejo. Sabía perfectamente a quién buscaba al cruzar esas puertas. Y si vuelve a inclinarse sobre tu cuello como lo ha hecho hace un momento, voy a descubrir si los barcos de los MacAulay navegan mejor sin su capitán a bordo.

—Matar a un pretendiente en mitad de la fiesta de Yule —murmuro—. Una idea brillante.

—No es un pretendiente. Es un perro intentando cobrar la pieza más valiosa antes de cazarla.

Una ovación estruendosa estalla en la parte central del patio antes de que pueda responder. Los hombres del clan se han agolpado alrededor del círculo de levantamiento de piedras.

Una mole de granito gris, húmeda y redonda, descansa sobre la tierra pisoteada. Dos cazadores de las colinas ya han probado suerte sin conseguir despegarla más de dos dedos del suelo.

—¡Que pruebe Broen! —grita una voz desde la multitud. Es Finn, que no pierde oportunidad de armar ruido y ganar dinero.

La gente empieza a vitorear.

Broen me mira un segundo. Hay una chispa seca de cansancio en su ojo, pero sabe que no puede negarse sin parecer débil ante los jefes invitados.

—Si me parto la espalda, me vas a tener que llevar tú a la cama — murmura.

—Si te partes la espalda, le pediré a Eòghan que me lleve en sus barcos —replico con ligereza.

Broen suelta un taco entre dientes.

Broen desprende la fíbula del hombro y deja caer el pliegue superior del tartán hasta la cintura. Se quita el jubón, se lo arroja a Darian, que lo atrapa al vuelo. Tira también de la camisa por encima de la cabeza. El lino apenas ha abandonado sus hombros cuando el ruido alrededor de la prueba disminuye.

Vestido, Broen parece un hombre excepcionalmente grande. Sin la camisa se comprende que la ropa llevaba todo el invierno ocultando una masa desmesura de músculos.

Uno de los hombres que aguardaban su turno deja de sonreír. Otro contempla la piedra, después los brazos de Broen y vuelve a mirar la piedra con una estimación bastante menos optimista de sus posibilidades. Incluso Eòghan inclina la cabeza, reconociendo que la prueba acaba de convertirse en algo distinto.

Las mujeres guardan menos disimulo.

Yo debería conservar alguno. Anoche tuve todo ese cuerpo encima, alrededor y dentro de mí. Aun así, verlo desplegarse a plena luz, ante medio Lewis, consigue que lo necesite de nuevo.

Broen flexiona los dedos, gira una vez los hombros y avanza hacia la piedra.

Nadie vuelve a reírse.

Camina hacia el centro del círculo mientras el patio entero guarda silencio.

La envergadura de su cuerpo resulta abrumadora mientras se agacha sobre la piedra. No hay espectáculo en sus movimientos, ni

los rugidos exagerados con los que los muchachos intentan darse valor.

La encaja sobre los muslos, busca el agarre bajo la superficie mojada de la roca y respira una sola vez.

Los músculos de los brazos se le abultan. Las venas del cuello se le marcan debajo de una cicatriz.

Con una lentitud aterradora, la mole de granito se despega del barro. Broen la sube hasta las rodillas, clava los talones en la tierra y, con un impulso brutal que hace gemir el aire de sus pulmones, la iza hasta el pecho y la lanza por encima del tronco de madera de marcación.

La piedra cae al otro lado con un impacto que hace temblar la tierra debajo de nuestros pies.

El patio estalla en un rugido. Los hombres de las aldeas aplauden, sus Cuervos silban y hasta Mairi deja caer la cuchara de la comida para aclamarlo.

Broen no se queda a recibir la gloria. Se limpia el barro de las dedos en la lana del tartán y recupera la ropa de manos de Darian.

Se la pone sin abrochar del todo y regresa hacia donde estoy, respirando un poco más rápido de lo habitual pero sin perder la compostura.

—Eòghan ni siquiera la movería —me dice al pasar a mi lado, tan bajo que la ovación tapa sus palabras.

—Fascinante espectáculo —digo en un murmullo, fingiendo mirar hacia la línea de tiro mientras me obligo a tragar saliva ante la visión del sudor brillándole en la clavícula—. Y yo que pensaba que los músculos solo te servían para arrastrarme al fondo de la escribanía.

Broen se pasa el dorso de la mano por la frente, clavando su ojo verde en el mío con una intensidad que quema.

—Guárdate las burlas, Caitlin. Que todavía me queda fuerza para arrastrarte a un sitio más oscuro si sigues mirándome así.



LA MÚSICA DE LOS GAITEROS DEL CLAN EMPIEZA A SONAR POCO DESPUÉS. SE encienden más antorchas a medida que la tarde cae sobre las murallas. La gente empieza a bailar en círculos alrededor del fuego grande, y por un momento la ilusión de la paz parece instalarse en Dùn Mhoireasdan.

Broen se mantiene en la periferia, vigilante, hablando con los guardias de la puerta, mientras las mujeres me arrastran hacia el centro para unirme a la danza.

Es una danza corta, de pasos rápidos sobre el suelo helado. Por un segundo, girando entre Beathag y las muchachas, me permito olvidar a Sorley, olvidar el pánico a la cuerda y olvidar la mentira de mi vientre. Miro hacia el muro y encuentro el ojo de Broen siguiéndome en la penumbra.

No baila, no sonríe, pero está allí.

Una sombra enorme que guarda mi vida mientras el mundo gira a mi alrededor.

La música se corta de golpe con una nota rota que muere en la garganta del gaitero.

Por la puerta inferior del patio irrumpe un grupo de jinetes. Los caballos vienen cubiertos de sudor y barro negro, resoplando en el aire frío. Al frente viene Fearchar con la cara pálida como la ceniza y la camisa desgarrada en las mangas por los matorrales.

La multitud abre paso en silencio. Broen ya está cruzando el patio antes de que el caballo de Fearchar se detenga por completo.

—¡Señor! —grita Fearchar, dejándose caer de la silla con torpeza e hincando una rodilla en el fango—. ¡Señor! En los cortes de turba de la ladera oriental... los cazadores...

Broen lo agarra por el hombro y lo endereza con firmeza.

—Habla despacio, Fearchar. ¿Qué ha pasado?

—Torcuil —balbucea el hombre, mirando de reajo hacia el consejo que desciende apresuradamente del estrado—. Lo han encontrado encajado en una grieta y cubierto con turba y brezo. Los perros percibieron el olor.

Un murmullo de pánico recorre la multitud. Me acerco a la línea del círculo, notando cómo el frío vuelve a meterse bajo mis vestidos con una violencia feroz.

—¿Está muerto? —pregunta Gilleasbuig, llegando al lugar con la voz alterada.

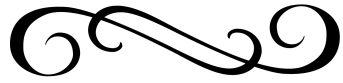
—Lleva muerto varias semanas —responde Fearchar, temblando—. Le han cortado la garganta hasta el hueso. Y en la mano... en la mano apretada llevaba esto.

El dispensero abre el puño. Entre sus dedos sucios de turba brilla un trozo de tela teñida de verde y oro, desgarrada de un vestido de seda cara. Un paño que solo una persona en este castillo utilizaba para sus vestidos de gala.

El silencio que sigue es tan denso que se oye el crepitar del fuego central.

Todas las miradas del patio se giran despacio hacia mí.

Capítulo 20



«Caitlin»

La sangre se retrasa desde ayer, pero mi cuerpo, cruelmente fiel a sí mismo, ya empieza a avisarme de que viene de camino.

Siento la presión sorda en la parte baja de la espalda, el peso dentro del vientre y esa tirantez que conozco desde los trece años.

Podría atribuirle a la incertidumbre, al frío que se cuela por las paredes o a la cena de anoche, pero llevo demasiado tiempo obligada a conocer cada rincón de mi cuerpo para permitirme una mentira tan cómoda.

Durante los primeros años de mi matrimonio, cualquier retraso era recibido con sonrisas, caldo de gallina y manos que se posaban sobre mi vientre sin pedir permiso.

Después llegaba la sangre y aquellas mismas bocas se apretaban con decepción. Sorley observaba el paño como si yo hubiera elegido mancharlo para ofenderlo.

Nunca se preguntó si la vida podía negarse a crecer dentro de mí por algo que perteneciera a los dos. Un hombre deposita su semilla y queda libre de sospecha y la mujer responde por todo lo que no brota.

Con el tiempo dejaron de sonreír durante los retrasos.

Las comadronas empezaron a palparme con mayor insistencia. Los consejeros hablaban de herederos delante de mí y bajaban la voz cuando pronunciaban la palabra «estéril», aunque se aseguraban de que pudiera oírla.

Sorley amenazaba con devolverme a los míos y buscar una esposa cuyo vientre comprendiera mejor sus obligaciones. Nunca lo hizo. Descubrió que mantener la amenaza resultaba mucho más útil que cumplirla.

Cada mes, mi sangre le proporcionaba una nueva razón para castigarme.

Ahora puede proporcionarles una razón para matarme.

Me limpio con el paño que Beathag ha dejado junto a la palangana y lo observo antes de doblarlo.

Blanco.

Todavía.

—¿Nada?

La comadrona de Niall aguarda junto al brasero con las manos escondidas bajo el manto. Lleva una semana siguiéndome con la discreción de un perro apostado ante una madriguera.

Me pregunta qué como, cuánto duermo, si me duelen los pechos, si la cerveza me provoca náuseas. Ayer incluso quiso saber cuántas veces había orinado durante la noche.

He empezado a sospechar que, si bostezo delante de ella, saldrá corriendo a proclamar que el heredero de los Morrison ya exige más aire.

—Nada que merezca tu interés —respondo mientras me arreglo la camisa interior y dejo caer las faldas.

Sus ojos bajan hacia el paño que conservo en la mano.

—Lady Caitlin...

—Ha dicho que no hay nada —interviene Beathag desde la puerta.

La mujer aprieta los labios. El reproche queda allí, contenido entre las dos, pero no insiste.

—Debo comprobar si el vientre ha cambiado.

Otra vez unas manos buscando en mi cuerpo una respuesta que no puedo darles. Esta mañana estoy demasiado cansada para recordarles que todavía vivo dentro de él.

La palma de la mujer se posa bajo mi ombligo. Está helada. Presiona a un lado, luego al otro, y desliza los dedos hacia el nacimiento del pubis.

Mi cuerpo se endurece por costumbre. Yo permanezco quieta.

—¿Os duele aquí?

—Me duele que hagas eso.

No retira la mano.

—Lady Caitlin, necesito...

—Necesitas calentar los dedos —la interrumpe Beathag—. Si tienes intención de meterle la mano entre sus piernas cada mañana, al menos procura no llevarte pegada la piel cuando la saques.

La comadrona aprieta los labios. Sus dedos se detienen y, durante un momento, temo que vaya a continuar solo para demostrar cuál de las dos posee autoridad. Finalmente baja mi camisa.

Se acerca al lecho, pasa la mano sobre las sábanas y comprueba que tampoco hay manchas.

Todo mi matrimonio contenido en ese gesto.

Una mujer buscando sangre para decidir cuánto valgo.

El mes transcurrido desde la muerte de Sorley pesa ahora más que el cadáver. Cada día sin sangre sostiene mi mentira; cada amanecer sin náuseas me recuerda que mi cuerpo puede decidir destruirla en cualquier momento.

La comadrona se marcha después de advertirme que regresará antes de la cena. Beathag espera a oír sus pasos al otro lado del corredor antes de cerrar la puerta.

—Debería cobrarle por cada visita —murmura—. Con lo que le gusta mirar tus paños, podríamos alimentarla con ellos.

Se acerca y me los quita de la mano. Los deja dentro de un cesto, debajo de una camisa, y me observa con esa franqueza suya que no admite consuelos inútiles.

—¿Te duele?

—Un poco la espalda.

—Eso también puede ocurrir cuando hay criatura.

—Y cuando está a punto de venir la sangre.

—Tu cuerpo todavía no ha decidido qué desgracia prefiere darte.

La respuesta me arranca una sonrisa breve, aunque el alivio apenas dura. Me llevo una mano al vientre. Debajo de la lana y el lino no encuentro ninguna diferencia. Broen ha entrado en mí suficientes veces para que exista una posibilidad.

Una parte de mí continúa esperando que su semilla haya arraigado, incluso sabiendo que un hijo concebido por miedo, deseo y necesidad difícilmente puede ser una respuesta misericordiosa.

Otra parte se prepara para la sangre.

Me gustaría poder desear un hijo suyo sin preguntarme cuánto tiempo de vida me concedería. Descubrir si hemos creado algo sin

imaginar a Niall examinando mis sábanas, a los consejeros calculando fechas o a una comadrona hundiendo los dedos en mi vientre para decidir si miento.

Beathag se levanta y me ajusta el cinturón del vestido. Tiene que repetir el nudo porque la primera vez le tiemblan las manos.

Entonces el cuerno de la puerta atraviesa las paredes.

Un sonido grave y metálico que hace que los perros del patio empiecen a ladrar.

Cuando me asomo por la arcada del salón, una comitiva de una docena de hombres se detiene sobre el barro helado.

En el centro, junto a Niall MacLeod y un sonriente Eòghan MacAulay, sobresale un enviado de la Cancillería vestido con los colores del rey Jacobo V. Lleva un tubo de cuero y mantiene el sello de cera roja bien visible.

Han venido a por mí.

El miedo que esperaba no llega. Permanezco bajo la arcada observándolos y, durante un instante vergonzoso, solo siento alivio. Si me llevan, dejaré de despertar cada mañana pendiente de un paño. Ya no tendré que calcular cuánto vale mi vida según lo que aparezca entre mis piernas.

Por primera vez desde que mentí, permitir que otros decidan qué hacer conmigo parece más sencillo que continuar luchando.

Esa rendición silenciosa me asusta más que el sello del rey.

Es la culminación de la pesadilla que empezó hace siete días, cuando encontraron el cuerpo de Torcuil con el cuello cortado y un jirón de seda teñida de verde y oro apretado en su mano helada.

Aquella misma tarde, tras el hallazgo, Broen y los consejeros fueron a mis aposentos y extendieron sobre la cama mi vestido.

Alguien había aprovechado el registro desordenado de semanas atrás para asestarle un tajo limpio con una navaja en el vuelo de la falda y deshilar los bordes después.

Broen agarró el vestido y estampó la falda contra el pecho de Niall, obligándolo a mirar el tajo limpio mientras le gritaba que aquel montaje resultaba evidente. Pero él se limitó a sonreír con condescendencia:

«Ves lo que quieres ver, Broen. Estás demasiado cegado por la viuda de tu hermano como para juzgar la evidencia con imparcialidad».

Niall no necesitó más. Utilizó el cadáver de Torcuil y esa prueba manipulada como el pretexto perfecto para activar la comisión expedida para las Hébridas por la Cancillería Real, que faculta a las autoridades neutrales a retirar la custodia de una sospechosa cuando la propia familia del *Brieve* está implicada.

Broen ha interrogado a cada persona que entró en mis aposentos después de la muerte de Sorley. Lo ha hecho una vez, dos y hasta tres cuando alguna respuesta variaba. Ha reconstruido el registro de mis arcones, el orden en que volcaron los vestidos sobre la cama y quién permaneció vigilando el corredor mientras Tormod y Gilleasbuig revolvían mis pertenencias en busca de venenos.

Sabe quién abrió el guardarropa. Quién sacó la ropa. Quién volvió a meterla.

También sabe que, durante un espacio de tiempo que nadie consigue precisar, la estancia quedó abierta y sin vigilancia.

Quien cortó el vestido pudo hacerlo entonces.

O antes.

O después.

Siete días de preguntas solo han servido para demostrar que demasiadas personas tuvieron ocasión de entrar.

—Esta vez Broen acabará arrojando a alguno por la ventana —digo.

Beathag se toma unos instantes para considerar la posibilidad.

—Las de esta planta son demasiado estrechas. Tendría que romperles primero los hombros.



EL SELLO DE CERA ROJA DEL REY JACOBO NO SE ROMPE CON UNA ESPADA, SINO con el miedo de los hombres.

El enviado de la Cancillería ni siquiera se molesta en pisar el barro del patio. Permanece junto al portalón mientras despliega el pergamino junto a Niall MacLeod.

La voz del enviado, fina y acostumbrada a las salas de mármol de Edimburgo, cae sobre la piedra helada como una sentencia redactada a trescientas millas de distancia.

—«...hallándose la casa del breve corrompida por la sospecha de sangre entre sus propios miembros —recita—, la comisión expedida para las Hébridas faculta la retirada de la custodia de la viuda Caitlin Morrison, entregándose esta a una casa no implicada hasta que la justicia del rey pueda celebrar audiencia en la isla».

Los Cuervos se distribuyen junto a los muros. Finn conserva las manos enlazadas delante del cuerpo y una expresión de inocencia tan perfecta que bastaría para condenarlo en cualquier tribunal. Torren observa las salidas. Darian se coloca detrás de Broen. Colum queda más cerca de mí.

La posición de cada uno ha sido escogida antes de cruzar la puerta.

Broen alza el rostro hacia el enviado que vuelve a enrollar el pergamino. El sello rojo queda colgando de las cintas, visible para todos.

—¿Adónde pretenden llevarla?

—A Uig —responde Eòghan antes de que el hombre de la Cancillería pueda abrir la boca.

Su voz recorre mi espalda con la suavidad de una mano que aún no me ha tocado y ya calcula dónde colocarme.

—La comisión ha sido creada a petición de dos clanes que llevan años disputando tierras y caladeros a los Morrison —dice Broen—. Vuestra idea de la neutralidad posee un extraordinario sentido del humor.

Avanza dos pasos y se coloca entre ellos y yo. Su mano descansa cerca de la empuñadura, pero no la toca. Broen sabe que todos los hombres del patio esperan ese gesto. También sabe lo que significaría.

Eòghan MacAulay sonríe con esa cortesía que le caracteriza.

—Somos neutrales en la muerte de Sorley. Ninguno pertenece a la casa del breve ni lleva sangre Morrison. La comisión del rey es clara y Uig acepta la carga.

—No irá.

Apenas levanta la voz. Aun así, uno de los hombres de MacAulay separa los pies y otro lleva la mano hacia el cinturón. Colum se desplaza hasta dejar su hombro delante del mío.

Niall MacLeod entorna los ojos.

—¿Desafías una orden expedida en nombre de Jacobo V? —pregunta—. Eso convertiría a los Morrison en sospechosos de asesinato y rebeldes ante la Corona. ¿Será esa tu primera decisión como laird provisional, Broen? ¿Condenar a todo el clan para retener a la viuda de tu hermano?

El miedo me cierra el estómago. Niall no ha venido únicamente a llevarme. Ha traído una elección construida para destruir a Broen cualquiera que sea su respuesta.

Si me entrega, pierde la autoridad sobre mí y permite que los MacAulay decidan mi destino. Si desenvaina, entrega a la Corona la rebelión que necesita para intervenir en Lewis.

—La orden ha sido obtenida con una prueba manipulada — responde.

—Eso tendrás que demostrarlo ante la justicia del rey —replica Niall, y hace una señal breve a los hombres apostados junto al portalón—. Hasta entonces, la comisión debe cumplirse. Si intentas retenerla por la fuerza, los MacLeod y los MacAulay tendremos que hacerla cumplir.

El cuero cruje cuando varias manos se cierran alrededor de las empuñaduras. Darian permanece detrás de Broen, tan inmóvil como él.

Nadie desenvaina.

Todavía.

Broen mira a Niall. La quietud de su cuerpo resulta más alarmante que todas las manos preparadas sobre las armas.

—Inténtalo.

La palabra carece de volumen. Tampoco lo necesita.

Altair gira apenas la cabeza hacia los hombres de Niall con su arco en la mano y calcula, sin molestarse en ocultarlo, a cuál mataría primero.

El frío que siento ya no procede de mis entrañas.

Broen cumpliría su amenaza. Se enfrentaría a la Corona, a los MacLeod y a los MacAulay dentro del mismo patio si creyera que puede mantenerme con vida un día más. Los Cuervos lucharían con él. Algunos Morrison también. Otros abrirían las puertas antes del amanecer para salvar sus propias casas.

La sangre que podría derramarse por mí tiene demasiados nombres conocidos.

Me adelanto.

Broen vuelve la cabeza. Su mirada recorre mi rostro. Le basta un instante para comprender que no he avanzado para discutir ni para pedirle que me defienda.

Conozco a Broen enfadado, tranquilo, herido y dispuesto a matar. Nunca lo había visto asustado. Ahora el miedo aparece en su cara porque ha reconocido mi forma de rendirme.

Estoy cansada.

Llevo casi un mes despertándome para comprobar las sábanas. Un mes soportando manos, preguntas y miradas clavadas en un vientre vacío. Siete días observándolo interrogar a todo el castillo mientras la esperanza se desgastaba en su cara. He llegado a un lugar donde permitir que otros decidan casi parece descanso.

Broen lo ve.

La dureza de su expresión se resquebraja por un punto que nadie más sabría encontrar.

—Aceptaré el traslado —digo.

—Caitlin —me advierte con una frialdad impecable.

Esa voz habría detenido a cualquier persona que no supiera cuánto le está costando utilizarla.

Mi nombre, pronunciado así, provoca un cambio diminuto en algunos rostros. Niall deja de observar al breve y empieza a estudiar al hombre. Eòghan ladea apenas la cabeza. Incluso los consejeros reparan en la escasa distancia que separa el cuerpo de Broen del mío.

Él también comprende que ha mostrado demasiado.

—Si utilizas hombres para impedir el cumplimiento de una comisión real, dejará de discutirse tu imparcialidad y empezará a discutirse tu rebelión. Cada Morrison que alce un arma contigo quedará implicado.

—El clan no puede enfrentarse a una orden del rey —vocifera Tormod, muerto de miedo.

Broen gira la cabeza hacia él.

—Estás aceptando que entreguen a la viuda de tu laird a un enemigo de los Morrison.

—¡Intento que siga existiendo un clan al que pueda regresar!

La respuesta contiene más honestidad de la que esperaba de él. Quizá por eso alcanza a Broen con tanta precisión. Se queda inmóvil, mirando a los hombres que ahora dependen de su autoridad y temen las consecuencias de permitírsela.

Después viene hacia mí y se coloca a mi lado.

—Iré con ella.

Eòghan suelta una risa breve, casi incrédula.

—¿Tú? La comisión existe precisamente para retirarla de tu custodia. No puedes trasladarte a Uig y continuar vigilándola allí. Y si pones un solo pie en nuestras tierras sin nuestra autorización al frente de tus hombres, los MacAulay lo entenderán como un acto de guerra.

—Que lo entiendan como quieran.

—Broen, no.

La voz de Gilleasbuig interrumpe desde la escalinata. El anciano consejero baja los peldaños con una prisa torpe, seguido por Iain.

Broen ni siquiera mira a los consejeros. Su mirada continúa clavada en Eòghan con una ferocidad tan cruda, tan desprovista de cautela política, que el propio Eòghan deja de sonreír.

—Caitlin no dormirá bajo tu techo sin alguien que responda ante mí.

Niall MacLeod continúa observando a Broen con recelo. Mide la forma en que su cuerpo se inclina hacia mí, la desesperación contenida tras su postura.

—Muestras una vehemencia extraordinaria por la esposa de tu hermano, Broen —comenta despacio, dejando que la sospecha flote sobre el patio—. Un observador malicioso podría preguntarse dónde termina el deber de un cuñado y dónde empieza otra cosa.

Tormod se remueve, incomodado por la insinuación. El consejo entero ha empezado a mirar a Broen con una mezcla de pánico y desconfianza. Para ellos, esa furia no es la autoridad de un laird, sino una imprudencia de un hombre dispuesto a quemar el clan por una mujer.

Darian da un paso al frente.

—Yo la acompañaré. Como laird de un clan externo, acompañaré a lady Caitlin hasta Uig para garantizar que la custodia se mantiene dentro de los límites de la comisión.

Eòghan vuelve la cara hacia Darian y niega con la cabeza, esta vez sin un solo rasgo de burla.

—No. Con todo el respeto para la casa MacNab, eso es imposible.

—Soy un laird neutral —replica Darian.

—Eres el jefe de los MacNab —corrige Eòghan con firmeza—. No aceptaré dentro de mis tierras a otro laird con autoridad propia para discutir nuestras decisiones. Si algo sale mal desencadenaría un conflicto feudal entre los MacAulay y los MacNab que sobrepasa el ámbito de Lewis. No voy a meter a un lobo de Perthshire en mis tierras.

Darian descruza los brazos. Su silencio confirma que la objeción tiene sentido. También que le gustaría abrirle la garganta a Eòghan por haber encontrado una razón legítima para rechazarlo.

—Entonces irá alguien que no lleve un título ni amenace a vuestro clan. —La voz de Colum suena desde atrás.

Avanza con las manos vacías, sin armas, puestas a la vista, y esa expresión serena y educada que siempre hace que los hombres olviden lo rápido que sabe desenfundar un cuchillo.

—Es uno de sus Cuervos —señala Eòghan.

—Carece de tierras, título y hombres propios —responde Darian—. Tampoco es Morrison, MacLeod ni MacAulay. No puede iniciar una guerra en nombre de nadie y posee modales suficientes para no orinar desde vuestras almenas el primer día.

Colum le dirige una mirada resignada.

—Puedo contenerme más de un día si la hospitalidad lo merece.

Eòghan examina a Colum. Ve a un muchacho de modales pulidos, de aspecto casi inofensivo comparado con los demás.

—Sin armas —exige Eòghan—. Y subirá a nuestra *birlinn* bajo la vigilancia de mis remeros.

—Acepto las condiciones —responde Colum con una inclinación impecable.

Broen aprieta los dientes con tal fuerza que la mandíbula parece a punto de estallarle. Está atrapado. La comisión real, la negativa del consejo, la amenaza de guerra entre clanes y la trampa política de Niall lo han dejado acorralado.

Todo está orquestado para separarnos, y la ley le impide romper el cerco sin destruir lo poco que le queda.

Dejo que continúen hablando.

Resulta muy sencillo permanecer callada mientras otros deciden dónde dormiré, quién podrá interrogarme y qué hombre posee autoridad para proteger mi cuerpo. Ya lo he hecho antes. Durante

diecisiete años. La costumbre regresa con una docilidad que me avergüenza.

Podría cerrar los ojos.

Broen encontraría una solución o moriría intentándolo. Niall escogería mi encierro. Eòghan decidiría la forma más conveniente de tratarme. Incluso mi muerte podría ocurrir sin que tuviera que tomar parte en ella.

Entonces los dedos de Broen encuentran los míos junto al pliegue de mi falda. Me cubre la mano durante un instante, protegido de las miradas por la anchura de su cuerpo.

—Caitlin, mírame.

Lo dice tan bajo que nadie más parece oírlo.

Alzo los ojos.

Su rostro conserva la dureza destinada a los demás, pero su pulgar se desliza una vez sobre mis nudillos.

No intenta ordenarme que resista. Tampoco me ofrece una mentira. Solo comprueba si continúo aquí.

Y continúo.

Aunque sea una parte pequeña de mí.

—Quiero diez minutos con ella —dice Broen. Su voz es áspera, rota.

—El pergamino exige partida inmediata desde el embarcadero — protesta Niall.

—Diez minutos —repite Broen, y la mano que descansa sobre la empuñadura de la espada se mueve un milímetro hacia fuera.

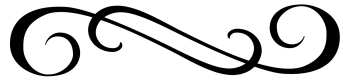
Darian se coloca al lado de Niall con una calma helada.

—Concededle diez minutos o descubriréis lo caro que resulta enfadar a Broen Morrison.

El enviado contempla las manos cerradas sobre las empuñaduras y parece calcular cuánto vale la puntualidad cuando Broen está al otro lado.

—Diez minutos. No más.

Capítulo 21



«Caitlin»

La puerta del pequeño gabinete se cierra tras nosotros y el estruendo del patio se apaga, sustituido por el crujido de la turba en el hogar.

En cuanto el pasador encaja, Broen me agarra por los hombros sin delicadeza. Me arrastra hacia su pecho con un abrazo tan brutal que me quita el aire.

Siento el latido desbocado de su corazón contra mis costillas, la humedad del frío en su camisa y el temblor que le recorre la espalda.

No hay rastro del hombre que domina sus emociones. Es un hombre roto, aterrorizado, ahogado por una rabia que le hace temblar los brazos alrededor de mi espalda.

—Nos vamos —dice contra mi cabello—. Ahora mismo. Darian y los demás bloquearán la puerta de la poterna del mar. Cogemos una barca pequeña antes de que la *birlinn* de los MacAulay leve anclas. No les debemos nada a los Morrison, ni al consejo, ni al rey, ni a su maldita comisión.

—Broen...

—Podemos estar en mar abierto en cinco minutos —insiste, apretándome con tanta fuerza que sus dedos se me clavan en las costillas—. Cruzaremos el Minch a tirones de remo si hace falta. Nadie volverá a pedirte cuentas por un vestido, ni por Sorley, ni por lo que llevas o dejas de llevar dentro.

Le sujeto el rostro con ambas manos, obligándolo a mirarme. Tiene los pómulos helados, sus ojos me miran desorbitados, turbios, llenos de la desesperación impotente del muchacho al que un día le quitaron todo y que ve cómo la historia se repite punto por punto.

—Escúchame —le pido con firmeza—. Escúchame, Broen.

—No voy a dejar que te lleven a Uig. Eòghan quiere quedarse con el clan y Niall quiere ahorcarte. Es una trampa.

—Sé que es una trampa —respondo, sintiendo las primeras lágrimas arder en mis ojos mientras le acaricio la barbilla áspera—. Y ya no habrá más noches para concebir, Broen. Ya no podemos seguir buscando ese hijo. Será el fin de mi mentira. Pero ir con los MacAulay me da algo que aquí estoy a punto de perder: tiempo.

Un sonido espantoso, un choque de dientes y aire atrapado, se le escapa de la garganta.

—¿De qué hablas?

—En Uig puedo ocultar que no hay embarazo durante unas semanas más. Allí nadie me controlará la sangre.

—Todavía no has manchado —dice con esperanza—. Tal vez no ocurra.

—Vendrá, pero ganaremos días para que Darian y tú encontréis al sacerdote de San Ciarán o para que descubráis quién cortó ese pedazo de tela verde de mi vestido.

—No, no, no —suplica, y esa sola palabra, pronunciada por un hombre que jamás le ha pedido nada a nadie, me atraviesa el corazón como un estilete—. No es seguro para ti. No puedo volver a

perderte, Caitlin. Ver cómo te llevan mientras yo me quedo aquí parado como un idiota. Estarás encerrada con un hombre que espera apoderarse de ti.

—Es más seguro que quedarme aquí esperando a que Ealasaid descubra que mi vientre sigue vacío y me entreguen al verdugo antes de que termine Yule.

Broen niega con la cabeza, desesperado y empieza a caminar de un lado a otro.

—Huyamos, Caitlin. Por Dios, huyamos juntos.

La tentación me atraviesa como un filo. Durante un segundo, me imagino en una barca con él, dejando atrás el barro, el veneno, la sombra de Sorley y las acusaciones. Una vida simple en tierra firme, donde nadie sepa mi nombre.

Pero la realidad de Lewis no se borra huyendo.

—¿Y qué pasará con el clan Morrison?

—No les debo nada.

—Yo sí.

Se vuelve.

—¿A quién?

—A las mujeres que escondían ungüentos entre mis sábanas cuando Sorley me dejaba marcas. A las que me enviaban a sus hijos para que no llorara por los míos. A quienes han repartido el pan de sus casas mientras Sorley escondía avena.

—¡Ellas querrían que huyeras!

—Claro que lo querrían, pero también quieren que sus hijos sobrevivan al invierno. Si nos vamos los dos—digo despacio, obligándolo a escuchar la verdad que ambos conocemos—, ¿quién impedirá que el consejo cierre los graneros y deje que los niños de

Tolsta o Arnol se mueran de hambre este invierno? Los bancos de arenques aún no han entrado en las ensenadas.

Broen cierra los ojos, como si le hubiera golpeado.

—Me estás pidiendo que te entregue al enemigo.

—Te estoy pidiendo que te quedes aquí y hagas lo que mejor sabes hacer: protegerlos a todos.

Broen me atrae de nuevo hacia él. Su mano se hunde en mi nuca, sujetándome con una fuerza que roza el dolor, y me besa. Es un beso desesperado, lleno de la rabia y del miedo que no puede mostrar fuera de esta habitación. Saboreo su boca, la aspereza de su barba, la promesa silenciosa de que este no es el final.

Cuando se separa, sus labios permanecen pegados a mi frente.

—Podría sacarte de aquí antes de que nadie lo impidiera.

—Lo sé.

—Podría llevarte a un lugar donde el nombre de Sorley no significara nada.

—También lo sé.

—Entonces dime por qué demonios tengo que quedarme mirando mientras te llevan.

Paso los pulgares por la barba áspera de sus mejillas. Debajo de mis manos continúa siendo el hombre capaz de partir a otro en dos.

Sin embargo, pocas cosas pueden resultarle tan difíciles como permanecer quieto cuando su fuerza no sirve para proteger aquello que quiere.

—Escúchame —le digo, pegando mi frente a la suya para que no pueda apartar la vista—. Escúchame bien, porque esto es lo único que me voy a llevar conmigo a Uig.

Broen respira a bocanadas cortas, dolorosas, sujetándome la cintura como si el suelo estuviera cediendo bajo nuestros pies.

—Sorley se quedó con mi nombre durante diecisiete años porque mi padre lo decidió así —continúo, y las lágrimas me resbalan por las mejillas hasta tocar sus labios—. Me senté a su mesa, dormí en su cama y dejé que la gente del castillo creyera que le pertenecía. Pero jamás fui suya. ¿Me oyes? Ni una sola noche. Ni un solo pensamiento. Ni una sola vez en estos años le entregué nada de lo que había dentro de mí.

Los dedos de Broen se tensan en mi piel, sepultados en la lana de mi vestido.

—He pasado toda mi vida perteneciendo a los planes de otros —digo, sintiendo el desgarró de la verdad saliéndome del pecho—. Pertenecí a mi padre cuando me prometió, pertenecí a Sorley cuando me tomó, y he pertenecido al juicio de este clan desde que murió. Pero en esa alcoba... contigo... no hubo ninguna mentira. No estuve con el hermano de Sorley. No estuve con el laird de los Morrison. Estuve contigo.

Su respiración se detiene por completo.

—Si me llevan a Uig —prosigo, agarrándolo del cuello con desesperación—, me llevarán con tu recuerdo quemándome la piel. Y si la verdad sale a la luz y terminan llevándome a un cadalso, moriré habiendo sabido lo que es desear a un hombre hasta volverme loca. Que no se te olvide nunca, Broen... no importa dónde me encierren, no importa lo que decida el consejo o el rey. No soy de Sorley. No soy de los Morrison. No soy de los MacAulay. Solo soy tuya. Porque a ti sí te he elegido.

La frase cae entre los dos con el peso de un juramento sagrado.

Broen deja escapar un gemido ahogado, el sonido de un hombre al que acaban de arrancarle la última coraza. Sus brazos se cierran a mi alrededor con una furia desesperada, levantándome casi del

suelo, y me sepulta la cara en el cuello. Lo siento estremecerse entero contra mí, sintiendo cada una de sus respiraciones convulsas mientras digiere aquellas tres palabras.

Tres palabras que borran años de sombra y le devuelven lo único que Sorley jamás había podido arrebatarse, porque jamás ha sido suyo.

—Solo tuya —repito al oído, besándole la cicatriz de la sien, la mejilla, la curva del cuello—. Recuerda eso cuando me veas subir a esa embarcación. Quédate aquí, busca la verdad, salva a este clan... pero no vuelvas a pensar que me han quitado de tu lado porque elegí a otro. Me han arrancado a la fuerza, Broen. Porque solo soy tuya.

Él alza el rostro y me busca la boca.

Es un beso sucio de lágrimas, desesperado, lleno de una necesidad devoradora. Broen me muele los labios contra los suyos, introduciendo la lengua con una violencia hambrienta, como si quisiera dejar su marca en mi carne antes de que la marea nos separe.

Le devuelvo el beso con el mismo desgarró, hundiéndole las uñas en los hombros, queriendo memorizar el sabor de su boca, su olor a cuero y turba, la dureza de sus dientes contra los míos.

Nos besamos como dos condenados a los que les están contando los segundos de vida.

Cuando se separa apenas dos dedos, ambos estamos sin aire, con las bocas hinchadas y los pechos chocando en un ritmo desordenado.

—Si te hacen el menor daño en Uig —susurra Broen, y su voz ya no tiene miedo, tiene la frialdad pavorosa de una promesa de muerte—, no habrá mar que los proteja. Quemaré esa fortaleza con todos ellos dentro. Me da igual el consejo, me da igual el rey y me da igual la paz en Lewis. Volveré a por ti, Caitlin. Te lo juro por el tiempo que

nos han quitado. Volveré a por lo que es mío y esta vez pronunciaré tu nombre. No volveré a quedarme callado debajo de ninguna ventana.

—Y yo estaré esperándote.

Su respiración roza mis labios, caliente e irregular. Una exhalación áspera le sale por la nariz.

—Si vuelve a inclinarse sobre tu cuello...

—Le recordaré que sus barcos navegan peor sin capitán.

La boca de Broen se mueve por fin. No llega a sonreír, pero la furia pierde uno de sus bordes.

—Aquello no fue una broma.

—Lo sé.

Me besa de nuevo, más despacio. Su pulgar recorre mi mandíbula, memoriza la curva del cuello y se detiene sobre el latido.

—Colum te sacará de allí en cuanto algo cambie.

—Colum me ayudará a salir si yo decido hacerlo.

—Te llevas al Cuervo más educado. No al más obediente.

Un golpe seco y metálico retumba en la madera de la puerta. La voz de Niall MacLeod llega desde el corredor, impaciente y afilada:

—¡Se acabó el tiempo!

Broen no se aparta de inmediato. Me sostiene un instante más, pegado a mí, grabando la presión de su cuerpo contra el mío en el último segundo de intimidad que el mundo nos concede.

Después me suelta.

El vacío que deja su cuerpo me hiela las entrañas. Lo veo dar un paso atrás, recomponerse la camisa con manos torpes y pasar la

palma por su cara para borrar el rastro de mis lágrimas.

La coraza de piedra vuelve a cubrirle las facciones, pero antes de quitar el pasador su mirada sobre mí tiene una luz nueva. Una luz peligrosa, feroz y definitiva.

Ya no es el hermano desterrado que se hace a un lado por costumbre.

Es un hombre al que acaban de elegir.

Abre la puerta de un tirón.

Niall y Eòghan aguardan fuera. Al ver aparecer a Broen, la frialdad que emana de su figura es tan imponente que Eòghan, instintivamente, retrocede un paso en el corredor.

—Está lista —dice Broen. La voz le sale rasa, desprovista de todo artificio, pero la mirada fija en el heredero de Uig es una sentencia de muerte en suspensión—. Si la tocas, MacAulay... si una sola de tus manos se posa sobre ella sin su consentimiento, reza para que la justicia del rey te encuentre antes que yo.

Eòghan no responde. Intenta sostenerle la mirada con su habitual sonrisa perezosa, pero la sonrisa no llega a sus ojos.

Durante un instante, el patio entero parece esperar que alguno de los dos olvide la orden real y lleve la mano a la espada.

Me interpongo antes de que descubran cuál posee menos paciencia.

—Me gustaría partir antes de que llegue la noche.

Bajamos en silencio por la escalera de caracol hacia el nivel del mar. Beathag me aguarda al pie de la poterna con la bolsa de ropa y los ojos rojos, pero la barbilla firme. Me la entrega y me aprieta las manos una sola vez antes de que dos hombres de Uig se interpongan.

A los pies del castillo, la *birlinn* de los MacAulay cabecea sobre las olas oscuras, con sus remos recogidos y la vela de lana basta

plegada en el mástil.

Subo a bordo por la escala de madera con la ayuda de Colum. El casco cruje bajo mis pies mientras ocupo un banco cerca de la popa. Los remeros de Uig ocupan sus puestos y se preparan para soltar los amarres.

Justo cuando el primer remo golpea el agua, una figura cubierta con un manto oscuro desciende a prisa por la escalera del embarcadero. Lleva una bolsa de cuero colgada del hombro y camina con la determinación de quien ejecuta una orden directa.

Ealasaid.

La partera de Niall.

Se detiene junto a la orilla, se recoge las faldas con una mano para no mojarse con el golpe de las olas y acepta el brazo de uno de los hombres de Uig para subir a bordo. Ocupa un banco al fondo, justo detrás de mí, y acomoda la bolsa entre los pies con una calma que me hieló la sangre.

El estómago se me cae al fondo del mar.

Toda la certeza que le he vendido a Broen en el gabinete —la tranquilidad de Uig, las semanas ganadas sin inspecciones, la ausencia de manos hurgando entre mis piernas— se disuelve en el agua helada de la bahía.

Vuelvo la cabeza hacia el embarcadero con el pulso desbocado.

Niall MacLeod permanece de pie junto a los escalones de piedra, con la lana del tartán agitada por el viento. Al encontrar mis ojos, no aparta la mirada.

La comisura de su boca se eleva despacio en una sonrisa siniestra, triunfal, saboreando el instante exacto en que comprendo que ha previsto cada uno de mis pasos.

Miro más arriba, hacia lo alto del adarve de Dùn Mhoireasdan, donde Broen lo está viendo todo.

Por un segundo terrible creo que va a saltar, que va a dar una orden a los Cuervos y va a convertir el embarcadero en un matadero.

La mano se le cierra sobre la empuñadura de la espada y el cuerpo entero se le inclina hacia delante como un animal a punto de lanzarse al vacío.

Entonces Darian reacciona.

El laird MacNab da un paso, le atrapa el antebrazo con un agarre de hierro y lo obliga a detenerse. Casi al mismo tiempo, los demás Cuervos cierran filas a su alrededor: Finn, Torren y Altair lo rodean formando un muro humano con sus propios cuerpos, ocultando la rabia desbocada de Broen a los ojos del consejo y de la gente del patio.

Abajo, en la cubierta, Colum se levanta de su banco con esa soltura impecable que siempre despista a sus enemigos.

Avanza dos pasos con elegancia, y yo le sigo con la mirada. Lo observo colocarse justo detrás de la partera y apoyar una mano firme pero afable sobre el hombro, como si fuera una respetable dama a la que tuviera el honor de custodiar.

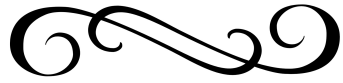
Ealasaid se sobresalta y se gira, pero Colum se inclina despacio hacia su oreja. No alcanzo a oír lo que le murmura. Sus labios apenas se mueven al pronunciar unas pocas palabras impregnadas de esa cortesía ladina, afilada y peligrosa que solo él domina.

La anciana se queda de piedra, con la espalda rígida como una vara, los ojos muy abiertos y los labios apretados.

La *birlinn* despliega la vela cuadrada contra el viento del norte y comienza a alejarse por el brazo del mar, bordeando los acantilados negros hacia la fortaleza costera de Uig.

Mientras el castillo de los Morrison se empequeñece en el horizonte y la marea nos arrastra hacia el territorio de los MacAulay, sé que nunca me había dolido tanto que un hombre respetara mi voluntad.

Capítulo 22



«Broen»

La *birlinn* de los MacAulay se convierte en una mancha oscura sobre el fiordo antes de que consiga soltar la piedra del adarve. Tengo los dedos tan apretados contra el granito que la piel de los nudillos se me ha abierto, dejando un rastro de sangre en la muralla.

«Solo soy tuya».

Respetar su voluntad se parece demasiado a abandonarla. Quizá porque llevo dieciséis años preguntándome qué habría ocurrido si hubiera pronunciado su nombre bajo aquella ventana.

Me inclino sobre el parapeto y trago saliva varias veces, aunque el sabor ácido continúa subiéndome por la garganta.

Lo único que me impide saltar al mar y perseguir esa embarcación a nado es la promesa que le hice y la mano de Darian, que solo ahora se desclava de mi antebrazo.

—Respira, Broen —murmura Darian a mi lado, sin quitarle los ojos de encima al patio—. Si te das la vuelta con esa cara, les regalas exactamente lo que han venido a buscar.

Me obligo a erguirme. Me paso la mano por el rostro y me giro hacia la masa de hombres que aguarda en las almenas.

Niall ha conseguido apartar a la única persona capaz de mantener unido este lugar sin necesidad de sentarse en la silla principal.

Sin embargo, no se marcha.

—Quiere algo más —murmura Altair.

Escupo en el suelo.

—Entonces procuraremos que se marche sin ello —respondo con sequedad.

Niall MacLeod me espera en el centro del adarve, flanqueado por dos de sus guardias. Mantiene la postura erguida de un vencedor y una sonrisa leve, hedionda, flotando en las comisuras de los labios.

—Un espectáculo entrañable, laird provisional —dice Niall, elevando la voz lo suficiente para que los consejeros no pierdan una sola sílaba—. Ver a un hombre del clan desafiar la autoridad del rey y arriesgar la paz de Lewis por proteger a la viuda de su hermano. Aunque, si me lo permites, una vehemencia tan impropia sugiere que las razones para defenderla no son del todo... fraternales.

Un murmullo incómodo se extiende por los ancianos del consejo. Tormod se acomoda las pieles alrededor del cuello, mirando hacia el suelo.

—Entre los hebreos, el hermano debía casarse con la viuda si el muerto no le había dado descendencia —interviene Finn—. Tal vez Broen solo posea un sentido del deber más antiguo que el vuestro.

—No estamos entre hebreos —replica Niall—. La Iglesia considera esa cercanía un impedimento. Hasta Enrique VIII de Inglaterra necesitó una dispensa del papa para casarse con la viuda de su hermano.

Finn ladea la cabeza.

—Y ahora lleva años intentando convencer al papa de que jamás debió concedérsela. Los ingleses poseen una relación complicada con el deber.

—El rey Enrique puede permitirse discutir con Roma —replica Niall, observándome—. Un hombre encargado de juzgar la muerte de su hermano debería procurar que nadie se pregunte qué espera recibir de la viuda.

Yo mantengo la boca cerrada.

Mi silencio suele incomodar a los hombres. Los obliga a escuchar sus propias palabras después de pronunciarlas y muchos descubren entonces que les gustan menos.

—Aunque reconozco que comprendo tu posición —prosigue Niall, caminando despacio hacia el centro del adarve, asegurándose de que cada miembro del consejo lo escucha con claridad—. Lady Caitlin te fue prometida antes de que su padre decidiera que la posición de Sorley valía más que la palabra dada a un muchacho segundón. Broen la vio ser entregada a su hermano. Y todos sabemos lo que vino después, ¿verdad?

Gilleasbuig respira hondo. Tormod cambia el peso de una pierna sobre la otra. Ambos conocen el terreno hacia el que se dirige la conversación y ninguno desea caminar por él.

Niall sí.

—Sorley no era un hombre paciente —dice Niall, y su voz adquiere un tono bajo, casi íntimo, que hace que las tripas se me revuelvan—. Ni tampoco un esposo delicado. Cualquier hombre con ojos en Dùn Mhoireasdan sabía lo que ocurría. La forma en que la obligaba a ponerse en pie tras los castigos, las marcas que dejaba en su piel, el agua helada con la que intentaba purgarla cada mes cuando no se quedaba embarazada... Quizá esa sea la parte que más te ha afectado. Regresar y descubrir cómo trataba a la mujer que debería haberse casado contigo.

—Calla la boca —susurro. La voz me sale como un gruñido cavernoso, un aviso directo desde la garganta.

—¿Por qué habría de callar? —Niall abre las manos con falsa compasión, mirando directamente a los ancianos del consejo—. Todo el clan sabe lo que esa mujer tuvo que soportar durante años. Un infierno diario infligido por un hombre brutal que ni siquiera sabía valorar la suerte que tenía. Otra mujer habría terminado perdiendo el juicio. Cualquier persona con un mínimo de sangre en las venas entendería que, tras una vida entera de tormentos, ella decidiera ponerle fin.

Niall se vuelve hacia Gilleasbuig.

—Contadle lo ocurrido después de que lady Caitlin vendiera sus brazaletes para comprar grano para las familias de Arnol.

El anciano palidece y se humedece los labios.

—El grano había sido comprado sin autorización del laird.

—No os he preguntado por el grano —lo corta Niall—. Os he pedido que expliquéis qué hizo Sorley cuando supo de dónde procedía la plata.

El anciano busca mi mirada y se arrepiente en cuanto la encuentra.

—La hizo comparecer ante el consejo. Afirmó que una esposa no podía vender bienes de su esposo y exigió que reconociera haberle robado.

—¿Qué pasó después? —pregunto.

Gilleasbuig baja los ojos.

—Sorley ordenó que se arrodillara —prosigue—. Ella se negó. Él la golpeó delante de nosotros.

El anciano traga saliva.

—La primera la lanzó contra la mesa. La segunda le abrió el labio. Después nos ordenó salir y cuando acabó prohibió a las mujeres entrar a atenderla hasta la mañana siguiente.

He visto la pequeña cicatriz que Caitlin conserva en la parte interior del labio. Lo he rozado con la lengua sin preguntarme de dónde procedía. He pasado los dedos por las marcas de su espalda, he sentido zonas donde la piel cambia bajo las yemas y acepté su silencio porque creí que respetarlo bastaba.

No pregunté.

Me convencí de que respetaba su silencio cuando, en realidad, temía descubrir cuánto había sufrido mientras yo permanecía vivo en otra parte.

Me adelanto hacia los hombres del consejo.

Darian no me toca, aunque desplaza una bota hasta apoyarla contra la mía. Un aviso. Sigue aquí. También los demás.

—Vosotros salisteis —digo, mirando a Gilleasbuig—. ¿Cuántos golpes escuchasteis desde el corredor?

El anciano cierra los párpados.

—Broen...

—¿Cuántos?

—No los contamos.

La respuesta me vacía los pulmones. Algo sube desde el estómago y tengo que volver la cara. Apoyo una mano en la piedra, abro la boca y consigo contener la arcada.

Darian me sujeta por el hombro. Esta vez no puedo fingir que se trata de una advertencia discreta. Si retira la mano, no sé si avanzaré hacia Gilleasbuig, hacia Niall o hacia el borde desde el que todavía podría arrojarme al mar.

—Aquella no fue la única ocasión —continúa Niall—. ¿Verdad?

Tormod se mueve en el banco.

—Esto no tiene relación con la muerte de Sorley.

—Tiene toda la relación —replica Niall—. Estamos estableciendo el motivo de la acusada y la capacidad de Broen para juzgarla.

El consejero aprieta la boca. Su protesta acaba de ofrecerle permiso para continuar.

—El invierno del octavo año de matrimonio —añade el MacLeod—, lady Caitlin sangró después de un retraso de varias semanas. Sorley afirmó que había perdido a su heredero por haber salido a atender a una mujer enferma.

Algo duro se instala debajo de mis costillas.

Caitlin jamás estuvo embarazada. Me lo explicó con esa franqueza desnuda que utiliza cuando ya ha soportado demasiadas interpretaciones ajenas sobre su cuerpo.

Sorley también debía de saberlo. Bastó un retraso para culparla de la muerte de una criatura que nunca existió.

Niall fija la atención en Tormod.

—¿Dónde la encerró?

El hombre se frota las palmas sobre los muslos.

—En la cámara occidental.

Conozco esa estancia. El viento entra por las junturas incluso en verano. Durante el invierno, la escarcha cubre el interior de los postigos.

—¿Cuánto tiempo la dejó sin agua ni comida?

—Tres noches.

—Cuatro —corrige Gilleasbuig, tan bajo que casi parece hablar para sí—. La sacaron la cuarta mañana.

Tormod le dirige una mirada cargada de rencor. Gilleasbuig la recibe sin fuerzas.

Cierro las manos sobre el borde del parapeto para contener el temblor. Recuerdo a Caitlin calentándose los dedos alrededor de una taza. La forma en que busca el fuego al entrar en una habitación y el cuidado con que coloca otra manta sobre las mujeres sentadas. Siempre creí que el frío la incomodaba más que a los demás.

—¿Y no hicisteis nada?

Gilleasbuig retrocede ante mi voz.

—Era el laird.

—¡Los guardias obedecen al consejo cuando el laird pierde el juicio!

—No podíamos enfrentarnos a Sorley cada vez que discutía con su esposa —replica Tormod—. Caitlin lo contradecía delante de los criados, disponía del grano sin consultarlo y se negaba a obedecerlo. Un hombre tiene derecho a gobernar su propia casa.

—La dejó cuatro noches sin agua —digo.

Tormod se aferra al borde del banco.

—No nos correspondía entrometernos en la corrección de una esposa por parte de su marido.

—Sois unos cobardes —siseo.

Me adelanto hacia ellos, pero Finn da dos pasos hacia mí, bloqueándome el camino.

—Entiendo tu rabia —continúa Niall, y la compasión fingida vuelve su voz más repugnante—. Cualquier hombre la entendería. El hombre que la quisiera lo consideraría un acto de justicia, no un

crimen. Algunos podrían incluso pensar que Sorley merecía morir por lo que le hizo y que ella solo se defendió.

La rabia me ciega la vista. El recuerdo de Caitlin en el gabinete, temblando entre mis brazos, diciéndome que jamás le entregó nada a Sorley, se mezcla con las imágenes grotescas de los abusos que Niall está escupiendo sobre la piedra.

Mi mano se cierra sobre el pomo de la espada. Todo mi cuerpo exige dar un paso adelante y partirles la cara a esos bastardos contra el suelo de las almenas.

Niall quiere que estalle y diga que Sorley merecía la muerte para utilizar mi rabia como prueba definitiva de que Caitlin tenía un motivo.

Lo sé y aun así la espada sale un dedo de la vaina.

Darian me cierra una mano sobre el antebrazo. Torren aferra el tahalí para impedir que extraiga la hoja y Finn sigue entre el resto y nosotros. Altair no me toca. Se limita a pronunciar mi nombre una vez.

—Broen.

La voz me alcanza desde muy lejos.

Niall continúa delante de mí, esperando que termine el movimiento. Sería muy fácil. Un tirón, un paso y el filo atravesaría la sonrisa que lleva desde que se llevaron a Caitlin.

«Quédate aquí».

La hoja deja de avanzar.

«Busca la verdad».

Abro los dedos uno a uno. Torren mantiene sujeto el tahalí hasta que el acero vuelve a entrar en la vaina.

«Salva a este clan».

Darian no retira la mano. Tampoco se la aparto. Necesito su fuerza mientras consigo reunir la mía.

El aire entra por fin hasta el fondo de los pulmones. Después otra vez. No apaga la rabia ni devuelve a Caitlin. Solo me permite levantar la cabeza sin que Niall vea el dolor que todavía me quema detrás de los ojos.

Cuando hablo, la voz sale rota.

—Mi hermano está muerto, MacLeod —digo, y la sonrisa de Niall pierde un milímetro de firmeza—. La mujer a la que acusas se encuentra bajo la custodia de la Corona. Si pretendes convertir lo que sufrió en una confesión de asesinato, tendrás que hacerlo ante la justicia del rey.

Niall me observa durante un segundo, contrariado porque no le he dado las palabras que buscaba. Ha conseguido que todos vean mi rabia, pero no que la convierta en una defensa del asesinato.

—Tal vez tengas razón —dice Niall, recuperando la compostura con un gesto despectivo de la mano—. Al fin y al cabo, los muertos no hablan. Aunque... siempre quedan los secretos que dejan atrás. ¿Recibió la última absolución?

—Su muerte fue casi instantánea. El sacerdote que atiende la capilla se encontraba en Arnol —explica un anciano—. Regresó después de la muerte del laird.

Los dedos de Niall se detienen sobre el broche de su clan.

—Un hombre con una conciencia tan pesada como la de tu hermano debió de buscar consuelo espiritual antes de su trágico final. ¿No tuvo un confesor a su lado? ¿O es que no dejó ninguna última palabra, ninguna confesión por escrito encomendada a un hombre de fe?

La frase cae con la misma ligereza que una pregunta sobre el tiempo. Niall ni siquiera me mira al pronunciarla. Se concentra en

alisar uno de los pliegues de su ropa, aunque su quietud posee demasiada atención.

—Sorley no era dado a compartir sus pensamientos con los clérigos —responde Tormod con sequedad.

—Qué lástima —murmura Niall, sosteniéndome la mirada—. Hay verdades que pesan demasiado para llevárselas a la tumba. O para dejarlas sueltas por las Hébridas.

Obligo a mi rostro a mantener una calma de piedra.

—Los asuntos del alma de mi hermano quedaron entre él y Dios, MacLeod —digo con una frialdad cortante.

Me dispongo a dar media vuelta hacia la escalera. Necesito salir de ahí, pero Niall no ha terminado.

—¿Y lady Caitlin? —pregunta, elevando la voz apenas lo justo para detenerme con el pie suspendido sobre el primer peldaño—. ¿Tampoco ha buscado el consuelo de un sacerdote? Una mujer acusada de un crimen tan horrendo debería desear limpiar su conciencia?

—¿De qué cojones hablas, Niall? —pregunto con incredulidad.

Él ladea la cabeza, con esa sonrisa afilada que busca calar hondo.

—Todos sabemos que a vuestro clérigo nunca le han gustado las mujeres. Sus sermones parecen diseñados únicamente para recordarles su naturaleza pecaminosa y culparlas de las desgracias del hombre. Una mujer acorralada, temiendo por su vida o soportando los tormentos de un mal matrimonio, sin duda buscaría a un hombre de Dios más... compasivo.

Me obligo a no parpadear, manteniendo los hombros rígidos y la mirada fija en el granito de los peldaños.

Cuando la rabia comienza a disiparse y puedo pensar con más claridad, comprendo que su interés jamás ha estado en los pecados

de Sorley o Caitlin.

Quiere saber si otro sacerdote ha cruzado estas murallas y ha hablado con ellos.

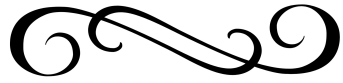
—Caitlin no le debe explicaciones sobre su fe a nadie, y mucho menos a ti —respondo, volviéndome hacia él con la voz convertida en granito.

Niall estrecha los ojos, intentando descifrar si en mis palabras hay ignorancia o protección, pero no le doy espacio para continuar.

Doy un paso firme hacia la escalera del torreón. Darian se coloca a mi flanco de inmediato, interponiendo su cuerpo para bloquear cualquier intento de los MacLeod de seguirnos.

—Necesito saber qué secreto estaba comprando Sorley... —le murmuro a Darian al oído, tan bajo que el viento de la costa amortigua mis palabras mientras descendemos a la penumbra de la torre— y por qué a Niall MacLeod le aterra tanto que Caitlin lo sepa.

Capítulo 23



«Caitlin»

La *birlinn* deja de combatir contra el mar antes de que yo consiga distinguir la costa.

La violencia de las olas disminuye poco a poco. El casco aún sube y cae bajo mis pies, pero ya no recibe los golpes de costado ni arroja espuma por encima de la borda. El timonel ha encontrado la entrada de la bahía y los doce remeros hunden las palas al mismo tiempo, levantando hilos de agua que el viento rompe antes de devolverlos al océano.

Permanezco en la proa, con una mano aferrada a la madera húmeda y la otra escondida bajo el manto.

Ealasaid continúa sentada, con la bolsa entre los pies y la mirada perdida en el mar. No sé qué le ha dicho Colum y creo que nunca lo sabré si tengo que depender de él para ello.

Llevo tantas horas respirando sal que la siento pegada a los labios, en el cabello y hasta en la lana del vestido. Aun así, cuando la costa se abre delante de nosotros, tomo aire como si acabara de aprender a hacerlo.

La playa se extiende entre dos promontorios oscuros, enorme y lisa, con la arena tan blanca bajo las nubes que parece molida de huesos.

El agua llega hasta ella en lenguas verdinegras, removida por un viento que no deja de correr aunque la *birlinn* ya haya entrado en la protección de la ensenada.

No hay árboles apretados contra las laderas ni una torre dominando el terreno desde lo alto. Solo dunas cubiertas de marram, brezales que suben hacia las colinas y, más allá, manchas de agua quieta atrapadas entre la tierra y el cielo.

Creía conocer Lewis.

Conocía los corredores de Dùn Mhoireasdan, la escalera que crujía junto a la despensa, el color que adquiría el mar bajo las ventanas cuando se acercaba una tormenta. Sabía dónde guardaban el grano, qué mujeres evitaban mirar a los hombres del consejo a los ojos y qué puertas convenía no cruzar cuando mi marido estaba de mal humor.

Eso no era conocer una isla.

Era conocer una jaula.

Eòghan se acerca y apoya una mano en la borda.

El viento le aparta el cabello de la frente. Bajo la claridad gris, el rojo de su pelo adquiere el color del cobre recién golpeado.

No es el único. Entre los hombres que manejan las cuerdas distingo otras dos cabezas encendidas, una barba rojiza y las trenzas anaranjadas de un muchacho que recoge una cuerda. Nunca había reunido en un mismo barco tantos matices de fuego.

—Ardroil —anuncia Eòghan.

Al señalar la costa, su manga se desliza y deja al descubierto una muñeca cubierta de pecas.

—Esperaba ver el castillo —digo.

—Lo verás cuando dejemos de mirar lo mejor.

Sigo la dirección de su mano. Sobre la arena hay varias embarcaciones pequeñas puestas a secar, con los cascos apoyados en piedras. Hombres y mujeres trabajan alrededor de ellas. Unos remiendan redes tendidas entre estacas; otros limpian pescado sobre unas mesas, rodeados de gaviotas que protestan por cada resto arrojado demasiado lejos. Detrás de las dunas se elevan hebras de humo que el viento inclina hasta volverlas casi horizontales.

—¿No hay murallas? —pregunto.

Eòghan se vuelve hacia mí y sonrío con la clase de orgullo que no necesita que nadie se lo celebre.

—Las hay. Solo que aquí aprendimos hace tiempo que una pared no detiene al Atlántico.

Colum, sentado unos pasos más allá con los brazos cruzados sobre el pecho, alza apenas una ceja.

—Ni a los MacLeod cuando han bebido demasiado.

Eòghan le dedica una mirada lenta.

—Veo que Broen no te mandó para hacer compañía.

—Broen no me mandó para hacer nada agradable.

La respuesta debería arrancarme una sonrisa. Casi lo consigue. El nombre de Broen tiene ese efecto absurdo sobre mí.

Desde que Dùn Mhoireasdan desapareció tras la lluvia, vuelvo la cabeza cada vez que la cubierta cruje a mi espalda. Conozco el peso de sus pasos, la pausa que deja antes de hablar y la manera en que el espacio se estrecha cuando se acerca. En esta *birlinn* todos los sonidos pertenecen a Colum, a Eòghan o a los marineros. Ninguno es Broen.

Había olvidado que la ausencia de un hombre puede ocupar tanto sitio. Quizá porque durante diecisiete años confundí aprender a vivir

alrededor de ella con haber dejado de sentirla.

Eòghan observa a Colum con mayor atención. Apenas se conocen. Durante la travesía han intercambiado poco más que las cortesías imprescindibles, y casi todas han salido de la boca del MacAulay.

Colum ha respondido con educación, sin ofrecer una sola frase de más ni permitir que su silencio se confunda con timidez.

—¿Conocéis bien a los MacLeod? —pregunta Eòghan.

—Lo suficiente para saber que beben.

—Eso no exige un conocimiento profundo.

—Las conclusiones sencillas suelen ser las más fiables.

Eòghan deja escapar una risa breve.

La *birlinn* cambia de rumbo y la vela cuadrada restalla sobre nuestras cabezas antes de tensarse.

Entonces aparece la fortaleza.

No se alza sobre un acantilado ni domina el horizonte con torres imposibles. Ocupa una elevación baja detrás de las dunas, protegida por una empalizada de madera y terrones endurecidos. En el centro se levanta una torre rectangular de piedra gris. A su alrededor se agrupan almacenes, establos, cobertizos y una sala más larga cuyo techo está sujeto por cuerdas y piedras. Desde el mar parece austera, incluso pequeña. Sin embargo, el lugar donde la construyeron permite vigilar toda la bahía y los dos promontorios que cierran la entrada.

Ninguna embarcación podría aproximarse sin ser descubierta mucho antes de alcanzar la arena.

—Nuestros antepasados llegaron desde Irlanda —explica Eòghan, señalando las construcciones—. Al menos eso aseguraba mi abuela. Decía que atravesaron el mar con poco más que sus armas, sus nombres y el cabello suficiente para incendiar media isla.

Miro de nuevo a los hombres de la tripulación.

—El cabello parece haber sobrevivido mejor que la modestia.

—La modestia se perdió en la primera tormenta. Pesaba demasiado.

Colum baja la vista hacia sus botas.

—Una fortuna. El barco ya debía de ir sobrecargado.

Eòghan lo mira y esta vez la sonrisa tarda un poco más en aparecer.

—Mi abuela habría dicho que los hombres oscuros desconfían del fuego porque saben que los vuelve visibles.

—Mi madre habría dicho que no conviene discutir con las abuelas. Han tenido más tiempo para preparar la respuesta.

Eòghan observa a Colum con curiosidad.

—¿También crees que vinisteis de Irlanda? —le pregunto a Eòghan.

Su atención regresa a mí.

—Creo que nuestras historias viajan mejor que nosotros. Algunos dicen que procedemos del Ulster. Otros aseguran que siempre estuvimos en Lewis y que inventamos el origen irlandés porque una familia parece más antigua cuando ha cruzado un mar para llegar. A mí me basta con que llevemos aquí el tiempo suficiente para que los Morrison aún discutan dónde terminan nuestras tierras.

—Los Morrison no necesitan incertidumbre para discutir una frontera —corrijo.

—Ese es el problema de los breves —responde—. Aprenden todas las leyes y acaban convencidos de que también inventaron la tierra sobre la que se aplican.

La observación me recuerda a Sorley recitando genealogías durante las cenas, satisfecho de saber qué vaca se entregó para compensar una muerte ocurrida antes de que naciera su abuelo.

Los Morrison guardan la memoria de Lewis porque de ella depende su autoridad. Los MacAulay, al parecer, conservan la suya para impedir que otros la utilicen contra ellos.

Incluso Dùn Mhoireasdan fue levantado para guardar decisiones, documentos y hombres acostumbrados a juzgar.

Ardroil mira hacia el océano.

La diferencia se nota incluso antes de pisar tierra.

Allí las puertas siempre parecen cerrarse detrás de quien entra. Aquí las construcciones se reparten alrededor de la bahía y permiten que el viento atravesase cuanto encuentra. Hay remos apoyados contra las paredes, velas extendidas sobre la hierba, sogas secándose en postes y pieles de foca tendidas junto a un almacén. El mar no termina en la playa. Entra en el asentamiento adherido a cada objeto.

—Vuestra gente vive mirando hacia Irlanda —digo.

—Hacia Irlanda, Skye, Harris y cualquier lugar del que pueda regresar un barco con madera, hierro o noticias interesantes. — Eòghan hace una pausa—. Los Morrison miran hacia dentro. Los MacAulay aprendimos hace mucho que, cuando la tierra no da suficiente, hay que pedirle el resto al agua.

Colum vuelve la cabeza.

—El agua no suele regalar nada.

—Por eso se lo quitamos.

La respuesta parece gustarle. No sonrío, pero cierta resistencia abandona su postura antes de que vuelva a cruzar los brazos.

Nos aproximamos a la orilla. Los hombres recogen la vela y aseguran los remos. En la playa aguarda una comitiva demasiado numerosa para recibir a una mujer trasladada por orden real.

Distingo criados, guerreros, dos ancianas, varios niños y una muchacha pelirroja que sostiene un cuenco cubierto con un paño. Más atrás esperan tres caballos ensillados, pese a que la fortaleza se encuentra lo bastante cerca para alcanzarla andando.

—¿Todo esto es por mí? —pregunto.

—Mi hermana considera que una invitada debe ser recibida como tal —responde Eòghan—. Y yo no pienso permitir que nadie confunda la custodia con un cautiverio.

Las palabras son amables. Quizá demasiado.

Miro a Colum.

Él no devuelve la atención. Observa a los hombres de la playa y roza con el pulgar el pomo de la daga, un gesto pequeño que Eòghan no parece advertir.

Broen sí lo habría visto.

El pensamiento llega sin pedir permiso. Broen habría contado también los arcos, las distancias, la profundidad del agua junto al casco. Se habría colocado entre la costa y yo sin anunciar que lo hacía. Después habría fingido que su posición obedecía al viento o a la conveniencia del desembarco.

La quilla roza la arena.

Eòghan baja primero al agua y se vuelve para ofrecerme la mano. Colum se coloca detrás de mí, sin competir por el gesto ni apartarse más de lo necesario.

Apoyo los dedos en la palma del MacAulay.

Está caliente pese al frío.

—Bienvenida a Ardrol, Caitlin.

No utiliza mi título. Tampoco el apellido de Sorley.

Durante un instante soy únicamente yo, sobre una pasarela que se balancea entre la *birlinn* y una tierra donde nadie ha inspeccionado todavía mis paños ni ha discutido delante de mí si merezco seguir viva.

Debería sentir alivio.

Sin embargo, al tocar la arena, vuelvo la vista hacia el mar que acabamos de cruzar. La ruta de regreso ya se ha desvanecido bajo el cielo gris. Dùn Mhoireasdan queda en algún lugar detrás de los promontorios, oculto por la misma isla que durante toda mi vida me pareció demasiado pequeña para guardar un secreto.

Broen también.

Colum desciende detrás de mí. No pregunta qué estoy buscando. Solo se sitúa a mi lado, mirando en la misma dirección.

—No se ve desde aquí —dice.

—Ya lo sé.

—Él también.

Vuelvo la cabeza.

Colum contempla el horizonte, discreto incluso al ofrecer consuelo.

Después echa a andar hacia la fortaleza como si no hubiera dicho nada.

Ealasaid desciende detrás de los hombres de Uig. No necesita preguntar dónde dormirá. Por la forma en que mira la fortaleza, ya está decidiendo desde qué puerta podrá vigilar la mía.

La muchacha pelirroja baja el cuenco que sostiene en cuanto nos acercamos.

De cerca parece aún más joven de lo que pensé desde el barco. Quince años, quizá. Tiene el cabello del mismo rojo encendido que Eòghan, recogido en dos trenzas gruesas que le caen sobre el

pecho, y una constelación de pecas tan apretada sobre la nariz que apenas queda piel entre unas y otras.

Lleva un vestido de lana verde sencillo y las botas manchadas de arena hasta los tobillos.

Eòghan intenta besarle la frente. La muchacha ladea la cabeza para esquivarlo, aunque la sonrisa le estropea el desaire.

—Has tardado —le reprocha.

—También me alegra verte.

Eòghan se vuelve hacia mí con una resignación demasiado acostumbrada para ser auténtica.

—Mi hermana, Brìghde. Desde que nuestra madre murió, se considera responsable de recibir a cuantos llegan a Ardcoil y de señalarme todos mis errores antes de que alguien más tenga ocasión.

La muchacha me dedica una inclinación correcta, ensayada muchas veces y ejecutada con demasiada rapidez para resultar solemne.

—Lady Caitlin. —Al incorporarse, sus ojos recorren mi manto húmedo y se detienen en los mechones pegados a mis mejillas—. Mi hermano aseguró que llegaríais antes de que cambiara la marea.

—La marea no consulta a tu hermano —respondo.

Brìghde desvía una mirada hacia Eòghan. Por el modo en que se le eleva una comisura, entiendo que acabo de confirmar una opinión que ya tenía formada.

—Eso intento explicarle desde que aprendí a hablar.

Eòghan toma el cuenco de sus manos antes de que ella pueda apartarlo.

—También lleva desde entonces creyendo que toda frase mejora si me contradice.

—La mayoría mejora.

No lo dice con la destreza de una mujer habituada a dominar conversaciones, sino con la rapidez de una hermana pequeña que lleva toda la vida descubriendo dónde están los puntos débiles del único hombre al que no necesita impresionar.

Eòghan podría corregirla delante de sus hombres. En lugar de eso, retira el paño que cubre el cuenco.

Dentro hay pan de avena, un pequeño montón de sal y una copa baja.

—Mi abuela insistía en que nadie debía entrar en Ardrol sin probar primero el pan de esta tierra y la sal de nuestro mar —explica—. Eòghan dice que la costumbre procede de Irlanda. Eòghan atribuye a Irlanda cualquier cosa cuya explicación desconoce.

Su hermano se lleva una mano al pecho, herido solo en apariencia.

—También atribuyo a Irlanda tu carácter.

—Mi carácter procede de haber crecido contigo.

Brìghde parte un pedazo de pan, lo unta con la sal y me lo entrega. Sus ojos no abandonan mi rostro mientras lo llevo a la boca. El pan está frío y resulta algo correoso por la humedad, pero contiene semillas tostadas y un sabor limpio que me obliga a masticar despacio.

—Ahora ya eres huésped —declara cuando termino—. Eso significa que comerás con nosotros y caminarás por donde desees.

—Gracias.

Va a decir algo más. Lo noto en el modo en que toma aire y aprieta el cuenco contra el vientre. Sin embargo, Colum llega a nuestro lado en ese momento y la frase desaparece de su rostro.

Brìghde lo mira.

Nada en ella se mueve durante un latido entero.

Después baja los ojos hacia el broche oscuro de su tartán, los vuelve a subir hasta el rostro y parece olvidar que su hermano, yo y media playa podemos verla.

Es la mirada de alguien que encuentra una puerta donde hasta entonces solo había pared.

Eòghan no lo advierte. Está demasiado ocupado retirándose arena de las botas.

—Él es Colum —dice—. Uno de los hombres de Broen. Nos acompañará durante la estancia de Caitlin.

Colum inclina la cabeza hacia la muchacha.

—Lady Brìghde.

Su cortesía resulta impecable. También completamente indiferente.

Brìghde abre la boca.

—Yo...

El cuenco se le inclina entre las manos. La copa de madera que hay bajo el paño golpea contra el borde, y ella lo endereza tan deprisa que una parte de la sal cae sobre sus botas.

Eòghan levanta la vista.

—¿Qué haces?

—Nada.

La respuesta sale demasiado rápida. Brìghde mira la mancha blanca sobre el cuero como si la sal hubiera decidido traicionarla por voluntad propia.

Se agacha para sacudirse la bota, aunque la sal ya se ha metido entre los cordones. El movimiento le permite ocultar el color que empieza a subirle por el cuello.

No sé si Colum lo ha visto. Su expresión no cambia, pero da un paso para recoger el pequeño pedazo de pan que ha caído junto al cuenco.

Lo limpia con dos dedos y se lo entrega.

—Se te ha caído esto.

Brìghde alza el rostro.

Él sostiene el pan entre ambos sin atribuir importancia al gesto. Ella lo contempla como si acabara de ofrecerle una reliquia.

—Gracias —consigue decir.

Colum ya está mirando hacia la empalizada cuando ella retira la mano, pero Brìghde se queda inmóvil con el pedazo de pan entre los dedos. El rubor le alcanza las mejillas y resalta las pecas hasta hacerlas parecer más oscuras.

Conozco esa turbación.

No la que provoca un hombre al acercarse demasiado, sino la anterior. La que nace cuando una mujer descubre que desea que vuelva a acercarse.

—¿También debo comer? —pregunta él.

Brìghde levanta la cabeza con una rapidez que habría delatado incluso a una mujer con mucha más experiencia.

—Sí.

Eòghan mete la mano en el cuenco.

—A mí nunca me recibes con pan.

Su hermana le golpea los dedos antes de que alcance un pedazo.

—Tú no eres invitado.

—Él tampoco.

Colum acepta un trozo cuando se lo ofrece. Le da las gracias, lo come sin advertir que Brìghde permanece pendiente de su reacción y vuelve a ocuparse de cuanto ocurre alrededor.

—Está bueno —dice al terminar.

La muchacha sonríe.

Eòghan mira primero a su hermana y después a Colum. Algo empieza a ordenarse muy despacio detrás de sus ojos.

—He ayudado a hacerlo —se apresura a explicar Brìghde, dirigiéndose a Colum—. No todo. Amasé una parte. Y encendí el horno. Aunque el primer fuego se apagó porque la turba estaba húmeda, pero el segundo...

Se interrumpe al darse cuenta de cuánto está hablando.

Colum espera con educación, sin burlarse de ella ni terminarle la frase.

—Entonces tiene más mérito —responde.

Es una frase sencilla. Probablemente la olvidará antes de alcanzar la fortaleza. Pero sospecho que Brìghde la recordará durante el resto de su vida.

Eòghan exhala lentamente por la nariz, recupera el cuenco de manos de su hermana y se lo entrega a una criada.

—Padre nos espera.

Brìghde asiente, demasiado deprisa, y se coloca a mi lado. Colum echa a andar detrás de nosotros con esa forma suya de acompañar sin parecer parte de la comitiva.

El camino asciende entre las dunas sobre piedras planas hundidas en la arena. A medida que nos acercamos, la fortaleza pierde la modestia que mostraba desde el mar.

No hay adornos inútiles.

Todo parece pensado para resistir el viento, la sal y a los hombres.

De las vigas cuelgan redes, remos partidos, arpones y varios escudos abollados que nadie se ha molestado en reparar.

—El de la izquierda perteneció a un MacLeod —me explica Eòghan al verme mirarlos—. Mi abuelo decía que tapaba mejor un agujero en el techo que en el brazo de su dueño.

Colum se detiene bajo el arco de entrada y levanta la vista hacia la pasarela que une la torre con la muralla.

—Dos hombres podrían defender esa subida durante bastante tiempo.

No halaga la construcción. La evalúa.

Eòghan sigue su mirada.

—Tres, si el tercero no molesta.

—Entonces bastarán dos.

La respuesta no busca provocar. Colum ya ha pasado al siguiente detalle: la puerta secundaria junto a los establos, las almenas bajas, la distancia hasta el pozo. Brìghde lo observa desde mi otro lado, aunque esta vez tiene la sensatez de apartar los ojos antes de que su hermano la descubra.

Dentro de la sala grande, el aire cambia. Las vigas son bajas, oscurecidas por años de humo. Sobre la pared del fondo cuelga el estandarte MacAulay, rojo y oro, junto a una espada demasiado vieja para seguir utilizándose y demasiado importante para retirarla.

El padre de Eòghan y Brìghde nos espera junto al hogar.

Domhnall MacAulay es un hombre ancho incluso bajo las mantas que le cubren las piernas. El cabello conserva vetas rojizas entre el blanco y la barba le llega hasta el pecho. No se levanta al verme, pero tampoco intenta disimular que la rodilla derecha no le responde

bien. Se limita a apoyar ambas manos sobre el bastón y me examina con unos ojos claros que no han perdido nada de fuerza.

—Así que tú eres Caitlin Morrison.

No hay desprecio en su voz. Tampoco compasión.

—Y vos sois el hombre que ha aceptado custodiarme.

Una comisura de su boca se mueve.

—Custodiar es una palabra para hombres que temen decir proteger.

Eòghan abre la boca para intervenir, pero su padre levanta un dedo y lo silencia sin mirarlo.

—En Ardroid serás huésped mientras no intentes incendiarme la torre —continúa—. Si decides hacerlo, avisa antes. Mi hija guarda cosas importantes en la planta alta.

Brìghde pone los ojos en blanco.

—Solo libros y ropa.

—Precisamente. Mi hijo solo guarda armas y opiniones. Ambas pueden sustituirse.

Eòghan acepta el golpe con la paciencia de quien lleva años perdiendo esa batalla.

Domhnall mira entonces a Colum.

—¿Y tú?

Colum inclina la cabeza.

—Colum.

El laird espera algo más. No llega.

—¿Sin apellido?

—Tengo uno. No suele mejorar las conversaciones.

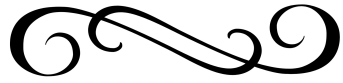
El anciano lo observa durante unos segundos y golpea una vez el suelo con el bastón.

—Bien. Los hombres que llegan anunciando demasiado suelen traer poco detrás.

Colum no sonríe, pero su mirada se suaviza apenas.

Eso, en él, equivale casi a una reverencia.

Capítulo 24



«Caitlin»

La cena empieza antes de que consiga acostumbrarme al sonido de aquella casa.

En Dùn Mhoireasdan también había risas.

Las mías sobrevivieron en las cocinas con Beathag, detrás de puertas cerradas y, desde el regreso de Broen, entre unos hombres que parecen considerar la solemnidad una enfermedad que conviene combatir.

Pero en la gran sala, mientras Sorley ocupaba la silla principal, el ruido tenía límites. Los hombres reían pendientes de su mesa, atentos a cualquier gesto que indicara si podían continuar o si la diversión acababa de ofenderlo.

Aquí lo extraño no es que la gente se ría. Es que nadie vigila a Domhnall mientras lo hace.

Brìghde discute con un criado porque ha colocado el pan demasiado cerca del hogar. Eòghan intenta robar una loncha de carne antes de que terminen de servirla y recibe un golpe en los nudillos con la cuchara. Domhnall observa el castigo desde su asiento, satisfecho.

—Tu madre habría utilizado el cucharón grande —le advierte a su hijo mientras acomoda la pierna enferma sobre un banco bajo—. Te estás beneficiando de la decadencia de las costumbres.

—Mi madre me quería.

—Por eso te golpeaba con precisión.

Eòghan se sienta a mi izquierda y se frota los dedos, aunque Brìghde apenas lo ha tocado. Ella ocupa el otro lado de la mesa, junto a Colum, elección que pretende parecer casual y no engaña a nadie que haya observado cómo ha cambiado de sitio dos veces antes de sentarse.

Colum no parece haberlo advertido, pero con él nunca se sabe.

Ha elegido el banco desde el que puede ver la puerta principal, la entrada de la cocina y la escalera que sube a las habitaciones. Come despacio, sin sumarse al ruido ni aislarse de él. Cuando alguien se mueve detrás de mí, sus ojos lo siguen antes de regresar al plato.

Brìghde le acerca a Colum el cuenco de nabos antes de que este lo pida.

—Están cocidos con manteca —le explica—. Mi padre dice que saben mejor así.

—Tu padre tiene razón.

Ella baja la mirada para ocultar una sonrisa. Domhnall, que no se pierde gran cosa desde su silla, observa a su hija y luego a Colum con una paciencia inquietante. Eòghan también lo ve, pero decide concentrarse en cortar la carne.

Ealasaid, la matrona MacLeod, se encuentra cerca del extremo de la mesa, entre una mujer mayor del clan y uno de los hombres que la acompañaron desde Dùn Mhoireasdan.

Come sin apartar del todo la atención de mí, aunque Brìghde ha dejado claro, al conducirme hasta mis aposentos, que la matrona no

entrará allí mientras yo no lo permita.

Domhnall rompe un pedazo de pan y lo moja en el caldo.

—Eòghan dice que naciste en Kintyre.

La pregunta no me incomoda hasta que intento responderla.

—En las tierras de una rama menor de los MacDonald —explico—. Mi padre es primo de Alexander Carragh MacDonald de Dunyvaig.

—¿Cómo se llamaba?

—Ranald MacDonald.

El nombre de mi padre lleva tanto tiempo sin salir de mi boca que durante un instante parece pertenecer a otro hombre.

Domhnall mastica despacio antes de volver a hablar.

—Conocí a un Ranald MacDonald hace muchos años. Tenía una cicatriz bajo la barbilla y discutía el precio de la lana como si cada vellón hubiera nacido de su propio cuerpo.

—Entonces probablemente era él.

Recuerdo la cicatriz. También el modo en que mi padre se tocaba la mandíbula cuando pensaba que alguien intentaba engañarlo. El recuerdo regresa intacto y duele con todos los años que lleva encerrado.

—¿Sigue vivo? —pregunta Brìghde.

Miro el caldo.

—No lo sé.

La mesa pierde parte de su ruido.

Eòghan deja el cuchillo junto al plato. No reacciona con sorpresa exagerada, pero la ligereza desaparece de sus facciones.

Domhnall apoya los antebrazos sobre la mesa.

—¿Cuándo recibiste noticias por última vez?

Busco la respuesta y solo encuentro años mezclados entre sí.

—Mi madre escribió después de que muriera mi hermano mayor. Eso fue... —Cuento inviernos, embarazos que nunca llegaron y festividades celebradas bajo la mirada de Sorley—. Hace nueve años. Quizá diez.

Brìghde levanta la vista.

—¿Y nunca contestaron después?

—Yo contesté.

La frase sale más defensiva de lo que pretendía.

—Varias veces —añado—. Sorley decía que los barcos no habían podido partir, que los mensajeros se negaban a cruzar durante el invierno o que las cartas se habrían extraviado en Skye. Después me avisó de que mi madre enfermó y mi hermano menor heredó las obligaciones de mi padre y... supuse que tendría su propia familia.

Nadie habla.

Ealasaid deja de comer.

Domhnall me observa con una expresión distinta a la compasión. Peor. Comprensión.

—Los barcos de Kintyre llegan a Lewis todos los años —dice—. Incluso en inviernos malos.

Eòghan baja la vista hacia su copa. Hasta ese momento había evitado cuestionar de forma directa cuanto pudiera pertenecer a mi matrimonio, quizá por cortesía o porque sabe que cada revelación puede convertirse después en testimonio. Ahora se le endurece la boca.

—¿Nunca vinieron a verte?

—Mi padre quiso hacerlo durante los primeros años. Sorley aseguró que había disputas en la costa y que no podía garantizar su seguridad. Después dijo que yo me encontraba enferma. —Paso el pulgar por una grieta de la copa—. Más tarde dejó de explicar por qué no era buen momento.

Brìghde mira a su padre como si esperara que él negara la evidencia.

Domhnall no lo hace.

—Menuda sarta de patrañas. Te mantuvo apartada de tu familia a propósito.

No lo formula como una pregunta.

—Mis padres creían que una esposa debía permanecer junto a su marido —digo—. Aunque hubieran sabido que era infeliz, habrían esperado que lo soportara.

—Soportar un mal carácter no es lo mismo que desaparecer —responde Domhnall.

Brìghde ha olvidado a Colum. Me mira con los ojos muy abiertos, incapaz aún de esconder lo que siente.

Eòghan se gira hacia su padre.

—Podríamos enviar un barco cuando mejore el tiempo.

La rapidez con que lo dice me aprieta el pecho. Nadie le ha pedido que resuelva nada. Ni siquiera ha terminado de entenderlo. Aun así, su primer impulso ha sido encontrar una forma de devolverme algo.

Domhnall señala a su hija con el pan.

—Mañana buscarás en los registros de comercio. Si algún barco de Kintyre ha descargado aquí durante los últimos años, sabremos quién lo mandó.

Brìghde asiente con solemnidad.

Eòghan no discute la orden.

En aquella familia, la autoridad no necesita convertir a nadie en pequeño.

La idea me descoloca más que todo lo demás.

Durante un rato me dejo envolver por aquella familia que se contradice sin convertir cada desacuerdo en una herida. Eòghan puede burlarse de su padre y seguir mirándolo con afecto. Brìghde corrige a ambos, recibe una réplica y continúa comiendo. Nadie espera una represalia después de la risa.

Sorley ha muerto, pero mi cuerpo tarda en creer que puede descansar.

La facilidad de aquella mesa duele. Podría acostumbrarme a una casa así, a hablar sin medir el humor de un hombre y a dormir sin escuchar pasos en el corredor.

Un criado entra con una jarra de cerveza y, detrás de él, aparece un hombre al que no he visto durante el desembarco.

Lleva una sotana negra gastada, demasiado amplia en los hombros, y un cordón sencillo anudado a la cintura. La tonsura está reciente, aunque el cabello que la rodea ha crecido de manera irregular. Su rostro es estrecho, cubierto por una barba gris que no consigue ocultar la delgadez. Tiene las mejillas hundidas y las manos de alguien que ha pasado hambre o una larga enfermedad.

Se detiene al verme.

No es una vacilación común.

Sus dedos se cierran sobre el pequeño crucifijo que lleva al pecho y sus ojos se fijan en mí con una intensidad que no corresponde a una presentación entre desconocidos.

Domhnall advierte su presencia.

—Padre Seumas. Venid. Os guardaremos un plato si mi hijo deja algo.

El sacerdote inclina la cabeza con rapidez.

—Sois muy generoso, mi señor.

Su voz apenas supera el rumor de la sala. Acepta el cuenco que le ofrece una criada y avanza hacia la mesa procurando no llamar la atención. Sin embargo, al levantar la vista, sus ojos tropiezan conmigo de nuevo.

Ocupa el banco libre junto al hogar y coloca el cuenco frente a él. El vapor le humedece las mejillas hundidas, pero tarda en coger la cuchara. Sus dedos continúan cerrados alrededor del crucifijo que cuelga sobre la sotana.

Ealasaid alza la cabeza.

—Padre Seumas.

El sacerdote se vuelve hacia ella y la poca serenidad que había recuperado se le quiebra en el rostro. La sorpresa apenas dura, aunque la cuchara golpea contra el borde del cuenco cuando por fin la toma.

—Ealasaid.

Se inclinan el uno hacia el otro con la familiaridad sobria de quienes han coincidido muchas veces en bautizos, entierros y casas donde alguien necesita ayuda.

—No esperaba encontraros en Ardrol —comenta la matrona.

Seumas mira de nuevo su caldo antes de contestar.

—Yo tampoco esperaba terminar aquí.

Ealasaid acepta la respuesta sin concederle mayor importancia. Él, en cambio, permanece atento a cada uno de sus movimientos, como

si la presencia de la matrona hubiera añadido una amenaza distinta a la que ya encontré al verme.

Domhnall vuelve a hablar de los barcos que parten hacia el sur.

Intento atender, pero el sacerdote apenas prueba la comida.

Cada vez que la puerta se abre, vuelve la cabeza. Rechaza la carne que una criada le ofrece sin mirar la bandeja y derrama caldo sobre la manga cuando dos hombres entran cargados con leña. Después sus ojos regresan hacia mí por el espacio entre los hombros de Eòghan y Domhnall.

Aparta la vista en cuanto descubre que lo observo.

Al otro lado de la mesa, Colum sostiene la jarra de cerveza entre las manos. La superficie bruñida de la pieza devuelve un reflejo deformado del hogar y del banco donde se sienta Seumas. Desde allí puede vigilarlo sin girarse. Continúa escuchando a Domhnall, parte un pedazo de pan cuando Brìghde se lo acerca y responde con educación a una pregunta sobre el viaje. Aun así, cuando el sacerdote levanta la cabeza, los ojos de Colum ya están fijos en la jarra.

Sorley escondía a un sacerdote.

El recuerdo me deja una presión fría bajo las costillas. Nadie había conseguido averiguar quién era ni por qué mi marido lo mantenía oculto. Tal vez Seumas no tenga relación alguna con aquel hombre. Lewis cuenta con más de un sacerdote y el miedo puede proceder de muchos lugares.

La presencia de Ealasaid, sin embargo, parece haberlo inquietado todavía más. También sabe quién soy yo, aunque nadie me ha presentado.

Busco a Colum. Él desliza el pulgar una vez por el borde de la jarra y mueve los ojos hacia el sacerdote. El gesto dura apenas un momento, pero contiene una pregunta que ambos comprendemos.

También lo ha relacionado.

—¿Estás cansada?

Eòghan ha dejado de hablar con su padre y me observa con una preocupación discreta.

—Sí, creo que... me retiraré a descansar si no os importa.

Eòghan se incorpora antes de que termine la frase. La rapidez del movimiento llama la atención de su padre, que lo mira primero a él y después a mí.

—Claro —responde—. Perdona. No hemos tenido en cuenta tu estado.

La palabra queda suspendida entre nosotros con una delicadeza que no esperaba. Mi estado. Aquí nadie la pronuncia con suspicacia ni dirige la vista hacia mi vientre para buscar señales. Domhnall se limita a apartar su cuenco y hace un gesto a Brìghde para que se acerque.

—La habitación está preparada —asegura ella—. He pedido que dejaran más turba junto al hogar y una jarra de agua caliente. Si necesitas otra manta, hay una en el arcón.

—Con una bastará.

—Eso dices porque todavía no has dormido con el viento del oeste golpeando esa pared —interviene Eòghan mientras recoge mi copa para apartarla del borde—. Cuando empieza, parecerá que alguien intenta entrar con un ariete.

Brìghde le dedica una mirada impaciente.

—No golpea tanto.

—La última vez arrancó dos tejas.

—Porque tú prometiste arreglarlas y esperaste hasta que salieron volando.

Domhnall apoya el bastón entre sus piernas y contempla a sus hijos con una expresión satisfecha, como si la discusión confirmara que todo marcha según debe.

—Si la habitación se hunde durante la noche, grita antes de caer. Así Eòghan sabrá qué debe reparar por la mañana.

Me río antes de recordar que estoy sentada a la mesa de los hombres que me custodian por orden del rey. Eso es lo que me sorprende. No la risa, sino haberla dejado salir aquí, entre desconocidos, sin medirla ni comprobar quién escucha.

Aquí nadie aprovecha el momento para preguntarme por Sorley, por el consejo Morrison o para poner en duda mi embarazo. Tampoco mencionan a Broen, aunque Eòghan debe de arder en deseos de saber si piensa quedarse como laird, si los hombres de Dùn Mhoireasdan lo obedecen o si la muerte de su hermano ha cambiado el equilibrio dentro del clan.

Me han preguntado por mi padre.

Han hablado de enviar un barco para buscar a mi familia.

Después me han dejado cenar.

La sencillez de esa consideración me duele en un lugar que creía endurecido.

—Descansa —dice Domhnall, y su voz pierde parte de la ironía.

Brìghde empieza a levantarse, pero Colum ya se ha puesto en pie.

—La acompañaré.

La muchacha permanece a medio movimiento antes de sentarse de nuevo. Colum espera junto a la puerta mientras yo tomo el manto del respaldo y me lo coloco.

Me despido de Domhnall y Eòghan. Colum abre la puerta cuando llego hasta él y sale después de mí.



EL PASILLO QUE CONDUCE A LA ESCALERA ESTÁ MÁS FRÍO QUE LA SALA. UNA sola lámpara arde en una hornacina y deja las paredes de piedra cubiertas de sombras largas. El ruido de la cena queda amortiguado a nuestra espalda, reducido a un rumor de voces y madera arrastrándose sobre el suelo.

Colum camina a mi lado, sin tocarme, atento al tramo irregular de losas.

—Te han caído bien —dice.

—Son difíciles de detestar.

—Eòghan se esfuerza en complacerte. Demasiado, diría yo.

—Parece una falta grave, por tu tono.

—Todavía no lo he decidido.

Llegamos a la curva donde el corredor se estrecha antes de abrirse al patio interior. Allí el viento se cuela por una saetera y mueve la llama de la lámpara.

Detrás de nosotros, una puerta se abre.

El padre Seumas sale al pasillo y se detiene al encontrarnos. Lleva la capucha levantada y las manos escondidas dentro de las mangas. Durante un instante parece considerar la posibilidad de regresar a la sala.

Después avanza.

—Lady Caitlin.

La voz le sale más baja que durante la cena.

Colum modifica apenas el paso. Su hombro queda delante del mío, una barrera tan discreta que podría atribuirse a la estrechez del corredor.

—Padre —respondo.

Seumas mira hacia la puerta cerrada de la sala y luego hacia el extremo opuesto del pasillo. La lámpara revela un brillo de sudor junto a la sien.

—Necesitaba... —empieza, pero la frase se le apaga al encontrar resistencia en Colum.

—¿La capilla? —pregunta él.

El sacerdote parpadea.

—Sí. La capilla.

Colum señala la puerta lateral.

—Al otro lado del patio. La construcción baja junto al muro.

—Gracias.

Seumas se aparta y sale con una prisa contenida. La ráfaga que entra mueve las llamas de una lámpara y levanta el borde de varias pieles tendidas junto a la pared.

Colum espera a que la puerta vuelva a cerrarse antes de reanudar la marcha. Seumas ha desaparecido con tanta prisa que casi podría creerse que la capilla acaba de salvarle el alma.

—¿Crees que buscaba la capilla? —pregunto.

Colum mantiene la vista al frente.

—No.

La respuesta cae con la misma rotundidad que si le hubiera preguntado si el mar está seco.

Empiezo a sospechar que Colum ahorra palabras por miedo a que algún día puedan hacerle falta.

—Entonces...

—Cuando alguien cambia tres veces de destino en cinco pasos, todavía no ha decidido a quién teme más.

Apoyo una mano en la cuerda que sirve de pasamanos. Pero las coincidencias empiezan a exigirme una fe mayor que la que poseo.

—Sorley ocultaba a un sacerdote —le recuerdo, aunque la atención con que vigila el corredor indica que ya ha llegado a la misma conclusión—. Podría ser el padre Seumas.

—Lo sé.

—Voy a hablar con él.

—Ya lo había supuesto.

Me vuelvo desde el escalón superior. Colum ha adoptado esa expresión paciente que utilizan los hombres cuando creen haber comprendido a una mujer antes de que ella misma termine de hacerlo.

Quizá la enseñen en alguna guarida secreta de cuervos junto con el manejo de la espada y la costumbre de aparecer donde nadie los ha llamado.

—¿Piensas impedírmelo?

—Pienso acompañarte.

Por supuesto. Ni siquiera necesita reflexionarlo.

—Quizá quiera hablar a solas conmigo.

—Podrá pedírmelo cuando estemos delante de él.

La luz pobre de la lámpara endurece sus facciones y vuelve todavía más absurda la idea de que Seumas vaya a pedirle amablemente que se retire.

—Broen te ha enseñado malas costumbres.

—Broen me enseñó a desconfiar de los hombres que salen detrás de una mujer cuando creen que nadie mira.

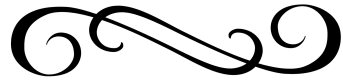
Reanudo la marcha hacia el lugar donde ha desaparecido el sacerdote.

—Entonces espero que también te enseñara a guardar silencio.

—Me enseñó a dejar que los demás hablen primero.

Conociendo a los cuervos, sospecho que la lección termina justo antes de que empiecen las amenazas.

Capítulo 25



«Caitlin»

La capilla ocupa una construcción baja junto al muro oriental, con un tejado de piedra que parece haber soportado demasiados inviernos por pura terquedad. Una rendija de luz escapa bajo la puerta.

Colum reduce el paso antes de llegar. No levanta una mano ni me pide silencio. Se limita a mirar la madera, después la ventana estrecha, y adopta esa quietud suya que vuelve innecesarias las órdenes. Desde dentro llega la voz de Ealasaid.

—Niall os ha buscado desde la muerte de su padre. Envió hombres a Harris, preguntó en Skye y ofreció plata a quienes supieran dónde habíais dormido. Ahora aparecéis en Ardroid con aspecto de haber cruzado medio reino escondido entre sacos.

La severidad de la matrona llena la capilla mejor que cualquier campana. Me acerco al muro, junto a Colum, y apoyo la espalda sobre la piedra fría.

Escuchar detrás de una puerta debería avergonzarme. No me avergüenza nada.

—Si piensas entregarme —responde Seumas—, resulta extraño que hayas esperado a quedarnos solos para delatarme.

—Mi obligación es informar de que os he encontrado —contesta al fin—. Antes de hacerlo, quiero saber qué clase de hombre voy a entregar.

—Un sacerdote.

—Los sacerdotes suelen marcharse después de un entierro, padre Seumas. Vos huisteis antes de que prepararan el cuerpo.

—Dos hombres de Niall registraron mi estancia mientras yo seguía rezando junto al cadáver. Cuando pregunté qué buscaban, me aconsejaron que recordara cuánto pesa un cuerpo cuando cae desde una muralla. Consideré que la hospitalidad MacLeod había perdido parte de su encanto.

Colum vuelve apenas la cabeza hacia mí. Seumas acaba de ganar un punto en una cuenta que solo él conoce. Entre los Cuervos, al parecer, sobrevivir a una amenaza se considera una recomendación suficiente.

—Niall aseguró que os llevasteis algo perteneciente a su padre —prosigue Ealasaid. Su voz se ha vuelto más baja, aunque conserva la acusación—. También dijo que el viejo laird deliraba durante sus últimas horas y que vos alimentasteis sus desvaríos.

—Qué conveniente. Un muerto no puede corregir la versión de quien hereda su silla.

La respuesta llega sin temblor. En la cena, Seumas parecía asustarse hasta del ruido de una cuchara. Ahora mide a Ealasaid con la seguridad de quien lleva meses repitiendo esta discusión en la cabeza y conoce todas las mentiras de Niall antes de que ella las pronuncie.

—Hablad con claridad —le exige la matrona—. Si vuestro miedo tiene una causa justa, quizá todavía pueda elegir qué contar cuando regrese.

—Ya has elegido bando. Dime, ¿qué te ha traído hasta aquí?

—Lady Caitlin afirma que espera al heredero Morrison. Niall me envió para examinarla y comunicarle cuanto descubra.

Mi vientre se contrae, quizá por el frío o por la facilidad con que mi cuerpo cabe en una frase pronunciada por desconocidos.

—¿Para averiguar si espera un hijo o para encontrar una manera de afirmar que miente?

—Mi informe bastará para que dejen de tratarla como una viuda encinta y vuelvan a tratarla como a una asesina —asegura ella.

—¿De verdad crees que lady Caitlin mató a Sorley? —pregunta el sacerdote con incredulidad.

—Carezco de dudas, y Niall tampoco las tiene. Por eso me pidió que consiguiera una prenda suya. Necesitábamos algo que la relacionara con el muchacho que sirvió el cordial a Sorley y al que después ella mató para impedir que hablara.

Durante un instante dejo de oír el mar.

El estómago se me revuelve en un vuelco profundo, caliente y punzante que me sube de golpe por la garganta. Es una náusea física, descarada y real, que me obliga a tragar saliva a toda prisa y a apoyar la espalda contra la piedra para no perder el equilibrio.

A mi lado, Colum permanece inmóvil. Solo cambia la posición de los pies, separándolos sobre la piedra húmeda.

Dentro, el sacerdote suelta una breve exhalación que contiene más incredulidad que miedo.

—Permíteme entenderlo. Niall estaba tan convencido de que lady Caitlin había matado al muchacho que os rogó conseguir una prenda para relacionarla con él.

—La prueba obligaría a los Morrison a dejar de protegerla.

—¿Y dónde apareció el cuerpo?

La pausa de Ealasaid resulta pequeña, aunque por primera vez percibo en ella el esfuerzo de quien debe ordenar una historia que hasta entonces había aceptado entera.

—Los hombres de Niall lo encontraron.

—¿Dónde?

—Cerca de Arnol.

Seumas deja pasar unos segundos.

—Así que vuestro laird sabía que el muchacho había muerto, mandó buscarlo en el lugar correcto y preparó una prueba para vincularlo con Caitlin antes de que los Morrison encontraran el cadáver.

—Niall recibió información.

—¿De quién?

Ealasaid guarda silencio.

La respuesta no llega porque probablemente jamás se la dieron. Niall no necesitaba explicarse ante una mujer que confundía obedecer con comprender. Le entregó una historia cerrada, un culpable y una tarea. Ella hizo el resto con la eficacia de quien se enorgullece de no preguntar por qué una puerta aparece abierta cuando le han ordenado atravesarla.

—El cuerpo pudo descubrirlo cualquiera —replica por fin, aunque la firmeza de antes ha perdido una hebra—. Pescadores, pastores, hombres que recorren la costa.

—Y, entre todos ellos, la noticia llegó primero a Niall. También supo que aquel muchacho había servido el cordial a Sorley y decidió que lady Caitlin lo había silenciado. Después os envió a conseguir una prenda para elaborar el vínculo que todavía no existía.

—No lo elaboramos. Lo demostramos.

La indignación de Seumas se vuelve casi visible incluso a través de la puerta.

—Una prueba demuestra algo cuando se encuentra donde la dejó el culpable. Si vuestro señor ordenó colocarla, demuestra únicamente que conocía el lugar antes que los demás.

Ealasaid vuelve a moverse. La lámpara debe de quedar entre ambos, porque su sombra cruza la rendija inferior de la puerta y desaparece enseguida.

—Tenéis una facilidad asombrosa para defender a una mujer a la que ni siquiera conocéis.

—Y tú otra para condenarla con una mentira que ayudaste a construir.

La frase cae sin elevar el tono. Quizá por eso golpea con más fuerza.

—Mi obligación era impedir que una asesina conservara el poder mediante un hijo inventado. Caitlin Morrison llevaba diecisiete años sin concebir. Sorley muere y, de pronto, ella asegura que espera un heredero. ¿Qué habríais pensado vos?

—Habría pensado que una afirmación extraordinaria exige ser comprobada. Después habría procurado no plantar pruebas junto a un cadáver mientras lo averiguaba.

Casi sonrío, pese a que el cuerpo entero me arde de rabia. Seumas lleva meses huyendo y aun así conserva fuerzas para reconocer la estupidez cuando la encuentra revestida de autoridad.

Ealasaid, en cambio, parece incapaz de abandonar la versión que la mantiene a salvo de sí misma.

—He examinado mujeres toda mi vida. Sé cuándo un embarazo altera el cuerpo y cuándo una esposa finge para conservar su posición. En cuanto vuelva a sangrar, todo terminará.

Mi mano desciende hasta el vientre antes de que pueda impedirlo.

Dentro se oye un paso. Ealasaid debe de haberse acercado a él.

—Decidme qué buscaban los hombres de Niall y decidiré si os nombro en mi carta.

—Buscaban la razón por la que sigo vivo. Entenderás que prefiera conservarla.

La paciencia de Ealasaid se resquebraja.

—Si Niall descubre que os he encontrado y he permitido que os marchéis, mi silencio no me salvará. Dadme algo que pueda utilizar para decidir si vuestra vida merece poner en peligro la mía.

Seumas exhala despacio. Cuando habla de nuevo, la dureza ha cedido ante una fatiga más antigua.

—Pregunta primero por qué Niall necesitaba que su padre muriera sin voluntad escrita. Después pregúntate por qué quiso matarme y por qué Sorley Morrison aceptó ocultarme. Cuando tengas una respuesta que no dependa de la bondad de tu laird, quizá comprendas qué arriesgas al escribirle.

La madera cruje bajo la mano de Colum. Esta vez sí me mira de frente. No ha sido nombrado un testamento, pero la palabra se instala entre nosotros con una claridad incómoda.

—¿Qué tiene que ver Sorley con la herencia MacLeod?

Ealasaid espera una respuesta como si todavía tuviera derecho a exigirla después de admitir que ayudó a colocar una prueba junto a un cadáver para incriminarme. Ahí termina mi paciencia.

Empujo la puerta.

La madera choca contra el muro y ambos se vuelven. Ealasaid pierde el color al verme. Seumas aprieta una mano contra la sotana, protegiendo de manera involuntaria aquello que lleva oculto debajo.

Colum entra detrás de mí y ocupa la puerta. No necesita tocar el arma. Su cuerpo basta para informar de que nadie abandonará la

capilla sin pasar primero por él.

—Quiero asegurarme de haberlo entendido bien —digo, avanzando hacia Ealasaid—. Niall te pidió una prenda mía, tú se la entregaste y después apareció junto al cadáver de Torcuil.

—Actué por orden de mi laird.

—Entonces se lo explicarás ahora mismo a Domhnall MacAulay.

Ealasaid mira hacia la puerta donde Colum le resulta más amenazante que yo.

—No podéis obligarme.

—Yo quizá no —respondo—. Pero él sí puede impedir que salgas mientras voy a buscar al laird.

Mi voz conserva una calma que no se parece en nada a lo que siento. Tirarla del cabello hasta la sala habría sido más satisfactorio.

Seumas abandona el altar antes de que ella alcance la puerta.

—Os acompañaré.

La matrona se vuelve hacia él con brusquedad.

—Esto no os concierne.

—Acabas de confesar delante de mí. —El sacerdote se ciñe la sotana alrededor del cuerpo, ocultando de nuevo aquello que protege bajo la tela—. Si pretendes repetir la historia de otro modo, prefiero ahorrarme al laird MacAulay el trabajo de mandarme llamar.

Ealasaid aprieta la boca. Durante la cena parecía una mujer capaz de condenarme sin perder el apetito. Ahora ya no parece la misma mujer.

Colum se aparta solo lo imprescindible para dejarme pasar y Seumas me sigue.

—¿Es cierto lo que cuentan aquí? —pregunta el padre Seumas cuando alcanzamos la escalera—. ¿Broen dirige ahora a los Morrison?

La forma en que pronuncia su nombre me obliga a observarlo.

—Dirige cuanto Sorley dejó desordenado, que es casi todo. El consejo aún evita llamarlo laird con demasiada claridad, pero obedece sus órdenes cuando las cosas se tuercen. Suele ocurrirles a los hombres que descubren demasiado tarde quién es de verdad útil.

A nuestra espalda, Ealasaid empieza a discutir con Colum. La voz de él llega una sola vez, baja y seca. Después deja de oírse la de ella.

—Sé que no matasteis a Sorley —afirma el sacerdote—. Yo puedo demostrar por qué necesitaba muerto a vuestro esposo.

Me detengo.

—¿Qué tenéis?

Sus dedos aprietan la tela bajo el pecho.

—Un documento escrito por mi mano y sellado por el viejo laird MacLeod. Niall intentó matarme para recuperarlo y silenciarme.

La revelación tarda en asentarse. Sorley ocultó a Seumas, anunció que pronto revelaría una noticia y murió antes de hacerlo. El hilo que une los hechos deja de ser tan endeble.

—¿Le contaréis a Domhnall cuanto acabáis de decirme?

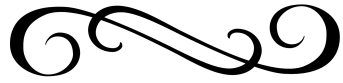
—El documento debe llegar primero a Broen.

—Llegará. Antes necesito que el laird MacAulay escuche cómo Niall MacLeod ha fabricado pruebas contra mí y que os conceda protección hasta que llegue Broen.

Seumas asiente y me sigue hacia la sala.

Tras la puerta continúan las voces de los MacAulay, ajenas todavía a que Niall acaba de perder una matrona, un sacerdote y el secreto por el que mató a Sorley.

Capítulo 26



«Broen»

Ardroil aparece al otro lado de una cortina de lluvia después de cinco horas de mar y trece días sin Caitlin.

El mensaje enviado desde Aurley tardó cuatro jornadas en llegar a Dùn Mhoireasdan. Después el viento cambió, el oleaje cerró la bahía y pasamos otras ocho mañanas mirando una costa que no permitía salir.

Cuando por fin la *birlinn* pudo abandonar el embarcadero, traje conmigo a Darian, Altair, Finn, Torren y seis hombres Morrison. No necesitaba más, aunque habría vaciado las murallas si eso hubiera conseguido acortar el viaje.

La fortaleza ocupa la elevación baja detrás de las dunas, casi borrada por la lluvia, con la torre gris vigilando la bahía desde tierra firme.

Los MacAulay han dispuesto hombres en la playa antes de que nuestra vela termine de recogerse. Ninguno desenvaina. Tampoco apartan las manos de las armas.

Un hombre ancho de hombros y barba entrecana espera junto al extremo del muelle. Lleva el broche de los MacAulay y una espada gastada que ha conocido más uso que adornos. Se presenta como

Fionnlagh, capitán de Ardroid, mientras sus hombres sujetan las amarras y colocan una plancha entre la *birlinn* y la madera mojada.

—Mi laird os aguarda en el salón —informa después de saludar a Darian y a mí—. La mujer MacLeod permanece retenida en la torre oriental. El padre Seumas está bajo protección y lady Caitlin se encuentra con la familia.

Lo dice todo seguido, sin obligarnos a arrancarle cada dato. Agradezco la eficacia y detesto la naturalidad con que incluye a Caitlin dentro de aquella casa.

Saltamos al muelle. La cubierta deja de moverse bajo mis botas, aunque el cuerpo tarda varios pasos en recordarlo. Finn pisa tierra detrás de mí y se detiene para exprimir el borde de la capa.

—Podría al menos variar —protesta cuando otra ola nos arroja espuma sobre las piernas—. Ahogarnos, volcarnos, lanzarnos contra unas rocas. Esta insistencia en mojarme resulta mezquina.

—Podría granizar —dice Torren.

—Gracias. Necesitaba recuperar la ilusión.

Fionnlagh inicia la subida sin prestar atención a ninguno. El sendero serpentea entre la roca y el muro exterior, estrecho en algunos tramos y expuesto a los arqueros de la torre. Ardroid no necesita parecer grande. Basta con la dificultad de alcanzarlo y la falta de lugares donde esconderse durante el ascenso.

Altair estudia las almenas. Darian observa a los hombres. Yo miro las ventanas.

Trece días.

He ocupado cada uno con declaraciones, cuentas, patrullas y una investigación que parecía empeñada en producir sospechas sin culpables. Caitlin estuvo presente incluso cuando no permití que nadie pronunciara su nombre. En la silla vacía durante la cena, en la

puerta de sus aposentos, en la cama donde el olor de su piel desapareció antes que el calor que recordaba.

Colum escribió una sola vez. Ealasaid había confesado haber conseguido la tela de Torcuil por orden de Niall. El religioso de Sorley estaba en Ardroil y poseía un documento del viejo laird MacLeod. Caitlin estaba a salvo y yo debía venir a Uig.

Nada más. Me dieron ganas de estrangularlo.

Atravesamos el portal y entramos en un patio lleno de actividad. Dos muchachos descargan pescado. Una mujer cruza con un haz de leña sobre la espalda y regaña a un perro que intenta arrancarle una tira de cuero. Nadie interrumpe el trabajo para mirarnos más de lo imprescindible. Los MacAulay saben que han llegado dos lairds, varios proscritos y hombres armados, pero al parecer, también saben que la cena no se prepara sola.

Fionnlagh nos conduce hasta la construcción principal. Antes de abrir, se limpia el agua de la barba con el dorso de la mano y empuja la puerta.

El calor me golpea primero. Después el ruido.

Domhnall MacAulay ocupa una silla junto al hogar, con una pierna extendida y una copa apoyada sobre el vientre. Eòghan está sentado en el borde de la mesa. Frente a él, una muchacha pelirroja, demasiado parecida a ambos para necesitar explicaciones.

Caitlin se encuentra entre ellos.

No está sentada con la espalda recta ni con las manos protegidas dentro de la falda. Tiene un codo apoyado sobre la mesa y la cabeza inclinada hacia Eòghan, que intenta explicar algo mientras la muchacha lo interrumpe y Domhnall añade comentarios desde su silla. No alcanzo a oír el inicio de la conversación. Solo el final.

—Entonces el problema no fue que la vaca entrara en la capilla —dice Caitlin—. Fue que Eòghan intentara sacarla empujándola por el

trasero.

Domhnall deja escapar una carcajada que le sacude el vientre y obliga a la muchacha pelirroja a apartarse para salvar la copa. Eòghan protesta por algo que ya nadie escucha. Caitlin se inclina sobre la mesa, riendo todavía, con una mano cerrada alrededor de una cuchara que el MacAulay ha intentado recuperar y la otra apoyada cerca del plato.

Me quedo junto a la puerta.

La he visto reír desde mi regreso. Con los niños de las aldeas, cuando Finn encuentra una forma nueva de resultar insoportable, incluso conmigo alguna vez, antes de que alguno recuerde todo cuanto existe entre nosotros. Nunca así.

En Dùn Mhoireasdan la alegría siempre parece sorprenderla en terreno enemigo. Sale de prisa y desaparece antes de que alguien pueda utilizarla.

Aquí no mira hacia las puertas ni baja la voz cuando Domhnall responde. Tampoco recoge las manos sobre el regazo al advertir que Eòghan se inclina demasiado cerca para disputar la cuchara.

Ocupa el banco, la mesa y la atención de los tres MacAulay con una naturalidad que parece aprendida durante años en lugar de trece días.

Tiene el cabello recogido en una trenza floja. Varios mechones dorados se han soltado alrededor del rostro y el calor del hogar le ha devuelto color a las mejillas. El vestido verde, uno que no recuerdo haber visto en Dùn Mhoireasdan, se ajusta a sus pechos y cae sobre el vientre sin que ella mantenga una mano encima para recordar a nadie la criatura.

La ausencia del gesto consigue que mire allí de todos modos.

Después vuelvo a su boca.

Sigue sonriendo mientras intenta arrebatarse la cuchara a Eòghan. Él logra quitársela y la levanta fuera de su alcance. Caitlin le da un golpe en el brazo con los dedos, sin cautela, sin pensar qué derecho tiene a tocar al heredero MacAulay delante de su padre.

Domhnall contempla la lucha con el orgullo satisfecho de un hombre cuya familia puede hacer el ridículo en su presencia sin temer que la diversión termine convertida en castigo.

Algo se me cierra detrás de las costillas.

No son los celos. O no solo.

Ardroil le sienta bien.

La certeza llega con una mezquindad que no consigo rechazar. Ha ganado peso, el rostro parece más saludable, debe dormir y comer mejor.

Sus hombros han perdido la tensión que conservan incluso cuando estamos solos. Parece más joven, aunque no se parece a la muchacha que conocí. Se parece a la mujer en la que podría haberse convertido de haber pasado diecisiete años en un lugar donde nadie necesitara verla pequeña para sentirse poderoso.

En trece días, los MacAulay han conseguido que Caitlin baje una guardia que yo apenas he logrado hacerle olvidar durante unos minutos, casi siempre con mi cuerpo sobre el suyo.

La comparación me deja un sabor amargo.

Fionnlagh entra delante de nosotros y espera a que Domhnall recupere el aliento.

—Mi laird, han llegado Broen Morrison y Darian MacNab.

Caitlin se vuelve.

La risa permanece en su rostro cuando encuentra el mío. Sus ojos se abren un poco y durante un latido continúa igual, cálida, hermosa, ajena a cualquier cálculo. Después ve a los hombres que traigo

detrás, los tartanes Morrison, las espadas y todo cuanto Dùn Mhoireasdan ha enviado a reclamar su atención.

La sonrisa no desaparece. Se recoge.

Lo hace tan deprisa que quizá nadie más lo advierta. Yo llevo semanas aprendiendo cada cambio de su boca.

Eòghan baja la cuchara. La muchacha pelirroja se pone en pie y alisa su falda mientras Domhnall deja la copa sobre una mesa auxiliar. El salón se ordena alrededor de nuestra llegada.

Caitlin también se levanta.

Verla perder esa comodidad en cuanto me reconoce me hace sentir como si hubiera llevado Dùn Mhoireasdan conmigo.

Domhnall se incorpora con ayuda del bastón.

—Habéis elegido una tarde excelente para llegar —declara mientras Darian avanza a saludarlo—. La lluvia solo ha inundado medio patio y mi hijo aún no ha prometido matrimonio a ningún animal.

Eòghan inclina la cabeza con paciencia. La muchacha pelirroja vuelve a reír. Caitlin también, aunque esta vez la risa sale más breve y sus ojos continúan sobre mí.

Darian intercambia con Domhnall las fórmulas que ambos consideran imprescindibles para demostrar que son lairds civilizados.

Yo sigo sin avanzar.

Caitlin cruza la estancia hacia nosotros. El vestido se mueve alrededor de sus piernas con cada paso y el color de sus mejillas ya no parece deberse solo al hogar. Me busca el rostro como si quisiera comprobar que soy yo de verdad aunque se detiene antes de llegar a tocarme.

—Has venido.

La sencillez de la frase abre algo que llevo trece días manteniendo cerrado.

—Colum escribió que debía hacerlo.

—Colum escribe como si le cobraran por palabra. Temí que su mensaje te pareciera una invitación poco entusiasta.

—Me pareció una razón para estrangularlo cuando lo viera.

La comisura de su boca se curva.

—Tendrás que esperar. La hermana de Eòghan lleva varios días mirándolo como si cualquier violencia contra él fuera a convertirse en un asunto entre clanes.

Sigo la dirección de sus ojos. La muchacha pelirroja observa a Colum, que acaba de aparecer por una puerta lateral, con una atención que él parece no advertir. O finge no hacerlo. Con Colum ambas posibilidades suelen ofrecer el mismo aspecto.

Me saluda con una breve inclinación y empieza a informar a Altair sobre algo que él le ha preguntado.

Yo sigo con la atención en Caitlin.

De cerca, resulta aún más evidente que está bien. Tiene una pequeña marca de tinta en el lateral de un dedo y una hebra de lana roja adherida a la manga. Detalles domésticos. Pruebas de días en los que ha hecho cosas que ignoro con personas que no soy yo.

—Pareces distinta —digo.

La frase sale antes de que encuentre otra menos peligrosa.

Caitlin baja los ojos hacia su vestido, como si buscara la diferencia en la tela.

—Brìghde me prestó ropa.

—No hablo del vestido.

Vuelve a mirarme.

—Supongo que no temer que me ahorquen inmediatamente termina notándose. Y Domhnall discute conmigo sin preguntarse si una mujer puede tener criterio y Brìghde ha decidido que debo aprender todo cuanto su hermano hizo mal durante su infancia.

Lo dice sin intención de herirme.

Lo consigue.

Miro por encima de su hombro hacia los MacAulay.

Caitlin encaja allí sin que hayan tenido que encontrarle un lugar especial. La han añadido a la mesa y la vida ha continuado alrededor.

Colum se acerca antes de que encuentre una respuesta.

—El padre Seumas quiere hablar contigo —informa.

Caitlin se aparta un poco para incluirlo en la conversación. El movimiento abre aire entre nosotros y detesto notarlo.

—Primero comerán —decide Domhnall desde su silla—. El sacerdote lleva semanas guardando su secreto. Sobrevivirá el tiempo que tarde un hombre en terminar un plato de pescado.

—No conocéis a Broen —dice Caitlin, y la familiaridad con que responde al laird MacAulay provoca otra risa alrededor de la mesa—. Puede convertir una comida en una forma de interrogatorio.

Domhnall me señala con la copa.

—Entonces se sentará junto a mí. Quiero averiguar si es verdad que los Morrison solo sonríen cuando otro clan pierde ganado.

Caitlin regresa al banco que ocupaba antes. Eòghan aparta un plato para dejarle sitio y ella se sienta entre los dos hermanos sin pensarlo.

Yo sigo en pie durante un instante más.

Finn pasa junto a mí, sigue la dirección de mi mirada y reduce el paso.

—Procura parpadear —murmura—. El MacAulay acabará creyendo que quieres arrancarle la cabeza.

—Quizá quiera.

—Entonces espera a que terminen de servir. Sería una pena estropear una cena decente por celos mal organizados.

No respondo.

Porque los celos serían más sencillos.

Podría odiar a Eòghan por hacerla reír o por haberle ofrecido una salida de Dùn Mhoireasdan. Podría decidir que sus intenciones son una amenaza y resolver el problema colocándome en medio.

Lo que me detiene es algo bastante peor.

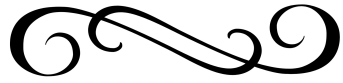
Yo apenas le he prometido que no volveré a marcharme mientras ella no me lo pida. Ni un apellido distinto al de Sorley, ni una casa donde pueda olvidar que pasó años vigilando cada palabra, ni un futuro que no dependa de una mentira.

Eòghan puede ofrecerle todo eso. Tal vez también los hijos que siempre quiso.

La idea deja de parecer tan ridícula como cuando la oí por primera vez.

Y si Caitlin lo eligiera, tendría que aceptar que yo no le he dado ninguna razón para volver conmigo a la misma jaula.

Capítulo 27



«Broen»

El padre Seumas mantiene las dos manos sobre la bolsa de cuero que ha colocado en medio de la mesa, aunque llevamos el tiempo suficiente en el gabinete para que el fuego haya empezado a hundirse entre las brasas.

Domhnall espera desde su silla, Darian permanece junto a la ventana y Altair observa los nudos que cierran la bolsa con una atención que impacientaría a cualquier hombre menos a ese.

Caitlin debería estar entre nosotros. Sorley era su esposo y todo cuanto aquel hombre hubiese ocultado también le pertenece, pero la curandera de los MacAulay se ha negado a dejarla abandonar la alcoba después de que se desvaneciera.

Me ha asegurado que me avisará cuando Caitlin se encuentre mejor y después me ha cerrado la puerta en la cara, una deferencia que supongo que debo agradecerle. Llevo desde entonces oyendo pasos en el corredor incluso cuando nadie pasa por él.

—Habéis arriesgado la vida por ese pergamino —dice Domhnall—. Ha llegado el momento de que sepamos por qué.

El padre Seumas desata por fin el primer cordón.

—Aquí está cuanto el viejo laird Roderick MacLeod quiso dejar por escrito antes de morir —dice el sacerdote.

Altair acerca una lámpara. Examina la cera antes de desplegar el documento por completo, compara su marca con la de una carta antigua que Domhnall ha sacado de un arcón y recorre las líneas sin precipitarse. Comprueba los bordes, inclina el pergamino para estudiar dónde ha mordido la tinta y frota con el pulgar una zona.

—El sello pertenece al laird MacLeod y no encuentro raspaduras ni añadidos —dice Altair, recorriendo el pergamino con la yema del dedo.

Lee la fecha, los títulos de Roderick MacLeod y la declaración de que dicta su voluntad en pleno uso de su juicio. Las primeras fórmulas apenas significan nada para mí. Son palabras destinadas a proteger el documento de quienes intenten desacreditarlo. Después llega a la parte que Roderick quiso proteger con ellas.

—«Declaro ante Dios y ante los hombres que Sorley y Broen Morrison, los hijos gemelos nacidos de Ailis Morrison, fueron engendrados por mí y pertenecen a mi sangre. Conocí su nacimiento y consentí que fueran criados bajo el nombre de los Morrison, aunque ese nombre no altera el linaje del que proceden».

Altair deja de leer.

—Continúa —ordeno.

Mi voz sale más grave de lo que esperaba. Altair sostiene mi mirada durante un instante, quizá para asegurarse de que he comprendido lo que acaba de leer, y después vuelve al documento.

Cada palabra abre un hueco distinto en todo cuanto recuerdo. Pienso en mi padre mirando por la ventana con un odio profundo cuando alguien despotricaba contra los MacLeod, en las veces que nos observó pelear en el patio. Quizá reconocía en nuestros gestos a Roderick MacLeod. Quizá soy yo quien empieza a reconocerlo ahora.

A Roderick lo vi sentado a la mesa de los Morrison durante reuniones entre clanes. Acudí a celebraciones en las que su voz se imponía sobre las demás y lo escuché discutir con Sorley acerca de lindes, ganado y hombres.

Me llamó por mi nombre. Nos distinguía a Sorley y a mí sin vacilar, algo que pocos conseguían cuando éramos jóvenes, y en más de una ocasión descubrí sus ojos detenidos sobre nosotros con una atención que entonces atribuí a la cautela de un laird ante los herederos de otro clan.

Altair sigue leyendo.

—«Sorley, el primero de los gemelos, ha sido criado y reconocido como heredero de los Morrison y deberá conservar los deberes contraídos con el clan que le ha dado nombre, tierras y posición. Pero designo a Broen, el menor de ambos, sucesor de mis tierras, mi mando y las obligaciones que corresponden al laird de los MacLeod».

Altair se detiene al final de la frase. Bajo su mano, mi nombre parece más ajeno que todos los títulos que lo acompañan.

—Sigue —murmuro.

—«Declaro que Niall, a quien permití llevar mi nombre y ser tenido por hijo mío, no nació de mi sangre. No le concedo derecho a sucederme. Cualquier reclamación que presente después de mi muerte será contraria a mi voluntad y deberá tenerse por ilegítima».

Altair lee las últimas líneas en las que Roderick confirma que ha dictado esas palabras ante el padre Seumas y que jura ante Dios que todo lo dicho es cierto, y que el sacerdote queda encargado de hacerlo llegar a sus hijos. Cuando termina, no lo dobla ni lo aparta. Lo deja abierto entre nosotros.

Ha necesitado menos espacio para entregarme un clan del que habría necesitado para explicarme por qué permitió que creciera ignorando quién era. Ni siquiera sé si esperaba que aceptase. Me

nombrar, dispone mi futuro y muere, dejándome la obligación de entenderlo todo cuando ya no puedo exigirle una sola respuesta.

—¿Estaba en condiciones de saber qué dictaba? —pregunta Domhnall.

El padre Seumas retira las manos de la bolsa y las deja sobre sus rodillas.

—Estaba débil, pero conservaba el juicio. Me hizo repetir el texto dos veces antes de poner su marca. También me obligó a comprobar que el sello quedaba entero.

—¿Os dijo por qué esperó tantos años? —interviene Darian desde la ventana.

Una arruga se hunde entre las cejas del sacerdote.

—Dijo que había permitido que el temor decidiera por él durante demasiado tiempo y que ya no podía dejar a Niall cuanto pertenecía a sus hijos. Le pregunté si deseaba explicar algo más. Respondió que sus actos admitirían pocas explicaciones capaces de mejorarlos.

Al menos conocía la medida de su cobardía.

—¿Cuándo entregasteis el pergamino a mi hermano?

—Llegué a Dùn Mhoireasdan cinco días después de la muerte del laird. Sorley me ordenó que conservara el documento oculto hasta vuestra llegada. Temía que alguien registrara sus aposentos antes de que pudiera reuniros con los hombres principales de los MacLeod.

Su carta nunca fue un intento tardío de traer de vuelta al hermano al que había expulsado. Necesitaba presentarme vivo ante los MacLeod porque el documento no lo designaba a él. El poder que había descubierto llevaba mi nombre, y Sorley debió de creer que bastaría con colocármelo en las manos para indicarme después cómo emplearlo.

—Pretendía unir ambos clanes —deduce Domhnall—. Él conservaría a los Morrison y tú reclamarías a los MacLeod.

—Eso dijo —confirma Seumas—. Creía que, una vez aquí, aceptaríais escucharlo.

Domhnall se vuelve hacia el fuego. Durante unos instantes estudia las brasas con la misma atención que ha dedicado al sacerdote.

—Niall puede decir que el pergamino es falso, pero ha intentado matar al hombre que presencié su escritura. Tendrá que explicar por qué perseguía una falsedad que todavía no había visto.

—Encontrará una explicación —advierte Darian—. Los hombres que llevan años beneficiándose de su favor le prestarán la suya si hace falta.

—Entonces habrá que escoger con cuidado a quién se muestra primero —responde Domhnall.

La conversación empieza a disponer mi vida sin aguardar a que yo participe. Observo los nombres trazados en el pergamino: Roderick, Ailis, Sorley, Niall. Todos han tomado decisiones que terminan cayendo sobre mí, incluso los muertos.

—No he dicho que quiera convertirme en laird de los MacLeod.

Domhnall levanta la vista hacia mí.

—Tu deseo dejó de ser lo más importante cuando Niall supo que existía este documento. Mientras vivas, él puede perder el mando. Que renuncies no hará que se sienta a salvo.

—Solo facilitará que te mate antes de que cambies de parecer —añade Darian.

Tres golpes en la puerta interrumpen a Domhnall antes de que responda. La curandera entra sin aguardar invitación. Lleva las mangas remangadas y un mechón gris se le ha soltado junto a la sien.

Me enderezo antes de que cierre.

—¿Caitlin?

—Está despierta, ha bebido un poco de caldo y ya ha intentado convencerme de que puede levantarse. Dado que ha empleado más fuerzas en discutir que en sostenerse sobre las piernas, he ganado yo.

—¿Qué ha provocado el desvanecimiento? —pregunto.

Ella se acerca a la mesa, aunque me dirige la respuesta a mí.

—Antes de llegar aquí comía poco, dormía peor y llevaba días soportando más sobresaltos de los que convienen a nadie. La criatura también está exigiendo lo suyo. He vuelto a examinarla y cuanto encuentro concuerda con un embarazo que sigue adelante.

Las palabras tardan en penetrar. Domhnall asiente y Darian y Altair me observan desde el otro lado del gabinete sin permitirse reacción alguna.

Algo cede dentro de mí.

No sé si es el pecho, las piernas o esa parte de un hombre que aprende a soportar los golpes antes de que lleguen y termina desconfiando incluso cuando le ofrecen algo bueno.

Caitlin está embarazada.

Voy a ser padre y tengo que esconder el momento exacto en que mi vida acaba de cambiar.

Bajo la vista hacia mis manos. Son las mismas con las que he sostenido una espada, partido huesos, cavado tumbas y cerrado los ojos de hombres a los que no pude salvar.

Ahora tiembla uno de mis dedos.

Apenas un movimiento contra la madera, tan pequeño que nadie debería advertirlo, aunque Darian lleva demasiados años

observándome para que me atreva a buscar su mirada.

Mi hijo.

Roderick MacLeod ha esperado hasta la muerte para llamarme hijo. El mío no tendrá que descubrir quién es a través de un pergamino. Quizá Lewis deba conocerlo como hijo de Sorley mientras esa mentira lo proteja entre los Morrison, pero llegará el día en que escuchará de mi boca la verdad.

—Quiero verla —consigo decir.

—La veréis cuando haya descansado un poco —replica la curandera—. Si entráis ahora con intención de sacarla de la cama, os echaré igual que he hecho antes.

No encuentro nada que responderle que no termine conmigo expulsado del corredor, de modo que asiento.

La mujer examina mi expresión, quizá para decidir si puede confiar en esa obediencia, y después sale por donde ha entrado.

Domhnall espera hasta que sus pasos se alejan.

—Si vas a reclamar el mando de los MacLeod, tendrás mi apoyo. La mayoría de los hombres de ese clan son más leales a Roderick que a su hijo y los MacAulay pueden ayudarte a llegar hasta ellos antes de que Niall los obligue a escoger.

Levanto la vista hacia él.

Hace unos instantes no quería las tierras de Roderick, ni sus hombres, ni un título que llega demasiado tarde para reparar nada.

Podía continuar como he vivido durante años, fuera de la ley de otros clanes, durmiendo donde nadie supiera encontrarme y obligando a Niall a perseguirme hasta que uno de los dos acabara muerto. Mi vida nunca ha necesitado un ejército detrás para pertenecerme.

Pero ya no se trata únicamente de mi vida.

El poder que hace un momento me parecía otra condena adquiere una utilidad que no puedo rechazar.

Si reclamarlo me proporciona hombres capaces de guardar las puertas tras las que duermen Caitlin y mi hijo, tendré que aprender a soportar también el nombre de quien me lo dejó.

Hasta ahora, el embarazo la mantenía con vida porque llevaba al supuesto heredero de Sorley. Acaba de convertirse también en la razón por la que podrían intentar matarla.

Pero Domhnall no entrega guerreros porque le inspire compasión la tardía desgracia de un hijo bastardo. Ha gobernado demasiado tiempo para ofrecer algo sin asegurarse primero de que puede beneficiar a su clan.

—Habla.

—Uig conservará su autonomía. Las rutas MacAulay no pagarán tributo a los MacLeod, nuestros puertos continuarán bajo nuestra autoridad y reconocerás nuestros derechos de pesca, comercio y paso.

—Los reconoceré.

—Quiero esas garantías por escrito —añade—. Tu palabra puede bastarme mientras estés sentado delante de mí. Dentro de veinte años, los consejeros MacLeod podrían recordar que quien gobierna Lewis también puede pretender gobernar sus costas.

—Entonces tendrán un pergamino que les recuerde hasta dónde llegan tus derechos.

Una leve distensión cruza su rostro. Hemos resuelto la parte sencilla.

—Queda la cuestión de los Morrison —continúa Domhnall—. Ya te han elegido como laird y el nacimiento de un hijo de Sorley no anulará esa decisión. Cuando el muchacho alcance la edad necesaria, tendrá tanto derecho como tú a reclamar el mando.

—Entonces no hay nada que resolver hoy.

—No he dicho que lo haya. Puedes conservar el mando Morrison y reclamar el de los MacLeod. Nadie te obliga a renunciar a uno para aceptar el otro. Pero algunos temerán que los intereses MacLeod pesen más que los suyos y exigirán nombrar al niño heredero y que la tutela permanezca en manos de parientes Morrison.

—Lo que otros teman no cambia mis intenciones.

—Cambiará sus alianzas y puede que algunos hombres consigan convencer de que el niños necesita protección frente a ti.

—¿Qué propones?

Domhnall se inclina hacia la mesa.

—Eòghan está dispuesto a casarse con lady Caitlin. La estima y, por lo que he visto durante estos días, ella se siente segura a su lado. Si aceptara, el niño conservaría el nombre de Sorley y su derecho a reclamar algún día el mando de los Morrison, pero crecería aquí, bajo protección MacAulay. Ninguna facción Morrison podría llevárselo para gobernar a través de él y nadie podría acusarte de conservar a un posible sucesor bajo tu techo para impedirle ejercer sus derechos.

La mano que aún conservo en el respaldo se desliza hasta quedar colgando junto al muslo. Necesito apartarla antes de romper la madera y ofrecer a todos una reacción que todavía no estoy dispuesto a compartir.

He visto a Eòghan tratar a Caitlin con consideración. Le habla sin obligarla a defender cada palabra y ha conseguido devolverle alguna sonrisa durante estos días. Puede ofrecerle una fortaleza, el respaldo de los MacAulay y una vida alejada de Dùn Mhoireasdan. Escuchar esas ventajas en boca de su padre debería tranquilizarme.

Todo cuanto dice tiene sentido.

También tiene el efecto de arrancarme la piel.

Solo veo a otro hombre junto a ella al despertar. Lo imagino recibiendo entre las manos a mi hijo, enseñándole a montar, ocupando ante todos el sitio que yo habré cedido para proteger una mentira.

El dolor llega sin estrépito y se instala en el centro del pecho, donde cada respiración tropieza con él.

He cedido demasiado de mi vida a las decisiones de otros. Sorley se quedó con Caitlin, Roderick me dejó crecer bajo el nombre de otro hombre y ahora Domhnall pretende resolver la paz de Lewis entregando mi familia a su hijo.

—Es una solución excelente para los MacAulay —consigo decir de forma neutral.

—También mantendría a Caitlin y a la criatura lejos de quienes quisieran servirse de ambos contra ti.

—Los mantendría bajo tu autoridad.

—Bajo mi protección.

—La diferencia dependería de lo que te conviniera en cada momento.

Domhnall sostiene mis ojos.

—Gobernar dos clanes no será sencillo, Broen. Si Caitlin se casa con mi hijo...

—Eso no va a ocurrir —lo interrumpo. La voz me sale tan baja que Domhnall hace el gesto de acercarse para oírme.

Darian aparta despacio el hombro de la pared, mientras Altair levanta los ojos hacia mí.

—Eòghan no pretende imponerle nada. Hablará con ella —aclara Domhnall—. Será mucho mejor esposo que Sorley.

—Puede ahorrarse la conversación.

La calma que Domhnall había mantenido hasta entonces se endurece.

—El afecto que sientas por Caitlin no te concede autoridad para rechazar una propuesta en su nombre.

—Caitlin ya ha elegido.

Domhnall me observa durante unos instantes. Su mirada desciende hacia mi mano, que continúa cerrada junto al muslo, y regresa a mi rostro.

—No la he oído decirlo.

—Me lo dijo a mí antes de marcharse.

Aún siento los dedos de Caitlin alrededor de mi cara y recuerdo la obstinación con que sostuvo mis ojos antes de pronunciarlo.

No estaba suplicando protección ni buscando una frase con la que retenerme. Me dijo que solo era mía con la voz de una mujer que había pasado demasiados años perteneciendo a otros y acababa de decidir por sí misma dónde quería estar.

No pienso recibir esas palabras y fingir ahora que carecen de valor porque la solución de Domhnall resulte más conveniente para Lewis.

—Una confesión hecha en privado no es un compromiso ante el clan —señala Domhnall—. Puede haber dicho algo que no esté preparada para sostener cuando sea consciente de las consecuencias para su hijo.

—Si ha cambiado de parecer, será Caitlin quien me lo comunique —respondo, acercándome a la mesa—. Y ella decidirá si mantiene lo que me dijo. Hasta entonces, no permitiré que dispongas otro matrimonio para ella sin consultarla.

—Nadie ha dispuesto nada —replica Domhnall—. He ofrecido una posibilidad que protegería a la viuda de Sorley y evitaría una lucha por la tutela de su hijo.

—También colocaría al heredero Morrison bajo el control de los MacAulay. Es una posibilidad excelente para Uig.

La franqueza le molesta, aunque no intenta negarlo. Domhnall mira el pergamino extendido y pasa el pulgar por el borde de la mesa antes de volver a encararme.

—Gobernar exige pensar más allá de lo que deseas, Broen.

—Llevo haciéndolo desde que llegué a esta isla.

Domhnall me observa durante unos segundos. La molestia aparece despacio en su rostro mientras ordena cuanto no he dicho.

—Así que la quieres para ti.

—Sí.

—En Dùn Mhoireasdan estaba convencida de que podían ahorcarla y arrebatarle a su hijo. Tal vez creyera que necesitaba aferrarse a quien pudiera protegerla. En Ardroil ha podido cambiar de opinión.

Las palabras alcanzan el lugar donde llevo toda la tarde golpeándome.

—Hasta que lo oiga de su boca, tu hijo se mantendrá lejos de ella. No voy a volver a apartarme cada vez que otro hombre decide que sería mejor para ella.

Ya no soy el muchacho que confundió el miedo de una mujer con una decisión libre porque resultaba más sencillo apartarse que soportar la posibilidad de que ella no lo quisiera.

Domhnall dirige la atención hacia el sacerdote.

—Aunque lady Caitlin confirme su voluntad, ¿pueden casarse?

El padre Seumas se frota despacio un nudillo.

—El parentesco por afinidad constituye un impedimento. Requiere una dispensa.

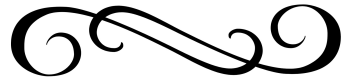
—Entonces la conseguiremos —insisto.

—La Iglesia no se conformará con vuestra impaciencia —señala Domhnall—. Tendrás que esperar a que te den el permiso para ocupar el lugar de tu hermano.

El asco que me produce esa formulación se mezcla con una furia demasiado antigua. Toda la vida de Caitlin vuelve a quedar reducida al hombre que la poseyó primero y al hombre que pretende reclamarla después.

—No quiero ocupar el lugar de Sorley. Quiero el mío. Y esta vez tendrán que matarme para apartarme de ella.

Capítulo 28



«Caitlin»

Los pasos de la curandera se alejan por el corredor después de arrancarme la promesa de que permaneceré en la cama. Espero hasta que dejan de oírse antes de apartar la manta.

El suelo está frío bajo mis pies. La alcoba se inclina apenas cuando me pongo en pie, pero apoyo una mano en el poste y aguardo hasta que las paredes recuperan su lugar. No pienso desmayarme otra vez.

Niall intenta matarnos, un sacerdote ha llegado a Uig con un documento que Sorley trató de proteger y yo respondo a todo ello perdiendo el conocimiento delante de media fortaleza.

La mujer asegura que el mareo no es distinto de las náuseas que llevo días soportando ni de otros trastornos propios del embarazo.

La criatura está bien y yo también, aunque su manera de vigilar cada cucharada que tomo sugiere que todavía no confía demasiado en ninguna de las dos.

Recojo la camisa que Brìghde ha dejado doblada sobre el arcón y me la paso por la cabeza. La tela desciende hasta los tobillos. Cuando me inclino para buscar el vestido, me obligo a incorporarme más despacio.

Apoyo las manos sobre el vientre.

Bajo la camisa todavía no existe ninguna curva que permita adivinar lo que ocurre dentro de mí, pero llevo días tocándome así cuando nadie me ve, esperando que la palma distinga el cambio antes que los ojos.

Nuestro hijo.

El pensamiento me llena de una alegría que no se parece a nada de cuanto imaginé durante los años que pasé junto a Sorley... Durante diecisiete años todos dieron por supuesto que la incapacidad era mía.

Broen no ha necesitado más que unas cuantas noches para desmentirlo.

La satisfacción que me produce esa idea es poco caritativa, impropia de una viuda reciente y tan intensa que la curandera haría bien en no regresar hasta que consiga dominar la sonrisa.

Me pongo el vestido y tiro de los cordones con más prisa de la que permite su posición en la espalda. Después del segundo intento abandono la pretensión de anudarlos correctamente y me coloco el cinturón sobre la cintura. El manto puede ocultar el resto.

Necesito encontrar a Broen.

Me sujeto el broche bajo la garganta y cruzo la alcoba. Cuando alcanzo la puerta, levanto el pasador y tiro de ella.

Broen está al otro lado.

Tiene una mano levantada para llamar. Ocupa casi todo el corredor con el jubón oscuro y el tartán de los Morrison. Lleva el cabello revuelto, ambos ojos descubiertos, pero ninguna expresión en el rostro que yo pueda identificar.

Su mirada recorre mi rostro. Después desciende hacia el manto, el vestido mal abrochado y los pies calzados.

—¿Adónde ibas?

—A buscarte.

Algo cambia en su cara, una alteración tan pequeña que habría pasado inadvertida para cualquiera que no llevara años aprendiendo a encontrar cuanto Broen intenta esconder.

—Prometiste que permanecerías en la cama.

—Se lo prometí a la curandera. Tú no estabas allí.

Broen exhala por la nariz. Después vuelve a mirarme de arriba abajo y se detiene en los cordones torcidos.

—No estás vestida para salir.

—Estoy vestida lo suficiente para encontrarte.

Esta vez no consigue ocultar por completo lo que le provoca la respuesta. Su mano se cierra sobre el borde de la puerta y sus ojos regresan a los míos.

Me aparto para dejarlo entrar.

Broen cruza el umbral y cierra detrás de sí.

—Me han dicho que estás mejor —dice mientras permanece junto a la puerta, todavía indeciso entre acercarse y comprobar que no voy a caerme delante de él.

—La curandera te ha permitido llegar a menos de diez pasos de mí —respondo, abriendo los brazos para que contemple la extraordinaria firmeza con la que consigo mantenerme en pie—. Eso debería bastarte como prueba.

No llega a reírse, aunque algo en su expresión se afloja mientras cruza la alcoba.

—También me ha advertido que no te ayude a levantarte, no te altere y no permanezca demasiado tiempo —añade mientras avanza

por fin hacia mí.

—Ha olvidado prohibirte respirar. Empieza a perder facultades. Además, ya estaba levantada cuando has llegado, de modo que no puedes ser acusado de ayudarme.

Esta vez sí sonrío. Apenas dura un instante, pero lo veo antes de que se detenga delante de mí y desprenda el broche de mi garganta.

—¿Qué haces? —pregunto cuando el manto abandona mis hombros.

—Evitar que la curandera me encuentre colaborando en tu fuga —contesta mientras lo deja sobre el arcón.

Broen apoya las manos sobre mis hombros y me hace volver. Sus dedos buscan los cordones a mi espalda. Tira del primero y el nudo que tantos esfuerzos me ha costado se deshace con una facilidad ofensiva.

—Había conseguido cerrarlo —protesto, intentando mirar por encima del hombro.

—Ni de lejos.

—No todos podemos intimidar a la ropa hasta que decide obedecer.

El segundo cordón cede bajo sus dedos. Broen abre el vestido por la espalda y desliza la tela sobre mis hombros. Sus nudillos rozan la camisa cuando libera primero un brazo y después el otro. No hay urgencia sexual en sus movimientos, pero mi cuerpo recuerda demasiadas ocasiones en las que estas mismas manos empezaron desnudándome con una intención muy distinta.

El vestido cae alrededor de mis pies.

Me vuelvo hacia él y descubro que mira mi vientre. La camisa cae recta sobre una forma que todavía no ha cambiado, pero la contempla como si pudiera distinguir debajo de la tela aquello que

mis propios ojos no alcanzan a ver. La rigidez de su mandíbula y el cuidado con que respira me revelan que ya lo sabe.

—La curandera te lo ha dicho —murmuro, dejando que mis manos descansen sobre el vientre—. Ya podemos estar tranquilos.

—Todavía no he decidido qué parte de todo esto me permite estar tranquilo —responde Broen, inclinándose hacia mí.

Pasa un brazo por detrás de mis rodillas y el otro alrededor de mi espalda. Cuando me levanta, el movimiento me arranca los pies del suelo antes de que consiga sujetarme a sus hombros.

—Broen, puedo caminar —le recuerdo mientras él se dirige hacia la cama sin concederle ninguna importancia a mi protesta—. Lo he hecho durante años y hasta ahora nadie había considerado necesario transportarme de un lado a otro.

No responde. Me deposita sobre el colchón y, antes de soltarme, acomoda la almohada detrás de mi espalda. La atención con que espera a que me apoye resulta excesiva para un hombre que pretende disimular su inquietud. Después recoge la manta y la extiende sobre mis piernas.

Luego se sienta en el borde de la cama. Su muslo queda apoyado contra el mío a través de la manta, pero mantiene las manos juntas entre las rodillas, como si aún no supiera dónde colocarlas. Hace unas semanas habría interpretado esa quietud como distancia. Ahora reconozco al hombre que teme tocar demasiado fuerte algo que desea con toda su vida.

Soy yo quien extiende la mano.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos en cuanto los rozo. La respuesta resulta tan rápida que algo cálido se me instala detrás de las costillas. Broen gira mi mano, apoya el pulgar sobre la muñeca y permanece contando los latidos antes de levantar los ojos.

—Te has desvanecido.

—Me han informado de ello. Al parecer, estaba presente, aunque mi participación consciente resultó bastante limitada. Estoy bien, Broen. Cansada y retenida en una cama por una mujer que considera ponerse en pie una declaración de guerra, pero bien.

—Caitlin.

La gravedad con que pronuncia mi nombre podría detener una batalla.

Su mirada permanece sobre mí mientras decide cuánto creer.

Lleva días contemplándome así, pendiente de cada cambio en mi respiración, y todavía no parece comprender que ahora puedo reconocer la inquietud debajo de su silencio.

Antes la habría confundido con desconfianza o mal humor. Pero Broen cuida como lucha. Empleando todo el cuerpo y procurando que nadie descubra cuánto le cuesta.

—Te gusta este lugar —murmura por fin.

La observación me sorprende lo suficiente para que tarde en responder.

—¿Uig?

—La fortaleza, la gente. Aquí estás a gusto.

No es una pregunta, aunque la forma en que desliza el pulgar sobre mis nudillos traiciona el interés que intenta esconder.

—Me han tratado bien. Domhnall no me ha encerrado, su hija ha conseguido que coma más en estos días que Beathag durante un mes y nadie vigila mis paños cada vez que salgo de la alcoba. Resulta difícil no apreciar tales comodidades.

Broen asiente, serio, pero noto que todavía no ha llegado a aquello que quería decir.

—También te ríes mucho con Eòghan.

Lo observo durante un instante. Mantiene la vista en nuestras manos y la frase ha salido con una neutralidad tan trabajada que tengo que apretar los labios para no estropearla riéndome.

—Es que tú no eres tan divertido, Broen.

Sus ojos ascienden hasta los míos.

—Puedo serlo cuando tu vida no esté amenazada por la horca, no tenga que conservar el mando de un clan que se muere de hambre ni engendrar un hijo con cierta urgencia.

La enumeración termina con tanta seriedad que la risa me vence. Broen espera a que se apague, aunque sus dedos se acomodan mejor entre los míos y su pulgar continúa acariciándome mientras yo intento recuperar el aliento.

—No sabía que concebir un hijo te hubiese resultado tan complicado y sacrificado.

—Soporté la carga con entereza.

—Varias veces —le recuerdo.

—No parecías dispuesta a permitir que escatimara esfuerzos.

El calor vuelve a subirme por el cuello. Ladeo la cabeza y él sostiene mis ojos con esa atención que consigue que una frase absurda adquiera un significado muy distinto.

—Supongo que te alegrará saber que el esfuerzo dio resultado. Parece que no tendremos que repetir el sacrificio —añado.

Aflojo mi mano para llevar la suya hasta las mantas. Durante un instante, sus dedos permanecen suspendidos sobre mí. Después abre la palma y la posa sobre mi vientre con un cuidado que no le he visto utilizar ni siquiera al tocar una herida.

El peso de su mano apenas se nota a través de la lana. Lo que me conmueve es su expresión. Broen contempla mi vientre con el ceño fruncido, abrumado por algo para lo que no encuentra palabras.

—Podemos hacerlo mejor cuando deje de ser una obligación —
murmura sin retirar la mano.

—¿Mejor de qué manera? —pregunto, aunque la aspereza de su voz
ya me ha dado una respuesta bastante clara.

Broen levanta los ojos hacia mí.

—Esta vez lo importante sería disfrutar del intento.

La promesa se desliza despacio por mi cuerpo. Me humedezco los
labios antes de contestar, y la atención de Broen sigue el
movimiento.

—Creo recordar que ya disfrutaste de alguna parte —señalo.

—No estaba prestando toda la atención necesaria.

—Eso tendrás que demostrarlo.

Sonríó. Broen me observa con una mezcla de deseo y asombro que
me obliga a acercarme, pero es él quien salva la distancia restante.
Su boca roza la mía con suavidad y permanece allí lo suficiente para
que sienta cómo contiene el impulso de estrecharme contra su
cuerpo. Cuando se aparta, mantiene la frente apoyada en la mía y la
mano sobre el lugar donde crece nuestro hijo.

—Domhnall quiere que te cases con Eòghan —dice junto a mis
labios.

La frase cae entre nosotros sin borrar del todo el calor del beso.

—Le he dicho que ya habías elegido —continúa antes de que pueda
responder.

—Qué atrevido —murmuro.

Se aparta para observarme con atención.

—¿Mentí?

—¿Has entrado aquí dispuesto a enfrentarte a esa posibilidad y todavía crees que puedo dejarte marchar?

La presión de sus dedos cede. Durante unos instantes vuelve a ser el hombre que se quedó junto a la puerta sin saber qué hacer con las manos.

—Te he visto feliz —admite, sin dejar de acariciarme distraídamente—. Estás tranquila aquí. Duermes, comes sin que nadie tenga que perseguirte con un plato y te ríes con personas que apenas conocías hace unos días.

—Sobre todo con Eòghan.

Su pulgar se detiene sobre mi vientre.

—Sobre todo con Eòghan. Parecía una vida en la que yo sobraba. He intentado convencerme de que aquí estarías mejor. Eòghan puede darte una fortaleza segura, un clan que no te acusa de asesinato y una vida que no comenzó con mi hermano entre nosotros. He repetido todas esas razones hasta que casi han parecido ciertas.

—¿Y qué ha impedido que te marches? —pregunto, cubriendo de nuevo su mano con la mía.

Broen aprieta los dedos sobre mi vientre.

—Que estoy cansado de entregar cuanto quiero para demostrar que soy mejor hombre que Sorley.

La confesión apenas altera su voz, pero deja al descubierto cuanto llevaba conteniendo desde que entró.

Broen no teme que Eòghan me haya hecho olvidar lo que le dije. Ha pensado que quizá quererme consiste otra vez en marcharse.

—Me gusta Ardrol —le concedo—. También me gusta Eòghan. Es amable y me hace reír, aunque eso no significa que quiera casarme con él. Aquí estoy a salvo. Eso no significa que esté mejor sin ti. Te dije que solo era tuya, Broen. Eso no significa que deba sentirme

desdichada en cuanto sales de una estancia ni que todos los hombres de Lewis tengan que aburrirme para que tú puedas confiar en mi elección. Soy tuya porque a tu lado sigo siendo mía.

Su mirada regresa a la mía.

—Puedo mejorar. Debo mejorar. Porque todavía estoy tentado de arrojar a Eòghan desde la muralla.

La risa se me escapa otra vez. Broen me contempla mientras lo hago. Tiro con suavidad de su muñeca hasta que se inclina sobre la cama.

—Entonces empieza por quedarte —le digo cerca de la boca—. Tú me haces feliz, Broen.

Tarda un instante en besarme. Esta vez no se limita a rozarme los labios. Inclina la cabeza y busca mi lengua con la suya, despacio al principio, saboreando el beso mientras la mano que tenía sobre mi vientre asciende hasta mi cintura y la otra se cierra alrededor de mi nuca. La fuerza que contiene aparece en la presión de sus dedos y en la respiración que se le vuelve más profunda contra mi boca. Le sujeto el cuello, enredo los dedos entre su cabello y tiro de él hasta que su pecho roza el mío y el colchón cede bajo su peso. La aspereza de su barba me araña la barbilla cuando cambia el ángulo y vuelve a besarme con más hambre. Abro más la boca, lo recibo y siento el sonido grave que se le escapa antes de que consiga tragárselo.

—Le diré a Eòghan que has decidido —murmura Broen contra mi boca antes de atraparme de nuevo el labio inferior.

—Se lo diré yo —consigo responder cuando me lo suelta. Apenas logro separar nuestras bocas para continuar—. Acabas de rechazar una propuesta en mi nombre y no pienso permitir que adquieras la costumbre.

Broen me mira los labios como si estuviera decidiendo qué discusión atender primero. Al final vuelve a besarme. Su lengua recorre

despacio el lugar que acaba de morder y la mano que rodea mi nuca me mantiene cerca mientras habla pegado a mí.

—Se lo dirás tú. —Roza mi boca una vez más y deja la frase siguiente sobre mis labios—. Yo procuraré estar cerca cuando responda.

—Para asegurarte de que elijo bien —lo provocho, tirando de su cabello hasta obligarlo a levantar un poco la cabeza.

La presión de sus dedos aumenta en mi nuca. Broen inclina el rostro, me muerde otra vez, esta vez con la fuerza suficiente para arrancarme el aire, y calma después el escozor con una pasada lenta de la lengua.

—Para recordarles que sigues bajo mi protección si alguno decide que tu respuesta admite discusión.

La respuesta me hace sonreír contra su boca. Broen atrapa esa sonrisa con otro beso, más breve.

Suelto su cabello y llevo la mano hasta mi vientre. La dejo allí, entre nuestros cuerpos, mientras le rozo los labios con los míos.

Broen contempla mi mano durante unos instantes. Después vuelve a besarme, despacio, y habla contra mis labios.

—Cuando nos casemos —anuncia—. Para Lewis seguirá siendo el hijo póstumo de Sorley, pero tendrá el mismo lugar que cualquier hijo nacido de los dos.

Tardo varios latidos en comprender qué parte de la frase me ha dejado sin respiración.

Broen intenta besarme otra vez, pero apoyo una mano contra su pecho.

—Has dicho «cuando nos casemos».

—Sí.

La rotundidad de la respuesta me desconcierta todavía más. Durante todos estos años he imaginado qué habría ocurrido si Broen se hubiese quedado, si mi padre hubiera respetado nuestro compromiso o si Sorley jamás hubiera existido. Desde que Broen regresó, en cambio, no me he permitido pensar en una boda. La Iglesia puede perdonar nuestros pecados, pero no suele olvidar que he compartido lecho con su hermano.

—Broen, la Iglesia...

—Necesitamos una dispensa —responde, sujetándome la mirada—. La conseguiremos.

Habla como si la autoridad de Roma fuera otra puerta que piensa derribar si tarda demasiado en abrirse.

Broen guarda silencio mientras me deja pensar y decidir, pero, milagros de la vida, se le acaba la paciencia.

La mano de mi cintura se cierra un poco más y me atrae hasta borrar el espacio que yo había abierto entre los dos.

—Caitlin. —Me muerde suavemente el labio inferior y no lo suelta hasta que vuelvo a mirarlo—. Cástate conmigo.

El corazón me golpea con fuerza.

—Eso ha sonado bastante parecido a una orden.

—Dime que no y descubrirás la diferencia.

Ahí está ese Broen firme, seguro, casi desafiante, pero dispuesto a recibir un rechazo real.

—No. No pienso decírtelo.

Sus ojos permanecen clavados en los míos.

—Entonces dime lo contrario.

Le sujeto la nuca y acerco su frente a la mía.

—Sí.

Broen me besa antes de que el aire termine de abandonar mi boca.

Pasa el pulgar sobre mi mano, despacio, y la caricia contiene una ternura que vuelve todavía más terminante su decisión.

—Habrá quien se pregunte por qué me apresuro a darle los mismos derechos que a los hijos que tengamos después —continúa, y le dejo hablar, porque es algo que no suele hacer mucho—. Ya encontrarán bastante extraño que nos casemos, incluso cuando la Iglesia nos conceda la dispensa. Cuando el alumbramiento llegue más tarde de lo que todos esperan, contarán los meses y hablarán de ti.

—Hablarán de mí haga lo que haga —respondo—. Las mujeres aprendemos pronto que siempre existe una falta preparada para nosotras. Si hablamos, somos insolentes y, si callamos, taimadas. Si un marido nos humilla, algo habremos hecho para agotar su paciencia, pero contarlo mancilla su nombre y guardar silencio nos convierte después en culpables de haberlo consentido. Durante años dijeron que mi cuerpo era defectuoso y que Dios le negaba hijos a Sorley por alguna falta mía. Ahora llevo uno dentro y decidirán que mentí, que apenas esperé a enterrarlo antes de acostarme contigo o que llevaba años deseándolo. También me creen capaz de asesinarlo. Dime qué juicio queda por pronunciar que deba gobernar todavía mi vida.

—Ninguno —responde al cabo—. Que hablen. Yo mismo les daré motivos para hablar de mí. Cuando terminen, habrán olvidado qué pretendían reprocharte. Si alguno no lo olvida, que me lo diga a la cara.

La respuesta me desarma más que cualquier consuelo. Ha decidido convertirse en la historia que contarán para que yo deje de serlo.

—Hasta ahora he soportado yo casi todo el esfuerzo —le recuerdo—. Casarte conmigo será un escándalo y un comienzo prometedor.

Su boca se curva, pero la expresión no llega a sostenerse.

—¿Qué dejó escrito Roderick MacLeod?

—Que soy hijo suyo —responde—. También declara que Niall no lo es y pide a los MacLeod que me reconozcan como laird en su lugar.

Contengo la respiración.

—Reclamaré el mando —añade Broen—. El pergamino explica por qué Niall necesitaba muerto a Sorley y la confesión de Ealasaid demuestra que fabricó pruebas contra ti. Haré público todo ante los MacLeod y limpiaré tu nombre. Mientras Niall conserve el clan, podrá silenciar a Seumas y volver a utilizar a sus hombres contra ti y nuestro hijo.

Broen ha convertido la noticia de su nacimiento en una sucesión de decisiones, enemigos y tareas que puede ejecutar.

—Me has dicho qué harás —murmuro—. Todavía no me has dicho qué significa para ti lo que contiene.

Broen tarda en responder. Durante su silencio, una brasa cede en el hogar y llena la alcoba con un crujido leve.

—Ignoro si Roderick habría sido un buen padre —responde—. Aunque la comparación con el hombre al que llamé padre favorece a casi cualquiera.

Broen aparta la mirada hacia el fuego.

—Nunca permitió que olvidara que Sorley era el hijo que importaba. Hasta sus carencias parecían culpa mía por no compartirlas.

Habla sin elevar la voz. Esa contención vuelve más dolorosa cada palabra.

—Su muerte precipitó tu boda con Sorley, la sucesión y todo cuanto vino después. Recuerdo que contemplé su cuerpo y pensé que ojalá hubiera muerto antes de aceptar entregarte a mi hermano.

Cualquier intento de absolverlo reduciría aquella confesión a una culpa sencilla, y nada entre nosotros lo ha sido jamás.

—Pertenece a una familia poco apropiada para tener pensamientos caritativos.

—Por fortuna, ya han dicho cosas peores de nosotros.

—Yo procuraré soportarlo con la dignidad que cabe esperar de una asesina, adúltera, estéril y, al parecer, extraordinariamente fértil.

—Falta imprudente.

—Eso lo demostraré cuando me case contigo.

Broen se inclina y besa mi vientre a través de las mantas. Su boca permanece allí un instante antes de levantar la cabeza.

—Tendrá una madre que consiguió engañar a todos antes incluso de concebirlo.

—Será un niño muy orgulloso.

—O un peligro para toda la isla.

—También eso sería culpa tuya. Tendrá tu sangre, mi obstinación y, si los santos sienten alguna compasión, el sentido del humor de Eòghan.

Broen me mira con una severidad que no consigue ocultar la diversión.

—Retiro mi promesa de no arrojarlo desde la muralla.

—Ya empezaba a preocuparme tanta moderación. Y si es niña...

—Si es niña —continúa Broen, recuperando la mano que había apartado de mi vientre—, tendrá tu obstinación, mi sangre y ninguna necesidad del sentido del humor de Eòghan.

—Eso último tendrás que explicárselo cuando sea mayor. Yo no pienso cargar con la culpa de haberla privado de su única posibilidad

de resultar encantadora.

—Si se parece a ti, encontrará otras formas de salirse con la suya.

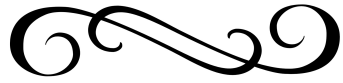
—Será mejor que sobrevivas a todo esto. Gobernar dos clanes, impedir una guerra y soportarme durante el embarazo parece una tarea excesiva incluso para ti.

—Lo más difícil será impedir que sigas mencionando a Eòghan como ejemplo de hombre divertido.

—Puedo sacrificarme por la paz de Lewis.

Broen me mira, y en sus ojos ya no encuentro al hombre empequeñecido para que Sorley pudiera sentirse grande ni al hijo que necesita que un pergamino le diga quién fue su padre. Veo al laird de los Morrison, al heredero que Roderick ha pedido a los MacLeod que reconozcan y al hombre que mantiene la mano sobre nuestro hijo con una certeza que ningún clan podrá concederle ni arrebatarle.

Capítulo 29



«Caitlin»

Ardroil ha dejado de parecer una fortaleza y empieza a parecer una isla entera obligada a compartir el mismo patio.

Durante los últimos cuatro días han llegado tantas embarcaciones que, cuando subo al adarve, apenas distingo la franja de arena entre los cascos varados, los cabos tendidos y los hombres que descargan arcones, mantas, armas y provisiones.

El olor a sal se mezcla con el del estiércol de los caballos, la turba húmeda y el pescado que varias mujeres limpian junto a la empalizada. En las cuadras ya no cabe otro animal. En la sala grande han colocado bancos contra las paredes y los MacAulay duermen por turnos para ceder jergones a quienes Domhnall considera demasiado importantes para tenderse sobre paja.

Los Morrison fueron los primeros en responder. Tormod llegó ayer con tres hombres del consejo, dos familias que presenciaron el registro de mis aposentos y una expresión cautelosa que no ha abandonado desde que vio a Broen sentado junto a Domhnall.

Varias ramas de los MacLeod han enviado representantes antes de que Niall se digne a aparecer. Domhnall ha vuelto contra ellos la misma comisión real con la que me sacaron de Dùn Mhoireasdan. Si

les concedió autoridad para custodiarme, también los obliga a escuchar los nuevos testimonios. Negarse equivaldría a admitir que la justicia del rey solo les conviene cuando sirve para encerrarme.

—Mi padre dice que, si continúan llegando hombres armados, tendrá que empezar a cobrarles por cada enemistad que traigan.

La voz de Eòghan me hace volver la cabeza. Se aproxima por el adarve con el tartán prendido sobre un hombro y el cabello recogido en la nuca. Su sonrisa aparece con la facilidad habitual, aunque hoy no llega a ocultar la seriedad de sus ojos.

—Puede ofrecer un precio menor a quienes compartan enemigo.

—Eso provocaría que todos fingieran odiar al mismo hombre para ahorrar unas monedas.

—En este momento no tendrían que fingir demasiado.

Apoyo las manos sobre la piedra húmeda. Los últimos días han transcurrido entre preparativos, declaraciones y preguntas que debían formularse sin revelar cuánto sabemos.

Domhnall ha distribuido a los testigos en estancias separadas. Darian vigila al padre Seumas y Finn se ha encargado de que Ealasaid no pueda hablar con nadie relacionado con los MacLeod.

Niall llegará convencido de que controla la información porque siempre ha confundido el miedo de los demás con obediencia.

—¿Has subido para avisarme de que viene?

—He subido porque, si esperaba a que esto terminase, podríamos estar los dos muertos, sitiados o demasiado ocupados discutiendo quién gobierna Lewis.

Lo miro de perfil. Eòghan mantiene la vista en la bahía y frota con el pulgar una irregularidad de la piedra. No parece nervioso, pero jamás lo he visto prestar tanta atención a un muro.

—Eso suena a despedida.

—Solo de una posibilidad bastante mal calculada.

Comprendo a cuál se refiere antes de que se vuelva hacia mí.

—Mi padre me ha contado que Broen y tú pretendéis casaros. También me ha explicado que Broen rechazó mi propuesta con mucha contundencia y me privó de comprobar si conservaba alguna posibilidad.

—Yo habría hablado contigo.

—Lo sé.

La ligereza de su tono no convierte la conversación en algo menor. Eòghan me acogió cuando llegué a Ardrol bajo la custodia impuesta por la comisión. Consiguió que Domhnall me escuchara y nunca utilizó lo que podía ofrecerme para arrancarme una respuesta. Le debo demasiado para esconderme ahora detrás de una falsa cortesía.

—Pero no habría mentido acerca de lo que podía darte.

—Tampoco yo quiero mentirte acerca de lo que habría esperado.

Eòghan se aparta de la almena y apoya la espalda contra la piedra. Por primera vez desde que lo conozco, tarda en ordenar las palabras.

—Casarme contigo me convenía. Eres la viuda del laird Morrison, conoces esas tierras mejor que los hombres que pretenden gobernarlas y habrías fortalecido la posición de mi familia en la isla. También eres hermosa, me haces reír y no agachas la cabeza cuando mi padre empieza a hablar como si Moisés le hubiera dejado las tablas a él personalmente. No habría sido un sacrificio.

—Domhnall se limita a corregir algunos descuidos de Moisés.

—Según él, fueron numerosos.

La sonrisa de Eòghan desaparece despacio. Baja los ojos hacia mis manos y después mira el patio, donde Broen cruza entre dos grupos

de hombres sin necesitar apartar a ninguno. Su tamaño abre espacio antes de que lo reclame.

—Habría terminado queriendo de ti lo que no podías darme —admite Eòghan—. Ahora puedo considerarme sensato y afirmar que me bastaría con tu afecto, pero tendría que vivir cada día sabiendo que una parte de ti continuaría pendiente de otro hombre. Con el tiempo habría querido que me miraras como lo miras a él cuando piensas que nadie te observa. Cada vez que lo vieras entrar, yo sabría qué parte de ti continuaba perteneciéndole. La verdad es que acabaría esperando un cambio que tú jamás me habrías prometido y cualquier gesto entre vosotros empezaría a parecerme una afrenta.

Eòghan exhala y sacude la cabeza.

—Prefiero renunciar ahora a una mujer que no me ha elegido que descubrir dentro de diez años cuánto daño puede hacer un hombre cuando cree que le deben amor.

—No eres Sorley.

—Quiero seguir sin serlo.

La respuesta me toca en un lugar doloroso. Me acerco y le tomo el antebrazo. Eòghan cubre mi mano con la suya, sin apropiarse del gesto ni prolongarlo más de lo que ambos necesitamos.

—Habría tenido mucha suerte contigo —le digo con cariño.

—La habrías tenido —concede, y recupera una parte de su sonrisa—. Soy apuesto, razonable y poseo una fortaleza situada en un lugar donde el viento solo intenta arrancarte la piel durante la mitad del año.

—Una tentación difícil de rechazar.

Una sombra oscurece la piedra a mi derecha.

Broen se detiene a varios pasos de nosotros. Bajo el cielo cubierto no lleva el parche y ambos ojos recorren primero mi rostro, luego la

mano apoyada sobre el brazo de Eòghan.

Permanece inmóvil, con una paciencia demasiado consciente para resultar natural en él.

Eòghan suelta mi mano.

—Llegas tarde. Acabo de explicarle todas las ventajas que ha perdido al escogerte.

—Seguro que las has exagerado —responde él, seco.

—Ninguna compensaría tenerte de visita cada varios meses.

—No habría esperado meses.

Eòghan vuelve la cabeza hacia él y una sonrisa lenta le cambia el rostro.

—Eso sospechaba. Por ese motivo pensaba colocar más guardias en el portalón.

Broen acepta la acusación sin apartar los ojos de Eòghan. Este le ofrece el antebrazo y espera. La vacilación de Broen apenas dura un instante antes de estrechárselo.

—Cuídala —le advierte Eòghan.

Los dedos de Broen se cierran alrededor de su brazo.

—Te prometo que no volverá a necesitar que tú lo hagas.

La voz le sale baja y seca. Eòghan observa primero la mano que aprieta su antebrazo y después el rostro de Broen. La sonrisa tarda apenas un instante en regresar.

—Eso ha sonado casi como un agradecimiento.

—Has oído mal.

Eòghan suelta una carcajada y Broen termina por liberar su brazo con una leve sacudida.

Abajo, Brìghde organiza a varios criados alrededor de una mesa cubierta de registros.

Colum permanece junto a ella, revisando una relación de los hombres alojados en la fortaleza.

Cuando uno de los MacLeod reclama una estancia distinta, Brìghde alza la vista y le responde algo que desde aquí no escuchamos.

El hombre observa a Colum antes de decidir si insistir. Colum ni siquiera cambia de postura, pero su presencia parece ayudar al visitante a recordar que la paja también puede ser un lecho excelente.

Eòghan sigue la escena y se le contrae la boca.

—Ahora que hemos resuelto lo nuestro —dice—, dile a tu hombre, Colum, que se mantenga alejado de mi hermana.

Broen ni se inmuta.

—Colum es el último hombre por el que deberías preocuparte.

—Eso afirma cualquier hermano hasta que descubre que el callado llevaba meses pensando.

—Colum evita los problemas ajenos.

—Mi hermana no es un problema.

—Para él sí.

Eòghan lo contempla con abierta desconfianza.

—Hablar contigo produce la impresión de que uno ha recibido una respuesta, pero después intenta encontrarla y descubre que no estaba.

—A mí me ocurre a menudo —le confieso.

Eòghan se pasa una mano por la nuca. La resignación con la que mira hacia la escalera revela que conoce bastante bien el escaso

poder que tiene sobre Brìghde.

—Voy a averiguar por qué ese MacLeod considera indigno el jergón que se le ha ofrecido. Será menos peligroso para todos.

Eòghan baja la escalera con una risa. Lo vemos cruzar el patio y acercarse al hombre que protesta por su alojamiento. Brìghde utiliza la distracción para entregar a Colum otro registro que él tampoco parece haber solicitado.

Broen deja que Eòghan se aleje antes de acercarse a la almena. Mira hacia abajo, calcula la distancia y apoya las manos sobre la piedra.

—Al final no he tenido que arrojarlo desde aquí.

La risa me sorprende y el viento se lleva una parte.

—Me alegra comprobar que sabes aceptar un poco de competencia sin matar a nadie.

Sus ojos bajan hacia mi boca, pero espera. Me acerco yo y apoyo la frente contra su pecho. Broen me rodea con los brazos. Su jubón huele a humedad, cuero y el humo de las hogueras del patio.

—Eòghan ha comprendido algo que Sorley jamás quiso entender —murmuro contra él—. Querer algo de alguien no concede el derecho a recibir lo mismo a cambio.

La mano de Broen sube despacio por mi espalda.

—Sorley quería que todo cuanto miraba confirmara el poder que creía tener.

Broen se aparta lo necesario para verme. El músculo de su mandíbula se endurece, aunque la voz le sale baja.

—Bajemos. Si continúas inclinándote como hace un momento sobre el muro, acabarás en el patio.

—El niño y yo necesitábamos aire.

—El niño necesita que su madre deje de asomarse por encima de un muro mojado.

—Qué dicha crecer bajo el gobierno de un padre tan razonable.

—Eso pretendo.

La respuesta me hace sonreír. Broen desvía la atención hacia mi vientre durante un instante y vuelve al patio.

Nuestros aposentos son el único lugar donde puede apoyar la palma sobre mí y hablar de nuestro hijo sin medir quién escucha.

Fuera de ellos, la criatura vuelve a ser el heredero póstumo de Sorley.

Broen ha aceptado ese precio, pero cada vez que alguien habla del hijo de Sorley, sus dedos dejan de moverse durante un momento.

Solo uno.

Después continúa con lo que estuviera haciendo.

He empezado a reconocer cuánto dolor puede esconder un hombre dentro de un gesto que nadie más advierte.



AL LLEGAR AL PIE DE LA ESCALERA, DESCUBRO A FINN Y TORREN JUNTO AL muro, compartiendo un pedazo de queso con la escasa discreción de dos hombres que lo han robado de una mesa destinada a otros.

Altair permanece sentado sobre un tonel, haciendo girar una moneda entre los dedos, mientras Darian escucha a uno de los guardias que acaba de bajar del adarve. Ninguno parece preocupado por nuestra tardanza. Todos miran la mano de Broen, aún apoyada en mi espalda.

—Ha conseguido bajarla sin envolverla en una manta —observa Finn—. Pierdo otra moneda.

—La mañana todavía es joven —replica Torren, arrancando un trozo de queso—. Antes del mediodía intentará cargarla.

Broen retira la mano.

Finn señala el gesto con el cuchillo.

—Eso no invalida la apuesta. La ha tocado durante toda la escalera.

—Estaba mojada.

—La escalera, supongo —apunta Altair desde el tonel, sin levantar la vista de su moneda y con la neutralidad de quien se limita a completar una frase imprecisa.

—Eso espero —respondo—. Si Broen hablaba de mí, tendremos una conversación comprometida sobre cómo ha llegado a saberlo.

Torren se atraganta con el queso. Finn le golpea la espalda sin apartar de Broen una atención llena de entusiasmo.

Altair levanta por fin la vista de la moneda. La comprensión le llega tarde y suelta una carcajada tan brusca que la pieza se le escapa de los dedos, rebota contra el tonel y cae tintineando sobre la piedra.

Broen permanece inmóvil. El color empieza a subirle por el cuello hasta alcanzar las orejas y baja la mirada hacia los peldaños, como si la piedra acabara de exigirle toda su concentración.

La inesperada timidez termina con Torren. Se dobla sobre sí mismo entre toses y carcajadas mientras Finn abandona cualquier intento de ayudarlo.

Darian despide al guardia y se acerca atraído por el estruendo. Observa a Torren sin aire, la moneda de Altair rodando por el suelo y las orejas encendidas de Broen.

—¿Qué me he perdido?

—Una escalera mojada —consigue explicar Finn.

No pregunta más. Se detiene en mí.

—Ninguna vela nueva en la bahía. Niall continúa haciéndonos esperar.

—Tal vez confíe en que muramos de viejos antes de que llegue —apunta Finn—. Después podrá afirmar que la acusada desapareció durante la custodia de los MacAulay.

—Con Broen vigilándola de cerca, Caitlin no morirá de vieja —dice Altair—. Morirá agotada.

Broen mira a Darian, quizá esperando que ponga fin al comentario. Darian cruza los brazos y contempla el lugar de mi espalda que su mano acaba de abandonar.

—Podría ser peor. Cuando Finn recibió la flecha en la pierna, Broen lo siguió hasta la letrina durante nueve días.

La risa se me escapa antes de comprender que ninguno está exagerando.

—Fueron seis —corrige Broen.

—Nueve —insiste Finn, ofendido—. Los recuerdo bien porque no pude aliviarme una sola vez sin que una voz surgiera al otro lado de la puerta para preguntarme si seguía consciente.

—Te desmayaste dos veces.

—En una de ellas estaba dormido.

—Estabas sentado.

—Nunca he exigido una cama para dormir.

Broen empieza a andar hacia la estancia donde Domhnall nos ha ordenado reunirnos. Los demás lo seguimos sin necesidad de decidirlo. El paso que adopta no es rápido, aunque deja claro que la conversación ha terminado para él.

Eso parece animarlos.

—No me hubiera importado si hubieras entrado, Broen. No es como si tuviéramos secretos entre nosotros. Me la has visto en suficientes concursos de meadas.

Broen vuelve la cabeza muy despacio.

—No.

El entusiasmo inmediato de Finn me advierte de que esa negativa llega demasiado tarde.

—Siempre gana y es indignante porque debería empezar al menos un paso por detrás.

—Llevas años intentando que aceptemos esa regla —apunta Altair, haciendo correr la moneda entre los nudillos.

—Porque la longitud proporciona una ventaja evidente.

—Tu reclamación ha sido rechazada seis veces —recuerda Darian.

—Siete —corrige Broen.

Finn lo señala con el pedazo de queso.

—La de Angus no cuenta. Había demasiado viento.

—El viento soplaba para todos.

—No todos disponíamos del mismo contrapeso.

—No puedo pronunciarme sobre el viento —concedo desde detrás—, pero Finn tiene razón en que la ventaja existe.

El siguiente paso de Broen pierde medio compás. No se vuelve, aunque el color le alcanza otra vez las orejas y Torren vuelve a atragantarse.

—Podríais esperar a que muera para contar historias sobre mí.

—Cuando mueras, necesitaremos inventar otras mejores —replica Altair, que se ha unido al grupo sin abandonar la moneda—. Estas tienen poca grandeza. Demasiadas vendas, vómitos y hombres adultos comportándose como niños.

—Tú no puedes hablar —dice Finn—. Broen cruzó media Escocia porque recibimos una nota tuya que solo contenía el nombre de una aldea.

Altair atrapa la moneda dentro del puño. El humor no desaparece de su rostro, pero se repliega hacia un lugar al que ninguno intenta seguirlo.

—Había escrito dos palabras.

—La segunda era una blasfemia y no ayudaba a localizarte.

Miro a Altair. No explica qué ocurrió en aquella aldea. Tampoco lo hace Finn. Entre ellos, la historia parece conservar una parte que no me pertenece, aunque sí me permiten conocer el final.

—Lo encontró tres días después —continúa Darian—. Altair estaba herido, sin caballo y perseguido por seis hombres. Broen podía haber regresado a buscarnos antes de acercarse. En lugar de eso, entró solo.

—Eran cuatro —murmura Broen.

—Los otros dos aparecieron cuando ya estabas ocupado —aclara Altair. La moneda vuelve a moverse entre sus nudillos—. Le dije que no le había pedido que viniera. Él respondió que si seguía protestando, tendría que regresar caminando.

—¿Y qué hiciste? —pregunto.

Altair contempla la espalda de Broen.

—Subí al caballo. Incluso yo reconozco una declaración de afecto cuando amenaza con abandonarme en un camino.

Broen abre la puerta de una estancia pequeña contigua a la sala grande y espera a que entremos. Han colocado una mesa, varias banquetas y jarras de cerveza. Colum aparece desde el patio antes de que Broen pueda cerrar. Trae dos pliegos bajo el brazo y una arruga entre las cejas que se suaviza al encontrar a sus compañeros riéndose.

—¿Qué ha hecho Finn?

—Sobrevivir gracias a Broen —le explico—. Al parecer, no fue una tarea sencilla.

Colum deja los registros sobre la mesa.

—Nunca lo es.

Broen me ofrece una banqueta y, cuando comprende que todos están observándolo, se limita a señalarla con la barbilla. Me siento antes de que decida apartarla solo para castigarlos. Darian ocupa el extremo de la mesa; Finn y Torren se reparten la cerveza, mientras Altair elige la pared desde la que puede ver ambas puertas.

Broen permanece de pie.

—Tenemos una reunión en cuanto llegue Niall.

—Y hasta entonces Caitlin puede descubrir con qué clase de hombre pretende casarse —dice Finn—. Merece conocer los defectos que él oculta.

—Hasta ahora solo habéis contado buenas cualidades —replico y Broen se vuelve de nuevo sin saber dónde esconderse.

—Su peor defecto es que no permite que nos demos por perdidos —me asegura Torren—. Ni siquiera cuando nosotros ya lo hemos hecho.

La frase conserva su tono burlón, pero sus dedos dejan de jugar con el borde de la copa. Darian lo mira y Torren baja los ojos hacia la cerveza.

—Cuando Torren volvió de las galeras, no soportaba las puertas cerradas —explica Colum, sin obligarlo a contarlo—. Durante varias semanas dormía junto a la entrada del Refugio. Afirmaba que prefería el frío, aunque todos sabíamos que necesitaba ver el túnel por el que había llegado.

Torren bebe antes de levantar la vista.

—Caelan quería que durmiera dentro. Yo le dije que, si intentaba obligarme, descubriría cuánto había aprendido peleando encadenado a otros hombres.

—Broen sacó un jergón —continúa Colum— y lo tendió a unos pasos del suyo. No te hizo preguntas y no trató de convencerte.

—Ni siquiera me habló, pero durmió allí diecisiete noches —admite Torren. La sonrisa que me ofrece contiene una vergüenza antigua y un afecto que ya no intenta esconder—. Cada mañana se quejaba del frío y decía que era culpa mía. La decimoctava noche entré para dejar de escucharlo.

Broen se apoya contra la mesa y cruza los brazos.

—Roncabas —declara.

—Habría entrado antes si me hubieras dicho que esa era tu preocupación —se burla Torren.

—Habrías seguido fuera solo para fastidiarme.

—Probablemente.

La risa de Finn afloja algo en el rostro de Torren. Broen lo observa durante un instante y después desvía la mirada, como hace siempre que una emoción ajena se acerca demasiado a la suya.

Durante los años que he pasado imaginándolo lejos de mí, Broen existía en lugares sin forma. Lo veía cabalgando, luchando, durmiendo bajo árboles o sentado junto a fuegos de hombres cuyos nombres desconocía. Nunca pensé en él tendiendo un jergón frente

a una puerta abierta para acompañar a alguien incapaz de cruzarla ni haciendo todas esas cosas.

—¿Y Colum? —pregunto.

Colum alza las cejas.

—Yo he procurado que nunca tenga que salvarme de nada. Resulta agotador pagar la deuda.

—Miente —dice Darian—. Broen salió solo con su caballo y regresó varias semanas después a pie, sosteniendo a Colum, que apenas podía mantenerse consciente.

—Había vendido el caballo —añade Finn—. Nunca conseguimos averiguar dónde encontró a Colum, quién lo había dejado en aquel estado ni por qué necesitó venderlo.

Miro a Broen. Permanece junto a la mesa, con los brazos cruzados y el cansancio de quien preferiría enfrentarse a Niall antes que continuar escuchándolos.

—Colum hablará cuando quiera hacerlo.

—Han pasado tres años —señala Altair—. Empiezo a sospechar que no quiere.

—Quizá disfruto viéndoos inventar explicaciones —dice Colum mientras recoge el pliego—. Cada invierno son mejores. Finn llegó a decidir que soy hijo ilegítimo de un rey y me secuestraron para pedir rescate.

—De un rey muerto —aclara Finn—. No quería que apareciera para desmentirme.

La sombra de una sonrisa cruza el rostro de Colum pero, al recoger una jarra de cerveza, roza el antebrazo de Broen con el suyo. El contacto apenas dura un instante, pero tiene algo de calidez.

—¿Qué hizo por ti? —le pregunto a Darian cuando las voces se calman.

Broen se vuelve entonces. Algo cambia en su postura, una tensión distinta a la irritación con la que ha recibido las otras historias.

—Demasiadas cosas para escoger una —murmura, y luego suspira en profundidad—. Pero, si tengo que hacerlo...

Darian tarda en responder.

—Se quedó —dice al fin—. Cuando volvimos a encontrarnos, yo llevaba años perdido entre hombres que sobrevivían juntos hasta que dejaba de convenirles. Broen ya había enterrado a sus hijos y no le quedaba ninguna obligación hacia los MacNeish. Podría haber tomado cualquier camino y nadie se lo habría reprochado.

La quietud se adueña de Broen.

—Aun así, se quedó conmigo —continúa Darian—. Me ayudó a encontrar a quienes seguían vivos y a levantar un lugar para los que no tenían adónde regresar. Cuando yo solo pensaba en todo cuanto quería destruir, él me obligaba a recordar qué pretendíamos construir.

—Tú habrías hecho lo mismo.

Darian niega despacio.

—No lo hice. Yo llevaba años marchándome de todas partes. Tú fuiste quien decidió quedarse.

Nadie intenta aliviar lo que ha dejado en la estancia.

Durante todo mi matrimonio, Sorley me habló de su hermano como si el destierro hubiese demostrado una traición. Me contó que Broen había elegido otra familia, otro clan y otra vida porque marcharse siempre le había resultado fácil.

Llegué a odiarlo algunos días por sobrevivir lejos de mí. Necesitaba odiarlo para soportar que no regresara.

Ahora descubro que, incluso destrozado, se quedó sosteniendo cuanto pudo salvar.

Broen se acerca y apoya los nudillos sobre la mesa, cerca de mi mano sin tocarla.

—No tienes que mirarme así.

—¿Cómo te miro?

—Como si ellos acabaran de convencerte de algo.

—Acaban de contarme qué hiciste durante los años en que no pude verte —respondo—. Creo que tengo derecho a mirarte mientras intento reunir al hombre que recuerdo con el que ellos conocen.

Broen baja los ojos hacia mis dedos. Los suyos avanzan por debajo de la madera hasta rozarlos.

—No hice nada extraordinario.

Finn deja la copa con un golpe suave.

—Ahí está el defecto que intentábamos explicarle.

—El otro es que se vuelve insoportable cuando alguien le da las gracias —añade Torren—. Si Caitlin quiere castigarlo alguna vez, ya conoce el método.

—También puede abrazarlo —propone Altair—. Suele quedarse rígido y mirar alrededor en busca de una guerra que le permita escapar.

Broen los contempla uno por uno.

—Niall podría llegar en cualquier momento y estáis aquí contando estupideces.

—Llevamos cuatro días preparando la caída de Niall —replica Darian—. Podíamos dedicar unos minutos a recordarle a Caitlin por qué ninguno de nosotros permitirá que afrontéis solos lo que ocurra después.

Esta vez Broen no encuentra una respuesta que pueda protegerlo. Sus dedos se cierran alrededor de los míos bajo el borde de la mesa.

Desde el adarve llega un grito.

Todos volvemos la cabeza hacia la ventana. Un guardia cruza el patio en dirección a la sala grande y otro aparece sobre la empalizada, señalando la bahía.

Darian se levanta primero.

—Tres embarcaciones desde el norte.

Las banquetas raspan el suelo. En unos instantes, el calor que había llenado la estancia se transforma en la atención de los hombres que han sobrevivido porque aprendieron a moverse juntos.

Broen suelta mi mano para llevar la suya a la empuñadura de la espada.

Antes de salir, sin embargo, me mira.

Ahora sé que ese hombre capaz de cubrirme con su cuerpo no solo ha aprendido a proteger. También ha vendido aquello que necesitaba, ha velado junto a puertas abiertas, ha caminado al lado de caballos cargados con amigos heridos y ha permanecido entre ruinas para sostener a otros mientras nadie pensaba en sostenerlo a él.

Me acerco y le arreglo el pliegue del tartán y el broche sobre el hombro. Es cuanto puedo permitirme delante de la puerta abierta.

—Cuando esto termine —murmuro—, pienso darte las gracias por todo.

Broen me observa con desconfianza.

—No hay nada que debas agradecer tú.

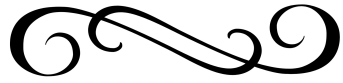
—No he dicho que vaya a utilizar palabras.

Detrás de él, Finn ahoga una risa. Colum sale al patio con demasiada prisa y Altair vuelve la cara para ocultar una sonrisa que no engaña a nadie mientras Torren murmura:

—Es la mujer perfecta.

Broen permanece inmóvil un instante. Después coloca la mano en mi cintura y me conduce hacia la sala grande, olvidando por completo que todos están mirando.

Capítulo 30



«Caitlin»

Niall entra en la sala acompañado por los hombres que han cruzado con él desde el norte. Deja que dos avancen antes, quizá para demostrar que no llega solo, quizá porque necesita unos instantes más para comprender lo que Domhnall ha reunido en Ardmoil.

Darian permanece a la derecha de Domhnall y Eòghan a la izquierda. Los Cuervos se han repartido cerca de las paredes con esa habilidad suya para parecer desordenados mientras controlan las puertas, las ventanas y todas las manos que descansan demasiado cerca de una espada.

Broen está sentado junto a mí.

No se levanta cuando Niall nos descubre. Mantiene los antebrazos sobre los muslos y el parche cubriéndole el ojo más sensible a la claridad que entra por las ventanas. Su rodilla toca la mía bajo la mesa, un contacto que nadie puede ver y que él no ha retirado desde que Niall ha entrado.

La atención de Niall pasa de mí a Broen. Después encuentra a Tormod entre los Morrison y a los hombres de su propio clan sentados bajo la autoridad de un MacAulay. Durante un instante se

queda quieto en el centro de la sala, con la capa todavía húmeda sobre los hombros.

—Creía que venía a responder ante la comisión por la custodia de lady Caitlin —dice por fin—, no a encontrar media isla reunida en Ardmoil.

Domhnall apoya ambas manos sobre el bastón.

—Han aparecido nuevos testimonios relacionados con esa custodia. Quienes solicitaron la intervención del rey tendrán ocasión de escucharlos.

Eòghan inclina la cabeza para ocultar una reacción. Niall lo ve, pero decide no concederle la satisfacción de responder y se desprende de la capa. Uno de sus hombres la recoge antes de que roce el suelo.

—La comisión no concede a los MacAulay autoridad para someter a los MacLeod al juicio de un consejo Morrison.

—Los hombres de tu clan han venido por voluntad propia —contesta Broen—. No veo a ninguno sometido.

La última palabra cambia el aire entre ambos. Niall fija los ojos en él y los conserva allí mientras ocupa el asiento que han dejado libre.

Domhnall espera a que los hombres de Niall se distribuyan a su espalda.

—La comisión retiró a lady Caitlin de la custodia Morrison porque tú alegaste que el clan estaba protegiendo a una mujer acusada ya de dos asesinatos. Presentaste el cadáver de Torcuil y el fragmento de su vestido como prueba de que había matado al muchacho para impedirle hablar.

—Eso es lo que ocurrió.

—Cuéntalo de nuevo —ordena Domhnall.

Niall apoya una mano en el banco.

—Torcuil sirvió el cordial que bebió Sorley la noche de su muerte. Desapareció unos días después. Dos cazadores Morrison encontraron su cuerpo cerca de Arnol. Tenía el cuello cortado.

Domhnall no insiste. Deja que la respuesta incompleta permanezca delante de todos y cambia de dirección con una paciencia que parece irritar a Niall más que cualquier acusación.

—¿Por qué decidiste que Caitlin lo había matado?

—Porque el muchacho podía relacionarla con el veneno y apareció aferrado a una prenda suya.

—El fragmento estaba dentro de su mano —interviene Broen—. Un hombre degollado no conserva los dedos cerrados durante semanas para entregarte una acusación cuando decidas encontrarlo.

Niall se gira hacia él.

—Ya discutimos eso en Dùn Mhoireasdan. También examinaste el vestido delante del consejo y comprobaste que faltaba esa tela.

—Comprobé que alguien lo había cortado durante el registro de sus aposentos.

—Comprobaste lo que necesitabas ver para defenderla.

La frase cae con la intención exacta de volver todas las miradas hacia nosotros. Niall conoce ya la furia de Broen, la forma en que se interpuso cuando intentaron llevarme y cuanto estuvo dispuesto a arriesgar para impedirlo. Ahora busca al hombre debajo del laird, confiando en que vuelva a mostrarse delante de quienes podrían negarle ambos clanes.

Broen aparta por fin la rodilla de la mía.

No para distanciarse, sino para ponerse en pie.

—Tú necesitabas aquel pedazo de tela para retirar a Caitlin de mi custodia —dice mientras apoya una mano sobre la mesa—. Yo

necesitaba saber quién tuvo acceso a su ropa. Solo uno de nosotros consiguió exactamente aquello que buscaba.

Varios MacLeod se mueven en los bancos. Niall no los mira. Su atención permanece clavada en Broen, aunque los dedos se le han cerrado sobre la madera.

—¿Tienes una acusación que puedas demostrar?

—Tenemos preguntas que no has respondido.

—Entonces continuad preguntando. Hasta ahora solo habéis establecido que la prenda pertenecía a Caitlin y que Broen considera sospechoso cuanto contradice sus deseos.

Me inclino hacia delante antes de que Broen responda.

—Todavía no has dicho cuándo viste ese fragmento por primera vez.

Niall me mira por primera vez desde que se ha sentado. Sus ojos descienden un instante hacia mi vientre y regresan a mi rostro.

—Veo que los MacAulay te han permitido olvidar que sigues siendo una acusada.

—Me han permitido recordar que puedo hablar para defenderme.

La boca de Niall se endurece. Alrededor de nosotros nadie se apresura a llenar la pausa.

Domhnall observa al hombre que tiene enfrente sin intervenir, dejándolo elegir entre contestarme o demostrar que solo sabe sostener su autoridad cuando los demás callan.

Niall opta por mirarlo a él.

—He cruzado hasta aquí porque afirmasteis que existían hechos nuevos sobre la muerte de Sorley. Presentadlos o terminemos con esta representación.

Domhnall acaricia con el pulgar la empuñadura del bastón.

—Los presentaremos —interviene Broen, sin apartar la mano de la mesa—. Pero antes responderás a una pregunta que dejaste en Dùn Mhoireasdan. ¿Por qué querías saber si Sorley había recibido la visita de otro sacerdote?

Los dedos de Niall se detienen sobre el banco. La vacilación apenas dura, aunque sus ojos se desvían hacia la puerta cuando Broen vuelve la cabeza.

El padre Seumas entra escoltado por Colum. Lleva la sotana gastada, las mejillas hundidas y una bolsa de cuero sujeta contra el pecho. Avanza hasta quedar frente a la mesa y mira a Niall.

—Porque me buscaba a mí —dice.

Niall no se mueve. El color ha abandonado su rostro, aunque consigue mantener la espalda erguida y una mano apoyada sobre la rodilla. Solo sus hombros parecen haber oído una amenaza. Dos miran hacia la puerta y otro desplaza el peso sobre los pies antes de recordar que Altair la vigila.

Domhnall señala el espacio frente a la mesa.

—Acercaos, padre Seumas. Decidnos dónde estuvisteis y qué presenciasteis.

El sacerdote avanza. La bolsa que lleva contra el pecho parece demasiado pequeña para justificar el miedo que Niall le ha tenido durante meses.

—Me encontraba junto al viejo laird Roderick MacLeod cuando dictó su última voluntad. La escribí de mi mano, presencié su marca y comprobé cómo sellaba el pergamino.

La atención de la sala se concentra en Niall. Él deja escapar una exhalación despectiva y se reclina apenas en el banco, recuperando parte de esa autoridad que sabe construir cuando los demás le conceden tiempo.

—Mi padre deliraba antes de morir. Expulsaba a sus criados, confundía los nombres y veía traiciones en cada hombre que se acercaba a su cama. Este sacerdote se aprovechó de un moribundo y huyó antes de que pudiéramos preguntarle qué le había hecho firmar.

El padre Seumas no se apresura a defenderse. Afloja los dedos alrededor de la bolsa y mira a Domhnall, no a Niall.

—El laird estaba débil, pero conservaba el juicio. Si Niall creía que yo había engañado a su padre, podía haberme acusado ante los hombres principales de los MacLeod. En lugar de eso, dos de sus hombres registraron mi estancia mientras yo rezaba junto al cadáver y me amenazaron de muerte.

Un murmullo atraviesa los bancos MacLeod. Niall gira la cabeza hacia ellos con lentitud, y basta ese gesto para que las voces se apaguen.

—Hombres preocupados por la desaparición de un documento de su laird —responde—. Una amenaza relatada meses después por un hombre que pretende salvarse de una acusación no demuestra nada.

—Demuestra que sabías que existía el pergamino —dice Broen.

Niall vuelve la mirada hacia él.

—Sabía que un sacerdote había huido llevándose algo perteneciente a mi padre. Podía tratarse de una carta, una confesión o unas monedas. Ignoraba qué pretendía utilizar contra mí hasta que empezasteis esta representación.

Broen permanece de pie junto a la mesa, con una mano apoyada en la madera. Su quietud no tiene nada de pasiva. Lleva años esperando respuestas sin saber siquiera qué preguntas debía formular, y ahora Niall intenta convertirlas en otra ofensa.

Domhnall extiende la mano.

—Mostradnos el documento, padre.

Seumas desata los cordones de la bolsa y extrae un pergamino doblado. Altair se acerca antes de que nadie más pueda tocarlo, recoge una lámpara y examina la cera. Domhnall ordena traer una carta antigua de Roderick. La comparación dura menos de lo que Niall necesita para recuperar el color.

—Es su sello —confirma Altair—. El pergamino no presenta raspaduras ni añadidos.

—No eres escribano —replica Niall.

—Y tú no eres hijo de Roderick —contesta Altair, sin levantar la vista del documento—. Al menos, eso dejó escrito.

Esta vez el murmullo estalla. Varios MacLeod se ponen en pie. Los Morrison se vuelven hacia Broen y Tormod deja caer todo el peso sobre el bastón.

A mi lado, Broen no reacciona.

Solo percibo que ha separado los dedos sobre la mesa, aferrándose a la madera mientras Altair lee.

Niall se levanta cuando Altair llega a su nombre.

—Basta.

Domhnall alza el bastón y los hombres situados junto a las puertas avanzan un paso. Niall comprende que abandonar la sala exigiría abrirse camino delante de quienes hasta hace unos minutos lo llamaban laird.

Altair continúa:

—«Declaro que Niall no es hijo nacido de mi sangre. Nunca lo he reconocido como tal ni le he concedido derecho a sucederme. Cualquier reclamación que presente después de mi muerte será contraria a mi voluntad y deberá tenerse por ilegítima».

El silencio posterior posee peso. Broen contempla el pergamino, pero su rostro no muestra triunfo. Roderick le ha entregado un clan

después de negarle durante toda una vida hasta el derecho a conocer quién era. Niall, en cambio, mira a los MacLeod como quien ve retirarse el suelo bajo sus pies y aún busca a quién arrastrar consigo.

—Sorley recibió ese documento cinco días después de la muerte de Roderick —continúa el padre Seumas—. Me ordenó mantenerlo oculto hasta que Broen regresara. Pretendía reunir a los hombres principales de ambos clanes. Él conservaría a los Morrison y su hermano reclamaría el lugar que Roderick le había dejado entre los MacLeod.

Niall suelta una risa breve que no convence ni a sus propios hombres.

—¿Y debemos creer que maté a Sorley por un pergamino que podía destruir en cuanto apareciera?

Domhnall se inclina sobre el bastón.

—Debemos preguntarnos por qué intentaste matar al hombre que presenció su escritura, por qué necesitabas encontrarlo después de la muerte de Sorley y por qué apareció muerto el muchacho que podía explicar qué ocurrió aquella noche.

El hombre de Niall que dejó en Dùn Mhoireasdan con Ealasaid baja la cabeza.

Niall lo ve.

Y el miedo que cruza su rostro ya no está dirigido al padre Seumas.

—Coinneach —pronuncia, volviéndose hacia el hombre con una lentitud que pretende parecer advertencia y acaba revelando algo peor—. Levanta la cabeza.

El aludido obedece. Lo vi entrar detrás de Niall sin reparar en él. Ahora comprendo que eligió desde el principio el lugar más próximo a la salida y que no ha apartado los ojos de Altair desde que comenzó la reunión.

Domhnall también lo ha advertido.

—Acércate —le ordena.

Coinneach mira a Niall antes de moverse. El gesto apenas dura, pero basta para que varios hombres de los MacLeod se vuelvan hacia su laird. Quien necesita permiso para responder no teme equivocarse. Teme decir la verdad.

—No tiene nada que aportar —afirma Niall, colocando una mano sobre el hombro del hombre cuando este pasa a su lado.

Coinneach baja los ojos hacia los dedos que lo sujetan.

—Eso lo decidiré después de escucharlo —responde Domhnall.

Niall mantiene la mano allí un instante más. Después comprende cuántos hombres están observándolo y la retira.

Algo cambia entonces en el hombre. No adquiere valor de repente ni deja de tener miedo. Sencillamente, mira el pergamino desplegado delante de Altair, después a los MacLeod que empiezan a apartarse de quien consideraban su laird, y comprende que Niall ya no puede protegerlo. Quizá comprende también que jamás pensó hacerlo.

Broen rodea la mesa y se detiene a varios pasos de él.

—¿Qué sabes de Torcuil?

Coinneach aprieta la mandíbula. Niall emite un sonido de impaciencia y se dispone a intervenir, pero Darian abandona su lugar junto a Domhnall y se interpone con una naturalidad que transforma el espacio entre ambos en una frontera.

—Deja que responda —le aconseja.

—No acepto órdenes tuyas, MacNeish.

—Entonces considéralo una advertencia —replica Darian, mirándolo con una serenidad que no suaviza el sentido de sus palabras.

Coinneach se frota las palmas contra la túnica. Mira el pergamino desplegado, después a los MacLeod que han empezado a apartarse de Niall y calcula con rapidez cuánto vale todavía su silencio.

—Si hablo, quiero inmunidad.

Un murmullo recorre la sala. Niall se vuelve hacia él.

—No sabes nada.

Coinneach no lo mira.

—Quiero oír al laird MacAulay decir que no responderé por aquello que cuente.

Domhnall lo observa unos instantes.

—La tienes, si cuentas toda la verdad.

Coinneach traga saliva.

—Yo puse la tela del vestido de lady Caitlin en la mano de Torcuil por orden de Niall MacLeod.

—¡Miente! —La voz de Niall rompe al fin el control que ha sostenido desde su llegada.

Coinneach se vuelve hacia él.

—Me dijisteis que Sorley había traicionado a Roderick y que estábamos vengando a nuestro laird, protegiendo a los MacLeod de los Morrison. No que todo aquello fuera un ardid para conservar un puesto que nunca os perteneció. —Su mirada cae sobre el documento—. Ni siquiera sois MacLeod.

Niall da un paso, pero Darian extiende el brazo y lo detiene por el pecho.

—Cuida lo que dices —masculla Niall.

—Eso he hecho desde que degollamos al muchacho.

Las palabras dejan la sala inmóvil.

Coinneach cierra los ojos un instante. Cuando vuelve a abrirlos, ya no busca una salida. Habla deprisa, empujado por el miedo a que Niall consiga silenciarlo antes de terminar.

—Torcuil puso el veneno en el cordial. Niall le entregó la redoma y le prometió plata y un lugar en una de sus embarcaciones para abandonar Lewis. Después de la muerte, el muchacho exigió lo prometido. Bebía, hablaba demasiado y empezó a decir que acudiría a Broen si no recibía su recompensa.

Niall forcejea contra el brazo de Darian.

—¿Vais a aceptar la palabra de un asesino?

—Todavía no ha terminado —contesta Broen.

Su voz no se eleva, pero Coinneach se estremece al oírla.

—El día que fuimos a Dùn Mhoireasdan acompañando a la matrona nos ordenó llevarlo hacia Arnol —continúa—. Le dijimos que la embarcación lo esperaba allí. Cuando comprendió que no había ninguna, quiso huir. —Se pasa una mano por la boca y contempla el suelo—. Douglas le cortó el cuello.

El hombre junto al banco niega con la cabeza, demasiado tarde y con demasiada violencia.

—Tú también lo sujetaste.

—¡Calla!

—¿Dónde dejasteis el cadáver? —interviene Domhnall antes de que las acusaciones entre ambos se conviertan en ruido.

Coinneach traga con dificultad.

—En la grieta donde lo encontraron. Lo cubrimos con brezo y turba. Más tarde, Niall me ordenó quedarme en Dùn Mhoireasdan con la matrona. Vigilé el corredor mientras ella registraba la alcoba de lady

Caitlin. Cortó un fragmento del vestido y me lo entregó para que lo colocara en la mano de Torcuil. Así lo hice antes de conducir a los cazadores hasta la grieta.

Miro a Niall. Ya no queda en él rastro de la altanería con la que entró. Tiene el rostro enrojecido y los labios separados, pero ninguna mentira parece bastante grande para cubrir cuanto acaba de oír la sala.

—Ealasaid confesó delante del padre Seumas, Colum y de mí — informo a Niall para cerrarle aún más las salidas.

La matrona espera junto a una de las paredes. Hasta ese momento ha permanecido medio oculta entre los asistentes, rígida dentro de su manto.

Al escuchar su nombre, vuelve la mirada hacia Niall.

Él no la mira.

—Es cierto —declara ella después de comprender que piensa dejarla caer con los demás—. Me ordenó cortar un fragmento del vestido de lady Caitlin durante el registro de sus aposentos. Dijo que serviría para demostrar una culpa que él ya conocía.

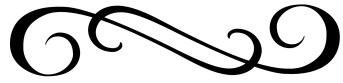
Broen se acerca a Niall. No desenvaina la espada ni levanta las manos. Se limita a detenerse delante de él.

—Ordenaste envenenar a Sorley y mandaste degollar a Torcuil para conservar un lugar que nunca te perteneció y luego intentaste deshacerte de Caitlin.

Domhnall no permite que Niall responda.

—Quitadle la espada.

Capítulo 31



«Caitlin»

Domhnall hace una señal y dos hombres se adelantan. Coinneach entrega la espada sin obligarlos a pedírsela; el otro intenta protestar, pero se calla cuando Torren se sitúa a su espalda. Niall no ofrece resistencia. Permite que Darian le retire el arma y, mientras este comprueba que no oculta otra bajo la ropa, busca entre los MacLeod al hombre que todavía esté dispuesto a defenderlo.

Ninguno se levanta.

Después se sacude la mano de Darian, se arregla la manga y recupera parte de la compostura que la confesión le ha arrancado.

—Soy el laird de los MacLeod.

—Eres el hombre al que Roderick negó todo derecho en presencia de un sacerdote y mediante un documento sellado. —Domhnall inclina la cabeza hacia los guerreros situados junto a las puertas—. Hasta que Coinneach, Ealasaid y tus otros hombres declaren por separado, permanecerás bajo mi custodia.

Varios MacLeod se remueven en los bancos. Ninguno interviene.

Niall observa sus rostros y comprende que no conseguirá salir de Uig apoyándose en el mando que acaba de perder. Sin embargo, conoce las grietas de Lewis. Lleva años ensanchándolas, alimentando agravios entre familias y haciendo que cada clan tema cuanto el otro pueda obtener. Cuando vuelve a mirar a Broen, la furia ha desaparecido bajo algo mucho más sereno.

—Roderick os ha dejado un heredero —dice Niall a los MacLeod—. Deberíais preguntaros qué habéis heredado vosotros con él. Los Morrison ya lo eligieron como laird y también ejerce como breve. Si ahora reclama a los MacLeod, ¿a quién servirá cuando vuestros intereses se enfrenten?

Broen no se mueve. Continúa de pie junto a la mesa, con el rostro vuelto hacia Niall y los brazos relajados a ambos lados del cuerpo.

Un MacLeod de barba gris mira el testamento.

—Roderick conocía su posición entre los Morrison cuando lo nombró.

—Roderick esperaba que uno gobernara a los Morrison y el otro a los MacLeod —replica Niall—. La muerte de Sorley ha dejado ambos mandos en las mismas manos.

El murmullo crece. Esta vez Domhnall no lo interrumpe. Observa quién se inclina hacia quién, qué hombres buscan la reacción de Broen y cuáles calculan ya cuánto podrían perder si la voluntad de Roderick se cumple.

—Los Morrison me eligieron conociendo el nombre que llevo y el clan al que he servido toda mi vida —dice Broen—. Saber ahora quién me engendró no deshace el juramento que les hice.

—Eso tranquilizará mucho a los MacLeod —responde Niall—. Su nuevo laird acaba de recordarles que su primera lealtad pertenece a otro clan.

—Mi primera obligación pertenece a la palabra que he dado. Si los MacLeod deciden reconocer la voluntad de Roderick, recibirán la

misma. Ninguno gobernará al otro a través de mí.

—¿Y cuando un Morrison dispute una tierra con un MacLeod? ¿Cuando ambos exijan tu sentencia como breve y cualquiera de las dos decisiones pueda debilitar uno de tus mandos?

—Sorley juzgaba a los MacLeod sin llevar su nombre.

—Sorley no pretendía gobernarlos.

—Tú sí los gobernabas —contesta Broen, avanzando un paso—, y utilizaste sus barcos, sus hombres y su plata para perseguir a un sacerdote, manipular la muerte de Torcuil y preparar la condena de Caitlin. Tienes mucho que perder si quieres hablar de cómo se sirve a un clan.

Un rumor más áspero atraviesa a los MacLeod. Niall recibe el golpe sin apartar los ojos de Broen.

—Puedes conservar ambos mandos mientras ellos te lo permitan —concede—. los Morrison les llevará más tiempo decidir hasta cuándo te permiten conservar el suyo.

Tormod se incorpora sobre el bastón.

—Los Morrison ya decidimos.

—Elegisteis a Broen porque Sorley había muerto sin dejar un heredero capaz de ocupar su lugar.

Niall vuelve la cabeza hacia mí.

El aire parece cambiar cuando sus ojos se detienen sobre mi vientre. Broen también lo siente. Su pecho se eleva bajo el jubón y tarda un instante más de lo habitual en soltar el aire.

—Sorley dejó un hijo —añade Niall.

El nombre llega acompañado de un movimiento en la mano de Broen. El pulgar se hunde en el centro de la palma y los otros dedos

vuelven a cerrarse sobre él, despacio, como si necesitara contener allí dentro una respuesta que nadie puede escuchar.

—El nacimiento de una criatura no anulará la elección que hicieron los Morrison —interviene el padre Seumas—. Broen continuará siendo laird. Si el hijo de Sorley nace varón, cuando alcance la edad necesaria podrá presentar su propio derecho ante el clan.

Alguien se mueve a mi izquierda. Otro hombre murmura algo que no alcanzo a entender.

El padre Seumas continúa hablando, pero yo apenas puedo apartar los ojos de Broen.

«El hijo de Sorley».

La misma mentira que me protegía cuando solo existía en mi boca se ha convertido en una criatura viva dentro de mí y ahora obliga a su verdadero padre a escuchar cómo se la entregan al hombre que le arrebató casi todo.

—Entonces habrá que reconocer al muchacho como heredero desde que nazca —dice uno de los consejeros Morrison—. Aunque el clan no decida hasta que sea adulto, sus derechos tendrán que quedar resguardados.

—También su tutela —añade otro—. Un hijo de Sorley pertenece a los Morrison. Debe crecer entre su gente.

Los MacAulay reaccionan al instante.

Eòghan se inclina hacia delante, pero Domhnall lo detiene apoyando el bastón delante de sus piernas.

Entre los MacLeod se alzan otras voces.

Un hombre pregunta si esperan que su futuro laird custodie bajo su techo a quien algún día puede disputarle el mando Morrison.

Otro quiere saber cuántos guerreros MacLeod acabarán destinados a proteger al heredero de Sorley.

Niall escucha cómo la sala se divide con una satisfacción que ya ni siquiera intenta ocultar.

—Ahí tenéis el gobierno que Roderick ha dejado preparado —dice—. Los Morrison temerán que Broen utilice a los MacLeod para conservar un mando que el hijo de Sorley podría reclamarle. Los MacLeod sospecharán que entrega sus hombres a la crianza de un heredero Morrison. Si mantiene al muchacho cerca, dirán que controla a quien puede sustituirlo. Si permite que otros se ocupen de él, lo acusarán de haberlo apartado.

—La criatura permanecerá con su madre —declara Broen.

Su voz atraviesa las discusiones. Varias cabezas se vuelven hacia él.

—Lady Caitlin puede volver a Dùn Mhoireasdan cuando concluya la investigación —dice Tormod—. Allí el niño crecerá entre los Morrison.

—He dicho que permanecerá con ella. El lugar donde viva Caitlin lo decidirá Caitlin —apunta Broen.

Niall inclina apenas la cabeza, como si Broen acabara de ofrecerle otra pieza.

—¿Y quién protegerá al hijo de Sorley?

Broen lo mira. Por un momento, la respuesta parece quedar atrapada detrás de sus dientes.

—Yo.

La palabra abre un silencio breve y espeso. Niall permite que todos la escuchen, que adviertan cuanto excede de la obligación de un laird hacia la viuda y el supuesto hijo de su hermano.

—Qué conveniente —murmura—. Gobernarás a los Morrison, reclamarás a los MacLeod y conservarás bajo tu protección al muchacho que algún día puede exigirte uno de esos mandos.

—Lo protegeré precisamente para que llegue vivo a la edad en que pueda decidir qué desea reclamar —responde Broen—. Hasta

entonces, nadie va a convertir a una criatura que aún no ha nacido en una enseña para reunir hombres detrás.

La respuesta es firme. También insoportablemente generosa.

Broen acaba de prometer que cuidará de su propio hijo, preservará su derecho a enfrentarse algún día con él y aceptará que toda la isla lo conozca como descendiente de Sorley.

Lo hace para protegerme.

Niall lo observa en silencio. La atención con que estudia su rostro me revuelve el estómago. Ha advertido la rigidez de su mandíbula, el modo en que evita mirarme cada vez que alguien pronuncia el nombre de Sorley, quizá también la violencia con que aprieta el pulgar dentro de la mano.

—Tu hermano ha sido generoso contigo después de muerto —dice al fin—. Te ha dejado su asiento, a su viuda bajo tu cuidado y a su hijo al que criar.

Broen no reacciona. Al menos, ningún hombre de la sala percibe el cambio. Yo veo cómo traga antes de responder y cómo el hombro derecho se endurece bajo la lana.

—Por supuesto. —Niall vuelve hacia mí una mirada cargada de una cortesía repugnante—. Cuando el muchacho pregunte quién fue su padre —prosigue Niall—, tendrás que contarle las virtudes de Sorley. Le explicarás por qué lleva su nombre, por qué heredará sus derechos y por qué su tío vive junto a su madre. Porque esa es tu intención, ¿verdad, Broen? Quizá se parezca a ti. Eso facilitará las cosas hasta que haga preguntas.

Los dedos de Broen se abren de golpe. Las uñas han dejado cuatro medias lunas rojas en la palma.

Quiero que Niall calle. Quiero que Domhnall ordene llevárselo, que Darian le cierre la boca con la mano si hace falta, que cualquiera de

los hombres que nos rodean comprenda qué está haciendo y lo detenga.

Nadie conoce la herida que está tocando. Para ellos, Broen protege al descendiente de su hermano con una lealtad que debería honrarlo. Solo yo sé cuánto le cuesta mantenerse en pie mientras otro hombre convierte a nuestro hijo en la última herencia de Sorley, precisamente ahora que acaba de descubrir cuánto duele conocer demasiado tarde la identidad de su verdadero padre.

—Basta —ordena Domhnall.

Niall apenas lo escucha. Ya ha encontrado la única victoria que puede llevarse consigo cuando cierran la puerta.

—Podrás darle cuanto un padre entrega a un hijo —le dice a Broen—. Todo, salvo el derecho a llamarte así.

Broen vuelve la cabeza hacia mí.

El dolor que aparece en su rostro dura apenas un instante. Después regresa el laird capaz de soportar que le arranquen el nombre, el clan y hasta su hijo si con ello consigue mantenerme a salvo.

Yo he sido quien le ha exigido ese silencio. También soy la única que puede terminarlo.

Me pongo en pie con tanta brusquedad que el banco retrocede sobre la piedra. Varias manos se mueven a mi alrededor, pero mi voz sale antes de que nadie logre acercarse.

—¡Sorley murió sin heredero! —grito, mirando a Niall—. El hijo que llevo es de Broen.

Mi voz deja de pertenecerme en cuanto atraviesa la sala. La oigo golpear la piedra, las vigas, los rostros de los hombres que hace apenas unos instantes discutían sobre mi criatura como si ya pudieran repartirle tierras, lealtades y enemigos.

Después llega el silencio.

Broen me mira como si detrás de mi confesión acabara de oír el silencio de aquella otra mañana.

El dolor que Niall ha ido arrancándole desaparece bajo una expresión que conozco peor. Sus ojos me miran con una incredulidad tan desnuda que por un momento olvido a todos los demás.

He imaginado muchas veces cómo sería decirlo. En ninguna de ellas había tres clanes escuchando, un hombre detenido sonriendo junto a la mesa y media docena de guerreros preparados para impedir que alguien sacara una espada.

Broen da un paso hacia mí.

—¿Qué acabas de decir? —pregunta Tormod.

—Habéis oído perfectamente —respondo. La voz me tiembla un poco, lo cual me irrita porque ya he hecho la parte verdaderamente estúpida y esperaba que, después de eso, mi cuerpo colaborase—. El hijo que espero es de Broen.

Las protestas estallan. Unos hablan de engaño, otros del derecho de Sorley y alguno exige saber desde cuándo lo sé, una pregunta extraordinaria teniendo en cuenta que aún no he encontrado la manera de quedarme embarazada sin enterarme.

Broen llega hasta mí mientras Domhnall golpea el bastón contra el suelo. Cruza la sala en unas pocas zancadas y se interpone antes de que el primero de los hombres abandone su banco. Me hace retroceder con el antebrazo hasta dejarme a su espalda y planta los pies frente a los demás. Quien quiera tocarme tendrá que pasar por él.

Niall se ríe.

—Entonces acabas de confesar que mentiste sobre el heredero de Sorley.

—Sí. Resulta incómodo descubrir que la mujer a la que intentabas colgar ha preferido seguir viva.

Su sonrisa se endurece.

—O quizá ya esperabas al hijo de Broen cuando murió tu marido.

—Cuando aseguré que estaba embarazada, Broen todavía no había regresado a Lewis —replico—. Comprendo que acabas de perder el mando, pero confiaba en que conservarás la capacidad de contar.

Algunas voces se apagan. Broen se detiene a mi lado, tan cerca que la lana de su manga roza la mía. No se coloca delante ni intenta apartarme, aunque noto en la tensión de su cuerpo cuánto le cuesta permitir que continúe.

—Inventó el embarazo para evitar la horca —dice—. Yo descubrí la mentira después de llegar.

Niall vuelve la cabeza hacia él.

—Y decidiste sostenerla mientras gobernabas a los Morrison y juzgabas la muerte de tu hermano. Qué noble manera de conseguir a su viuda.

Esta vez Broen sí avanza, pero le sujeto la muñeca.

—Broen no utilizó ningún cargo para llevarme a la cama. Si necesitas saber quién tomó esa decisión, fui yo. Aunque entiendo que un hombre acostumbrado a comprar voluntades tenga dificultades para reconocer una elección cuando la ve.

Los dedos de Broen giran dentro de los míos hasta aferrarme la mano. No me mira. Si lo hiciera, quizá perdería el valor o empezaría a llorar, y no pienso conceder a Niall ninguna de las dos cosas.

—Si alguno considera que debía haber aceptado la soga por respeto a la sucesión de Sorley, puede explicarme su razonamiento cuando terminen de encerrar al hombre que fabricó las pruebas.

Domhnall corta la discusión y deja lo esencial establecido:

—La mentira de lady Caitlin impidió que Niall concluyera una condena preparada de antemano. Ya sabemos por qué la pronunció

y también quién se benefició de que nadie investigara. No habrá otro juicio para complacer al hombre que intentó asesinarla.

Domhnall no permite que Niall responda. Ordena que se lo lleven. Niall intenta decir algo más al pasar junto a Broen, pero Darian le retuerce el brazo con una eficacia que me hace sentir un cariño inmediato hacia él.

Apenas cruzan la puerta, Broen tira de mi mano.

No se detiene hasta conducirnos a una estancia pequeña junto al salón. Cierra la puerta, se quita el parche y permanece de espaldas a mí, con una mano apoyada en la madera. Sus hombros suben y bajan una vez.

—¿En qué estabas pensando? —pregunta conteniendo la voz.

—Principalmente en que Niall dejara de hablar. Me ha parecido una causa bastante digna.

Broen se vuelve. Tiene los dos ojos visibles en la penumbra, uno más sensible a la claridad, ambos cargados de una furia que me borra cualquier intento de parecer tranquila.

—Acabas de reconocer delante de todo Lewis que inventaste al heredero de Sorley y que te has acostado con su hermano.

—Ya lo sé. Estaba presente.

—Has puesto en riesgo tu libertad, tu reputación y la protección que te ofrecía esa mentira porque Niall consiguió hacerme daño.

La última palabra le sale más baja. Comprendo entonces qué parte de mi confesión lo enfurece y, antes de poder evitarlo, noto que los ojos se me llenan de lágrimas.

—Tú estabas dispuesto a criar a nuestro hijo bajo el nombre de Sorley.

—Estaba dispuesto a cualquier cosa que te protegiera.

—Pues yo no. —Me seco una mejilla con rabia—. Durante demasiado tiempo vi cómo tu hermano se quedaba con cuanto podía haberte pertenecido mientras tú lo soportabas. No permitiré que siga haciéndolo desde la tumba ni que ponga su nombre en la boca de tu hijo.

Broen aparta la vista. Su mano se cierra junto al cuerpo.

—No tenías derecho a arriesgarte por mí.

—Tú tampoco tenías derecho a borrarle de la vida de tu hijo por mí.

—Te lo prometí.

—Y yo he decidido que no quiero esa promesa.

Alza la cabeza. La rabia continúa en su rostro, pero debajo hay algo más vulnerable, el mismo asombro con que me miró en la sala.

—Caitlin, no hay nada seguro ahí fuera. Pueden quitarme el mando Morrison. Los MacLeod pueden rechazar el testamento. La Iglesia puede no concedernos la dispensa...

—Lo sé.

—¿Y aun así lo has dicho?

—No quería seguir escuchando a otro hombre apropiarse de tu hijo mientras tú permanecías callado para salvarme. —Me acerco hasta que apenas queda espacio entre nosotros—. Tendremos que arreglarlo. Y seguramente discutir muchísimo, porque tú disfrutas tomando decisiones insoportables en silencio y yo tengo cierta facilidad para empeorarlas en público. Pero lo arreglaremos con tu nombre unido al suyo.

Broen me observa durante tanto tiempo que empiezo a temer haber destruido algo que no sé recomponer. Después levanta la mano y la posa sobre mi nuca.

—Lo habría soportado.

—Ya lo sé. Ese era el problema.

Permanece en silencio, todavía atrapado en esa obstinación suya que convierte cualquier sacrificio en una decisión razonable mientras sea él quien tenga que cargar con las consecuencias.

—Solo... no quería volver a callarme —admito.

Algo cambia en su rostro. Broen sabe exactamente de qué hablo.

La última vez guardé silencio y permití que me casaran con Sorley. Aquel silencio nos costó años.

Los ojos de Broen recorren mi cara. Después se ríe.

Lo hace abiertamente, con una incredulidad ronca que le sacude el pecho y borra de golpe al hombre contenido. Hacía tanto tiempo que no lo oía reír así que el sonido me alcanza en algún lugar doloroso.

—Joder, estás loca —dice mientras me agarra por la cintura—. Eres tan temeraria, Caitlin.

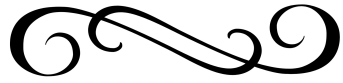
—He esperado a que Niall estuviera desarmado. Empiezo a pensar que nunca valoras mis precauciones.

Su risa se rompe contra mi boca.

Broen me besa antes de que pueda añadir nada, una mano extendida sobre mi espalda y la otra hundiéndose entre mi pelo para sujetarme la nuca. El primer contacto tiene la violencia de todo cuanto ha tenido que contener en la sala. Su boca se abre sobre la mía, caliente, exigente, y yo me aferro a su jubón mientras el cuerpo se me ablanda contra el suyo. Le devuelvo el beso con la misma desesperación con que he pronunciado su nombre delante de todos.

Porque esta vez ya no estoy callada. Y nuestro hijo es suyo. Nuestro.

Capítulo 32



«Caitlin»

El padre Seumas deja el correo sobre la mesa y mantiene dos dedos encima, quizá por temor a que Broen intente encontrar la dispensa sacudiéndolo.

—No ha llegado —anuncia.

—Eso había entendido —responde Broen desde el otro lado de la mesa—. Suelen mostrar menos cautela cuando traes buenas noticias.

El sacerdote le dirige una mirada fatigada. La petición salió de Ardrol pocos días después de nuestra partida y nadie sensato esperaría aún una respuesta, pero Broen ha convertido la demora en una ofensa personal de la Iglesia. Yo empiezo a sospechar que lo hace porque disfruta viendo al padre Seumas buscar maneras distintas de explicarle el mismo impedimento.

Lo observo discutir con el sacerdote y todavía puedo ver la inmovilidad de su rostro cuando anuncié su paternidad delante de los tres clanes.

Al hacerlo también mostré a sus enemigos dónde herirlo. Broen ha respondido ocupando su sitio con una obstinación casi ofensiva.

Se acuesta a mi lado y, antes de abrir los ojos al amanecer, extiende la mano sobre mi vientre, como si todavía esperara que alguno de los dos pudiera desaparecer durante la noche.

Verlo ahora frente al padre Seumas, dispuesto a pelear también con la Iglesia, transforma parte del miedo en una alegría que me cuesta llevar con discreción.

—Estas cosas requieren tiempo. Vuestro caso debe llegar a manos de quienes puedan autorizar una dispensa por afinidad.

—Sorley necesitó menos tiempo para casarse con ella.

—Sorley no era hermano de su difunto esposo.

—Una ventaja difícil de discutir —apunto, y el sacerdote vuelve hacia mí esa expresión que reserva para las personas cuya salvación empieza a considerar un trabajo excesivo.

Broen toma el pliego, lee las primeras líneas y lo deja de nuevo en la mesa.

—Caitlin me acepta como esposo. Yo la acepto como esposa. La ley reconoce el consentimiento de ambos.

—Siempre que no exista impedimento.

—El impedimento está enterrado.

El padre Seumas inspira despacio mientras yo apoyo los codos sobre la madera. Esta conversación podría prolongarse hasta que el hijo que llevo dentro alcance edad suficiente para participar en ella.

—Entretanto —prosigue el sacerdote—, la Iglesia espera que viváis separados y no en pecado.

Broen le mira impertérrito.

—Tú puedes llamarlo vivir en pecado si te entretiene. Yo vivo con mi mujer.

La risa me sorprende con la boca cerrada y termina escapando por la nariz. El padre Seumas aparta el pliego de su alcance antes de que también decida corregirlo.

—La Iglesia no comparte esa interpretación.

—La Iglesia puede enviar su objeción junto con la dispensa. Nadie va a apartar a Caitlin de mi cama mientras llega.

—No necesito conocer tantos detalles —murmura el sacerdote.

—Entonces no impongas condiciones.

Le pongo una mano a Broen en el antebrazo, aunque ya es tarde para salvar lo que queda del pudor eclesiástico.

—¿El pliego trae algo más?

El padre Seumas agradece el cambio con un movimiento de cabeza. Niall continúa retenido en Ardrol por orden de Domhnall mientras concluyen las primeras declaraciones. Sus hombres permanecen separados y los MacLeod deberán decidir qué hacen con ellos cuando escuchen cuanto ocurrió en su propia casa, además de los testimonios relativos a Sorley y Torcuil. Nadie ha pronunciado todavía una condena, ni podría hacerlo con justicia después de tan pocos días.

También confirma que los principales MacLeod han reconocido a Broen conforme a la voluntad de Roderick.

Algunos se resisten.

El sacerdote afirma que unos temen quedar sometidos a los Morrison y otros parecen considerar cualquier acuerdo una enfermedad del juicio, pero ninguno ha logrado negar el testamento.

En cuanto a la acusación contra mí, he quedado absuelta por completo.

Siempre habrá quienes duden o murmuren a mis espaldas y quienes continúen convencidos de mi culpabilidad, porque nada conseguirá

arrancarles lo que se han empeñado en creer.

—Discutirán durante meses —concluye Broen, sin especial inquietud—. Mientras lo hagan con palabras, pueden emplear todas las que conozcan.

Los Cuervos partieron de Dùn Mhoireasdan hace tres mañanas, después de acompañarnos desde Ardrol y comprobar que ningún Morrison pensaba aprovechar nuestro regreso para ensayar una nueva traición.

Todavía encuentro rastros de su paso por todas partes. Una muesca reciente en el banco donde Finn perdió una apuesta con Torren, una jarra que Colum dejó apartada porque alguien había astillado el borde y el cordel con el que Altair consiguió colgar las botas de Darian sobre la puerta del establo. Broen no ha dicho que los echa de menos. Tampoco ha permitido que nadie retire aún el cordel.

La campana empieza a sonar antes de que el padre Seumas recoja el pliego.

El primer golpe hace vibrar las contraventanas. Al segundo llegan voces desde el patio y, cuando suena el tercero, Broen ya está junto a la ventana. Me levanto con tanta rapidez que la silla araña las losas.

—Las barcas —dice él.

La puerta se abre y Beathag entra sin llamar, con las mangas recogidas y varios mechones escapados de la trenza.

—El banco de arenques ha llegado a Arnol. Están entrando las primeras embarcaciones.

Durante un instante nadie se mueve. Hemos aguardado tanto tiempo esta noticia que escucharla produce desconcierto antes que alegría.

Cada jornada de retraso ha vaciado otro recipiente de grano, reducido otra ración y obligado a Broen a calcular cuánto podía

quitarse de una mesa sin dejar a quienes se sentaban alrededor demasiado débiles para trabajar.

La campana vuelve a golpear.

Entonces echamos a correr.

En el patio, hombres y mujeres cruzan en todas direcciones con cestas, cuchillos, cubos y tablones. Una niña arrastra una espuerta casi tan grande como ella hasta que su madre la levanta por un asa y un muchacho aparece para hacerse cargo de la otra. Desde las viviendas próximas llegan más personas, algunas todavía ajustándose mantos y cofias mientras avanzan. Nadie pregunta quién ha dado la orden. El sonido de la campana basta.

Broen toma dos cestas apiladas junto al muro y me entrega la más pequeña.

—Puedo llevar la grande.

—Lo sé.

—Entonces dame la grande.

—No.

Beathag se apodera de ella antes de que nuestra discusión nos retrase.

—Si necesitáis pelear, hacedlo mientras camináis. Los peces no van a destriparse por respeto a vuestro matrimonio sin dispensa.

El padre Seumas sale detrás de nosotros.

—No deberíais llamarlo matrimonio.

Beathag ni siquiera vuelve la cabeza.

—Díselo a él.

El sacerdote observa la espalda de Broen, la espada a su costado y los dos sacos de sal que transporta como si estuvieran vacíos.

Su sensatez parece aconsejarle paciencia.

El aire corta la cara al dejar atrás las últimas casas, cargado de turba, sal y un olor a pescado que aumenta al acercarnos a la orilla.

El terreno húmedo cede bajo los zapatos. Tengo que recogerme la falda con una mano para bajar con rapidez, aunque Broen reduce el paso en las partes más resbaladizas sin cometer el error de ofrecerme ayuda. Desde que sabe que llevo a su hijo oscila entre vigilar cada piedra y recordar que amenacé con arrojarle una si volvía a preguntarme si estaba cansada.

Al coronar la última pendiente veo las barcas.

Las aves se agitan sobre ellas en una nube blanca y gris. Los remos se hunden deprisa, las redes cargadas cuelgan por las bordas y el mar reluce alrededor de los cascos con destellos que aparecen y desaparecen entre la espuma. En la playa espera ya medio Arnol.

Algunos hombres se meten en el agua para recibir las embarcaciones; otros preparan cabos y despejan un espacio sobre los guijarros. Las mujeres colocan tablas sobre caballetes, distribuyen los cuchillos y abren los recipientes de sal que Broen ha obligado a racionar durante días.

Una mujer que está a mi lado se cubre la boca con los dedos.

—Creí que este invierno no vendrían.

Su voz contiene demasiado cansancio para que la frase sea una simple observación. El banco no puede reparar todos los errores de Sorley, pero llenará barriles, aliviará las cocinas y permitirá que la primavera nos encuentre con algo más que simiente y esperanza.

La primera quilla roza el fondo. Tres hombres saltan al agua y los demás tiran de la embarcación hasta hacerla avanzar sobre las piedras. El clamor se extiende por la playa cuando levantan la red. Los arenques caen dentro de las cestas en una avalancha de lomos plateados, colas, agua y escamas.

A partir de ahí, nadie conserva tiempo para celebrar.

Beathag me conduce hasta una de las mesas. A nuestro alrededor se forma una cadena sin que nadie tenga que organizarla en voz alta. Los pescadores descargan la captura; los muchachos llevan las cestas; varias mujeres abren los vientres con cortes rápidos y entregan el pescado a quienes lo acomodan con sal. Los restos caen en cubos aparte, las manos se cubren de sangre y escamas, y el aire se llena del golpe de los cuchillos contra la madera, el roce de los barriles y las voces que reclaman más recipientes.

—Tú salas —decide Beathag, poniendo un cuenco delante de mí—. Así Broen podrá seguir creyendo que te ha protegido de algo.

—Me ha dejado cargar una cesta.

—Pequeña —señala él al pasar detrás de nosotras con otra rebosante.

Cojo un puñado de sal y lo reparto sobre la primera capa de arenques.

—No te acostumbres a esta obediencia.

—Ni siquiera la he reconocido.

Beathag suelta una risa y hunde el cuchillo en el siguiente pescado. Broen deja la cesta a mis pies y se marcha hacia el agua, donde un pescador le grita que agarre un cabo.

Su condición de laird no lo mantiene al margen del trabajo. Broen se ocupa de las tareas más pesadas antes de que los demás puedan adelantarse. Al poco rato tiene las botas empapadas, el tartán recogido y una escama adherida a la barba, cerca de la mandíbula.

Las cestas continúan llegando. La sal penetra pronto en los pequeños cortes de mis dedos, el cabello se me pega a las sienes y los brazos comienzan a dolerme, pero nadie afloja. Hemos pasado demasiadas noches preguntándonos cuánto quedaba en los almacenes para desperdiciar un solo pez.

Cuando Broen regresa, se inclina a recoger un barril vacío junto a nuestra mesa. Aprovecho que tiene la cabeza a mi alcance, tomo una pizca de sal y la dejo caer sobre su cabello.

Él se queda inmóvil, todavía agachado.

—Caitlin.

—Temía que te estropearas antes de que llegue la dispensa.

Beathag vuelve la cara, aunque sus hombros revelan la risa que intenta contener. Broen se incorpora despacio y se sacude el pelo hacia mí. Varios cristales de sal y dos escamas húmedas caen sobre mi vestido.

—Ahora duraremos lo mismo —replica.

La carcajada me sale ligera, alta y libre y algo cambia alrededor. Una mujer se ríe con nosotros, después lo hace uno de los pescadores, y durante unos momentos el cansancio acumulado pierde terreno frente al alivio.

—Esa criatura ha traído esta abundancia de peces —declara una anciana mientras coloca otro arenque en el barril—. Aún no abulta el vestido y ya se ocupa de que comamos.

—Entonces posee más juicio que el anterior laird —murmura alguien al otro extremo de la mesa.

Las risas disminuyen, pero no desaparecen. Broen me busca con los ojos antes de responder.

—El mérito es del niño hasta que haya que limpiar las redes —dictamina—. Entonces será de los pescadores.

—Ya habla como un laird —se queja Beathag—. Reparte honores después del trabajo.

La anciana resopla y arroja otra capa de sal.

Dejad que atribuya el mérito a su hijo. Bastante suerte nos ha traído ya.

Nadie pregunta si el hijo pertenece a Sorley o a Broen. Nadie menciona la dispensa, el testamento ni los reparos de los MacLeod. En aquella playa, entre el olor penetrante del pescado y el escozor de la sal, la cuestión parece mucho más sencilla.

Broen trabaja junto a su gente, yo ocupo mi lugar a su lado y el niño que aún no altera la caída de mi vestido pertenece al porvenir que todos necesitan imaginar.

Broen roza mis dedos con los suyos antes de levantar el barril. Apenas dura un instante, pero alcanza para que vuelva a mirarlo.

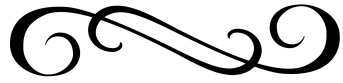
—Mi esposa —dice, señalando la sal que falta— está dejando ese lado sin cubrir.

El padre Seumas, ocupado varios pasos más allá con una cesta, levanta la cabeza. Abre la boca, contempla a la gente que trabaja alrededor de nosotros y termina entregando el pescado a la mujer que se lo reclama.

Yo añado otra capa de sal.

—Mi esposo —respondo— debería recordar que todavía tengo sal en la mano.

Capítulo 33



«Caitlin»

Abandonamos Arnol cuando ya solo quedan en la playa quienes se encargarán de cubrir los barriles y apagar los fuegos. Beathag regresa con las demás mujeres, satisfecha después de haber organizado a medio poblado sin reconocer en ningún momento que estaba dando órdenes, y el padre Seumas parte hacia la pequeña iglesia con una cesta de arenques que alguien le ha entregado para la cena.

Antes de marcharse, vuelve a mirar a Broen. Sospecho que espera oírlo llamarme esposa otra vez para tener un motivo nuevo de preocupación, pero Broen está ocupado retirándose una escama del tartán y el sacerdote tiene que conformarse con fruncirle el ceño desde lejos.

El aire se vuelve más frío al dejar atrás la costa y el ruido de la jornada se apaga hasta quedar reducido al viento.

Aún llevo sal en las mangas y una mancha de sangre de pescado cerca de la cadera. Broen presenta peor aspecto. El agua le ha oscurecido el cabello, tiene el jubón empapado a la altura del hombro y alguien ha debido de apoyarle una mano ensangrentada en la espalda. La huella se distingue entera, con los cinco dedos abiertos sobre el cuero.

Procuro aguantarme hasta que vuelve la cabeza y me descubre contemplándolo.

—Antes de que preguntes, no estoy admirando tu cuerpo —aclaro, inclinándome para ver mejor la marca—. Alguien te ha dejado una mano en la espalda. Es bastante grande y está demasiado alta para pertenecer a Beathag, de manera que quizá debas empezar a preguntarte qué pescador de Arnol ha aprovechado la confusión para reclamarte.

Broen intenta girarse para verla, aunque no lo logra. Termina llevándose la mano hacia atrás y palpando la tela sin encontrar la mancha.

—Después de pasar la tarde agarrando cabos, cargando barriles y recibiendo órdenes de hombres que parecían incapaces de recordar que soy el laird, me decepcionaría descubrir que lo único que han deseado de mí era la espalda —responde, observándose los dedos cuando vuelve a llevarlos delante—. Aunque admito que la oferta mejora ciertas conversaciones que he mantenido con el consejo.

La seriedad con que lo dice me hace reír.

Afloja el paso y deja que lo alcance.

Hay algo desacostumbrado en su rostro, una soltura que no procede únicamente de la buena pesca.

Esta mañana lo han obedecido, contradicho y mandado apartarse cuando estorbaba. Una anciana le ha lanzado un paño a la cara porque salpicaba demasiado al vaciar los cubos.

Dos muchachos han discutido delante de él por quién debía sujetar una red sin reparar en que interrumpían al jefe de los Morrison.

Nadie ha vigilado su humor antes de hablar.

—Se han reído de ti varias veces y pareces satisfecho —observo mientras salto para evitar un surco lleno de agua.

—Un hombre que no soporta que se rían de él obliga a los demás a reírse cuando no está delante. Prefiero oírlos y saber qué he hecho para merecerlo —dice, frotándose el antebrazo, donde la lana se ha secado rígida por la sal—. Además, llevaban semanas hablando en voz baja, incluso cuando tenían hambre o necesitaban algo. Si verme cubierto de escamas les recuerda que pueden abrir la boca sin preguntarse primero cuánto va a costarles, estoy dispuesto a perder cierta grandeza.

—No creo que hayas perdido grandeza. Has estado muy imponente cuando se te ha caído un arenque dentro de la bota —replico, y la mirada que me lanza contiene una advertencia inútil porque ambos sabemos que pienso conservar el recuerdo—. De hecho, me parece el momento exacto en que los Morrison han decidido aceptarte. Un laird que saca un pescado del calzado y continúa trabajando les resultará más difícil de temer que uno sentado en una silla alta.

Broen inclina la cabeza y el cabello húmedo le cae sobre la frente. Esta vez no disimula la risa.

Seguimos andando hasta que el círculo de piedras se alza sobre la extensión abierta.

Cuanto más nos acercamos, menos parecen un círculo. Desde el sendero se adivina una forma ordenada; al entrar en la larga avenida, las piedras dejan de obedecer a la mirada y empiezan a levantarse a ambos lados con alturas distintas, estrechas algunas, anchas y torcidas otras, veteadas de gris, blanco y negro.

La turba ha trepado por sus bases hasta hacerlas parecer nacidas del terreno. El viento pasa entre ellas y cambia de voz según el espacio que encuentra. Silba en los huecos angostos, se vuelve un soplo grave alrededor de las más grandes y agita la hierba con un murmullo que nos acompaña hacia el centro.

Siempre he pensado que las piedras de Calanais se resisten a ser contempladas desde fuera.

Hay que entrar, permitir que las hileras se cierren a la espalda y que la piedra central vaya elevándose hasta tapar parte del cielo.

Entonces se comprende por qué nadie en Lewis acepta que unos hombres corrientes pudieran alzarlas. Podemos construir fortalezas, arrastrar barcos fuera del agua y levantar paredes capaces de aguantar dos siglos de temporales, pero estas rocas pertenecen a un tiempo del que ni siquiera conservamos nombres. Ante ellas, hasta la vanidad de nuestros lairds parece reciente.

Broen se detiene junto a la primera. Apoya la palma sobre la superficie y levanta la vista, siguiendo la roca hasta su extremo. Su mano parece pequeña contra ella. Nunca había pensado que pudiera parecerlo sobre nada.

—La anciana que me crió decía que eran gigantes —cuenta cuando me acerco—. Se negaron a inclinarse ante un santo y quedaron convertidos en piedra. Finn asegura que eso demuestra que los hombres de Lewis siempre hemos preferido sufrir consecuencias terribles antes que obedecer una orden.

—Finn utilizaría una ejecución como argumento a favor de su carácter.

—Y conseguiría que el verdugo se sintiera culpable por interrumpirlo —concede Broen, pasando el pulgar por una veta blanquecina—. De niño creía que recobrarían su cuerpo durante la noche. Una vez vine con Sorley para comprobarlo. Nos escondimos detrás de aquella piedra y esperamos hasta que él empezó a decir que los gigantes solo se movían cuando nadie estaba mirando.

Señala una roca baja situada cerca del círculo. No hay tristeza en su rostro. Apenas la sombra de un recuerdo antiguo que ya no reclama nada de nosotros.

—Una teoría muy conveniente cuando llevas horas pasando frío.

—Era peor. Me obligaba a cerrar los ojos y después aseguraba que uno había cambiado de postura. Terminamos discutiendo tan alto

que mi padre nos encontraba antes de que ninguno pudiera regresar al castillo sin admitir que nos habíamos escapado.

—¿Se movieron?

Broen abandona la piedra y se acerca a mí.

—No. Aunque uno de ellos una vez parecía más inclinado al amanecer. Durante mucho tiempo sospeché que se estaba burlando.

—He oído varias versiones desde que llegué a Lewis. En una eran paganos, en otra habían construido aquí sus casas y el santo los castigó por cerrarle la puerta. El antiguo párroco de los Morrison se indignó cuando le pregunté por qué ninguna historia explica qué hacía un santo petrificando gente.

Broen vuelve la cabeza hacia mí. El cabello húmedo se le ha secado de cualquier manera.

—¿Qué más le preguntaste?

—Quería saber por qué, después de convertirlos en piedra, los dejó colocados con tanto cuidado. Hasta la cólera de los santos parece necesitar cierta simetría.

Su risa queda atrapada entre las rocas. Al llegar a la piedra central, él levanta la vista. El monolito se alza por encima de nosotros, ancho e irregular, con el extremo recortado contra un cielo que empieza a perder claridad.

—Existe otra historia —prosigue—. Al amanecer del día más largo, una criatura luminosa recorre la avenida. El cuco anuncia su llegada y quien consiga permanecer aquí en completo silencio puede verla pasar entre las piedras.

—¿Por qué iba nadie a guardar silencio ante la posibilidad de discutir con una criatura sobrenatural hasta averiguar qué pretende?

Broen sonrío y tira con suavidad de mi mano hasta colocarme frente a él. Tengo la piedra central a la espalda y su cuerpo delante, cerca,

todavía húmedo por la jornada. Una hebra de cabello oscuro le cruza la frente. Al alzar la mano para apartársela, él me sujeta la muñeca y vuelve la cara para besarme la palma.

—Eso es lo que haces —murmura.

—¿Interrogar apariciones?

—Preguntar lo que nadie quiere responder.

El tono ha cambiado. Conserva la calidez de hace un instante, aunque ahora hay algo más en su manera de contemplarme, una emoción sin defensa que me obliga a quedarme quieta. Broen baja mi mano, pero no la suelta.

—Cuando regresé, todos hablaban de ti sin pronunciar tu nombre. Había grano porque tú habías revisado los almacenes. Las viudas recibían leña porque tú habías averiguado cuáles no podían cortarla. Los hombres del consejo creían haber tomado decisiones que llevaban semanas repitiendo con tus mismas palabras. Incluso quienes desconfiaban de ti acudían a buscarte cuando enfermaba un niño, faltaba comida o una familia necesitaba que alguien se sentara a escucharla.

Quiero responder, quitar importancia a todo aquello antes de que la emoción me haga sentir expuesta, pero Broen desliza una mano alrededor de mi cintura y me acerca.

—Hice cuanto pude —murmuro—. Tampoco era siempre suficiente.

—Jamás te pedían solo cuanto podías dar. Te exigían que sostuvieras un lugar que no te permitían gobernar y después actuaban como si el pan hubiera aparecido solo, como si las cuentas se corrigieran durante la noche y las disputas se resolvieran porque los hombres terminaban cansándose de oírse. Tú sabías quién había perdido una vaca, qué tejado no soportaría otro invierno y qué anciano ocultaba el hambre para que comieran sus nietos. Lo sabías porque mirabas. Porque preguntabas. Porque seguías preocupándote incluso cuando nadie se preocupaba por ti.

Se me encoge el pecho. Aparto los ojos hacia las piedras, incapaz de recibir todo eso mientras él me observa, pero Broen espera hasta que vuelvo a mirarlo.

—Podrías haberte vuelto cruel, Caitlin. Habrías tenido razones. Podrías haber utilizado cuanto sufriste para castigar a esta gente por las veces que te dejaron sola. En vez de eso, aprendiste sus nombres, sus cosechas, sus rencores y hasta la cantidad de harina que cada familia necesitaba para llegar a la primavera. Te adaptaste a una vida que otros escogieron para ti, pero nunca te volviste pequeña para caber dentro de ella, aunque te empujaran a ello. Eres la mejor de los Morrison, aunque nacieras lejos de Lewis. La mejor persona que ha vivido bajo nuestro techo y la mujer más extraordinaria que he conocido.

La garganta empieza a dolerme. Broen me acaricia la mejilla con los dedos, sin borrar con el gesto la fuerza de lo que está diciendo.

—Me amas —susurro, porque necesito encontrar una explicación que haga soportable todo lo que está depositando en mis manos.

—Te amo, pero no te admiro porque te ame. Te amo por lo que eres —replica, y la sencillez de la frase me deja sin la defensa que estaba intentando levantar—. Amo tu cabeza y la manera en que descubres aquello que los demás preferirían ocultar. Amo tu risa, especialmente cuando sabes que deberías contenerla y decides que no merece la pena. Amo que seas generosa sin convertir tu bondad en una exhibición. Amo a la mujer que recuerda cada agravio y aun así encuentra espacio para perdonar. También amo a la que me mira mientras camino y luego asegura que solo estaba examinando una mancha de pescado.

La risa se me rompe entre los labios y acaba convertida en llanto. Broen recoge con el pulgar la humedad que ya me alcanza la mejilla.

—Yo regresé creyendo que tendría que salvarte —continúa, más cerca—. Tardé muy poco en comprender que llevabas años salvando a los Morrison. Ellos ya eran tuyos antes de saber si volverían a

aceptarme a mí. Si hoy puedo llamarme su laird es porque tú mantuviste vivo el clan al que he regresado. Y si algún día llego a ser el hombre que esperan, será porque tengo a mi lado a la mujer que siempre supo lo que necesitaban.

—Broen...

—Déjame terminar. He callado demasiadas cosas contigo y ya no pienso volver a hacerlo. Quiero despertar contigo, discutir contigo, criar a nuestros hijos oyéndote contarles versiones ofensivas de todas las leyendas de Lewis y envejecer hasta que necesitemos apoyarnos en estas piedras para llegar al centro. Te amo más de lo que sabía que un hombre podía amar.

Lo beso antes de que pueda decir nada más. Le sujeto el jubón húmedo con ambas manos y tiro de él, cegada por las lágrimas, por la risa que todavía me tiembla en el pecho y por un deseo tan unido a la felicidad que ya no consigo separarlos.

Broen me recibe con un sonido ronco, hunde una mano en mi cabello y me estrecha contra su cuerpo. La piedra está fría a mi espalda, pero él conserva el calor de la jornada bajo la ropa húmeda.

Su boca se abre sobre la mía con una ternura que no disminuye el hambre, sino que la vuelve más honda, más íntima, mientras mis dedos se aferran a sus hombros y todo cuanto acaba de decirme empieza a transformarse en deseo.

La mano que tiene en mi cintura desciende por la cadera y empieza a recogerme la falda. La lana arrastra las enaguas y el aire se cuela entre mis piernas un instante antes de que sus dedos alcancen la piel desnuda de mi muslo.

Yo me muestro dispuesta a ayudarlo a levantar todo aquello si es necesario, pero de pronto se detiene.

Continúa apretado contra mí. Noto su erección contra el vientre, dura y nada inclinada a compartir las dudas que acaban de

inmovilizar el resto de su cuerpo. Broen baja los ojos hacia el lugar donde crece nuestro hijo y frunce el ceño.

—¿Y si le hago daño?

Tardo unos segundos en comprenderlo. Después recuerdo las noches durante las que se ha acostado junto a mí con una disciplina impropia de un hombre que antes encontraba razones para tocarme incluso dormido.

Los besos interrumpidos, las manos que se apartaban en cuanto yo empezaba a responder y aquella sospechosa costumbre de levantarse antes del amanecer que yo pensaba que estaba relacionada con la falta de dispensa eclesiástica.

—¿Por eso llevas días conteniéndote? —pregunto, rodeándole el cuello para que no se le ocurra alejarse—. Creía que habías descubierto alguna vocación nueva y estabas decidido a hacernos sufrir a los dos con ella.

Broen no se distrae. Conserva una mano bajo mis faldas y la otra sobre mi cintura, aunque contempla mi vientre con una preocupación que empieza a entermecerme y amenaza con desesperarme.

—Soy grande.

—Sí, lo eres —admito—. Pensaba que habías tardado tanto en mencionarlo por modestia.

—Caitlin.

—No voy a negarlo ahora que parece necesitar consuelo. Eres un hombre excepcionalmente grande, Broen. Puedes sentirte satisfecho.

—No estoy satisfecho. Estoy preocupado.

—Una cosa no impide la otra.

Su boca se mueve contra mi sien. No llega a sonreír, pero está cerca, y aprovecho esa pequeña rendija para tomarle el rostro entre las

manos.

—Nuestro hijo está protegido dentro de mí. No vas a alcanzarlo con eso, por considerable que sea y por muy orgulloso que estés de haberlo traído a la conversación. Si los hombres pudieran dañar así a un niño, las mujeres pasaríamos medio embarazo apartando a nuestros maridos con un palo.

—No estoy orgulloso.

—Claro que no. Solo has considerado indispensable recordarme tus dimensiones mientras lo tienes apretado contra mí.

Esta vez sí lo noto reír sobre mi boca, apenas una exhalación que desaparece cuando muevo las caderas y me froto deliberadamente contra él. Sus dedos se cierran alrededor de mi muslo.

—Necesito sentirte dentro después de todo lo que acabas de decirme —murmuro, besándole la mandíbula—. Te necesito a ti.

Broen vuelve el rostro y encuentra mis labios.

—¿Solo por eso?

La pregunta llega cargada con una provocación que reconozco y que llevaba demasiados días echando de menos.

—También porque he dormido junto a un hombre que huye de la cama cada vez que intento rozarlo. Si necesitas una tercera razón, tendrás que arrancármela mientras me tomas.

Algo cambia en sus ojos.

—Eso sí puedo hacerlo.

No me concede tiempo para responder. Recoge mis faldas hasta la cintura, me sujeta por debajo de los muslos y me alza para que pueda abrazarlo con las piernas. Mi espalda vuelve a encontrar el gneis, aunque Broen interpone un brazo entre la roca y mi cuerpo antes de apretarme contra él. Con la otra mano abre su ropa y,

cuando lo siento libre entre nosotros, grueso, duro y tan impaciente como yo, no puedo evitar sonreír.

—Quizá sí estabas siendo modesto.

—Caitlin.

Me besa antes de alzarme un poco más, y la risa se me deshace en la boca cuando su cuerpo busca el mío.

Empujo las caderas y lo recibo de una vez.

El placer llega mezclado con una presión intensa que me obliga a aferrarme a él. Broen apoya una mano junto a mi cabeza y la otra debajo de mi muslo, inmóvil durante el tiempo que tarda mi cuerpo en acostumbrarse a su tamaño. Tiene los ojos cerrados, la mandíbula tensa y la respiración quebrada contra mi mejilla, como si mantenerse quieto le estuviera costando más que cualquiera de las peleas en las que lo he visto.

—Mírame —le pido, acariciándole el rostro hasta que levanta los párpados—. Estoy bien. Muévete.

Sale casi por completo y vuelve a hundirse con un impulso que me hace perder el aliento.

La piedra sostiene mi espalda; Broen sostiene todo lo demás.

Cada embestida me eleva ligeramente contra él y vuelve a hacerme descender sobre su sexo, profundo, grueso, arrancándome sonidos que el viento dispersa entre los monolitos.

Le muerdo el hombro para contener uno y él responde apretándome las nalgas, modificando el ángulo hasta que el placer se concentra con una violencia deliciosa dentro de mí.

—Necesitabas esto —murmura, enterrando la cara en mi cuello mientras acelera.

—Te necesitaba a ti.

Su risa se convierte en un gemido cuando contraigo el cuerpo a su alrededor. Me besa sin encontrar bien mi boca, húmedo, torpe, desesperado, y durante unos instantes solo existen el choque de nuestras caderas, sus manos sujetándome y la felicidad feroz de saber que este hombre acaba de ofrecerme su vida entera y todavía parece necesitar entregarme más.

El placer va acumulándose muy dentro, alimentado cada vez que vuelve a hundirse en mí hasta que me arqueo entre sus brazos y escondo el grito contra su garganta.

Me sostiene mientras tiemblo, continúa moviéndose con golpes cada vez menos regulares y termina con un gruñido ahogado, hundido por completo, el rostro pegado al mío y todo su cuerpo estremeciéndose entre mis piernas.

Permanecemos abrazados hasta que recupero aire suficiente para hablar. Broen todavía me sostiene contra la piedra, reacio a separarse, y yo le acaricio el cabello mientras contemplo por encima de su hombro las hileras oscuras.

—He olvidado contarte otra leyenda.

Él alza la cabeza con una desconfianza fatigada.

—También se dice que las hadas de estas piedras duplican aquello que una mujer trae en el vientre. Por eso las embarazadas evitan estas piedras.

Broen se queda absolutamente quieto dentro de mí.

—Creía que lo que temían era que se encapricharan con los niños. Acabas de inventártelo.

—Supongo que tendremos que esperar para comprobarlo.

Me mira, luego baja los ojos hacia mi vientre y vuelve a contemplarme con una alarma tan impropia de él que empiezo a reírme.

Me besa para hacerme callar, aunque la sonrisa termina traicionándolo contra mis labios.

—Uno —dictamina—. Empezaremos por uno.

—Entonces quizá deberías sacarla antes de que las hadas interpreten que estás insistiendo.

Esta vez se ríe de verdad, todavía dentro de mí, y su risa se pierde entre las piedras mientras vuelve a besarme.

Lo abrazo con más fuerza, acaricio el cabello que el viento ha vuelto a desordenar y lo miro de cerca, con el pecho aún agitado contra el mío.

Mi Broen.

Tan grande que podría imponerse por la fuerza y tan tranquilo que nunca la necesita. Valiente sin alardes, paciente incluso con las heridas que no sabe nombrar, silencioso porque ha aprendido a soportar lo insoportable sin cargar a nadie con su peso.

Le han arrebatado una familia, un hogar, un nombre y demasiados años, pero no han conseguido arrebatarle la bondad. Sigue siendo capaz de regresar, de cuidar, de amar a nuestra gente, de recibir a este hijo con una ternura que a veces parece asustarlo más que cualquier enemigo y de sostenerme sin pedirme que me haga pequeña entre sus brazos.

Apoyo la frente en la suya, con su corazón latiendo contra mi pecho y las piedras antiguas guardando nuestra risa.

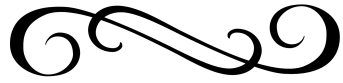
Durante diecisiete años creí que la felicidad consistiría en dejar de tener miedo.

Broen me ha enseñado que es mucho más.

Es poder reír así, desear sin vergüenza, descansar sin mantener una parte de mí alerta.

Broen es la libertad de ser todo lo que soy, escoger mis propios pasos y equivocarme con la certeza de que nada de eso hará que me ame menos.

Capítulo 34



«Broen»

Finn se apoya a mi lado en la barandilla de la pasarela y contempla a Caitlin entre las mujeres con la atención satisfecha de quien lleva un buen rato esperando que yo admita algo que él ya ha decidido por su cuenta.

—Ha tardado menos de una tarde en averiguar quién manda aquí, quién cree que manda y a quién debe preguntar si quiere conocer la verdad —comenta mientras Caitlin inclina el cuerpo hacia Iseabail para escucharla por encima de las voces—. También ha conseguido que Aileana le enseñe unos papeles, que Aithne le prometa llevarla mañana a las aulas y que Isleen la invite a Dùn Fergas. Te advierto de que, si permanece otra semana, tal vez tengamos que pedirle autorización para sentarnos.

No respondo. Caitlin está sentada entre las mujeres, con nuestra hija dormida sobre el regazo. Tiene el cabello algo deshecho por las manos de los mellizos, las mejillas encendidas por el calor y esa manera suya de participar en una conversación con todo el cuerpo, incluso cuando permanece callada.

Isleen sostiene a nuestro hijo, que lleva un buen rato pasando de unos brazos a otros con una facilidad que su hermana no comparte. La niña abrió los ojos al llegar, estudió a cuantos intentaron

acercarse y acabó escondiendo la cara contra mi cuello hasta que Caitlin se la llevó.

Ahora duerme sin importarle el ruido.

—No parece disgustada —añade Finn, y levanta la copa cuando Caitlin rompe a reír por algo que ha dicho Leigh—. Ailis, quiero decir. La niña lleva tu misma expresión desde que ha llegado.

—Está cansada.

—También se queda muy quieta antes de decidir que alguien no merece su atención. Darian ha intentado conquistarla durante media hora y ni siquiera ha conseguido que le sujete el dedo.

Miro hacia el lugar donde Darian permanece con los demás. No parece especialmente afectado por el fracaso, aunque pocas féminas han mostrado tanta indiferencia ante sus esfuerzos.

Kerran ya ha conseguido hacer llorar a nuestro hijo una vez sin tocarlo. Torren asegura que se debe a la barba, pese a que todos los hombres presentes llevan una, y Colum ha apartado discretamente una jarra antes de que el niño descubriera cómo volcarla desde los brazos de Isleen.

Nuestros hijos aún no saben quiénes son esos hombres.

Conocerán sus voces antes de comprender las historias. Aprenderán que Finn se burla con mayor empeño de aquellos a quienes quiere cerca; que Darian puede infundir miedo a un hombre armado y dejar que un amigo le dé un puñetazo sin defenderse; que, cuanto más sonríe Kerran, más le duele aquello que intenta ocultar; que Colum parece el más razonable porque es el que mejor guarda sus secretos; que Torren sobrevivió a cuanto debía haberlo matado y regresó con más ganas de reír. Tardarán algo más en acercarse a Altair porque es más distante, aunque sospecho que él lo agradecerá.

También conocerán a Caelan, aunque nunca del todo.

Sabrán que el Refugio existió antes de que ellos nacieran, cuando estos hombres necesitaban ocultarse bajo una montaña para seguir vivos, y que terminó convirtiéndose en un lugar al que regresan acompañados de quienes han elegido.

Caitlin levanta la cabeza y me encuentra al otro lado de la sala. Me sostiene la mirada con una sonrisa que no pide auxilio, aunque sé que al llegar temía encontrarse entre personas que ya poseían demasiados recuerdos míos.

Durante los días que llevamos en el Refugio ha comprendido que nadie espera de ella una explicación por los años que compartió con Sorley ni por el modo en que terminamos juntos. Aquí todos saben cuánto puede torcerse el camino antes de conducir a la persona correcta.

—Estás haciendo esa cosa tuya —dice Finn a mi lado.

Aparto los ojos de Caitlin.

—¿Cuál?

—Estás contando cabezas otra vez. Caitlin está bien, tus hijos continúan teniendo todas las extremidades y ninguno de nosotros ha desaparecido desde la última vez que nos miraste. Puedes descansar un momento, Broen. Te avisaremos si la situación cambia.

—Algunos seguís aquí por casualidad.

—La casualidad merece más reconocimiento del que suele recibir. — Finn bebe sin apartar la vista de Caitlin y añade, con una indiferencia demasiado estudiada—: ¿Ha llegado ya la dispensa?

Tardo lo suficiente en responder para que se vuelva hacia mí.

—No.

—Pensé que tal vez la hubieras recibido en Lewis y estuvieras reservando la noticia para sorprendernos.

—¿Desde cuándo reservo algo para sorprenderte?

—Desde nunca. Es una de tus muchas carencias. —Hace girar la copa entre los dedos antes de añadir—: ¿Cuánto hace que la solicitaste?

—El tiempo necesario para que ya debiera estar aquí.

—Aunque empiezo a sospechar que disfrutas esperando.

Lo miro.

Finn levanta una mano antes de que responda.

—Sé que no disfrutas. También sé que cada vez que alguien pronuncia la palabra *dispensa* adquieres esa expresión que lleva a los hombres sensatos a revisar dónde han dejado sus armas.

—Entonces deja de pronunciarla.

La solicitud salió de Lewis hace más de un año, acompañada por cuanto el padre consideró necesario para demostrar que Caitlin y yo podemos casarnos sin desafiar a Dios, a Roma ni a los muertos que todavía parecen conservar derechos sobre los vivos.

Hemos recibido noticias de lugares más lejanos, mercancías que han cruzado mares y hasta una carta de un hombre al que ninguno de los dos recordaba conocer. De la dispensa, nada.

Finn se vuelve de costado para estudiarme.

—Hay cierta ironía.

—No la hay.

—El hombre que se casó una vez porque creyó que era su deber ahora no puede casarse con la mujer que quiere porque alguien necesita decidir desde muy lejos si lo considera apropiado.

—Así es.

—Tiene cierta gracia.

—No.

—Un poco sí.

—Finn.

Aprieto la mandíbula. Finn guarda la sonrisa, quizá porque comprende que ha encontrado el lugar exacto donde la situación deja de irritarme y empieza a doler de una forma que no pienso explicarle.

He cumplido antes con lo que se esperaba de mí. Lo hice sin preguntar si aquello iba a darme una vida que deseara conservar, convencido de que el honor consistía en aceptar el lugar que me correspondía y permanecer en él.

Ahora amo a Caitlin. Tenemos dos hijos, gobernamos juntos en Lewis y nadie que nos vea necesita que un documento le explique qué somos. Sin embargo, el único matrimonio que he deseado depende de una respuesta que puede estar detenida en cualquier monasterio, puerto o escritorio entre aquí y Roma.

—Te está tocando las narices —concluye Finn.

—Tú me estás tocando las narices.

—Ambas cosas pueden ser ciertas.

Apoya la copa en la barandilla y mira hacia los demás.

—Broen sigue esperando que la Iglesia le permita casarse.

La frase atraviesa la sala con una claridad innecesaria. Caitlin interrumpe la conversación y vuelve la cabeza. Kerran es el primero en reaccionar. Se reclina en el banco, apoya un brazo sobre el respaldo de Leigh y me observa con un interés que no augura nada bueno.

—¿Has probado a pedirlo con amabilidad?

—Dejamos que escribiera un sacerdote —responde Caitlin, conteniendo la sonrisa.

Kerran inclina la copa hacia ella.

—Una mujer previsora. Empiezo a comprender cómo Broen ha conseguido llegar casado hasta aquí sin estarlo todavía.

La sonrisa de Caitlin termina en carcajada.

—Te muestras muy satisfecho con los problemas ajenos cuando tienes los tuyos propios —comenta Leigh mientras vuelve a acomodarse contra el respaldo.

Una de sus hijas intenta subirse al banco empleando la pierna de Kerran como peldaño. Él la sujeta por la cintura, la alza sin interrumpir la conversación y la instala a su lado. La niña tarda apenas un instante en descubrir el cordón que le cierra la manga.

—Mi consejo ha desarrollado un interés excesivo por mi matrimonio —explica Kerran—. Gobernar las tierras, recaudar lo acordado y evitar que mis vecinos se maten entre sí ya no los mantiene bastante ocupados. Ahora necesitan saber qué ocurre en mi alcoba.

—Quieren un heredero varón —aclarar Leigh—. Utilizan palabras más largas porque creen que así parecen menos entrometidos.

La pequeña tira del cordón y la manga de Kerran se abre hasta el antebrazo. Él baja los ojos hacia el destrozo, recupera el lazo y se lo entrega. Su hija lo recibe con el aplomo de quien acaba de ganar algo en buena lid.

—No comprendo su preocupación —interviene Caitlin—. La mayor de tus hijas lleva media tarde vigilando el paso del norte, esta acaba de desarmarte y la otra escucha detrás de Caelan sin que nadie haya reparado en ella. Argyll dispone ya de ejército, espía y sucesora.

Leigh se vuelve para localizar a la niña escondida junto a Caelan. Cuando la encuentra, una sonrisa le ilumina el rostro.

—No les des ideas.

—Yo pienso llevarlas a la próxima reunión —decide Kerran—. Si mis consejeros desean discutir su incapacidad para gobernar, tendrán que explicársela a ellas.

—La pequeña empezará por quitarles los cordones —advierde Caitlin.

—Será una mejora. Algunos visten con demasiada ostentación.

La risa de Leigh dura poco. Observa a sus hijas y acaricia el cabello de la que ocupa el banco.

—Con la primera esperaron hasta el bautismo para preguntarnos cuándo llegaría el varón. Con la segunda, ni siquiera dejaron pasar un mes. Después de la tercera, uno de ellos abordó a Kerran mientras yo aún guardaba cama.

—Ya no vuelve a preguntar —señala Kerran.

—Le rompiste la nariz.

—La puso en un lugar poco conveniente.

—Estaba unida a su cara.

—Eso dificultó evitarla.

Leigh niega con la cabeza, pero su mano busca la de Kerran sobre el banco y él cierra los dedos alrededor de los suyos.

—Yo quería a las tres —prosigue ella—. Eso es lo que me enfurece. Durante el último embarazo llegué a desear un niño solo para que aquellos hombres nos dejaran en paz. Después me sentía culpable cada vez que la criatura se movía. Si era otra niña, yo ya estaba pidiéndole que naciera distinta para que ellos la consideraran suficiente.

—Querías dejar de ser examinada —apunta Aithne desde la mesa, donde su hijo practica letras con un trozo de carbón—. Es distinto.

—Ahora lo sé. Entonces temía dar a luz a otra niña y ver las mismas caras compungidas alrededor de mi cama. —Leigh acaricia la mejilla

de su hija con el dorso de los dedos—. Convirtieron su llegada en una decepción antes de que abriera los ojos.

La pequeña levanta la cabeza.

—¿Quién se decepcionó?

Leigh vacila. Kerran se inclina hacia su hija con una seriedad que no utiliza ni siquiera ante sus consejeros.

—Unos hombres bastante necios.

—¿Les rompiste la nariz?

—Solo a uno.

—Aún —matiza Leigh.

Kerran le dirige una mirada. La niña parece satisfecha con la respuesta y vuelve a enredar el cordón entre los dedos.

—¿Habrá otro? —pregunta Finn.

El silencio que sigue lo obliga a levantar la vista de la copa.

—Eso ha sonado incluso peor de lo que pretendías —le advierte Leigh.

—No preguntaba en nombre del consejo —se defiende él.

—Menos mal. Careces de la solemnidad necesaria.

Kerran mira a su esposa antes de contestar.

—Todavía no lo hemos decidido. Lo que sí he decidido es que mis hijas necesitan a su madre bastante más de lo que mi consejo necesita un varón.

Finn asiente, pero sus dedos continúan girando la copa. Iseabail la detiene colocando una mano encima. Luego se inclina para alcanzar la jarra.

Antes de que consiga tocarla, Finn la desplaza hacia ella sin volver la cabeza, todavía atento a algo que Torren le cuenta desde el otro extremo del banco.

Leigh repara en el gesto.

—A ti empezarán a preguntártelo antes de que haya nacido este.

—Ya han empezado —responde Iseabail mientras se sirve—. Una mujer de las cocinas examinó ayer mi vientre y anunció que será un niño porque aún conservo buen color.

—Eso demuestra que será una criatura extraordinaria —interviene Finn—. Ha conseguido darte buen color mágicamente.

Iseabail bebe para esconder la sonrisa.

—También me han asegurado que será niña porque duermo del lado izquierdo y que tendrá mucho cabello porque me apetece pescado.

—¿Te apetece pescado? —pregunta Torren.

—Desde que Finn ha decidido que me apetece, aparece en mi plato dos veces al día.

Finn parte un trozo de pan y lo deja junto a ella mientras continúa mirando a Torren.

—Estaba disponible.

—Ayer atravesaste medio Refugio para encontrarlo.

—Yo iba hacia las cocinas.

—Habías salido del patio.

—Cambié de opinión.

Torren observa el pan, después a Finn.

—También ha cambiado tres veces los bancos de sitio esta tarde.

—Estorbaban.

—Curiosamente, solo estorban aquellos en los que Iseabail no puede apoyar la espalda —señala Leigh.

Finn se lleva la copa a los labios con una indiferencia tan excesiva que Caitlin termina riéndose.

—No sé por qué os interesa tanto dónde coloco los bancos.

—A mí no me molesta —concede Iseabail—. Solo me divierte que creas que nadie se da cuenta.

—Nadie se había dado cuenta hasta que has empezado a explicarlo.

—Broen sí —lo contradice Darian.

Todas las miradas se vuelven hacia mí. Me encojo de hombros.

—Broen cuenta hasta las veces que respiramos —protesta Finn—. Su opinión no es válida.

Iseabail mantiene la sonrisa, aunque baja una mano hacia su vientre cuando el niño se mueve.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Leigh.

—Sí. Daena dice que los dos estamos bien. —Iseabail acaricia el lugar donde ha sentido la patada—. Aun así, tengo miedo. He atendido a demasiadas mujeres para creer que desear un hijo basta para que todo salga como esperamos.

La copa permanece inmóvil entre las manos de Finn.

—Conoces también a muchas que han sobrevivido —recuerda él.

—Las recuerdo. Y recuerdo a las otras.

Finn baja la vista. No intenta discutir, pedirle que deje de pensarlo ni ofrecer una certeza que ninguno posee.

—Quiero a este niño —continúa Iseabail—. Lo quise en cuanto supe que existía. Eso no impide que algunas noches despierte asustada por lo que tendrá que ocurrir para tenerlo en brazos.

—El miedo no significa que lo desees menos —dice Leigh—. A veces significa que sabes demasiado.

—Yo preferiría saber algo menos —suspira ella.

—Podemos pedirle a Torren que te explique cómo nacen —propone Finn—. Al terminar, ambos sabremos menos que antes.

Torren frunce el ceño.

—Sé perfectamente cómo nacen.

—Eso confirma mi argumento.

Iseabail se ríe y apoya la mano sobre la de Finn. Él gira los dedos debajo de los suyos, como si el gesto no mereciera interrumpir la conversación.

—Yo puedo vivir con tu miedo. Con lo que no pienso vivir es con que alguien me diga que perderte sería el precio que un hombre debe aceptar por tener descendencia.

Iseabail lo contempla durante unos instantes.

—No te corresponde decidir por cuál de los dos deben luchar si algo sale mal.

—Lo sé.

—Finn.

—Lo sé —repite, esta vez sin buscar refugio en una sonrisa—. A ti —admite—. Siempre a ti. A este niño aún estoy aprendiendo a quererlo. A ti te quiero desde hace demasiados años.

Ella aprieta los dedos alrededor de los suyos. La emoción le transforma el rostro. Se limita a acercar la mano de Finn hasta apoyar los nudillos contra su vientre y la mantiene allí.

—Entonces tendrás que quererlo de prisa. Da patadas como si tuviera intención de llegar enfadado.

—Es hijo tuyo. Llegará convencido de que todos los demás hemos cometido algún error que debe corregir.

—Y será hijo tuyo, así que sonreirá mientras nos lo explica.

Isleen se ríe, pero el sonido se apaga pronto. Nuestro hijo se ha quedado dormido contra su pecho y ella le pasa el pulgar por la frente, apartándole un mechón oscuro. Darian se acerca para recogerlo, aunque Isleen niega con la cabeza y lo conserva un rato más entre sus brazos.

—Las comadronas no piden a los maridos que escojan cuando una mujer empieza a sangrar. Yo... ni siquiera sabía que estaba embarazada cuando perdí al niño —dice.

Las conversaciones que aún subsisten alrededor de la mesa se extinguen. Darian se queda junto a ella, con una mano apoyada en el respaldo de su asiento.

—No lo deseaba entonces —prosigue Isleen—. Estaba huyendo, había perdido a mi padre y no sabía si alguna vez perdonaría a Darian. Si alguien me hubiera preguntado el día anterior, habría dicho que un hijo era lo último que necesitaba.

Darian baja los ojos hacia ella. Isleen apoya la mejilla un instante sobre la cabeza del mellizo.

—Después lo perdí y descubrí que podía dolerme alguien a quien no había tenido tiempo de querer. Durante mucho tiempo me avergoncé de las dos cosas: de no haberlo deseado y de llorarlo después. Parecía que debía escoger una sola verdad para que los demás pudieran entenderme. O era una mala mujer porque no había celebrado el embarazo, o mentía al decir que su pérdida me había destrozado.

—No mentías —dice Darian.

—Claro que no. —Isleen busca su mano sobre el respaldo y tira de ella hasta depositársela en el hombro—. No estamos obligadas a

desearlo antes de que exista, amarlo desde el primer instante y soportar cualquier pérdida con la tristeza exacta que los demás juzgan decorosa. Nadie admite que a veces el amor llega mezclado con miedo, con rabia o incluso con el deseo de que nuestra vida no cambie. Eso no lo vuelve menos amor.

Iseabail mantiene una mano sobre su vientre. Isleen repara en el gesto.

—Mi madre perdió varios hijos. Cada uno se llevó una parte de ella y quienes la rodeaban se limitaron a esperar el siguiente embarazo, como si otro niño pudiera devolverle los anteriores. Acabaron hablando de mi madre únicamente por aquello que había parido o enterrado. Cuando murió, ella era incapaz de recordar quién había sido antes. Desapareció.

Isleen levanta los ojos hacia Caelan.

—A mí cuando creí que lo había perdido todo, alguien me recordó que todavía me quedaba yo.

Él no hace ningún gesto para reclamar el recuerdo. Se limita a inclinar la cabeza.

Aithne recorre con la yema del dedo una de las letras trazadas por su hijo.

—Durante mucho tiempo yo también pensé que ser madre significaba entregarle a alguien la última parte de mí que aún me pertenecía.

La mandíbula de Caelan se tensa. Aithne apoya la mano sobre su rodilla y espera hasta que él la mira.

—A mi primer esposo le daba igual ser padre. Pero creía que el embarazo me volvería obediente y que después bastaría con amenazar a la criatura para retenerme.

Aithne mira a Caelan y le sonríe para traerlo de vuelta al lugar donde están sus hijos y no al hombre al que ya sobrevivieron.

—Quería arrebatarme la oportunidad de elegir —continúa ella, bajando la voz—. Mis hijos con Caelan, en cambio, han crecido sabiendo que su madre continúa siendo ella misma.

Caelan cubre su mano.

—Nunca dudarán de quién eres.

—Más les vale.

La respuesta provoca algunas sonrisas y el niño aprovecha para señalar otra letra que no consigue terminar. Aithne vuelve a inclinarse sobre él mientras Aileana recoge uno de los documentos que amenazaba con resbalar de sus rodillas.

—También podemos elegir no ser madres —dice—. Altair y yo no tendremos hijos.

Altair baja la mirada hacia su esposa, pero deja que continúe.

—No porque los deteste —añade Aileana, observando a Ailis dormida—. Los niños son de las pocas personas que todavía no han aprendido a mentir con destreza. Pero he visto demasiadas cosas que un adulto puede hacerle a una criatura. He visto cómo las utilizan para castigar a sus madres, asegurar alianzas, cobrar deudas o continuar odios que comenzaron antes de que nacieran. No deseo traer a alguien al mundo sabiendo que pasaré el resto de mi vida preguntándome por dónde intentará alcanzarlo la crueldad.

—Podrías cambiar de parecer —dice Torren con cautela.

Aileana vuelve la cara hacia él.

—Podría. También podría no hacerlo. Lo que me irrita es que todo el mundo trate mi decisión como una espera.

Torren mira a Altair y levanta las manos.

—No estaba intentando convencerla.

—Ya lo sé. Por eso continúas respirando —responde él—. No esperamos ninguno de esos demonios ni pensamos hacerlo.

Aileana entrelaza dos dedos con los que Altair mantiene apoyados en el banco.

—El hecho de que no queramos tenerlos no te autoriza a llamarlos demonios —le recuerda.

Altair señala con la barbilla al niño, que acaba de llevarse el nudillo de Darian a la boca.

—Ese está intentando devorarlo.

Darian observa las encías cerradas alrededor de su dedo y hace una pequeña prueba para recuperarlo. La criatura se aferra con más fuerza.

—Todavía no ha conseguido hacerme daño.

—Dale tiempo —aconseja Isleen—. Acaba de conocerte y ya ha localizado una debilidad.

Aileana sonríe mientras Darian intenta liberar el dedo sin despertar al niño.

—Una mujer puede amar a los hijos de los demás, protegerlos e incluso dedicar parte de su vida a que estén a salvo sin desear uno propio. La ternura no es una deuda que deba pagar con mi cuerpo.

Caitlin sigue su mirada hasta Ailis y le acomoda la manta alrededor de los pies.

—A ti te exigen que acabes deseándolos —dice—. A mí me hicieron creer que desearlos no bastaba si no conseguía tenerlos.

Aileana vuelve los ojos hacia ella. Caitlin deja un dedo sobre la mejilla de nuestra hija antes de continuar.

—No haberle dado un heredero a Sorley pesó más que todo lo demás. Nadie preguntó qué había soportado, qué sabía hacer ni

cuántas veces había mantenido en pie aquello que él descuidaba. Mi lugar en Lewis dependía de un hijo que no llegaba, y eso bastaba para convertirme en una esposa defectuosa.

Me separo de la barandilla. No bajo todavía. Necesito escucharla desde donde ella ha decidido hablar.

—Cuando Sorley murió, estaban dispuestos a encerrarme —prosigue—. Algunos habrían permitido que me colgaran sin más prueba que mi incapacidad para llorarlo de la manera adecuada. Entonces dije que estaba embarazada y todo cambió. La misma mujer a la que podían condenar sin remordimientos se volvió intocable porque quizá llevaba dentro un hijo suyo. No me protegieron a mí. Protegieron la posibilidad de un varón que ni siquiera existía.

Su voz no tiembla. Yo recuerdo aquel momento, la puerta vigilada y el instante en que me confesó la mentira. Recuerdo también que me pidió un hijo porque era la única manera que veía de seguir viva.

—Después nacieron los mellizos —continúa, pasando un dedo por la mejilla de Ailis—, y hubo quienes me miraron como si por fin hubiera demostrado que no estaba estropeada. Como si estos niños hubieran venido a corregir diecisiete años de fracaso. Pero yo no fracasé. Sobreviví. Goberné, aprendí, mantuve con vida a personas que jamás habrían pronunciado mi nombre en un consejo... Yo no era una mujer incompleta esperando que llegara un hijo. Era una mujer entera a la que habían convencido de que debía faltarle algo.

Mira hacia mí.

—Los amo. Daría cuanto tengo por ellos. Pero no les permitiré cargar con la tarea de justificar mi existencia. Yo no nací para traerlos al mundo. Ellos tampoco han nacido para demostrar que yo merecía permanecer en él.

Nadie intenta aliviar lo que acaba de decir. Nadie lo convierte en una frase amable que pueda olvidarse después.

Bajo por fin la escalera.

Caitlin sigue mirándome cuando llego a su lado. Me siento junto a ella y apoyo una mano sobre la espalda de nuestra hija. Con la otra busco los dedos de Caitlin.

Nada más.

El silencio se deshace de forma gradual.

Leigh recoge a su hija que intenta esconderse debajo de la mesa; Finn continúa mirando a Iseabail con adoración; Isleen entrega por fin nuestro hijo a Darian, y Aithne descubre la mancha de carbón en la cara del niño y decide añadirle otra en la nariz.

Aileana guarda los documentos mientras Altair aparta el banco para que pueda levantarse.

Vuelvo a contar cabezas.

Durante años, los hombres han contado hijos, varones, alianzas y apellidos. Han calculado el valor de una mujer por los niños que daba, por aquellos que perdía y por los que ya no estaba dispuesta a arriesgarse a tener. También han decidido que una hija era una espera, una mujer sin hijos un fracaso y otra que no los deseaba una criatura confundida que terminaría cambiando de parecer.

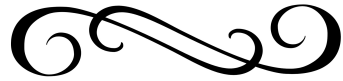
Miro a Caitlin entre todas ellas y entiendo que ninguna empieza en la maternidad ni termina en ella. Son madres, algunas. Otras pudieron serlo, dejaron de serlo o decidieron no intentarlo. Han amado a hijos vivos, perdidos, temidos e imaginados. Ninguna necesita que esos hijos expliquen quién es.

Caitlin apoya la cabeza contra mi hombro. Ailis duerme entre ambos y Rory vuelve a llorar en brazos de Darian porque Kerran acaba de acercarse demasiado.

Esta vez no compruebo quién falta.

Los cuento porque están aquí.

Epilogo



«Caitlin»

La dispensa llega cuando ya he dejado de preguntar por ella.

L Han pasado años desde que el padre envió la solicitud. Durante ese tiempo, Rory ha aprendido a caminar agarrándose a cuanto encuentra a su alcance, Ailis ha decidido que andar es una habilidad que solo merece la pena practicar cuando nadie pretende ayudarla y Broen ha desarrollado una enemistad personal con cada barco que entra en el puerto sin traer noticias de la Iglesia.

El documento aparece una mañana de lluvia, protegido dentro de una caja de madera y cubierto de sellos, firmas y palabras que han necesitado cruzar medio mundo para concedernos algo que nosotros decidimos hace mucho.

Broen lo lee dos veces.

Después levanta los ojos hacia el padre Seumas.

—¿Podemos casarnos?

El pobre hombre intenta explicarle qué significa cada sello. Broen aguanta hasta el tercero antes de repetir la pregunta.

—Podéis —responde por fin.

Entonces me mira.

En su rostro no aparece la satisfacción que esperaba, tampoco esa sonrisa breve que a veces consigo arrancarle cuando cree que nadie más lo observa. Se queda inmóvil, con el documento sujeto entre las manos y una emoción desnuda en los ojos que me devuelve durante un instante al muchacho que conocí antes de que el deber, la pérdida y los años lo enseñaran a esconderse.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Hoy.

—Broen, los invitados tardarán semanas en llegar.

Su mandíbula se tensa. Ha esperado largo tiempo una respuesta de Roma y, sin embargo, la idea de aguardar unas semanas por los hombres que se convirtieron en su familia parece exigirle un sacrificio mucho mayor.

—Tres días —concede.

Tardan cinco.

Nos casamos en Dùn Mhoireasdan una mañana en que el viento golpea las murallas y el mar se levanta blanco contra las rocas, rodeados de mi familia, los Cuervos, los MacLeod, los Morrison y Eòghan como representante de los MacAulay.

El padre pronuncia las palabras fuera, frente a la pequeña capilla, porque dentro no cabemos todos y porque Finn asegura que, después de cuanto hemos tenido que esperar, Dios debería molestarse en salir a recibirnos.

Broen permanece ante mí vestido de oscuro, con el cabello revuelto por el aire y Rory aferrado a una de sus piernas. Nuestro hijo se ha negado a quedarse con nadie desde que ha empezado la ceremonia. Ailis, en cambio, ocupa los brazos de Aithne y observa al sacerdote con la gravedad desconfiada que ha heredado de su padre.

Cuando llega el momento, Broen toma mi mano.

No tiembla. Yo sí.

He pronunciado promesas antes que no sentía y se me hicieron eternas. Ahora no tengo suficientes palabras para expresar todo lo que siento.

Broen espera.

Tomo aire, pero las palabras que durante tantos años tuve que guardar no caben en una promesa.

—Te quise cuando no podía escogerte y seguí queriéndote cuando creí que te había perdido. Ahora que puedo elegir, te elijo a ti. Te prometo que no volveré a callar para conservar una paz que nos destruya ni a apartarte creyendo que así puedo evitarte dolor. Compartiré contigo las decisiones, las cargas y todo cuanto aún nos quede por afrontar. Cuidaré de nuestros hijos, de lo que hemos construido y también de la mujer que soy a tu lado. Y si la vida vuelve a arrebatarnos algo, no permitiré que nos arrebate el uno al otro.

Broen me contempla sin protegerse de cuanto le hacen mis palabras. Cuando el padre le indica que debe responder, baja los ojos hacia nuestras manos entrelazadas y tarda unos instantes en hablar.

—Caitlin —dice solemne y luego añade—: Esta vez he pronunciado tu nombre.

El padre aguarda.

Broen nos mira a ambos, sin la menor intención de añadir una palabra más. Acabo de entregarle mi pasado, mi futuro y una promesa lo bastante larga para poner a prueba la paciencia de Dios y él ha necesitado ocho palabras para ofrecermelo el resto de su vida.

—¿Eso es todo? —murmura Seumas.

—Es todo.

Y lo es.

En boca del hombre que una vez tuvo que marcharse, que aprendió a sobrevivir sin esperar que nada ni nadie pudiera pertenecerle durante mucho tiempo y que calló mi nombre bajo una ventana mientras otros decidían por nosotros. Hoy lo ha pronunciado delante de todos y de nuestros hijos. Es la única promesa que necesito.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos.

El padre continúa hablando, aunque durante unos instantes apenas distingo las palabras entre el viento, el llanto repentino de Rory y la carcajada que Finn, con su hija en brazos, intenta disimular cuando el nuestro decide sentarse sobre una de las botas de Broen.

El beso llega después de los juramentos, de las oraciones y de otra larga explicación que mi marido soporta con una paciencia cada vez menos cristiana.

Broen me sostiene la cara entre las manos y me besa.

—Por fin —murmura al separarse y apoyar su frente en la mía.

Podría recordarle que llevamos años compartiendo la cama, el gobierno, dos hijos y una vida que ya era nuestra antes de que Roma decidiera permitirla.

Prefiero besarlo otra vez.

BROEN

Sigue contando cabezas.

Las cuenta cuando entramos en un salón, cuando desembarcamos en otra costa y cuando nuestros hijos juegan cerca de las murallas. Localiza las puertas, comprueba quién lleva un arma y recuerda dónde dejó Ailis la muñeca de trapo que lleva tres días asegurando que no le importa.

Antes contaba aquello que temía perder.

Ahora también cuenta sacos de avena, embarcaciones reparadas, familias que han superado el invierno y hombres capaces de defender Lewis sin utilizar la fuerza contra quienes viven en ella.

Conserva el cuaderno de tapas desgastadas donde anota acuerdos, favores y nombres que considera importantes. El mío aparece tantas veces que empiezo a sospechar que utiliza las cuentas como excusa.

Gobierna de la misma forma en que quiere. Atiende, sostiene y permanece. Luego pretende que cualquiera de esas cosas carece de importancia.

Rory busca su mano cuando se asusta. Ailis lo estudia con la misma seriedad que él emplea para examinar a un emisario y, cuando decide que su padre merece su atención, trepa sobre sus rodillas y le ordena que le cuente una historia.

Broen siempre obedece.

YO

Continúo llevando las cuentas de Dùn Mhoireasdan.

También asisto al consejo, decido qué familias recibirán grano antes del invierno y recuerdo a los hombres que una cifra nunca explica por sí sola cuántas bocas comen bajo un mismo techo. Algunos aún se sorprenden cuando Broen me pregunta antes de tomar una decisión. Otros han aprendido que resulta más prudente escucharme desde el principio.

Durante diecisiete años me llamaron estéril. Después me llamaron asesina, mentirosa y adúltera. Cada palabra pretendía reducirme a aquello que no había dado, a lo que supuestamente había hecho o al hombre junto al que dormía.

Ya no dedico mis fuerzas a corregirlos.

Sé quién fui mientras Sorley se empeñaba en borrar-me. Sé quién soy cuando entro en el salón y nadie se atreve a continuar una conversación que me afecta.

Mis hijos conocerán toda mi historia cuando tengan edad para comprenderla. Sabrán que mentí para seguir viva y que su padre regresó a Lewis cuando todos los demás consideraban más cómodo dejarme morir. También sabrán que yo ya era Caitlin antes de convertirme en esposa, viuda o madre.

NOSOTROS

Broen utiliza la palabra «esposa» siempre que encuentra una ocasión.

La pronuncia delante del consejo, de los criados, de los emisarios y hasta de mí, pese a que conozco perfectamente el resultado de la ceremonia. Sospecho que aún necesita escucharla para comprobar que el documento no ha desaparecido y que ningún sacerdote piensa presentarse para explicar que faltaba otro sello.

Él todavía toma decisiones insoportables en silencio y yo mantengo cierta facilidad para empeorarlas delante de demasiadas personas.

Broen intenta protegerme sacrificando partes de sí mismo. Yo le recuerdo que una vida compartida pierde bastante sentido cuando uno de los dos pretende cargar a solas con cuanto duele.

Por las noches, cuando los niños duermen y Dùn Mhoireasdan deja de exigirnos decisiones, a veces encuentro sus ojos fijos en mí. Ya no aparta el rostro. Y puedo tocarlo sin miedo, cerrar los dedos entre los suyos y acercarme hasta que ninguna de las dos vidas que perdimos cabe entre nuestros cuerpos.

LOS CUERVOS

Caelan y Aithne siguen convirtiendo el Refugio en un lugar que sus primeros habitantes apenas reconocerían. Ella llena las aulas de

libros y niños. Él protesta por el ruido mientras construye otra mesa para que puedan sentarse más.

Darian e Isleen gobiernan Dùn Fergas con la obstinación de quienes aprendieron que unir dos clanes exige mucho más valor que derrotar a uno. Cuando vienen a Lewis, Darian y Broen desaparecen durante horas para revisar defensas. Isleen y yo empleamos ese tiempo en resolver los asuntos que ellos no han advertido todavía. Cuando regresan, suelen encontrarlos ya decididos.

Kerran y Leigh llegan acompañados de sus tres hijas, que han heredado la habilidad de su madre para observarlo todo y la de su padre para actuar como si las consecuencias fueran un problema futuro. Argyll continúa esperando un heredero varón. Kerran continúa explicando que ya tiene tres herederas y muy poca paciencia.

Finn asegura que la paternidad ha confirmado todos sus peores temores. Iseabail responde que su hija ha tenido la suerte de nacer con el padre más atento de toda Escocia. Él protesta y dice que solo procura mantenerla con vida, pero conoce cada uno de sus sonidos y vuelve la cabeza antes que Iseabail en cuanto cambia su respiración.

Altair y Aileana mantienen su decisión de no tener hijos. Aun así, Rory busca a Altair cada vez que necesita esconder algo y Ailis ha concluido que Aileana posee respuestas que los demás adultos intentan suavizar. Ella siempre le dice la verdad. Altair siempre permanece cerca mientras lo hace.

COLUM Y TORREN

Colum continúa resolviendo los problemas que el resto crea.

Viaja entre el Refugio, Argyll, Dùn Fergas y Lewis, conoce los acuerdos de todos los clanes y recuerda incluso aquellos que nadie tuvo la sensatez de escribir.

Brìghde MacAulay le envía cartas con una frecuencia que él considera puramente cortés. Finn lleva meses intentando averiguar qué asunto relacionado con la cortesía requiere tantas preguntas sobre cuándo piensa regresar a Ardrol.

Torren sigue riéndose con esa entrega de quien ya conoce el precio de sobrevivir sin hacerlo. Entrena a los jóvenes, acompaña las patrullas y baila en cada celebración con una mujer distinta, aunque nunca promete permanecer cuando todavía disfruta escogiendo el camino siguiente.

Los dos son Cuervos de Perthshire.

Esa es la única explicación que necesitan.

LEGADO

Nuestros hijos heredarán tierras, nombres y disputas que comenzaron mucho antes de que nacieran. Rory podrá reclamar algún día el cargo de su padre. Ailis tendrá que enfrentarse a hombres incapaces de comprender que haber nacido unos minutos después que su hermano no vuelve menor cuanto hay dentro de ella.

Broen y yo no podemos decidir qué exigirá el mundo de ellos. Podemos enseñarles a reconocer cuándo una tradición protege a las personas y cuándo solo protege el poder de quien la pronuncia.

Ese será nuestro legado.

Los Cuervos empezaron siendo hombres expulsados de sus tierras, perseguidos por sus nombres o condenados por decisiones ajenas. Construyeron un escondite bajo una montaña y acabaron llenándolo de familias que entran con miedo y aprenden a vivir sin él. Algunos recuperaron sus clanes. Otros encontraron una mujer, unos hijos o un lugar donde dejar de huir. Colum y Torren todavía recorren los caminos. Ninguno de ellos ha olvidado lo que significa necesitar una puerta abierta.

Yo tampoco.

Durante años creí que sobrevivir consistía en conservar una parte de mí fuera del alcance de los demás. Broen jamás ha intentado apoderarse de esa parte. Me ha ayudado a recuperarla, incluso cuando hacerlo significaba esconderme un poco.

Por eso puedo tomar su mano sin desaparecer dentro de ella.

Solo soy tuya, Broen. Y esta vez lo gritaré bien alto porque es lo que elijo ser.



Fin

Si has disfrutado del libro y quieres hacerme feliz, escanea este QR y déjame tu valoración. Te querré un poquito más, aunque ya te quiero por haber llegado hasta aquí.



Nota de la autora

1. Broen por fin tiene su libro

Broen nunca iba a tener un libro.

Lo creé para que fuera el Cuervo grande, callado y sensato que observaba las barbaridades de los demás con la resignación de quien sabe que, tarde o temprano, tendrá que sacarlos de ellas. Y cuando digo grande me refiero a sus hombros, sus manos, su paciencia y otros atributos sobre los que, por respeto a la Iglesia que tanto ha tardado en concederle la dispensa, no proporcionaré medidas exactas.

Mi intención era dejarlo en segundo plano. Una masa de músculos silenciosa, discreta y perfectamente conforme con ocupar poco espacio.

Sí, yo también veo ahora los errores de aquel razonamiento.

Naturalmente, os fijasteis en él. Porque no existe manera más eficaz de despertar la curiosidad de una lectora de romántica que colocar a un gigante con tartán al fondo de una escena, llenarlo de cicatrices y secretos y pedirle que no llame la atención. Después de *Antes de ser tuya*, donde terminó con aquella herida en el ojo que todas conocéis, empezasteis a preguntar cuándo pensaba darle una historia.

Ya sabíais cómo había llegado hasta los Cuervos, qué familia había perdido y por qué había aprendido a guardar silencio. El misterio no consistía en descubrir qué le había ocurrido, sino en averiguar qué demonios podía ofrecerle yo después de haberle quitado casi todo.

Vosotras teníais clarísima la respuesta: **su propio libro**.

Algunas también solicitasteis menos ropa y cierta información anatómica, pero fingiremos que aquella parte de la conversación no tuvo lugar.

Solo necesitaba encontrar una historia capaz de hacerlo regresar a la vida que había abandonado. Y entonces llegaron Lewis, los Morrison, una viuda a la que conocía demasiado bien, una acusación de asesinato y un pequeño problema sucesorio cuya solución exigía de Broen una aportación física considerable.

Muy considerable.

Digamos que pocas veces un hombre ha afrontado la obligación de proporcionar un heredero con semejante sentido del deber. Broen ha protegido a Caitlin, se ha enfrentado a dos clanes y ha soportado que medio Lewis opine sobre su vida, pero, cuando la trama le ha exigido follar con entrega a la protagonista, ha demostrado que considera dejar cualquier tarea a medias una ofensa personal.

Yo me limité a escribirlo. En teoría.

En la práctica, esta montaña de músculos se apoderó del libro, dejó a Caitlin embarazada, a todas vosotras suspirando y a mí más caliente que este sol de agosto. Teniendo en cuenta las temperaturas, empieza a parecer un problema de salud pública.

Después de tantos libros aguardando en segundo plano, me parecía justo permitirle demostrar de qué era capaz cuando por fin se comprometiera con una historia.

Y no, chicas: no ha dejado absolutamente nada a medias.

Caitlin puede confirmarlo.

2. Una mentira con varios siglos de historia

La mentira de Caitlin no nació de mi imaginación. Ojalá pudiera atribuirme semejante idea, pero la historia del derecho lleva siglos demostrando que, cuando se trata de complicar la vida de las mujeres, posee una creatividad difícil de superar.

El ***pleading the belly*** permitía a una mujer condenada a muerte alegar que estaba embarazada para aplazar su ejecución.

Conviene detenerse en la palabra **aplazar**.

El embarazo no anulaba la condena ni provocaba que ningún juez se preguntara si colgarla era quizá una medida excesiva. La justicia se limitaba a decir: «Podemos matarla, desde luego, pero procuremos no llevarnos por delante a la criatura».

Una distinción encantadora.

No se protegía a la madre: se protegía temporalmente el contenido de su vientre. Después del parto ya podían volver a ocuparse de ella con toda la eficiencia habitual.

Tampoco bastaba con anunciar el embarazo, apoyar una mano sobre el vientre y confiar en que nadie hiciera preguntas. La acusada debía ser examinada por un **jurado de matronas**, formado habitualmente por doce mujeres a las que se atribuía experiencia suficiente para reconocer una gestación. No eran necesariamente doce comadronas tituladas —entre otras cosas porque los títulos y la intimidad médica todavía tenían bastante camino por recorrer—, pero debían saber lo suficiente como para emitir un veredicto del que dependía que otra mujer regresara a prisión o fuera conducida a la horca.

Una prueba de embarazo de la época: doce desconocidas, ninguna privacidad y un verdugo pendiente del resultado.

El procedimiento, muy resumido, funcionaba así:

- La mujer recibía una condena a muerte.
- Alegaba que estaba embarazada.
- Las matronas examinaban su cuerpo con los conocimientos disponibles, es decir, experiencia, ojos, manos y una seguridad admirable teniendo en cuenta que el cuello en juego pertenecía a otra persona.
- Si determinaban que estaba ***quick with child*** —que la criatura ya se movía en su vientre—, la ejecución se aplazaba.
- La condenada regresaba a prisión. No a su casa, ni a descansar junto al fuego, ni a recibir cuidados especiales. Que nadie acuse al sistema de excederse en delicadezas.

Después del parto podía obtener un perdón, una conmutación de la pena o una nueva fecha para su ejecución. El embarazo concedía tiempo, no salvación.

Ni siquiera bastaba siempre con haber concebido. Una mujer en las primeras semanas podía no superar el examen porque todavía no existían movimientos perceptibles. Al parecer, para permitir que la madre continuara respirando, la criatura debía presentar primero pruebas convincentes de actividad.

La burocracia siempre ha apreciado que los interesados colaboren.

He trasladado esta práctica a Lewis y la he adaptado al conflicto de la novela. Caitlin todavía no ha sido condenada cuando miente, pero la posibilidad de que lleve al heredero de Sorley obliga al consejo a mantenerla viva hasta comprobarlo.

No existe, por desgracia, un pergamino Morrison titulado *Procedimiento para viudas acusadas de envenenar al laird que quizá lleven en el vientre a su heredero mientras el enorme hermano del difunto mira mal al consejo*.

He partido del ***pleading the belly***, de los jurados de matronas y de ese principio espantoso según el cual el posible hijo de una acusada

podía recibir una protección que a ella se le negaba.

En Lewis nadie descubre de repente que Caitlin posee derechos. Descubren que su vientre podría contener a un Morrison y, milagrosamente, todos recuerdan la conveniencia de no precipitarse.

Y Broen, siempre dispuesto a entregarse por completo a los asuntos importantes del clan, se encarga después de que nadie pueda acusarla de publicidad engañosa.

El resultado son dos criaturas.

Porque ya hemos establecido que este hombre no entiende el concepto de hacer las cosas a medias.

3. El cuerpo de una mujer como asunto del clan

En el siglo XVI, el embarazo de la esposa de un laird gozaba aproximadamente de la misma intimidad que una ejecución pública.

Un hijo podía asegurar la continuidad del linaje, la transmisión de las tierras, las alianzas y el mando sobre hombres que no siempre recibían con elegancia la noticia de que debían obedecer a otra rama de la familia. Por tanto, el contenido del vientre de una mujer podía decidir quién heredaba un castillo, quién perdía sus privilegios y quién empezaba a reunir hombres armados con sospechosa discreción.

Era difícil que la dejaran vomitar en paz.

La fertilidad femenina permanecía sometida a una vigilancia constante. Cuando un matrimonio no tenía descendencia, las sospechas recaían casi siempre sobre la esposa. Era una conclusión muy cómoda porque evitaba hacer preguntas desagradables al marido, cuestionar su virilidad o permitir que los hechos estropearan una tradición perfectamente injusta.

Si él había engendrado bastardos, los presentaba como prueba de que su semilla funcionaba de maravilla. Si no los había engendrado,

también debía de ser culpa de ella. La lógica poseía una admirable capacidad para llegar siempre al mismo vientre.

A la esposa le correspondían los remedios, las plegarias, las hierbas, las reliquias, las supersticiones y una cantidad inagotable de consejos procedentes de personas que jamás habían tenido que parir nada más complicado que una opinión. Cada menstruación podía convertirse en una decepción familiar y cada mareo, en el inicio de unas celebraciones que nadie consideraba necesario consultar con la posible madre.

Las comadronas, al menos, aportaban conocimientos reales. Reconocían señales del embarazo, acompañaban los partos, empleaban hierbas y sabían colocar o mover a una mujer cuando surgían dificultades.

Mientras los hombres discutían apellidos, herencias y alianzas en el salón, ellas intentaban conseguir que madre e hijo vivieran lo suficiente para participar en esos magníficos planes.

Una hemorragia podía matar a una mujer en pocas horas. Un parto obstruido podía prolongarse durante días y acabar con la madre, con la criatura o con ambas.

Una placenta retenida, una infección o unas fiebres posteriores podían convertir en tragedia un nacimiento que todos habían celebrado demasiado pronto.

No había transfusiones, antibióticos ni intervenciones quirúrgicas que ofrecieran una salida segura cuando el cuerpo no conseguía completar el parto por sí mismo.

Dar a luz era habitual. Sobrevivir nunca estaba asegurado.

La maternidad podía proporcionar autoridad dentro de una familia, pero también convertía el cuerpo de una mujer en territorio político. Cuanto más importante era el posible heredero, más personas se atribuían algún derecho sobre el embarazo. Parientes, consejeros, comadronas y hombres interesados en la sucesión vigilaban los

sangrados, la alimentación, los vómitos, el descanso y hasta las visitas del marido al dormitorio.

A esas alturas, casi solo faltaba que el consejo entrara con él para tomar notas.

Por eso quería que la mentira de Caitlin naciera precisamente ahí. Durante diecisiete años, todos han examinado su cuerpo porque no consigue darle un heredero a Sorley. Después de su muerte, le basta con anunciar que quizá lo haya logrado para obligarlos a esperar.

No confían en ella. Confían en la posibilidad de que dentro de ella exista un Morrison varón, que para determinados hombres viene a ser una forma mucho más convincente de autoridad.

Caitlin utiliza contra ellos la misma obsesión con la que la han castigado durante años. Si su vientre les importa más que su palabra, les entrega un embarazo y gana el tiempo necesario para averiguar quién mató a Sorley, evitar la horca y complicarle considerablemente la vida a Broen.

El consejo exige pruebas.

Broen termina aportándolas por duplicado.

Hay hombres que colaboran y hombres que se toman los problemas sucesorios como una cuestión personal.

4. Los Morrison y los jueces hereditarios de Lewis

Los Morrison de la novela poseen una raíz histórica especialmente jugosa. Durante generaciones, los Morrison de Ness ejercieron como ***brieves*** de Lewis, palabra procedente del gaélico *breitheamh* que designaba a un juez.

Su autoridad no se limitaba a escuchar dos versiones incompatibles de una disputa y decidir cuál venía acompañada de mejores testigos. Los *brieves* conocían las leyes y costumbres, mediaban entre familias, establecían compensaciones y conservaban genealogías. Esta última tarea parece bastante pacífica hasta que se recuerda que

los derechos sobre la tierra, la autoridad y buena parte de las alianzas dependían del parentesco.

Recordar quién era hijo de quién constituía una forma de poder.

Una genealogía podía determinar quién heredaba, qué matrimonio había unido a dos familias, quién debía una compensación, qué hijo podía reclamar protección y qué rama del clan conservaba derechos sobre determinadas tierras. También decidía qué versión del pasado terminaría aceptándose cuando ya no quedaba nadie vivo con autoridad suficiente para contradecirla.

La memoria no era una afición familiar ni una sucesión de nombres recitados para entretener las noches de invierno. Funcionaba como archivo, testimonio, título de propiedad y arma política. Quien controlaba el relato de los nacimientos podía influir en el reparto de las tierras varias generaciones después. Un parentesco recordado en el momento adecuado abría una herencia. Uno convenientemente olvidado evitaba compartirla.

Entre las historias asociadas a los Morrison aparece **Hutcheon Morrison**, uno de aquellos *brieves*, que confesó antes de morir que era el verdadero padre de Torquil Connanach, criado hasta entonces como hijo de Roderick MacLeod.

Hutcheon había dedicado su vida a preservar genealogías y eligió sus últimos momentos para alterar una de las más importantes de Lewis. Hay que reconocerle cierto sentido dramático.

La revelación cuestionaba los derechos de Torquil y alimentó una disputa sucesoria que terminó involucrando a distintas ramas familiares y a varios clanes. Por desgracia, no podemos interrogar a Hutcheon para averiguar cuánto había de verdad, cuánto de rencor y cuánto de deseo de marcharse dejando a otros un problema imposible de resolver.

Las confesiones pronunciadas en el lecho de muerte poseen esa ventaja. Quien las hace se libra de las preguntas posteriores.

Los hijos nacidos fuera del matrimonio tampoco desaparecían necesariamente de la vida del clan. Podían ser reconocidos, recibir tierras, educación, cargos o protección y convertirse en figuras importantes dentro de una alianza. La legitimidad no tenía siempre el mismo peso, aunque adquiría una urgencia extraordinaria cuando dos hombres aspiraban a la misma herencia y ambos disponían de familiares preparados para defender su versión del árbol genealógico con algo más convincente que un pergamino.

En esos casos, la genealogía dejaba de ser un registro familiar y se convertía en un plan de batalla.

5. Lewis no estaba tan aislada como parece

Lewis forma parte de las Hébridas Exteriores y reúne playas blancas, lagos, turberas, páramos, acantilados y un viento que interviene en los asuntos humanos con una frecuencia poco razonable.

Vista desde el continente puede parecer un territorio apartado. Sin embargo, en el siglo XVI **el mar también era un camino**. Comunicaba las islas entre sí y con la costa occidental de Escocia, Irlanda y otros territorios del Atlántico norte. Por tierra, atravesar determinadas regiones exigía jornadas enteras, animales, provisiones y la esperanza de no encontrar a nadie especialmente interesado en robarlo todo. Por mar, una embarcación podía trasladar personas, noticias, mercancías y guerreros con bastante más eficacia, siempre que el tiempo decidiera colaborar.

El tiempo rara vez aceptaba compromisos duraderos.

Las ***birlinns***, impulsadas mediante vela y remos, resultaban fundamentales en aquel mundo. Su escaso calado les permitía acercarse a las costas y desembarcar donde no existía ningún puerto. Servían para comerciar, pescar, transportar ganado, mantener el contacto entre territorios o presentarse ante un

enemigo con una cantidad de hombres armados que este no tenía previsto recibir aquella mañana.

El mar comunicaba, pero también imponía sus condiciones. Una tormenta podía retrasar la llegada de refuerzos, impedir una huida, cortar el comercio o dejar una isla sin provisiones esenciales. Quien controlaba los barcos, las ensenadas y los puntos de desembarco dominaba buena parte de lo que entraba y salía del territorio. No necesitaba levantar una muralla alrededor de la isla. Le bastaba con vigilar sus costas.

También he utilizado tejidos de lana con cuadros y franjas de colores porque ya existían. Lo que todavía no funcionaba como solemos imaginar hoy era la identificación rígida de cada clan mediante un tartán exclusivo e inconfundible.

En 1532 nadie necesitaba consultar un catálogo para comprobar si un hombre se había vestido con los colores reglamentarios de sus antepasados.

La ropa podía indicar procedencia, riqueza, acceso a determinados tintes o preferencias familiares. Un tejido bien elaborado decía bastante sobre quien lo llevaba, pero todavía no actuaba como un documento de identidad tejido en lana. La asociación estricta entre clanes y tartanes concretos se desarrolló y popularizó mucho más tarde, con una organización cromática bastante más ordenada que la historia real.

La historia suele mostrarse poco considerada con las tiendas de recuerdos.

6. Avena, turba, ganado y la amenaza del invierno

La vida cotidiana en Lewis dependía de recursos muy concretos y de una sucesión de estaciones dispuestas a estropear cualquier cálculo demasiado optimista.

La avena y la cebada proporcionaban harina, gachas, pan, cerveza y alimento para los animales. El pescado, la leche, la carne, los huevos

y cuanto pudiera obtenerse de la costa completaban una dieta sometida al clima. El paisaje podía resultar impresionante, pero su belleza aportaba escaso consuelo cuando el grano se pudría, las barcas no podían salir y la despensa empezaba a vaciarse.

La turba era esencial como combustible. Había que cortarla, secarla y almacenarla durante los meses adecuados para calentar las viviendas y mantener el fuego cuando llegaba el frío. Una temporada demasiado húmeda podía impedir que seicara. Una cosecha pobre reducía el grano. Una enfermedad acababa con parte del ganado y varias semanas de temporal alejaban el pescado de las mesas.

Ninguna de esas desgracias necesitaba presentarse sola. El invierno poseía una desagradable inclinación por el trabajo en equipo.

Una vaca representaba leche, mantequilla, carne, piel, crías, prestigio y capacidad para alimentar a una familia durante meses. También funcionaba como riqueza transportable, aunque el animal pudiera manifestar opiniones propias sobre el traslado. Por eso **robar ganado no era una travesura rural**, sino una agresión económica capaz de condenar a una familia y provocar represalias entre clanes.

Llevarse una vaca significaba apropiarse de lo que daba aquel día, de las crías que tendría en el futuro y de una parte de las posibilidades de supervivencia de sus dueños. No hacía falta quemar una vivienda para destruir a quienes vivían en ella. A veces bastaba con vaciar el establo.

La escasez que aparece en la novela pertenece a la ficción, pero se apoya en esa fragilidad. Quien controlaba el grano almacenado no administraba únicamente comida. Decidía qué familias resistían, quién debía aceptar una deuda y cuánto poder adquiriría la persona que abría sus reservas cuando los demás ya no conservaban nada.

La generosidad podía salvar vidas. También podía llevar una contabilidad muy cuidadosa.

En un territorio así, la autoridad no pertenecía siempre al hombre con la espada más grande. A veces la ejercía quien sabía cuánto quedaba en los almacenes, cuántas bocas dependían de ese grano y en qué momento exacto se agotaría.

Broen posee tamaño, fuerza y una capacidad bastante persuasiva para ocupar una puerta entera. Caitlin lleva las cuentas.

Me pareció prudente repartir el poder.

7. Morrison, MacLeod y MacAulay

Los Morrison, los MacLeod y los MacAulay ocuparon territorios de Lewis y mantuvieron relaciones que incluyeron alianzas, rivalidades, disputas por tierras y enfrentamientos. Como sucede con casi todas las enemistades prolongadas, cada familia conservó una explicación minuciosa de lo ocurrido en la que el primer agravio siempre pertenecía a los demás.

Todos recordaban perfectamente la ofensa recibida y con bastante menos nitidez lo que habían hecho durante la semana anterior.

Las lealtades tampoco permanecían inmóviles. Los clanes no eran bloques formados por personas que pensaban, deseaban y obedecían al unísono. Existían ramas familiares, matrimonios cruzados, deudas, ambiciones, rencores personales y hombres capaces de apoyar a un pariente un año y enfrentarse a él al siguiente si sus intereses tomaban direcciones distintas.

La sangre unía. Las tierras introducían matices.

He utilizado esa realidad para construir el equilibrio político de la novela, pero **Dùn Mhoireasdan, el consejo, las conspiraciones y la sucesión de Sorley pertenecen a la ficción.** También he desplazado fechas, reunido conflictos que no ocurrieron exactamente al mismo tiempo y adaptado tensiones históricas a las necesidades de Caitlin y Broen.

La historia rara vez tiene la cortesía de ordenar sus acontecimientos en tres actos, reunir a todos los implicados en el mismo castillo y colocar una acusación de asesinato en el momento de mayor tensión. Para eso estamos las novelistas.

La Lewis real ya ofrece herederos discutidos, cautiverios, traiciones, cambios de alianza y familiares dispuestos a matarse por una genealogía. Mi aportación principal ha consistido en concentrar los problemas, impedir que nadie adopte una decisión sensata a tiempo y colocar a Caitlin en medio con un embarazo inventado.

A Broen lo he colocado frente a ella.

El rigor histórico admite ciertas alegrías.

8. Celebraciones y pruebas de fuerza

Las reuniones estacionales no solo servían para comer, beber y comprobar qué pariente seguía enfadado por una ofensa cometida dos inviernos atrás. Permitían renovar alianzas, intercambiar noticias, concertar matrimonios, resolver disputas y recordar públicamente quién ocupaba cada lugar dentro de la comunidad.

En torno a Yule podían celebrarse banquetes, escucharse música, relatos y poemas, organizarse bailes y aprovecharse la presencia de distintos clanes para comerciar o negociar. La abundancia de la mesa mostraba la riqueza y la generosidad del anfitrión. También permitía exhibir cuánto podía gastar en una sola noche sin comprometer la supervivencia de los meses siguientes.

Ofrecer comida era hospitalidad. Conseguir que todos vieran cuánta podías ofrecer era política.

Las competiciones de la novela se inspiran en actividades practicadas durante siglos en Escocia, entre ellas el tiro con arco, la lucha, las carreras y las pruebas de fuerza mediante el levantamiento de piedras. No he reproducido unos Juegos de las Highlands modernos ni he encontrado un programa de festejos de

1532 que indique a qué hora debían empezar los lanzamientos y cuándo correspondía detenerse para beber.

La costumbre de demostrar fuerza, resistencia y habilidad delante de aliados, rivales y posibles parejas requiere bastante menos documentación. La musculatura conocía el valor de la propaganda mucho antes de que nadie inventara la publicidad.

Un hombre que levantaba una piedra pesada no solo demostraba que podía levantar una piedra pesada. Permitía que los demás calcularan qué haría en una pelea, cuánto resistiría durante una campaña y si convenía tenerlo al lado o a una distancia prudente. Si, además, había mujeres observando, la utilidad del ejercicio aumentaba de manera considerable.

Los hombres llevan siglos encontrando objetos innecesariamente pesados y razones aún menos necesarias para levantarlos.

Las mujeres llevan el mismo tiempo comprendiendo que la piedra no es el verdadero asunto que se está exhibiendo.

9. Las piedras que no llevan a Jamie Fraser

Las piedras de Calanais ya llevaban allí unos cinco mil años cuando Caitlin y Broen llegaron hasta ellas. El conjunto fue levantado durante el Neolítico, forma una gran cruz alrededor del círculo central y está compuesto por **gneis lewisiano**, una roca muchísimo más antigua que las personas que decidieron colocarla en pie.

Calanais es anterior al círculo principal de Stonehenge y continuó utilizándose durante muchos siglos. Se han propuesto relaciones con el sol, la luna, los ciclos agrícolas y distintas ceremonias, aunque sus constructores no dejaron instrucciones, actas ni una explicación destinada a satisfacer la curiosidad de quienes llegaríamos varios milenios después.

Una falta de previsión documental bastante irritante.

Las leyendas se ocuparon de llenar el silencio. Una de ellas cuenta que las piedras fueron gigantes que se negaron a aceptar el cristianismo y quedaron petrificados. Otra habla del **Resplandeciente**, una figura que recorre la avenida al amanecer del solsticio de verano mientras se escucha el canto del cuco.

También existe la historia de una vaca blanca que apareció durante una época de hambre y proporcionó leche a los habitantes de Lewis. El prodigio terminó cuando alguien decidió que recibir alimento gratuitamente no bastaba y trató de obtener más de lo que le correspondía.

Incluso cuando aparece una vaca mágica dispuesta a salvarnos, los seres humanos encontramos la manera de convertir la abundancia en un problema de reparto.

Calanais se ha relacionado muchas veces con *Outlander*, pero las piedras de *Craigh na Dun* eran un decorado y aquellas escenas se rodaron en Perthshire. Los monolitos de Lewis no permiten viajar al siglo XVIII ni garantizan que Jamie Fraser aparezca al otro lado con el tartán convenientemente colocado.

La investigación disponible indica que la forma más fiable de viajar desde Calanais hasta el siglo XVIII continúa siendo abrir una novela. Ofrece menos lluvia dentro de la ropa y una probabilidad mucho mayor de encontrar al highlander adecuado.

10. Las hadas no estaban allí para ayudar

Las hadas del folclore gaélico se parecían muy poco a las pequeñas criaturas aladas, risueñas y manejables de los cuentos infantiles. Podían ser hermosas, seductoras y generosas, pero también vengativas, caprichosas y peligrosas. Robaban niños, castigaban a quienes las ofendían y podían llevarse a una persona a un lugar donde el tiempo obedecía reglas distintas.

Aceptaban obsequios, imponían condiciones y recordaban las afrentas con una constancia que muchos clanes habrían admirado.

Los círculos de setas se asociaban a sus bailes y a posibles entradas a ese otro mundo. Cruzarlos, dañarlos o permanecer demasiado cerca podía atraer una atención que nadie sensato deseaba recibir. En algunas historias, un ser humano creía haber pasado unas horas con las hadas y regresaba para descubrir que en su mundo habían transcurrido años.

La belleza del encuentro no garantizaba un desenlace agradable. En el folclore gaélico, acercarse a lo hermoso sin averiguar primero qué pretendía constituía una forma bastante eficaz de desaparecer.

No todas estas creencias pertenecen exclusivamente a Lewis ni se conservaron siempre de la misma manera. El folclore viaja, se mezcla y adopta nuevas formas cada vez que alguien cuenta una historia. Los detalles cambian, pero la advertencia permanece: **conviene tratar a las hadas con respeto y no confundir belleza con benevolencia.**

El consejo puede aplicarse también a varios hombres de esta saga.

La diferencia es que las hadas cuentan con siglos de leyendas advirtiéndoles de lo que hacen. A los Cuervos os los presenté sin ninguna medida de protección.

11. Casarse con el hermano del marido muerto

En 1532, Escocia seguía siendo católica y el matrimonio de una viuda con el hermano de su esposo fallecido planteaba un problema de **afinidad**. Caitlin y Broen no compartían sangre, pero el matrimonio con Sorley había creado entre ellos un parentesco reconocido por la Iglesia.

La muerte del marido eliminaba al marido. El impedimento, bastante menos considerado, podía permanecer.

Para evitar que alguien cuestionara su unión necesitaban una dispensa eclesiástica. Estas dispensas permitían autorizar matrimonios que chocaban con los impedimentos establecidos por el derecho canónico. No eran simples formalidades, sobre todo cuando

había tierras, títulos, hijos y suficientes familiares interesados en declarar inválido el matrimonio para quedarse con todo lo anterior.

El ejemplo más conocido es el de Enrique VIII y Catalina de Aragón. Catalina había sido esposa de Arturo, hermano mayor de Enrique, y fue necesaria una dispensa para que pudiera casarse con él. Años después, cuando el matrimonio dejó de servir a sus intereses, Enrique dedicó una cantidad extraordinaria de energía a sostener que aquella misma dispensa nunca debería haber bastado.

La coherencia no fue la más célebre de sus virtudes matrimoniales.

Durante la Edad Media, el consentimiento expresado por los contrayentes podía bastar para crear un matrimonio válido. No resultaban imprescindibles una gran ceremonia, un sacerdote ni una iglesia repleta de familiares preparados para opinar sobre la elección. El problema de los matrimonios privados aparecía después, cuando era necesario demostrar que aquella promesa se había pronunciado y una de las partes había muerto, cambiado de parecer o descubierto una alianza más provechosa.

El amor podía ser privado. Las propiedades exigían testigos.

En el caso de Caitlin y Broen, la dispensa no transforma lo que ellos consideran que son el uno para el otro. Sirve para impedir que el parentesco creado por el matrimonio con Sorley se utilice contra su unión y contra la legitimidad de sus hijos.

Después de construir una novela alrededor de una herencia cuestionada, dejar ese extremo sin resolver habría equivalido a entregar un cuchillo afilado al consejo y esperar que nadie sintiera curiosidad.

La Iglesia tarda años en enviar la dispensa. Para entonces, Caitlin y Broen ya gobiernan juntos, comparten cama y crían a dos pruebas bastante ruidosas de que la afinidad no ha perjudicado la relación.

El documento no crea su matrimonio. Se limita a ser el último en enterarse.

Broen, por supuesto, muestra bastante menos interés que yo por los sellos, las firmas y los plazos eclesiásticos. Ha esperado muchos años para recuperar a Caitlin y no parece dispuesto a concederle a Roma más autoridad sobre su dormitorio de la estrictamente imprescindible.

12. La historia que sostiene la ficción

Solo soy tuya mezcla prácticas jurídicas, lugares, familias, conflictos y leyendas reales con una historia completamente ficticia. Los Morrison fueron *brieves* de Lewis. Los MacLeod y los MacAulay participaron en las luchas de poder de la isla. Las *birlinns* navegaron por aquellas aguas, Calanais ya era antiguo mucho antes de 1532 y la afinidad podía dificultar el matrimonio entre una viuda y el hermano de su esposo.

En cambio, Dùn Mhoireasdan, Caitlin, Broen, Sorley, el consejo, la acusación, el hambre, las pruebas y la conspiración me pertenecen. He desplazado fechas, reunido conflictos y adaptado prácticas porque escribo ficción histórica y la historia real muestra una molesta resistencia a colocar todas sus mejores tensiones en el mismo año.

No he encontrado ningún manuscrito donde un juez de Lewis explicara cuántas veces debía acostarse una viuda con el hermano gemelo de su marido para evitar una condena.

De haberlo encontrado, habría incluido una reproducción, una transcripción y posiblemente varias notas al pie.

La historia me proporcionó una isla donde las genealogías determinaban el poder, una familia encargada de conservarlas, una práctica capaz de aplazar una ejecución y una sociedad que medía el valor de muchas mujeres por los hijos que podían engendrar. También me dio mares difíciles, inviernos capaces de alterar alianzas y hombres dispuestos a defender una versión del pasado porque les garantizaba tierras en el futuro.

La ficción decidió qué hacer con todo ello.

En el fondo, este libro habla de **dos personas a las que obligaron a renunciar a la vida que querían** y que tardaron diecisiete años en comprender que seguir viviendo no equivalía a aceptar para siempre lo que otros habían elegido por ellas.

Caitlin ha pasado esos años creyendo que su cuerpo la convirtió en una mujer defectuosa. Su historia no consiste en descubrir que por fin posee valor porque puede ser madre. Ya lo tenía cuando no concebía, cuando nadie quería saber qué ocurría dentro de su matrimonio y cuando el clan encontraba más importante al heredero que no llegaba que a la mujer que estaba allí.

Rory y Ailis forman parte de la vida que Caitlin construye después, pero no son una recompensa por haber sufrido ni las piezas que completan algo roto. Ella mantuvo Lewis en pie, sobrevivió a Sorley y conservó una parte de sí misma cuando todos parecían decididos a arrebatarla. Ya estaba completa antes de que sus hijos existieran.

Broen aprendió a apartarse para que Sorley ocupara el centro. Cedió su hogar, su nombre, su futuro y a la mujer que amaba. Después convirtió la renuncia en una costumbre y siguió viviendo convencido de que querer a alguien consistía en desaparecer cuando su presencia podía complicarle la vida.

Darle un libro significaba permitirle dejar de hacerlo.

También significaba reunirlo con Caitlin y proporcionarles una cantidad considerable de razones políticas para acostarse juntos mientras ambos insistían en presentar la actividad como un sacrificio necesario.

El heredero.

La sucesión.

La estabilidad de Lewis.

Objetivos muy serios, sin duda. La biología exigía bastante menos dedicación de la que Caitlin y Broen terminaron aportando, pero ninguno de los dos parece inclinado a resolver un problema importante con el esfuerzo mínimo.

Determinadas variaciones quizá no fueran imprescindibles para conseguir un embarazo. Tampoco parece que todas las repeticiones respondieran a una necesidad política inmediata.

No seré yo quien cuestione sus métodos.

Bastante habían esperado ya.

Os quiere,

Anne

P.D: Podéis seguirme en Amazon y enteraros de todos mis lanzamientos, novedades y ofertas. Os dejo un QR para hacerlo fácilmente, mis criaturas hermosas.



Agradecimientos

¡Y llegamos a los **agradecimientos**! 🎉 No sabéis lo feliz que me hace este momento, porque, chicas, con cada libro que escribo no solo voy ganando lectoras, sino también amigas. 💖 ¡Y qué amigas! De esas que siempre están ahí para apoyar, comentar, reír y suspirar juntas por nuestros amados protagonistas. Voy a hacer una encuesta sobre vuestros favoritos, los amasaré juntos y crearé al protagonista de los protagonistas y lo le diremos a la IA que nos cree un novio virtual igual que él para los ratos aburridos, jajajajajaja.

Gracias a todas por estar a mi lado, por acompañarme en cada aventura literaria y por llenar mi buzón de mensajes, comentarios y reseñas que me alegran el día. Sin vosotras, esto no sería ni la mitad de divertido y gratificante. 🎈

Voy a intentar ordenar todo el torrente de emociones y agradecimientos que llevo dentro. Empecemos por lo más importante, sin rodeos: **gracias**. Pero no es un gracias cualquiera, es de esos que te recorren de la cabeza a los pies, uno de esos que llevan un "te lo debo todo" implícito. Cada vez que publico un nuevo libro, me embarga esa mezcla de nervios y emoción, preguntándome si lograré tocar vuestras almas, arrancaros una sonrisa, una lágrima, un suspiro...

Y entonces llegáis vosotras. **Mis lectoras, mis amigas**. Porque sí, cada vez que una de vosotras se adentra en mis historias, siento que estamos conectadas de una manera especial, como si recorriéramos juntas cada castillo, cada campo de batalla, cada mirada intensa que atraviesa las páginas. Vuestras palabras, vuestras risas, esos mensajes que llegan tras haber pasado una noche en vela con mi

libro entre las manos... Todo eso me hace sentir que no estoy sola en este viaje. Que **estamos en esto juntas**.

A vosotras, las que os habéis desvelado por "solo una página más", las que habéis hecho de mis personajes vuestros amigos, los habéis defendido, amado, odiado y vuelto a amar. Vuestras emociones son mi premio, vuestro cariño es el mejor combustible para seguir escribiendo. **Sois el verdadero corazón de mis historias**.

No os imagináis lo que significan esos mensajes que recibo, cada uno es como un abrazo, como una conversación íntima entre amigas. Me hacéis reír, llorar y emocionarme con vosotras, y eso... eso es algo que no cambiaría por nada en el mundo. Porque, aunque parezca que soy yo quien os cuenta historias, sois vosotras las que dais vida a cada una de ellas.

Así que **gracias**, de corazón. Por vuestra pasión, por vuestro entusiasmo, por creer en mí y en mis personajes. Por cada comentario, cada reseña, cada palabra de aliento. Vosotras sois la razón por la que sigo creando, soñando y escribiendo con el alma.

Nos queda mucho por vivir juntas, y no puedo esperar para seguir recorriendo este camino con vosotras. Así que, con todo mi cariño y muchas más historias por contar, os mando el abrazo más grande del mundo, de esos que se sienten en lo más profundo.

¡Seguimos, chicas! Esto solo acaba de empezar, y sé que lo mejor está por venir. 🌟💖

Para empezar, quiero agradecer a mis grandes apoyos:

Juncal: Por esa alegría que aportas a mi proceso creativo, tan refrescante como un amanecer en las Tierras Altas.

Tristán: Eres la inspiración detrás de cada palabra que escribo, como el viento que susurra entre los pinos escoceses.

A mi club de las Hadas:

Ana Molinos: Gracias por ser esa fuente constante de energía y apoyo, tan inquebrantable como los castillos de Escocia.

Sara Nogales: Por tu meticulosa corrección y ese apoyo implacable, tan férreo como un guerrero Highlander.

Emma Morell: Mi nueva lectora cero, ojo de halcón, lupa implacable y hada de guardia. No se te pasa ni una, y eso, aunque a veces me haga mirar el manuscrito con miedo, es oro puro. Gracias por leer con tanta atención, por detectar lo que se me escapa y por ayudarme a que cada escena llegue más limpia, más clara y con más fuerza.

Aroa Ramírez: Porque mi recuperada intensidad te la debo a ti, que me recordaste que la había perdido, como las antiguas leyendas de los clanes.

María José Ramírez: Por ser tan fan, tan entusiasta, por animarme a escribir. Eres como el fuego que calienta las frías noches en las Tierras Altas.

Rocío Blanco: ¡Eres la guinda del pastel! Gracias por esas ayuditas mágicas y tus monólogos que son pura chispa.

Jessica Cruz Escámez: A la velocista de las letras, cuya velocidad de lectura desafía a la luz y cuyos comentarios me encantan.

Rocío Yuste: A la maga de las reseñas, capaz de capturar los detalles más pequeños de mis novelas con su varita mágica de palabras.

Verónica Leiro, qué bonita es y que entusiasmo desborda.

Y ahora quiero hacer una mención especial a las que ya considero "mis chicas":

Iria García Blanco (nos veréis un día removiendo una queimada), Lau Soler (que me alegra el día con sus MD, jejejeje), Estefanía Cobo Moreno, Susana Vila, Lidia Armario, Eva_bueu, Elenablda, Pilu_baca, Tere Reixach, Mónica (@slayertxu), Meli Berzaghi, Julieta Mezz, Mar, Alexia RB, Pepi Armario, María_ese_ce, Denis Luz, MarW,

, María Marchena González, Ana Sofía Ribeiro, Mariina Castro, Lola de Albacete, Pepa Urea Serrano, mi Lola López García, Monserrat Martin Barrero, Rakel Córdoba, Silvia Gámez, Gloria Benitez Sody, Antonia Ávila Suarez, Isabel Marchante (con esa estantería con todos mis libro, wowwww), Verónica Ramon Romero, Graciela Peñarrocha, Monica López Torres, Noemí Ferrer Tudó, Susana Balduque, Pilu Baca, Tere Reixach, Rosana Arjona, Angélica Martín Moreno, Mar Romero Caballero, Inma Tenor, Leire Deluza, Diana, Rocío Pérez Rocamora, Begoña (la profe), Elena Jodar Gómez, Arancha CG, Celia García Doñate, Ana María Muñoz, Belen Iglesias, Es increíble poder tener lectoras como vosotras. No os imagináis los nervios que se pasan cada vez que se deja volar un libro nuevo sin saber si será aceptado bien, si esta vez se ha perdido la chispa, si no se ha sido capaz de conectar con el lector y entonces llegáis vosotras como los ángeles de Anne Charlie y me hacéis recuperar el aliento y la confianza de nuevo. ¡Sois increíbles! No tengo palabras suficientes de agradecimiento para vosotras y para esos mensajes que me dejáis y me dan vida. Os lo juro. Sois increíbles.

Y gracias también a:

@mimafrik_marinabooks: Por leer mi libro con tanto entusiasmo y compartir cada día esos fragmentos que me permitían acompañarte en la lectura y me alegraban el día.

@reyes_lectora: Gracias por regalarme otra reseña tan especial y por compartir mis historias con tanto cariño.

@leyendoconklara: Por esas creatividades preciosas que haces de mis libros y por darles una vida nueva más allá de sus páginas.

Muy especialmente, a @carolalibros25, porque ya formabas parte de los Cuervos de Perthshire sin saberlo. Gracias por leerlos, quererlos y compartir su historia con tanto entusiasmo.

Los libros de Tess: Por hacer un hueco a mis historias y dejarme reseñas que siempre consiguen emocionarme.

Carmen, de @justcarmenalone: Gracias por compartir mis libros con tanto cariño y por esas reseñas preciosas que tanto significan para mí.

Bárbara de @bronte_rochester, por ese entusiasmo enorme con mis audiolibros y con esta saga. No sabes lo bonito que es sentir que mis escoceses no solo se leen, sino que también se escuchan, se sufren, se suspiran y se comentan con ese fervor maravilloso.

Elena de Elenasinh_books porque ha sido precioso su entusiasmo y la forma en que me ha tenido en vilo con sus stories sobre Entre las páginas del tiempo.

Gracias, Natti_Ruano, por esas reseñas que llegan como viento del norte y esos abrazos que abrigan más que un tartán en mitad de las Highlands.

Vir de @vir_entre__libros: Tu crítica astuta siempre me ayuda a crecer, como un sabio druida que guía a su clan.

Aryceli de @aritakitten_lecturas: Por tu perspicacia con los personajes, tan aguda como la mirada de un águila sobrevolando los montes escoceses.

María de @vilmont_books: Por la creatividad que aportas al universo literario, tan brillante como las estrellas en una noche despejada en Escocia.

Olivia Monterrey de @monterreyolivia: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan vasta como las llanuras escocesas.

Teresa de @leercomosinohubieraundespués: Por esa contagiosa positividad que me recuerda a los días soleados en las Tierras Altas, que, aunque escasos, son inolvidables.

Ilia de @hoy_esta_leyendo: Tus historias añaden color a todos nuestros días, como un tapiz celta lleno de historias y leyendas.

Susana de @mislibros_misbebes: Por tu tranquila constancia y amabilidad, tan serena como los lagos escoceses al amanecer.

Mónica de @monicasam.world: Por hacer del humor un idioma universal, tan refrescante como un trago de buen whisky escocés.

Mireia de @dreamingofmimibooks: Tus reseñas siempre me dan el aliento que necesito, como el viento que sopla fuerte y libre en las cimas de las montañas.

Raquel de @vivir._leyendo: Por tu perpetuo positivismo y calor humano, tan acogedor como una cabaña en medio de la nieve.

Maricruz de @mari.csang: Por tu valentía y dedicación inquebrantables, tan férreas como las fortalezas de los antiguos clanes.

Marta de @minedreadings: Tu intuición aguda siempre revela los matices de una historia, como un bardo que conoce todos los secretos de su pueblo.

Anabel Botella de @anabel_botella: Por esa escritura emotiva que abre corazones, tan profunda como las leyendas que se cuentan alrededor del fuego.

Vero de @vdeverolibros: Por mantenerme al día con las novedades editoriales, como un mensajero que trae noticias desde tierras lejanas.

Angela Bennet de @angelabennet.author: Por tu generosidad y ese corazón inmenso, tan vasto como los valles y montañas de Escocia.

@laureleeyescribe: Eres una asistente indispensable, como un fiel escudero en las batallas de las Tierras Altas. ¡No sé qué haría sin ti!

@manuelaramirez_escritora: Por tu belleza eterna y tu apoyo constante, como las antiguas piedras de los castillos escoceses que resisten el paso del tiempo.

Ygritte de @ygritte.berlana: Tu entusiasmo por la lectura alimenta nuestra comunidad, como los ríos que nutren los verdes valles de Escocia.

@villacositas8: Por tu disposición a seguirme y esperar pacientemente, como un Highlander esperando el momento perfecto para atacar.

@viviendo1000historias: Por compartir mis libros con tus seguidores, como un bardo que comparte historias alrededor del fuego.

@leeresdeguapas: Por tus maravillosas reseñas que siempre me alegran el día, tan brillantes como un amanecer en las Tierras Altas.

@marianabooker: Por tu amor incesante por las letras y por decirme que sí, como un pacto entre clanes en tiempos antiguos.

Eva de @letrasychocolate: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan dulce como el chocolate que se disfruta en una tarde fría.

Jesica Azpeleta: Siempre brillante, siempre maravillosa, como las estrellas que iluminan el cielo escocés.

@volamosentreletras: Tu opinión es como el viento que guía a los barcos hacia el puerto seguro. Gracias.

@bookstagramer1: Por tu apoyo constante y ese espíritu positivo, tan fuerte como el de un guerrero escocés.

Mrs. Svetaracherry: Tus palabras amables son el bálsamo que calma las heridas de batalla. Siempre me dan un impulso.

María de @maria.12.al: Por estar siempre presente con esa dulzura y apoyo, como la melodía de una gaita que nos reconforta.

@brr.leyendo: Por encontrar tiempo para mis libros en tu ocupado calendario de lectura, como un druida que siempre encuentra tiempo para sus rituales.

Mireia de @la_estanteria_de_mire: Por convertirme en una de tus autoras favoritas, es un honor digno de un brindis con el mejor whisky.

Ana de @aniibook: Por tu apoyo constante y por amar a mis personajes tanto como yo, como si fueran parte de tu propio clan.

Aure de @cazafantasia: Por siempre brindar una perspectiva fresca y emocionante, como las primeras luces del día en un paisaje escocés.

Noemi de @mysticnox1: Tu constancia y amor por la literatura son como las montañas de Escocia: inquebrantables e inspiradoras.

Mónica de @monicairado: Por tus sabias palabras que siempre me elevan, como las águilas que vuelan alto en el cielo escocés.

Laura de @laurabookcase: Por ese amor compartido por las letras y las historias, tan profundo como los lagos escoceses.

Laura de @laurabooksblogger: Por su entusiasmo arrollador y por insuflármelo a tope.

@101 lecturas: ¡Gracias por ser parte de esta historia!

Cecilia de Divinas lectoras: Por ser una crítica incisiva y valiosa, como el filo de una espada bien afilada.

@vivir_leyendo: Tu pasión por los libros es tan contagiosa como las danzas y cantos de una fiesta en las Tierras Altas.

@mi_amante_unlibro: Por ser una constante en mi viaje literario, como un faro que guía a los barcos en la oscuridad.

@buscando.lectura: Por siempre estar dispuesto a explorar nuevas historias conmigo, como un aventurero en busca de tesoros ocultos.

@viviendo1000historias: Tu entusiasmo es como el rugido de un león en la vasta sabana, nunca deja de motivarme.

@_romanticasdelnorte: Por tu amor por el romance y las historias emocionantes, tan apasionado como un baile bajo la luna.

@missattard: Por ese espíritu libre y tu aprecio por las palabras, como un viento que sopla libremente por las colinas.

@cuandolosmiosduermen: Por encontrar tiempo para mis historias en medio de la ajetreada maternidad, como una madre escocesa que siempre encuentra tiempo para sus hijos.

Isabel P. Moreno: Por ese amor por la literatura y ese ojo crítico, tan agudo como el de un halcón en plena caza.

@dulce_caramelo8: Por ser un oasis de dulzura y apoyo, como las refrescantes cascadas escondidas entre las montañas escocesas.

@bookeandoenlasnubes: Tu pasión por los libros me inspira cada día, como las majestuosas vistas de las Tierras Altas que inspiran a poetas y artistas.

@wendyreviews: Tu crítica constructiva es como el entrenamiento de un maestro espadachín, siempre me ayuda a crecer como escritora.

@marianabooker: Por compartir mis historias con tu público, como los bardos escoceses que llevan cuentos de aldea en aldea.

@leoquemeleo: Por tu apoyo incansable y tu amor por los libros, tan fuerte como el lazo entre un Highlander y su clan.

@come.libros2020: Por siempre mantenerme en tus pensamientos y recomendaciones, como un antiguo mapa de tesoros que se pasa de generación en generación.

@bookstragramer_1: Tu dedicación a la comunidad literaria es como la de un líder escocés, verdaderamente inspiradora.

@mariafrases: Por compartir mis palabras con tanto amor y entusiasmo, como los cuentos que se cuentan al calor de una hoguera.

Mónica de @volando entre libros: Como los valientes guerreros de las Highlands, tu aliento y ánimo han sido un baluarte.

@pilardans: Tu amor por la literatura y la escritura es tan profundo como los misteriosos lagos de Escocia.

@me.leo.toa: Por ser siempre un faro de apoyo y amor por la literatura, como los faros que guían a los barcos en las costas escocesas.

@conlibrosyaloloco1981: Por tu constante apoyo y tus amables palabras, tan reconfortantes como un abrazo en una noche fría.

@salseo_de_libros: Tu entusiasmo es contagioso, como las danzas y canciones de una fiesta en un pueblo escocés.

@tintayletrascirculo: Tu amor por las palabras y las historias es tan profundo como las raíces de los antiguos robles escoceses.

@leerconthea: Por tu apoyo constante y tu amor inagotable por los libros, tan eterno como las montañas de Escocia.

@lecturas_de_sara: Por tu amor por la literatura y tu apoyo constante, como el flujo constante de un río escocés.

@iralybookaholic: Tu pasión por las letras y las historias es un regocijo, como un día soleado en las Tierras Altas.

@amorporlolibros84: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por los libros, tan firme como un castillo escocés.

@maytelizando: Por tu visión detallada y tu amor por la literatura, como un águila que observa todo desde lo alto.

@yoizna: Tu entusiasmo siempre me inspira a seguir escribiendo, como los vientos escoceses que impulsan las velas.

@lecturasdesonia: Por tus valiosos comentarios y tu amor por la literatura, tan preciados como un antiguo relicario.

@booksbyclau: Tu apoyo y entusiasmo son como el calor de una chimenea en una cabaña escocesa, realmente invaluable para mí.

@lolatoro_Aleciablue: Por tu amor por las historias y tu constante apoyo, tan leal como un escudero a su señor.

@perdida_entre_libros86: Tu pasión por los libros es como el fuego que arde en el corazón de un guerrero escocés.

@valientegarciamaríaJose: Por tu valentía y amor por las letras, tan fuerte como el espíritu de un Highlander.

@laslecturasdeari_: Por tu inquebrantable pasión por la lectura, como las antiguas tradiciones que se mantienen vivas en Escocia.

@paseandoentrelibros: Por siempre hacerme sentir valorada y apreciada, como un tesoro escondido en las Tierras Altas.

@instaromanticreader: Tu pasión por la lectura y el romance es como una balada escocesa, siempre inspiradora.

@aniibook: Por siempre ser una fuente de apoyo y ánimo, como un manantial en medio de un bosque escocés.

@biri.biankis: Por tu entusiasmo contagioso y tus valiosos aportes, como un festín en un gran salón escocés.

@sendra.black.escritora: Tu amor por la escritura y la lectura es como la pasión de un bardo contando historias épicas.

@romanticoslibros: Tu dedicación a la literatura romántica es como una leyenda de amores eternos en las Tierras Altas.

@crazyreadersladys: Por tus reels preciosos y tus pandichachis que siempre llegan a cinco cuando me valoras.

A Sara Alba, mi fiel escudera desde el comienzo de esta aventura. Gracias por prestarme tu vestido de novia (jejeje) y por siempre encontrar un momento para sumergirme en mis letras y dejarme tu valiosa opinión.

A Patricia Machtl porque sus opiniones agridulces, jajaja, que con su espada afilada de comentarios me mantiene despierta, no por eso no, por ser fiel, por leerme, aunque a veces no le guste y sus críticas constructivas (aunque lo de Outlander para adolescentes ha escocido un poco, pero sin acritud, nena)

A Nani Mesa, porque me habla de sueños y yo... Sueño con palabras así y con escoceses de ensueño. Estamos en la misma onda.

A Toñi Cruz, cuyo entusiasmo me recuerda al espíritu indomable de un highlander. Tu primera reseña en las redes fue como el canto de las gaitas escocesas, aliviando el peso de la espera y la incertidumbre de las primeras opiniones.

Y a Montse Muros, la enciclopedia viviente de los musos, tan hermosa como un amanecer en las Tierras Altas. Tu apoyo y sabiduría son el faro que guía mi pluma.

Mi Dubli: Joder, nunca me he reído tanto con alguien. Esta mujer es increíble y tenéis que leer sus libros si queréis ejercitar los abdominales de la risa. Dublineta Eire, buscadla.

Marta Sebastián: Por estar siempre a mi lado y acoger mis palabras con un amor y dedicación inquebrantables, como el melódico eco de una balada bajo el cielo estrellado de Escocia.

Dulce Mercé: Por siempre compartir mis palabras con tanto amor y dedicación, como un dulce canto bajo la luna escocesa.

Sany Garcés: Por tu pasión por las letras y tu apoyo constante, tan ardiente como el fuego de un campamento.

Ana SP: Por tu visión detallada y tus constructivos comentarios, tan precisos como un arquero escocés.

Yennely Perez: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por la literatura, tan profundo como los misterios de Escocia.

Gemma Herrero Virto: Por ser tú y estar siempre, como las montañas eternas que vigilan las Tierras Altas.

Elena Fuentes Moreno: Por siempre ser una "fuente" de apoyo, como los ríos que nutren los valles escoceses.

María del Mar Fernández Salmerón: Por tu amor por las letras y tu apoyo constante, tan inquebrantable como un escudo escocés.

Sonia Puente: Una escritora como la copa de un pino, cuya grandeza y talento se asemejan a los majestuosos pinos de los bosques escoceses.

Y no puedo olvidarme de dar las gracias a esas lectoras geniales que se han unido mi clan con estas historias de Highlanders y me alegran los días con sus comentarios y me hacen reír con su entusiasmo.

Sois geniales.

Comgatigos, Rosa Clara Rivero, Chari Llamas, Paqui Dede, Marisa Mengual, Marisa Ortega, Inma Camino, , Jessica González, Tamara Sánchez, Katy Kat, Mari Carmen Ruz, Carmen Rodriguez, , Isabel Mari Cruz, Tani Montellano, Cristina.r, Laura Sanchéz. Ana Drendes, ,@myclosetlm, María, Ana M.B. Nicol Mendoza, Sabina Shelemmer, @la-cocinillas_de_mi_casa, Jennifer Charles, Sonia Barroso, tremendoo, Charo Berrocal, Beatriz Cánovas González, María Marchena, Cristina Bermejo, Rachel (alfarera_81), Raquel Córdoba, Elena Picó, Julia Ruizmo, Elena Guerra, Raquel Ruizmo, la_cocinillas_de_mi_casa, Laura Lora, María José Selma, Mari Carmen Ramírez, Izaskun Rivas Hernández, Patricia López Albuquerque,, Alicia Blanco, Vivi Iglesias, Mónica de la Cruz, Isabel Fernández, Nieves Jimeno, Lucia Chamorro, Lidia Perez-Barba, lady_romcom, Martha Worthales, Mery Ross Blonde, Yolanda Gómez, Neus garrido, Lara Naranjo, Ana María Lozano, Silvia Gámez que ha tenido una idea genial y es la de crear un grupo de escoobsesas.

Chicas, me encanta que me habléis, que me busquéis, que me compartáis vuestras opiniones.

Gracias de corazón por ser parte de este hermoso proceso creativo y por confiar en mí para animar vuestras lecturas.

Cada palabra, cada nombre, cada sentimiento compartido ha sido un honor para mí.

Espero que estas dedicatorias resuenen en aquellos a quienes van dirigidas y si no estás y me has ayudado, aunque solo sea con una pequeña palabra, espero que sepas que no te nombro por despiste, no porque no lo aprecie.

Solo dímelos y te uno a este Club de Esco-fanes.

Vuestra Anne, siempre vuestra.